



**Centro de Estudios de Género
Maestría en Estudios de Género
Promoción X (2022-2024)**

**“Mujeres: a través de los años y más allá de ellos. Procesos de
envejecimiento y narrativas de mujeres de 60 a 75 años”**

Tesis que presenta

Amairani Damaris García Mejía

Para obtener el título de

Maestra en Estudios de Género

Directora:

Dra. Ana María Tepichin Valle

Lectoras:

Dra. Cristina Herrera

Dra. Mónica Ramos Toro

Ciudad de México, 2024

Agradecimientos

Esta tesis, como su título lo indica, representa un proceso. Un ir y venir que me dejó innumerables aprendizajes (y transformaciones) académicos y personales. No puedo decir que este trabajo ha sido solo mío, porque representa el apoyo y la compañía (en el sentido más bello de la palabra) de muchas personas, con las que estoy enormemente agradecida.

A mi mamá, por ser guía y compañía, por nunca dejarme (sentir ni estar) sola y por ayudarme a ser quien soy. Me ha enseñado a ser una mujer fuerte, cálida y sensible. A mirar al mundo y responderle. Gracias por (de)mostrarme el amor día a día, en lo simple y en lo complejo. Por ser tan incondicional y abrirme las alas y los sueños. Es inspiración para crear-mundo. A mi hermano, Ronald, por su amor incondicional, ternura, escucha y nobleza. Por estar siempre conmigo y hacérmelo saber. Por hacerme sentir la fuerza de tener a alguien al lado y mostrarme que el amor se construye desde lo cotidiano. Por las charlas e inspiración.

A mi hermana, Enma, por su cariño y apoyo. Por las risas y las experiencias. A Gustavo, mi papá, por su cariño y apoyo. A Nusza, mi incondicional bolita de pelos, por el amor, la ternura y por “mirarme” con esos brillantes y cálidos ojos aceituna que me han enseñado tanto.

A mi querida directora de tesis, la Dra. Ana María Tepichin Valle, por su guía, apoyo incondicional, tiempo y calidez. Por la paciencia y la confianza constantes, siempre me ha motivado a ir más allá. Por los innumerables aprendizajes que rebasan lo académico. Por siempre estar y ayudarme a formar-me y a construir esta tesis con tanto cuidado, dedicación, disciplina, rigor, paciencia y afecto. Logré concretar esta tesis gracias a su acompañamiento.

A mis queridas lectoras, la Dra. Cristina Herrera y la Dra. Mónica Ramos Toro. Por sus lecturas cuidadosas, aportaciones y enseñanzas invaluable. Por el tiempo, la paciencia y la confianza y por ayudarme a construir esta tesis con tanto cuidado, rigor y esmero.

A mis amigas de la “MEG” que han hecho este proceso más bello. Ximena, Paula e Isela, por su estar constante y su cariño. Por acompañarme y construir conmigo espacios seguros, cálidos y de cuidado. A esas otras amistades que continúan aquí. Oscar, Jonatan y Chaverry, por todo el apoyo, la escucha y por permanecer. A mis amistades de otros “centros”, por las aventuras, las incontables risas, las complicidades, los bailes y los días felices. A quienes aparecieron (casi) al final, pero me dieron su cariño y apoyo. Gracias por seguir conmigo.

A las increíbles mujeres que me permitieron acompañarlas: mis entrevistadas (Vero, Margarita, Rosi, Luz Ara, Frida, Hannia, Viloca, Yoya, Florisa y Orquídea). Por abrirme sus vidas y su tiempo; por enseñarme tanto, sensibilizarme y permitirme construir con ustedes.

A mis compañeras y profesoras, por las experiencias, enseñanzas, y espacios compartidos.

A El Colegio de México y al Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías, por brindarme la oportunidad de desarrollar esta investigación. Por permitirme concretar mi pasión por investigar, así como por darme una formación, herramientas y enseñanzas invaluable que me permitirán construir mi proyecto de vida.

A la vida, con sus idas, dificultades y vaivenes. Con sus infinitas enseñanzas y alegrías.

Índice

Introducción.....	6
Capítulo 1. Proceso de construcción del problema de investigación: el proceso de envejecimiento de mujeres de 60 a 75 años	18
1.1 Revisión de investigaciones en torno al envejecimiento de las mujeres	18
1.1.1 Las emociones en los procesos de envejecimiento	21
1.1.2 El cuerpo en los procesos de envejecimiento	26
1.1.3 Los contextos socioeconómicos en los procesos de envejecimiento	30
1.1.4 Mi posicionamiento: ¿desde dónde y qué aporta mi investigación?	34
1.1.5 Análisis del envejecimiento desde el enfoque de curso de vida	36
1.1.6 Planteamiento del problema.....	38
1.2 Acercamiento teórico y conceptual a los procesos de envejecimiento de mujeres de 60 a 75 años	41
1.3. Estrategia metodológica para analizar el envejecimiento de las mujeres desde una mirada de género y procesual	54
1.3.1 Trabajo de campo: acercamientos a las mujeres, entrevistas, retos y flexibilidad ..	57
1.3.2 Las mujeres entrevistadas	62
1.3.3 Situar me en la investigación	66
Capítulo 2. Tensiones en las narrativas de mujeres de 60 a 75 años sobre sus procesos de envejecimiento. Diálogos entre los imaginarios sociales del envejecimiento y las narrativas	70
2.1 ¿Se puede ser “mayor” sin considerar que es algo negativo? Tensiones para identificarse como “viejas”, “ancianas” o “mujeres mayores”	71
2.2 Ideales de belleza e imaginarios de “las mujeres mayores”. Cuestiones estéticas: belleza, apariencia y prejuicios de género y edad.....	79
2.2.1 Significados de la belleza para las entrevistadas: (re)producción de cánones sexistas, gerontofóbicos, racistas y gordofóbicos	85
2.2.2 “Reglas” de feminidad en “la vejez”: la sobriedad. Ni poco, ni mucho	89
2.2.3 Belleza: ¿autocuidado o mandato?	92
2.3 ¿Envejecer es una cuestión de actitud? Emociones y actitudes	94
2.3.1 Ser amables, “abiertas a la convivencia” y “aliviadas”: ¿edadismo o resistencia?	97

2.4 Temor(es) y fragilidad(es)	103
2.4.1 Influencia del discurso médico: cuerpo, cambios de hábitos, enfermedad y pandemia	104
2.4.2 ¿Miedos infundados? Movilidad, muerte y autolimitación	111
2.4.3 Los discursos de los otros: fragilidad e infantilización.....	113
2.4.4 Temor a vulnerabilidad futura: ¿qué es ser “vulnerable” siendo mujer?.....	115
2.5 Ser activas: autonomía, energía, “capacidades” y fortalezas emocionales. Haber sido y seguir siendo “mujeres capaces”	119
Capítulo 3. Trayectorias de vida, experiencias y puntos de inflexión en los procesos de envejecimiento de las mujeres	127
3.1 Hitos o puntos de inflexión en las trayectorias de vida de las mujeres entrevistadas	128
3.1.1 Infancias precarizadas.....	129
3.1.2 Paternidades ausentes y matrimonios tempranos.....	134
3.1.3. Maternidad(es): postergar la vida propia. Abandono del trabajo remunerado	139
3.1.4 No solo es la maternidad: el impacto del cuidado de otros	144
3.1.5 ¿Motivación por el cuidado de otros?	147
3.1.6 No todo es “autocuidado”: impacto de lo económico en la salud y los cuerpos ...	149
3.2 Motivaciones actuales: trabajo remunerado y aprendizaje	152
3.2.1 El trabajo remunerado: ¿una motivación a lo largo de la vida?.....	153
3.2.2 El aprendizaje como una motivación: aprender a través de los años y más allá de ellos	155
Conclusiones.....	158
Referencias	169
Anexo 1	176

“Me atreveré a decirle que no pienso tanto en la vejez. Nunca creí que la edad fuera un criterio. No me sentía particularmente joven hace cincuenta años (cuando tenía veinte, me gustaba mucho la compañía de gente mayor), y no me siento vieja hoy. Mi edad cambia y siempre ha cambiado de hora en hora. En los momentos de cansancio tengo diez siglos; en los momentos de trabajo, cuarenta años; en el jardín, con el perro, tengo la impresión de tener cuatro años”.

Marguerite Yourcenar

Carta a Jeanne Carayon

Introducción

El envejecimiento es un proceso natural que abarca toda la vida humana: desde el nacimiento hasta la muerte. Sin embargo, también es una experiencia diferencial. La edad cronológica no es el único factor que influye en las experiencias de envejecimiento; por el contrario, las personas envejecen y atraviesan las que han sido catalogadas como “etapas de la vida”, incluyendo “la vejez”, en circunstancias (materiales y subjetivas) muy diversas. En este sentido, no se puede hablar de un envejecimiento en general, sino que se trata de envejecimientos, acorde a los diferentes contextos y trayectorias de vida. El envejecimiento es un proceso que las personas experimentan de maneras muy diversas, acorde a sus contextos (económicos, sociales, políticos) y características particulares. Estos contextos implican oportunidades o privaciones que tienen repercusiones en sus trayectorias de vida y, por ende, en el estado en el que envejecen y llegan a “la vejez”.

El envejecimiento es algo vivencial (Ámery, 2001). Las trayectorias de vida no son lineales; conforme envejecen las personas están expuestas a diversas dimensiones de desigualdad (Montes de Oca, 1999b) y a sus expresiones en desventajas y privilegios. Ejes de inequidad como la clase, la etnia y el género, influyen en el modo en que se envejece. Estos ejes, expresados en cuestiones cotidianas muy diversas, como los contextos diarios, las composiciones familiares (si se vive sola o con pareja, o si se tienen hijos e hijas, etc.), ser hombre o mujer, o tener acceso a diferentes servicios, como los de salud, atraviesan las trayectorias de vida de las personas de múltiples maneras.

A lo largo de sus vidas, las mujeres acumulan desventajas derivadas de su posición en la jerarquía de género. Esto tiene como resultado que sus experiencias de envejecimiento sean diferentes respecto a las de los hombres. En relación con ello, existen conductas y actitudes que socialmente se consideran “adecuadas” o “correctas” para cada edad cronológica, lo cual está en estrecha relación con el género. Arber y Ginn (1996) denominan a lo anterior edad social. Durante el proceso de envejecimiento socialmente se espera que las personas cumplan con ciertos comportamientos normalizados, acorde a su edad y género, lo cual implica limitaciones y estereotipos, particularmente en el caso de las personas de más de 60 años. Lo anterior evidencia una importante relación entre edad y género.

Como puede verse, las experiencias de envejecimiento están permeadas por desventajas estructurales que las personas experimentan a partir de diferentes ejes de poder que se expresan en desigualdades (como el género y la clase social) a lo largo de sus trayectorias de vida; asimismo, adquieren características particulares, acorde a sus trayectorias personales (Ramos, 2018). En el contexto específico de México, se ha reconocido que la desigualdad socioeconómica del país representa un riesgo particularmente relevante para la población mayor, ya que por diversas razones, tales como los despidos injustificados, las desigualdades económicas que se van acentuando a lo largo de la trayectoria de vida, o la segregación laboral hacia “las personas mayores”, en “la vejez” hay un incremento de las posibilidades de experimentar deterioro económico, lo cual afecta directamente la calidad de vida e, incluso, la supervivencia de las personas (Madrigal-Martínez, 2010).

Esta inseguridad económica se acentúa en el caso de las mujeres, debido a cuestiones como la división dentro del trabajo remunerado, entre salarios altos (asignados mayoritariamente a hombres) o inferiores (asignados mayoritariamente a mujeres); la división entre trabajo remunerado “productivo” y trabajo doméstico no remunerado “reproductivo”, asignado (casi) exclusivamente a las mujeres (Fraser, 2011); o su dependencia económica, surgida a partir de su orientación hacia la familia, misma que se les hace ver como un deber y que desemboca en un empobrecimiento progresivo (Freixas, 2008).

En relación con lo anterior, conviene puntualizar que los distintos contextos económicos y sociales (expresados en cuestiones como el nivel de escolaridad y las diversas trayectorias de trabajo remunerado y no remunerado) implican diferencias en las actividades que las mujeres realizan, tanto en relación con los hombres, como entre ellas mismas; lo cual, a su vez, afecta sus experiencias y sus percepciones del envejecimiento (Guerrero y Pineda, 2010; Aguilar y Toledo, 2019; Dasten, Oyarzo y Quinán, 2020).

El proceso de envejecimiento también implica una dimensión biológica o fisiológica: una serie de cambios naturales en el organismo humano (Martínez, Morgante y Remorini, 2008; Guerrero y Pineda, 2010). En relación con ello, el cuerpo adquiere un papel

preponderante. Si bien el envejecimiento no se reduce a lo biológico, no se puede desprender de este componente y, por ende, de sus implicaciones en la materialidad de los cuerpos. Debido a cuestiones de género, para las mujeres el cuerpo es un espacio central en el que aspectos como la salud o la enfermedad, la belleza, la higiene y la sexualidad, o los cambios naturales del organismo, son significativos a lo largo de sus trayectorias de vida.

En diversas investigaciones se ha señalado que, más allá de la edad, el cuerpo tiene un papel crucial en la sensación de vejez o de envejecimiento en las mujeres (Escalante, 2004; Osorio, 2006; Guerrero y Pineda, 2010; Gascón, 2017). El cuerpo es un espacio central en el que las mujeres reconocen su envejecer debido a la construcción de “la feminidad” en relación con ideales (sexistas e inalcanzables) de belleza, los cuales crean estándares de cuerpos muy normados que asocian la belleza con rasgos específicos, como aquellos vinculados con la juventud (la tersura de la piel, la ausencia de canas, etc.) y la delgadez (Pineda, 2021), y que, de este modo, generan un profundo rechazo al envejecimiento.

El cuerpo tiene estrecha relación con lo emocional y lo psicológico. Lo emocional impacta en el plano físico, psicológico y social. Cuestiones como la soledad (no elegida), entendida como falta de comprensión, interacción y apoyo social, influyen en la salud de los cuerpos (Torío, 2021). Las emociones influyen en la edificación y continuidad de la vida social. Hay una interrelación entre las emociones y lo social: hay un fundamento emocional de la vida social (Ariza, 2020). En este sentido, las experiencias en lo social pueden generar malestares emocionales.

Respecto al género, Ramos (2018) ha señalado que “la construcción de la identidad de género en nuestro sistema patriarcal genera malestares psicológicos y emocionales diferentes en hombres y mujeres” (p. 86). La construcción de la feminidad en torno al ser-para-otros implica la anteposición de los demás por encima de los intereses propios, lo cual puede generar malestares emocionales a lo largo de las trayectorias de vida de las mujeres, mismos que, incluso, llevan a un sentimiento de vacío existencial en “la vejez”. En concordancia con esto, en diversas investigaciones se ha señalado que las emociones son una dimensión importante en el proceso de envejecimiento de las mujeres (Freixas, Luque y

Reina, 2012; Arias, 2013; De la Mata y Hernández, 2021; Torío, 2021; Lozano y Gallardo, 2022).

En esta investigación analizo procesos de envejecimiento de mujeres de 60 a 75 años a través de sus narrativas, desde un enfoque de género, es decir, dando prioridad a visibilizar las diferentes desigualdades que las mujeres entrevistadas han experimentado a lo largo de sus trayectorias de vida, a partir de comprender al género como un campo primario de poder que implica relaciones (de poder) desiguales entre hombres y mujeres (Scott, 2008). Estas relaciones se expresan en factores materiales que inciden en los cuerpos, tales como las condiciones socioeconómicas, las posibilidades de acceso a trabajos, alimentación, vivienda y servicios “dignos”, o tener que compaginar el trabajo remunerado y el trabajo de reproducción (Fraser, 2011); así como en cuestiones simbólicas, culturales y/o valorativas que inciden en el modo en que se representa a las mujeres (Fraser, 2011) y, por ende, en cómo se interactúa con ellas.

A partir de un enfoque de género, analizo cómo las desigualdades de género que se experimentan a lo largo del proceso de envejecimiento han permeado las trayectorias de vida de las mujeres entrevistadas en distintas dimensiones y aspectos e, incluso, cómo esto cambia o permanece en “la vejez”. Cabe señalar que analizo el proceso de envejecimiento de las mujeres desde el enfoque de la gerontología crítica feminista. Este enfoque parte de algunos puntos (Freixas, 2008) que priorizo en mi análisis. A partir de comprender a la edad como una construcción sociocultural, me posiciono críticamente ante diferentes elementos, tales como las creencias (incluyendo mis propias creencias), los imaginarios, los discursos y los estereotipos edadistas¹ y sexistas en torno a “la vejez” y al envejecimiento de las mujeres; así como ante la investigación y el conocimiento “tradicional” sobre estos temas, mismos que

¹ El edadismo (o *ageism*) es un concepto que empleó Butler (1969) para nombrar la discriminación sistemática hacia las personas por su edad: es un prejuicio contra la edad, a partir del cual se atribuyen rasgos peyorativos a las personas “viejas” por el mero hecho de tener ciertos años. Según el *Glosario sobre edadismo* (2023) de la Fundación “la Caixa”, el edadismo es una forma de discriminación social por cuestión de edad. Está relacionado con la manera de entender la vejez y el envejecimiento, con las relaciones intergeneracionales y con la forma en que se perpetúan estereotipos e ideas preconcebidas sobre “las personas mayores”. Una de sus formas más extendidas es el uso inadecuado del lenguaje. Asimismo, según esta fundación existen tres formas más habituales de edadismo: la infantilización, la despersonalización y la deshumanización.

durante mucho tiempo han partido de una visión biologicista, homogénea, edadista, sexista y androcéntrica y que, a partir de esos rasgos, no han profundizado en la diversidad y la complejidad de las experiencias de envejecimiento de las mujeres.

Asimismo, he puesto especial atención en un posicionamiento (auto)crítico ante el uso del lenguaje, al tener en cuenta su poder simbólico y cuestionar mis propios sesgos edadistas y sexistas. Reconozco las relaciones de poder que implica la realidad social y, por ende, he dado prioridad a una autocrítica constante ante mi abordaje del tema y ante mi lugar en la investigación, así como a construir relaciones horizontales y a cuestionar posibles sesgos, preconcepciones y prejuicios. Como mencioné previamente, considero al género como una categoría de análisis, a partir de esto, busco contribuir a la visibilización de las experiencias de las mujeres, particularmente de las mujeres de 60 a 75 años, así como a la expresión de la diversidad que hay entre ellas.

Ahora bien, mi abordaje del envejecimiento parte de una mirada procesual, con la finalidad de expresar la complejidad de las experiencias de las mujeres a lo largo de sus trayectorias de vida. En este sentido, considero a la vida humana como un entramado de diversas experiencias y “dimensiones”. Esta mirada procesual también favorece una visión de “la vejez” que rebasa sus convencionales abordajes monolíticos, los cuales la definen meramente a partir de la edad cronológica; por el contrario, a partir de comprender a la trayectoria de vida como un proceso, “la vejez” puede ser comprendida en relación con vivencias, contextos e hitos previos que se van enlazando y desarrollando en dicha trayectoria, y no como algo aislado o como una “etapa” descontextualizada.

Recupero la diversidad de experiencias de los procesos de envejecimiento de mujeres de 60 a 75 años a partir de sus narrativas, con la finalidad de mostrar al envejecimiento como un proceso diferencial, así como de partir de sus propias experiencias. Este abordaje me permite posicionarme críticamente ante el conocimiento sobre el envejecimiento que (re)produce una visión homogeneizante de él, y que, a partir de un “sujeto” supuestamente universal, no refleja las experiencias de las mujeres, atravesadas por el género (y otros ejes de inequidad), sino que las subsume bajo una visión heteropatriarcal. Esta visión no refleja la diversidad de sus experiencias en dos sentidos: en relación con otras identidades de género,

principalmente con la visión androcéntrica, que parte de las experiencias de los hombres, y en relación con otras mujeres, a partir de posicionamientos esencialistas que promueven ideas como las de un “eterno femenino”.

Me centro en mujeres de más de 60 años², concretamente de 60 a 75 años, debido a que se ha señalado que en estos momentos de la vida las mujeres reflexionan de un modo particular sobre sus trayectorias de vida. Reflexionan sobre la satisfacción respecto a lo vivido (el pasado) y toman conciencia de sí mismas (el sentir actual) en el presente (Freixas, Luque y Reina, 2012). En este sentido, centrarme en mujeres que tienen más de 60 años me permite analizar sus procesos de envejecimiento de una manera compleja: a partir de una vida en retrospectiva, que lleva a (re)significar hechos del pasado y del presente. Considero a los 60 años como un punto que me permite recuperar la vida de las mujeres, en tanto proceso, en retrospectiva. Este acercamiento me permite complejizar la idea de “vejez”, cuestionando su visión tradicional que no considera elementos vivenciales y diferenciales en las trayectorias de vida.

Mencionado lo anterior, el objetivo general de mi investigación es analizar la manera en que mujeres de 60 a 75 años que han vivido en la Ciudad de México construyen las narrativas sobre sus experiencias de envejecimiento para observar cómo se posicionan ante los imaginarios sociales predominantes de “la vejez” y el envejecimiento, atravesados por el género. Para concretar este objetivo, planteé cuatro objetivos específicos que consistieron en 1) identificar y analizar qué aspectos significan como importantes las mujeres de 60 a 75 años en sus narrativas sobre sus procesos de envejecimiento; 2) identificar y analizar de qué manera las identidades de género permean las narrativas de las mujeres de 60 a 75 años sobre sus procesos de envejecimiento; 3) identificar y analizar de qué manera los discursos edadistas articulados con el género permean las narrativas de las mujeres de 60 a 75 años sobre sus procesos de envejecimiento; y, por último, 4) analizar cómo las mujeres de 60 a 75 años han concebido al envejecimiento a lo largo de sus vidas e identificar si existen cambios en ello al “llegar” a “la vejez”.

² Edad a partir de la cual socialmente se concibe que comienza “la vejez”. Cabe señalar que mi mirada es procesual, en tanto que a partir de esas edades recuperé el proceso de envejecimiento de las mujeres.

Con la finalidad de exponer los resultados de la investigación que realicé para concretar estos objetivos presento mi tesis dividida en tres capítulos. En el primer capítulo desarrollo tres apartados que expresan el proceso de construcción del problema de investigación. En el primer apartado expongo la revisión del conocimiento acumulado en torno a las experiencias de envejecimiento de las mujeres. Partiendo de la revisión de diversas investigaciones empíricas en torno al tema desarrollé la construcción del problema de investigación, como un proceso, a partir de tres dimensiones analíticas que elegí: lo corporal, lo emocional y lo económico.

Estas dimensiones me permitieron agrupar e interrelacionar los diferentes temas o elementos que fui hallando como significativos en los abordajes del envejecimiento; por ello, presento las investigaciones ordenadas a partir de tales dimensiones. Asimismo, con la finalidad de tener una aproximación amplia al tema, con una mirada procesual, planteé un acercamiento que englobara estas dimensiones analíticas de un modo interconectado y que no se centrara únicamente en una de ellas. Posteriormente, en este apartado también desarrollo el aporte de mi investigación y profundizo en los conceptos y los principios teóricos del enfoque de curso de vida, el cual ha sido central en mi abordaje del envejecimiento. Concluyo este apartado con el planteamiento del problema de investigación, desarrollando las preguntas y los objetivos.

En el segundo apartado de este capítulo expongo la aproximación teórica-conceptual que elaboré, a partir de la cual realicé el acercamiento y el análisis a los procesos de envejecimiento de las mujeres entrevistadas. Esta aproximación parte de los conceptos centrales para mi investigación: el género, como categoría analítica y como eje de diferentes relaciones de poder, el cual me permite expresar las desigualdades que las mujeres entrevistadas han experimentado a lo largo de sus trayectorias de vida (incluyendo la actualidad) en diferentes dimensiones; el envejecimiento, como un proceso diferencial y complejo que abarca toda la vida humana, que implica factores biológicos, corporales, económicos, sociales, e individuales y subjetivos, y que está en estrecha relación con el género; “la vejez”, desde un abordaje crítico que la diferencia del envejecimiento y que, a la vez, cuestiona su usual visión monolítica como una etapa definible únicamente a partir de la

edad cronológica; y los imaginarios sociales, entendidos como referentes que operan a nivel simbólico, que se expresan en diversos discursos y que tienen efectos reales, siempre desde espacios situados socio-históricamente, es decir, sujetos a posibles transformaciones.

Destaco la importancia de estos imaginarios y discursos en las interacciones sociales (ya que pueden promover diferentes formas de relación, tales como el rechazo o la inclusión) y en la construcción de las identidades individuales y colectivas. Concretamente, contextualizo los imaginarios y los discursos sociales del envejecimiento, con rasgos edadistas y sexistas, que las mujeres entrevistadas (re)producen y que permean en cómo se narran y construyen a sí mismas, tales como los que representan a las “mujeres mayores” como “feas”, “hurañas”, con “actitudes desagradables”, “cerradas a la convivencia”, “vulnerables”, “inactivas”, etc.

Además, elaboro una aproximación a otros conceptos importantes. El concepto de agencia situada (Herrera, 2021), por ejemplo, me permite ir más allá de los dualismos modernos de libertad-coacción, para abordar las narrativas y las experiencias de las mujeres entrevistadas desde sus propios contextos, que les posibilitan márgenes concretos de acción y decisión. En este sentido, analizo a la vida social como un espacio lleno de matices, en el que las entrevistadas experimentan desigualdades, pero también crean estrategias desde su agencia. Asimismo, indago en los ideales de feminidad y respetabilidad, entendidos como factores que a partir del género son importantes en las trayectorias de vida de las mujeres y que implican ciertas presiones y malestares en diferentes dimensiones de sus vidas.

Cabe señalar que la elaboración de esta aproximación teórica-conceptual es situada, es decir, que priorizo la contextualización que las mujeres entrevistadas hacen de sus vidas, en el lugar en que han envejecido: la Ciudad de México. Para ello, retomo algunos acontecimientos contextuales importantes: el capitalismo, sobre todo en su etapa tardía, denominada gubernamentalidad neoliberal (Foucault, 2007), que ha promovido ideales de productividad e individualismo, los cuales han propiciado visiones de la vida como si dependiera únicamente de las decisiones personales, separándole de las desigualdades estructurales; así como ciertas transformaciones, tales como el progresivo reconocimiento y desdibujamiento de las “fronteras” entre espacio privado y público, lo cual ha desembocado

en transformaciones en las experiencias de las mujeres; o el auge masivo de los medios de comunicación, que ha propiciado una difusión sin precedentes de discursos e imaginarios sexistas y edadistas, como los discursos de belleza que la asocian con la juventud y la feminidad.

Por último, en el tercer apartado de este capítulo planteo la estrategia metodológica que fui construyendo para analizar al envejecimiento desde una mirada procesual y de género, priorizando su abordaje como una experiencia diferencial, así como la diversidad en variables significativas en las experiencias de envejecimiento de las mujeres. Desarrollo la metodología seguida para los acercamientos a las entrevistadas y para el análisis de la información, así como la justificación para las decisiones que fui tomando: el enfoque metodológico y la delimitación del campo y de las mujeres participantes.

Expreso cómo fui desarrollando mis decisiones para elegir la metodología que he considerado adecuada para aproximarme a las subjetividades y a las experiencias de envejecimiento; en este sentido, desarrollo las razones de la elección de la metodología cualitativa, de realizar entrevistas a profundidad con elementos del enfoque de curso de vida, del análisis a partir del enfoque de la gerontología crítica feminista y de las características de la muestra. Asimismo, describo cómo fue la realización de mi trabajo de campo, con los retos que implicó, tanto a nivel de acceso a las instituciones, como subjetivamente; presento a las mujeres entrevistadas, expresando la diversidad de sus perfiles; y, por último, a partir de un ejercicio de reflexividad en el que reconozco las implicaciones emocionales y vivenciales que me relacionan con el problema de investigación, me sitúo como investigadora.

Ahora bien, en el segundo capítulo desarrollo el análisis de las narrativas de las mujeres entrevistadas sobre sus experiencias de sus procesos de envejecimiento. Las mujeres entrevistadas narraron diversas experiencias que interpreté como tensiones ante los imaginarios y los discursos sociales del envejecimiento y de “la vejez”, atravesados por el género, mismos que tienen rasgos edadistas y sexistas. Analicé lo anterior como un diálogo que implica (re)producción, pero también cuestionamientos y resistencias, a partir de la agencia situada de las mujeres entrevistadas, expresada en diversas estrategias a través de las cuales buscan diferenciarse de los discursos que las rechazan continuamente. En este sentido,

en este capítulo analizo la relación entre lo macro (los imaginarios y los discursos sociales) y lo micro (las narrativas, las experiencias y la construcción de las identidades de las mujeres), mostrando el modo en que las identidades se construyen a partir de los discursos y los imaginarios, lo cual refleja la relevancia de cuestionar y cambiar el modo de representar a “las mujeres mayores”.

Este análisis lo presento en cuatro apartados (con sus respectivos subapartados). En el primero abordo las tensiones que las mujeres entrevistadas expresaron en sus narrativas para identificarse como “viejas” o “mayores”, lo cual expresa resistencias, intenciones de diferenciación y la (re)producción de discursos edadistas y sexistas. Asimismo, muestra la importancia de los discursos sociales, como el de la edad cronológica, en la manera en que las entrevistadas se comprenden y auto-representan. En el segundo apartado analizo la influencia que los ideales de belleza y la apariencia han tenido en la vida de las mujeres entrevistadas a lo largo de sus procesos de envejecimiento y, concretamente, en “la vejez”. Analizo los rasgos sexistas y edadistas de estos ideales, mismos que las entrevistadas (re)producen y cuestionan simultáneamente, tales como la asociación de la belleza con la juventud y la feminidad, o la concepción de prácticas “correctas”, “femeninas” y “respetables” acorde a la edad cronológica. Esto refleja la presión constante que las mujeres experimentamos para “vernors bien”, acorde a reglas e ideales inalcanzables, sexistas y androcéntricos.

En el tercer apartado problematizo el tema de “la actitud” en los procesos de envejecimiento de las mujeres entrevistadas, enfatizando el discurso edadista y dicotómico que implica pensar que el envejecimiento depende de ella, ya que le desprende de elementos materiales y subjetivos y, por ende, dificulta la aceptación de este proceso. Analizo en las narrativas los prejuicios hacia “las personas mayores” e indago en el modo en que las entrevistadas han adquirido diferentes actitudes para diferenciarse de las “mujeres mayores”. Por último, en el cuarto apartado profundizo en las sensaciones de temor, fragilidad y vulnerabilización que las entrevistadas señalaron que experimentan a partir de diferentes causas, muchas de ellas relacionadas con los discursos y los imaginarios sociales de “la vejez” y del envejecimiento, los cuales les adjudican numerosas características peyorativas.

Asimismo, señalo las resistencias que las entrevistadas han implementado ante ello, a partir de narrarse y actuar desde otros espacios, tales como la actividad, la autonomía y la fortaleza. En este punto también problematizo qué es ser activas para ellas, desde un enfoque de género, a partir de cuestionar el impacto del cuidado de otros en sus trayectorias de vida.

Posteriormente, en el tercer capítulo desgloso el análisis de las experiencias concretas y compartidas de las mujeres entrevistadas, denotando sus experiencias diferenciales a partir de sus recursos y posicionamientos específicos. En la primera parte de este capítulo rastreo elementos a partir del enfoque de curso de vida: las transiciones y los puntos de inflexión o *turning points*. Indago en los hitos significativos a lo largo de sus trayectorias de vida, a partir del género, como eje de injusticia simbólica y distributiva o socioeconómica (Fraser, 2011). En este sentido, a partir de entender al envejecimiento como una experiencia procesual en la que hay interrelaciones con momentos previos de la vida, indago en la influencia que estos hitos han tenido en sus experiencias actuales de “vejez”.

Además, a partir de un posicionamiento crítico muestro cómo ciertos aspectos en las vidas de las mujeres que usualmente son vistos como “decisiones”, implican también limitaciones, presiones y estrategias relacionadas con sus contextos socioeconómicos concretos. En mi abordaje priorizo el análisis de la interrelación entre género, edad y clase social. En los apartados de este capítulo desarrollo los hitos que fueron significados como importantes por las entrevistadas: las infancias precarizadas; las paternidades ausentes que dieron lugar a matrimonios tempranos; la maternidad, significada como una pausa en el trabajo remunerado; el cuidado de otros y su impacto en el envejecimiento de las mujeres, en un sentido corporal, emocional y económico; y el impacto de sus condiciones materiales en sus vidas, posicionándome críticamente ante los discursos que reducen todo al “autocuidado”.

En la segunda parte de este capítulo analizo las motivaciones de las entrevistadas en la actualidad, a partir de dos elementos que narraron como significativos: el trabajo remunerado y el aprendizaje. Destaco el modo en que esto permite cuestionar las representaciones peyorativas, edadistas y sexistas de la “la vejez”; sin embargo, también

refleja la influencia de rasgos propiciados por la gubernamentalidad neoliberal, como el de la productividad, en las construcciones subjetivas de las mujeres entrevistadas.

Por último, planteo las conclusiones de la tesis, retomando los hallazgos importantes de mi investigación y abordaje del envejecimiento de las mujeres, así como mostrando espacios, limitaciones y posibles interrogantes y líneas de investigación para seguir construyendo conocimiento respecto al tema.

Capítulo 1. Proceso de construcción del problema de investigación: el proceso de envejecimiento de mujeres de 60 a 75 años

En este capítulo desarrollo tres apartados que expresan el proceso de construcción del problema de investigación. En el primer apartado expongo la revisión del conocimiento acumulado en torno a las experiencias de envejecimiento de las mujeres, organizado a partir de las tres dimensiones analíticas que elegí para abordarlo como un proceso diferencial y complejo: lo corporal, lo emocional y lo económico. Asimismo, desarrollo el aporte de mi investigación y explico los conceptos y los principios teóricos del enfoque de curso de vida, mismos que han sido centrales en el desarrollo de esta. Concluyo con el planteamiento del problema de investigación, incluyendo las preguntas y los objetivos. En el segundo apartado expongo la aproximación teórica-conceptual que elaboré, a partir de la cual realicé el acercamiento y el análisis a los procesos de envejecimiento de las mujeres entrevistadas; para ello, desarrollo los conceptos centrales de mi investigación. Por último, en el tercer apartado planteo la estrategia metodológica que fui construyendo para analizar al envejecimiento desde una mirada procesual y de género.

1.1 Revisión de investigaciones en torno al envejecimiento de las mujeres

El presente estado de la cuestión da cuenta de las investigaciones empíricas y obras que revisé en torno a las experiencias de envejecimiento de las mujeres, así como de la manera en que fui construyendo el problema de investigación (desde una mirada procesual) a partir de tal revisión. Muestro algunos de los principales ejes temáticos y aportaciones que he encontrado. Presento la información organizada en las tres dimensiones analíticas que elegí a partir de la revisión del conocimiento acumulado sobre el tema: lo económico, lo emocional y lo corporal. Estas dimensiones son “áreas” que considero relevantes y que me permitieron una aproximación compleja al envejecimiento, en el sentido en que lo analizo: como un proceso.

Las investigaciones revisadas son principalmente empíricas, de carácter cualitativo. Fueron seleccionadas a partir de mi objetivo de estudio. Debido a que percibí que la línea de investigaciones sobre el envejecimiento con un enfoque de género no ha sido tan abundante, mi búsqueda y revisión abarcó investigaciones tanto del envejecimiento en general, como de

este desde un enfoque de género. Asimismo, las investigaciones revisadas provienen de diversas disciplinas, destacando diferentes ciencias sociales, como la psicología, el trabajo social, la antropología social y la sociología; así como algunas ciencias biomédicas, destacando la enfermería y la medicina. Los enfoques también son diversos, hay investigaciones que parten desde la gerontología tradicional, mientras que otras siguen el enfoque de la gerontología crítica feminista.

Aunado a lo anterior, a lo largo de la búsqueda de materiales en distintas bases de datos³ noté que el tema del envejecimiento de las mujeres había sido abordado desde varios enfoques en la teoría; sin embargo, en cuanto a investigaciones empíricas no había tal abundancia de recursos. Asimismo, la mayoría de las investigaciones empíricas que revisé se ha centrado en un solo aspecto (por ejemplo, el cuidado, la soledad, etc.) o “dimensión” del envejecimiento, de modo que no se advierte la interrelación entre estos aspectos o “dimensiones”; por ende, no se ofrece una visión de las complejidades del envejecimiento, misma que considero que amerita una mirada procesual, como la que empleo en mi investigación.

Además, observé que muchas de las investigaciones sobre “la vejez” y el envejecimiento de las mujeres parten de supuestas carencias o complicaciones compartidas, como la viudez, la soledad y el nido vacío; o la visión de la belleza y la menopausia como límites en sus vidas. Este modelo, que podría denominarse “hegemónico”, resulta limitante, en tanto que deja de lado otras posibilidades que las mujeres experimentan; por el contrario, promueve la visión de “la vejez” y del envejecimiento como fuentes de pérdidas y declives, destaca sus rasgos negativos y, por ende, promueve el edadismo, mismo que se acentúa en el caso de las mujeres, debido a su posicionamiento desigual de poder respecto a los hombres. En este sentido, este modelo parte de una visión heteropatriarcal que ha creado un imaginario social peyorativo, sexista y edadista, de la “mujer mayor” o “vieja”.

³ Se realizaron búsquedas con diferentes combinaciones de palabras. Principalmente se utilizó la mezcla de las siguientes palabras: experiencia(s), envejecimiento, vejez, mujeres, género, emociones, cuerpo, económico, gerontología, feminismo, gerontología crítica feminista, gerontología crítica, etc. Asimismo, se priorizaron investigaciones empíricas.

Cabe señalar que también existen algunas investigaciones (progresivamente más) que han seguido otros enfoques y que se han posicionado críticamente ante el modelo hegemónico (fatalista, peyorativo, edadista y sexista) del envejecimiento de las mujeres. Este es el caso, por ejemplo, de las investigaciones que se inscriben dentro del enfoque de la gerontología crítica feminista, como las de Freixas (2008), Freixas, Luque y Reina (2012) y Ramos (2015). Estas investigadoras han abordado al envejecimiento de las mujeres desde sus diversidades, denotando que no implica únicamente carencias y necesidades, sino también fortalezas y capacidades.

Mi investigación se inscribe dentro de la línea de las investigaciones anteriores, ya que priorizo una postura crítica y procesual. Parto de las narrativas y las experiencias de las mujeres, con sus limitaciones y resistencias, sin anclarme a lo negativo, pero tampoco dejando de lado las complicaciones reales que muchas veces enfrentan. Busco recuperar las diferentes experiencias de mujeres de 60 a 75 años para indagar si hay otros modos de experimentar los fenómenos, así como para descubrir otros puntos importantes en sus experiencias de envejecimiento. En este sentido, me parece importante reconocer los aportes de otras investigaciones que han buscado explorar diferentes significados de las experiencias de las mujeres de más de 60 años, como es el caso de las investigaciones que parten del enfoque de la gerontología crítica feminista, las cuales han tenido gran importancia para plantear nuevos acercamientos e interrogantes en torno al envejecimiento de las mujeres.

El acercamiento que hago es situado, sin pretensiones universalistas. Contribuye al panorama sobre el envejecimiento de las mujeres en México, concretamente en la Ciudad de México, desde una perspectiva de género; así como al cuestionamiento de los imaginarios y los discursos sociales edadistas y sexistas que influyen en la construcción identitaria y/o en las experiencias y las narrativas de las mujeres de 60 a 75 años.

Por último, cabe mencionar que presento la elaboración del conocimiento acumulado relacionado con el problema de investigación ordenada en las tres dimensiones analíticas que elegí: lo emocional, lo corporal y lo económico. Al acercarme al conocimiento sobre el tema decidí investigar estas dimensiones debido a que considero que son “áreas” que permiten agrupar los diferentes temas o elementos que muchas veces han sido abordados de manera

aislada, con la finalidad de tener una aproximación amplia y compleja del proceso de envejecimiento. Esta “división” ha sido de gran utilidad a lo largo de mi investigación, tanto para aproximarme a los antecedentes del problema, como para construir el problema de investigación como un proceso y para realizar el trabajo de campo. Me ha permitido agrupar y buscar la integración de los diferentes elementos, aspectos y experiencias del proceso de envejecimiento. Sin embargo, tengo presente que la realidad social rebasa estas divisiones y, por ende, son un recurso analítico que no pretende descifrar al envejecimiento como un absoluto, sino aproximarse a las experiencias de las mujeres de un modo amplio y complejo.

1.1.1 Las emociones en los procesos de envejecimiento

Algunas investigaciones que revisé sobre el envejecimiento de las mujeres se han centrado en las emociones en este proceso y en “la vejez”. Han destacado la relevancia de los vínculos, principalmente de la familia y de las amistades de edades similares; la relación entre lo social y lo emocional; la relación entre el género y las emociones, a partir de la cual han argumentado que algunas mujeres experimenten tres fenómenos de un modo particular: la soledad, el nido vacío y la viudez; las fortalezas emocionales de las mujeres en la vejez y, por último, la influencia de lo emocional en el plano físico (en el cuerpo). Estas investigaciones se han realizado desde un enfoque médico y social, principalmente desde la psicología, la antropología social, la sociología y el trabajo social.

En las investigaciones consultadas se ha señalado la importancia de los vínculos en el bienestar emocional de las mujeres a lo largo de su vida y en “la vejez”, destacando la relevancia de la familia (la pareja, los hijos e hijas, la maternidad, el cuidado, etc.), las amistades y el vecindario (Freixas, Luque y Reina, 2012; Torío, 2021). Involucrarse en espacios y redes es muy importante para lo emocional (Freixas, Luque y Reina, 2012; Arias, 2013). Al respecto, Torío (2021) señala la importancia que tiene para las mujeres el afecto, la ayuda emocional, el sentirse queridas, la intimidad, la confianza y la disponibilidad.

Los vínculos matizan factores que influyen en el malestar emocional que muchas personas experimentan en “la vejez”, como la jubilación y la enfermedad (Varela, 2008), la tristeza (Arias, 2013), la falta de intimidad, la incomprensión y la inseguridad (Lozano y

Gallardo, 2022), y la soledad (Freixas, 1991; Varela, 2008). Entre estos factores, Freixas, Luque y Reina (2012) también señalan el ritmo acelerado del mundo, la invisibilización, la sobriedad y continencia impuestas, la visión de “la vejez” como una etapa finalista y la infantilización.

Como puede verse, se ha reconocido una relación entre lo social y lo emocional. En este sentido, Freixas, Luque y Reina (2012) señalan que la sociedad influye en lo emocional. Si no se da un ambiente propicio, las “mujeres mayores” experimentan mayor malestar emocional. Relacionado con esto, desde la sociología de las emociones se ha señalado que las emociones influyen en la edificación y continuidad de la vida social. Las sociedades promueven estructuras afectivas particulares (Ariza, 2020).

En concordancia con lo anterior, algunas investigaciones (Ramos, 2018; De la Mata y Hernández, 2021) han planteado la relación entre el género y lo emocional. Ramos (2018) sostiene que “la construcción de la identidad de género en nuestro sistema patriarcal genera malestares psicológicos y emocionales diferentes en hombres y mujeres” (p. 86). La autora señala que la construcción de la identidad de las mujeres, en torno a la feminidad basada en un “ser-para-otros”, implica la anteposición de los demás por encima de la vida propia, lo cual puede desencadenar un sentimiento de vacío existencial en “la vejez”. En concordancia con esto, De la Mata y Hernández (2021) argumentan que la construcción social de las mujeres como seres para otros (para el amor) hace que tiendan a valorar su vida en función de sus vínculos, lo cual repercute en sus identidades y en la construcción simbólica de lo que significa vivir y cómo se debe hacerlo. Asimismo, esto hace que las mujeres manejen sus emociones de diferente manera, ya que su sensibilidad permea su desarrollo vital.

Esta visión de la relación entre el género y lo emocional me parece relevante porque visibiliza las implicaciones que la sociedad y, más que eso, las desigualdades de género (pero también de otros ejes de poder, como la clase social) tienen en las trayectorias de vida de las mujeres. Lo cual, a su vez, lleva a reflexionar sobre la urgencia de implementar una mirada de género, como eje de desigualdades de poder, con la finalidad de promover el equilibrio psicosocial y/o emocional de las mujeres a lo largo de sus envejecimientos.

Otras investigaciones (Juliano, 1992; López y Díaz, 2018; De la Mata y Hernández, 2021) han señalado que las mujeres viven tres fenómenos de un modo particular en sus trayectorias de vida: la soledad, el nido vacío y la viudez. Respecto al nido vacío, por ejemplo, se ha enfatizado que las mujeres tienden a valorar más su vida en función de otros (Juliano, 1992; De la Mata y Hernández, 2021), lo cual propicia que experimenten un vacío o soledad cuando los(as) hijos(as) parten (López y Díaz, 2018; De la Mata y Hernández, 2021). Conviene notar que, si bien algunas de las investigaciones anteriores visibilizan desigualdades de género que estructuralmente experimentan las mujeres en sus procesos de envejecimiento y “vejez”, también refuerzan visiones monolíticas de las mujeres y de sus vivencias; incluso, dejan de lado las diferentes significaciones que pueden darle a eventos e hitos.

Buscando reflejar esta diversidad de significaciones, algunas autoras como Freixas (1991), a partir del enfoque de la gerontología crítica feminista, han señalado que factores como el nido vacío y la menopausia no son centrales en las vidas de todas las mujeres. En su libro *Yo vieja*, Freixas (2021) critica “el relato catastrófico acerca de la menopausia, el cuento del nido vacío y el desbordamiento de la jubilación” (p. 24). Sostiene que hay tres transiciones de libertad en la vida de las mujeres “mayores”: la menopausia, la jubilación y el devenir “*single*”.

En cuanto a la soledad, el tema se ha abordado desde diferentes miradas. Torío (2021) distingue, por ejemplo, la soledad subjetiva del aislamiento social. En concordancia con esto, investigaciones como las de López y Díaz (2018) y Lozano y Gallardo (2022) han señalado que la soledad tiene un componente emocional y social, de modo que sus causas pueden ser muy diversas. Al respecto, se ha planteado, por ejemplo, que las mujeres tienen mayor riesgo de experimentar la soledad debido a la viudez (López y Díaz, 2018), a la mayor longevidad (Freixas, Luque, y Reina, 2012; Lozano y Gallardo, 2022), y a la pérdida de seres cercanos (Torío, 2021). Asimismo, se ha argumentado que la soledad implica mayores dificultades cuando se ha perdido al cónyuge a una edad avanzada (Torío, 2021), cuando no es elegida, o en el momento inicial de enfrentarla (Freixas, Luque, y Reina, 2012). Relacionado con ello, se ha señalado la relevancia de la estructura del hogar (Díez y Morenos, 2015; Pinazo-

Hernandis y Donio-Bellegarde, 2018; López y Díaz, 2018; Lozano y Gallardo, 2022), de la socialización diferenciada, y de los mandatos sociales de género (Maquieira, 2002; De la Mata y Hernández, 2021; Lozano y Gallardo, 2022) en la experiencia de soledad de las mujeres “mayores”.

No obstante, la soledad no es meramente negativa, sino que tiene diferentes significados en las vidas de las mujeres. En este sentido, algunas investigaciones (Freixas, Luque y Reina, 2012; Ramos, 2018; De la Mata y Hernández, 2021; Torío, 2021) han señalado que la soledad puede tener aspectos positivos en las vidas de las mujeres “mayores”. Torío (2021) sostiene que la soledad puede tener diferentes significados para las personas. Para las mujeres “mayores” vivir solas puede ser sinónimo de libertad y autonomía: es mejor que mantener relaciones sociales conflictivas. Señala que un elemento clave para no sentir soledad es cómo se significa la vida pasada y futura. De manera similar, Freixas, Luque y Reina (2012) critican el estigma de la soledad de las mujeres “mayores”. Por su parte, De la Mata y Hernández (2021) conciben a “la vejez” como una etapa de fortaleza; por ello, critican la asociación que se hace entre las mujeres “mayores” y el imaginario negativo de la soledad.

Asimismo, Ramos (2018) plantea que las mujeres están más capacitadas que los hombres para vivir solas en “la vejez”. La mayor disponibilidad de tiempo puede propiciar que creen vínculos, combatiendo la socialización diferenciada y sintiendo satisfacción de vivir en soledad. Aunado a ello, las mujeres “mayores” crean redes de soporte mutuo que les proporcionan bienestar emocional. Incluso, algunas de ellas significan a la soledad como “una necesidad personal alcanzada en sus vidas ahora que son mayores” (Ramos, 2015, p. 388). Por su parte, Lozano y Gallardo (2022) señalan que las mujeres crean redes más grandes que impiden que experimenten la soledad, además de que pueden expresarla con mayor facilidad que los hombres.

En concordancia con lo anterior, en algunas investigaciones se ha planteado que más allá de cómo se experimenta y/o significa a la soledad, las mujeres “mayores” tienen otras fortalezas emocionales que los hombres no tienen. En este sentido, Lozano y Gallardo (2022) argumentan que las mujeres “mayores” tienen mayor capacidad de adaptación y resistencia. Yuni y Urbano (2008) enfatizan que, como resultado de la madurez obtenida a lo largo de

sus trayectorias de vida, las mujeres reflexionan más sobre sus experiencias vitales (buenas o malas), con la finalidad de encontrar un equilibrio para continuar avanzando en sus proyectos de vida: desarrollan la “madurescencia”.

Freixas, Luque y Reina (2012) argumentan que durante “la vejez” las mujeres tienen espacio para cuidar sus propios deseos, ya que están más liberadas. Señalan que, para ello, es elemental la “resignificación del papel social desde el que se quiere vivir la vejez” (p. 22). Deben adaptar sus objetivos a esta etapa de la vida, ya que, de lo contrario, si se guían por objetivos de otras etapas, sentirán malestar emocional. Ramos (2015) ha planteado que las mujeres en “la vejez” asocian su felicidad con construir un proyecto personal, lo cual implica la conquista de espacio y tiempo propios. Por su parte, De la Mata y Hernández (2021) señalan que las mujeres “mayores” pueden cuestionar y redefinir los ideales culturales bajo los que han vivido, ya que en “la vejez” tienen mayores capacidades, mayor disposición de tiempo y menor presión social para cuestiones como tener pareja.

Otras investigaciones, como las de Carstensen (2006) y Arias (2013), han señalado las fortalezas emocionales que se van adquiriendo en el envejecimiento, aunque no han empleado un enfoque de género. Carstensen (2006) sostiene que en “la vejez” hay una reevaluación de las motivaciones y de los objetivos. Estos cambian y, por ende, cambia la regulación emocional: en “la vejez” se prioriza el bienestar y las experiencias emocionales gratificantes, de modo que se evitan las situaciones conflictivas. Arias (2013) argumenta que durante el envejecimiento predominan los cambios positivos en relación con las emociones, destacando la regulación, el control, la madurez emocional, la búsqueda intencionada de situaciones placenteras, más conocimiento de sí mismas y de los demás, así como la libertad para ser más espontáneas y regirse menos por las convenciones sociales.

Estas investigaciones han marcado rupturas importantes respecto al modelo tradicional con el que se ha abordado al envejecimiento de las mujeres, ya que han problematizado su visión deficitaria y han buscado destacar las fortalezas específicas de las mujeres “mayores”. Sin embargo, considero importante mantener un acercamiento crítico a estos abordajes, ya que es importante no dar pie a “esencialismos”. Por ello, en mi investigación entablo un diálogo crítico ante estas visiones, denotando que no se trata de una

etapa de “carencias”, pero tampoco de “fortalezas”, sino que hay complejidades y matices que no se reducen a lo “negativo” o “positivo”, así como que las trayectorias de vida y la clase social hacen muy diversas las experiencias de envejecimiento.

Por último, otro punto que se ha señalado en las investigaciones que consulté es la influencia de lo emocional en el plano físico y social (Torío, 2021). Se ha reconocido, por ejemplo, que la soledad tiene influencia en los cuerpos. Da pie a problemas de salud a nivel físico y psicológico. Relacionado con ello, desde la sociología de las emociones se ha señalado la asociación de malestares emocionales con referentes corporales (Ariza, 2020). Enríquez (2009), por ejemplo, indagó en los malestares emocionales de mujeres en contextos de pobreza. Señaló que las mujeres asociaron los malestares emocionales con referentes corporales específicos, como dolores de cabeza, falta de energía y problemas gastrointestinales.

1.1.2 El cuerpo en los procesos de envejecimiento

Algunas investigaciones que revisé sobre el envejecimiento de las mujeres se han centrado en el cuerpo en las vivencias de este proceso y de “la vejez”. Estas investigaciones han señalado varios puntos importantes: enfatizan al envejecimiento como un hecho biológico y social, y destacan la importancia del cuerpo en él, particularmente en el caso de las mujeres; señalan la correlación del cuerpo con aspectos emocionales y psicológicos; destacan la importancia de los ideales de belleza y juventud, así como de la sexualidad y la reproducción, y su relación con el género; enfatizan la importancia de los cambios fisiológicos en el sentir del envejecimiento; y, por último, señalan la asociación común entre envejecimiento y enfermedad, destacando la importancia de la calidad de vida, el autocuidado y la prevención.

En las investigaciones consultadas el cuerpo no es visto como opuesto a lo mental o subjetivo, sino como correlacionado con el sentir, las emociones y las actitudes (Escalante, 2004; Osorio, 2006; Guerrero y Pineda, 2010). Escalante (2004) sostiene que “el cuerpo es un factor protagónico para la concepción de la vejez” (p. 1011). “El sentir de la vejez” se manifiesta en las transformaciones del cuerpo, en distintas dimensiones. El envejecimiento parte de la experiencia del cuerpo vivido, pero no es su única dimensión importante (Guerrero

y Pineda, 2010). Osorio (2006) reconoce la relevancia de lo corporal; enfatiza que este “no es sólo natural, sino que siempre es construido social y culturalmente” (p. 11).

Dentro de las investigaciones revisadas también se ha señalado la importancia de comprender al envejecimiento como un proceso biológico. Si bien no se reduce a ello, no se puede desprender de su impacto en los organismos. En este sentido, Montes de Oca (1999b) destaca la relevancia de conciliar las dimensiones biológicas y culturales de los fenómenos como el envejecimiento, ya que lo contrario lleva a la pérdida de elementos de comprensión acerca del origen, proceso y fin de los seres vivos. En esta línea, las investigaciones que parten desde la psicología, la medicina y la enfermería ofrecen una visión del envejecimiento que reconoce su impacto en el organismo. Es importante notar que estas investigaciones aportan al abordaje del envejecimiento como un fenómeno que rebasa lo biológico, con complejidades sociales; sin embargo, reconocen sus implicaciones corporales. En concordancia con ello, considero relevante retomar aspectos biológicos y/o corporales del envejecimiento y, a la vez, contemplar factores sociohistóricos y estructurales.

En relación con el cuerpo, algunas investigaciones también han enfatizado que en el envejecimiento de las mujeres hay una gran influencia de los ideales de belleza y de cuerpo joven y vital (Escalante, 2004; Freixas, 2008; Guerrero y Pineda, 2010; Oquendo, 2011). Se ha señalado que socialmente la belleza y la juventud incluso parecen ser sinónimos (Escalante, 2004; Oquendo, 2011). Asimismo, se ha planteado el carácter diferencial de lo estético en las vidas de hombres y mujeres: esto se vive de forma distinta entre ellos, debido a que la apreciación social de las mujeres está basada en la apariencia (Escalante, 2004). La feminidad muestra a la vejez como algo “perfectible” (Guerrero y Pineda, 2010). A las mujeres se les responsabiliza por los cambios en sus cuerpos producto del envejecimiento (Oquendo, 2011).

hooks⁴ (2000/2017) argumenta que las mujeres, mayores y jóvenes, han sido socializadas con la idea de que su valor recae en la apariencia. A pesar de que los cambios propiciados por el feminismo han hecho del envejecimiento una experiencia más positiva

⁴ Me referiré a la autora con minúsculas (bell hooks) en consideración a la decisión y/o posicionamiento que ella misma hizo respecto a no usar mayúsculas en su nombre.

para ellas, enfrentarse a la realidad de envejecer en una sociedad patriarcal propicia que muchas mujeres (re)adopten nociones sexistas de “la belleza femenina”. La moda, pintarse el cabello, las dietas y las cirugías estéticas reflejan la fuerza de los ideales sexistas de belleza (hooks, 2000/2017; Guerrero y Pineda, 2010). Lo anterior da pie a la legitimación de una única manera de ser bellas (Oquendo, 2011). Además, propicia que las mujeres “mayores” no se reconozcan en sus cuerpos y que proyecten el envejecimiento en las demás (Escalante, 2004; Guerrero y Pineda, 2010).

En concordancia con lo anterior, me parece relevante evidenciar la necesidad de abrir espacios para nuevas maneras de pensar a la belleza, más plurales, que correspondan a la realidad y la diversidad de los cuerpos y a los cambios que estos experimentan a lo largo del tiempo, lo cual puede favorecer la aceptación del envejecimiento. Estos “modelos” (si es que pueden llamarse así) deben partir de los deseos de las propias mujeres.

La belleza no es el único factor importante en el envejecimiento de las mujeres; por el contrario, en las investigaciones que revisé se ha reconocido el impacto de los cambios fisiológicos en un sentido más amplio. Se han mencionado otras dimensiones que involucran al cuerpo, como la fisiológica y la kinésica (Gascón, 2017). En la dimensión fisiológica se toma conciencia del cuerpo únicamente cuando hay carencia o enfermedades, como con la aparición de signos marcados de envejecimiento en “la vejez” (Gascón, 2017; Oquendo, 2011). Por su parte, las transformaciones kinésicas implican la disminución de las capacidades y de la independencia (Guerrero y Pineda, 2010).

Otros aspectos que han sido reconocidos como relevantes en la relación que las mujeres tienen con sus cuerpos son la higiene, la blanquitud, la honorabilidad, el extrañamiento del propio cuerpo, la medicalización, la infantilización (Gascón, 2017) y la sexualidad y la reproducción (Oquendo, 2011; Gascón, 2017). En esta línea, algunas investigaciones han enfatizado la importancia de la menopausia (Guerrero y Pineda, 2010; Castañeda y Rebolledo, 2019) como un evento que marca simbólicamente el comienzo de “la vejez” en las mujeres: se les ve como sujetos envejecidos diez años antes que los hombres (Osorio, 2006). Sin embargo, investigadoras como Freixas (2008) han señalado que la menopausia puede significarse de diversas maneras, no necesariamente ligadas con

cuestiones “negativas”, lo cual me parece un hallazgo importante, en tanto que mantiene un posicionamiento crítico, como el que priorizo en mi investigación.

Por otro lado, algunas investigaciones que revisé han señalado la importancia del paradigma biomédico en las representaciones del envejecimiento y de “la vejez”: este les asocia con la enfermedad (Lolas, 2001; Freixas, 2008; Yuni y Urbano, 2008; Varela, 2008). Estas investigaciones han señalado la patologización de “la vejez”, evidenciado su asociación con cuestiones negativas como la enfermedad y la muerte. Han mostrado que los valores ideales del cuerpo se enmarcan con la juventud, la belleza y la vitalidad; por ello, hay una fuerte asociación del envejecimiento con la muerte y la pérdida de salud (Osorio, 2006; Guerrero y Pineda, 2010; Oquendo, 2011). Asimismo, han enfatizado que el estado de vulnerabilidad no es inherente a “la vejez”, sino que es resultado de procesos históricos acumulados que se suman al declive de los cuerpos (Varela, 2008). En este sentido, la calidad de vida es un aspecto relevante en el envejecimiento (Freixas, 1991; Varela, 2008).

En concordancia con las investigaciones mencionadas, retomo una postura crítica ante las asociaciones peyorativas y deficitarias entre envejecimiento y enfermedad o muerte, ya que estas dejan de lado el entendimiento del envejecimiento como un proceso diferencial que, si bien repercute en el cuerpo, a partir de las diferentes trayectorias de vida de las personas, no implica necesariamente el mismo “destino” en “la vejez”. Por lo anterior, no se le puede asociar exclusivamente con la enfermedad o la muerte.

En las investigaciones que revisé también se ha señalado la importancia de la prevención ante los cambios que el envejecimiento produce en los cuerpos. Freixas, Luque y Reina (2012) hablan de los cambios del cuerpo como aspectos prevenibles, pero no evitables. Señalan la importancia que las mujeres “mayores” dan al autocuidado para mantener la salud y la belleza. Respecto al autocuidado, De la Mata y Hernández (2021) plantean que, debido a la socialización de las mujeres, como seres para otros, están acostumbradas a desoír a sus cuerpos, por lo que muchas veces no se cuidan.

En relación con lo anterior, considero relevante notar que los hábitos de autocuidado están atravesados por el género, de modo que las mujeres enfrentan mayores complicaciones

para cuidar de sí mismas. Asimismo, al igual que otras investigaciones, considero indispensable mantener un posicionamiento crítico ante los discursos de “autocuidado” relacionados con el envejecimiento, ya que estos hacen ver a este proceso como algo individual, desligándolo de sus implicaciones sociales, en cuanto a clase y género. Si bien la prevención es importante, esto debe ser leído desde una lógica situada, es decir, a partir de las posibilidades, las limitaciones y las experiencias particulares de cada persona, lo cual está atravesado por desigualdades materiales y/o económicas.

1.1.3 Los contextos socioeconómicos en los procesos de envejecimiento

En algunas de las investigaciones consultadas se ha señalado la importancia de los contextos (económicos, sociales, culturales, etc.) en las trayectorias de vida de las mujeres y, por ende, en sus procesos de envejecimiento y sus vejezes. Estas investigaciones se han desarrollado principalmente desde los estudios urbanos y demográficos, así como desde otras ciencias sociales. Han señalado el impacto de diversos factores en la calidad de vida de las mujeres. Entre estos factores, destacan: los lugares que se habitan; las distintas situaciones socioeconómicas de las personas; la posesión de bienes o recursos económicos; la relación entre la situación económica a lo largo de la vida y el cómo se vive “la vejez”; la influencia de lo económico en las posibilidades del cuidado de la salud; y, por último, la mayor exposición de las personas “adultas mayores” a la pobreza, especialmente en el caso de las mujeres “mayores”.

Algunas investigaciones desde los estudios urbanos y demográficos han hecho énfasis en la influencia de los lugares que se habitan en las experiencias de envejecimiento (De Alba, 2013). Han notado la influencia de los entornos de vida en los aspectos psicosociales de las personas, como el bienestar y la calidad de vida (De Alba, 2013). En este sentido, han evidenciado que hay diferencias significativas entre los discursos de mujeres pertenecientes a sectores diferentes: rurales y urbanos (Guerrero y Pineda, 2010; Gascón, 2017; Castañeda y Rebolledo, 2019). Siguiendo lo anterior, Castañeda y Rebolledo (2019), por ejemplo, concluyen que el contexto rural aporta condiciones particulares al proceso de envejecimiento de las mujeres. Les da tranquilidad y alegría, ya que su experiencia vital es reconocida; sin embargo, experimentan una doble invisibilización, en tanto “mujeres rurales”.

Otro hecho que ha sido señalado es que las distintas dinámicas socioeconómicas de los contextos implican diferencias en las actividades que las mujeres “mayores” pueden realizar, lo cual, a su vez, afecta sus percepciones del envejecimiento (Dasten, Oyarzo y Quinán, 2020). Se ha reconocido, por ejemplo, la importancia de la unidad doméstica, el cuidado y la reproducción de los otros en las experiencias de envejecimiento de las mujeres (Guerrero y Pineda, 2010; Ramos, 2015; Ramos, 2018; Castañeda y Rebolledo, 2019; Dasten, Oyarzo y Quinán, 2020).

Relacionado con lo anterior, pero en un nivel más amplio, es decir, entendiendo al envejecimiento como un fenómeno mundial, se ha reconocido la influencia de los distintos contextos de los países en las experiencias de envejecimiento de las personas. El envejecimiento se experimenta de diferentes maneras en los distintos países. Ejemplo de ello son las diferentes esperanzas de vida (Montes de Oca, 1999b). En este sentido, Montes de Oca (2003) hace énfasis en que no basta con el aumento de la esperanza de vida, sino que hay que construir condiciones para que este aumento represente también oportunidades con calidad.

En el caso de México, Madrigal-Martínez (2010) señala que este país “tiene una participación mucho más activa de los adultos mayores en el mercado de trabajo” (p. 132). La estructura económica no crea actividad laboral remunerada y socialmente útil para este sector etario; por ello, “la vejez” dista mucho de ser una etapa de reposo y tranquilidad en la que se cuenta con un ingreso asegurado, especialmente cuando se tienen bajos niveles de escolaridad. Además, sostiene que el aumento en la esperanza de vida está modificando los ciclos vitales, lo que genera historias laborales (permanencia, alejamientos temporales, retiro o exclusión) diversas. Muchas personas adultas mayores siguen trabajando ante una necesidad económica que las expone a situaciones laborales poco favorables. Montes de Oca (1999b) también señala que en México hay trayectorias laborales prolongadas.

Ahora bien, al hablar del caso concreto de la Ciudad de México, se ha señalado que dentro de ella hay desigualdades marcadas que afectan la calidad de vida de quienes la habitan. No todas las personas mayores tienen las mismas oportunidades. Existen fuertes diferencias sociales que influyen en el envejecimiento de sus habitantes (De Alba, 2013). En

este sentido, se ha señalado el carácter contextual o heterogéneo del envejecimiento (Montes de Oca, 2003; De Alba, 2017), a nivel social e individual (Guerrero y Pineda, 2010). Al respecto, Varela (2008) sostiene que los contextos proveen o limitan oportunidades, tales como viviendas, empleos y relaciones familiares. Montes de Oca (2003) enfatiza que no hay que caer en el error de buscar soluciones globales, como si la vejez y el envejecimiento fueran un fenómeno universal y totalizante.

Por su parte, Madrigal-Martínez (2010) sostiene que la heterogeneidad de condiciones socioeconómicas, políticas y culturales ha provocado situaciones de iniquidad que impactan en las trayectorias de vida de las personas. A partir de ello, señala algo relevante: la estrecha relación entre la situación económica a lo largo de la vida y el cómo se vive “la vejez”. Sostiene que “las desventajas experimentadas a lo largo de la vida para acceder a distintas fuentes de ingreso son las mismas que condicionan la conformación de la seguridad económica en la etapa de la vejez” (p. 151).

Montes de Oca (1999b) también reconoce lo anterior. Argumenta que la desigualdad de ingresos entre hombres y mujeres “mayores” se estructura desde la etapa de la vida productiva. “Los patrones de empleo en la organización económica, la historia ocupacional de las personas retiradas del mercado de trabajo, su nivel de ingresos previos al retiro y su condición de género, así como la situación marital de las mujeres, su posición familiar y número de hijos, parecen variables altamente correlacionadas con la situación social y económica de las personas en la vejez” (Montes de Oca, 1999b, p. 72).

Relacionado con lo anterior, se ha señalado la relación entre la salud y lo económico (Montes de Oca, 1999b), concretamente entre las morbilidades y las desigualdades estructurales. En este sentido, Arber y Ginn (1993) reconocieron que hay variaciones en la salud relacionadas con la clase social, definida principalmente por la posición en el mercado laboral: mujeres y hombres con mayores ventajas económicas tienen mejor estado de salud.

Otro punto relevante que ha sido señalado es que las personas “mayores” son las más afectadas por la pobreza (Montes de Oca, 1999b; Madrigal-Martínez, 2010; De Alba, 2017). “En la vejez se incrementan las probabilidades de experimentar un deterioro económico cuyo

impacto puede poner en riesgo la supervivencia de las personas adultas mayores” (Madrigal-Martínez, 2010, p. 118). De Alba (2013) enfatiza que en la Ciudad de México las personas mayores viven una peculiar fragilidad en la salud y la desprotección social. Esto se acentúa en el caso de las mujeres, ya que viven más años y en condiciones de mayor desigualdad. Por ello, experimentan transformaciones más radicales que los hombres (Montes de Oca, 1999a).

En concordancia con esto, desde la gerontología crítica feminista, Freixas (2008), señala que factores de género, como la dependencia económica surgida a partir de la orientación de las mujeres hacia la familia, misma que se les hace ver como un deber, desembocan en un empobrecimiento progresivo. Ramos (2015) argumenta que “las tres variables que más inciden en el riesgo de pobreza en la vejez son: la edad, el sexo y la unidad de convivencia. De tal manera que una edad avanzada, ser mujer y vivir en un hogar unipersonal, incrementa considerablemente el riesgo de entrar en los umbrales de pobreza” (p. 308).

Lo anterior coincide con hallazgos de investigaciones en torno a la pobreza desde un enfoque de género. Tepichin (2016), por ejemplo, ha sostenido que “la desigualdad de género configura a la pobreza como una experiencia vivida de forma diferencial por hombres y mujeres” (p. 10). En este sentido, las mujeres experimentan la pobreza con mayor profundidad y agudeza. Es conveniente notar que investigaciones como las mencionadas han introducido un enfoque de género en sus análisis, visibilizando factores diferenciales que experimentan las mujeres en sus trayectorias de vida en el ámbito económico.

En las investigaciones que revisé también se ha señalado la importancia de brindar condiciones socioeconómicas favorables para las personas “mayores”, en general, y para las mujeres “mayores”, en específico. Madrigal-Martínez (2010) se adentra en la conformación de la seguridad económica⁵ de la población adulta mayor mexiquense. La autora concluyó que esta es crucial para las personas “mayores”, ya que les provee dignidad, independencia, participación y el cubrimiento de sus necesidades. Freixas, Luque y Reina (2012) también

⁵ La autora retoma la noción de seguridad económica de Guzmán (2003), la cual hace referencia a la capacidad de las personas mayores de disponer y usar de forma independiente cierta cantidad de recursos económicos regulares para garantizar una buena calidad de vida.

señalan la importancia que tiene para las mujeres “mayores” poseer recursos económicos con los que afrontar los gastos en “la vejez”. Esto permite la elección y el acceso a servicios. Asimismo, Ramírez (2006) destaca la importancia de la satisfacción de los requerimientos básicos y de la cantidad, la calidad y la distribución de bienes en “la vejez”.

1.1.4 Mi posicionamiento: ¿desde dónde y qué aporta mi investigación?

A partir de la revisión del conocimiento acumulado sobre las experiencias y las narrativas del envejecimiento de mujeres de más de 60 años, considero relevante señalar los “espacios” que he encontrado en las investigaciones empíricas, así como desde dónde parte y/o en dónde se sitúa mi investigación. Parto de tomar en consideración el hecho de que la generación del conocimiento es una labor conjunta que requiere el diálogo y la crítica constructiva.

Inicialmente, es importante notar que durante mucho tiempo han predominado investigaciones que conciben al envejecimiento y a “la vejez” desde una postura patriarcal, como algo universal y homogéneo. Esta postura parte de sesgos androcéntricos y sexistas, al considerar como “universal” la experiencia de los hombres y dejar de lado la diversidad de experiencias de otras identidades de género. Por ello, se omitieron diversas experiencias diferenciales, como las de las mujeres, y no se empleaba un enfoque de género para analizar las relaciones de poder entre los sexos, así como su expresión en diversas desigualdades en las vidas de las mujeres.

Como mencioné antes, progresivamente diversas investigaciones han seguido otros enfoques, como el de la gerontología crítica, para enfatizar el carácter diferencial del envejecimiento, mismo que rebasa lo biológico y que también responde a cuestiones sociohistóricas y culturales. En este sentido, la gerontología crítica feminista ha buscado enfatizar que hombres y mujeres envejecen diferencialmente (Freixas, 2007; Yuni y Urbano, 2008; Ramos, 2015; Ramos, 2018). En mi investigación retomo este enfoque: parto de concebir a las experiencias de envejecimiento atravesadas por diferentes ejes de poder, como el género y la clase social, que se expresan en diversas desigualdades que experimentamos las mujeres a lo largo de nuestras trayectorias de vida. Parto de una postura crítica feminista,

en tanto que busco visibilizar las experiencias de las mujeres, comprendiendo que están en diferentes espacios de poder que permean sus trayectorias de vida.

Asimismo, en concordancia con este enfoque, denoto el carácter diferencial del envejecimiento desde una perspectiva procesual. Mi investigación no desliga a “la vejez” del proceso de envejecimiento, sino que expresa una visión procesual de la vida humana. Así, además de cuestionar la visión homogeneizante de “la vejez”, también parto de que las vivencias que las mujeres de 60 a 75 años tienen en la actualidad pueden ser mejor comprendidas al tratar de reconstruir sus vidas como procesos diferenciales, con diversos hitos y significados, que, a la vez, están atravesados por elementos estructurales como el género y la clase. La mirada procesual permite notar cambios, continuidades y discontinuidades en las experiencias de las mujeres, para concebir sus vivencias actuales no como hechos aislados, sino en relación con las trayectorias de vida. Me aproximo a las experiencias de las mujeres situando su actualidad en relación con sus trayectorias de vida.

Aunado a lo anterior, difiero del posicionamiento de la gerontología tradicional, en tanto que me desprendo de una visión positivista y no concibo al envejecimiento como algo meramente biológico (Yuni y Urbano, 2008), sino como un fenómeno complejo: social, psicológico, biológico, vivencial, etc. Por lo anterior, decidí no centrarme en una “dimensión” del envejecimiento, sino abarcar tres “dimensiones” de él, mismas que si bien no le agotan, permiten una aproximación amplia a la complejidad del proceso. Esto responde a los “espacios” que he visto en el conocimiento acumulado sobre el tema en México. Si bien se han abordado diferentes “aspectos”, “esferas” o “dimensiones” del envejecimiento, esto se hace comúnmente de manera aislada, dejando de lado las interrelaciones entre tales elementos.

Además, adopto la mirada exploratoria y crítica del enfoque de la gerontología crítica feminista para notar nuevos aspectos significativos o hitos en los procesos de envejecimiento de las mujeres. Esta “mirada” tiene especial importancia en mi investigación, centrada en

México, concretamente en la Ciudad de México, ya que permite vislumbrar hitos o puntos importantes a partir del contexto de este país, con sus especificidades⁶.

Por último, como he señalado anteriormente, cuestiono la visión monolítica del envejecimiento y priorizo un enfoque de género. En concordancia con lo anterior, he buscado expresar la heterogeneidad de experiencias de envejecimiento en México, concretamente en la Ciudad de México; por ello, he priorizado la variabilidad de los perfiles de las mujeres entrevistadas, en cuanto a edades y otras características (clase social, ocupaciones, composiciones del hogar, etc.). La diversidad de las entrevistadas se basa en diversas variables que han sido señaladas por otras investigaciones como significativas en los procesos de envejecimiento. Lo anterior tiene la finalidad de encontrar patrones o diferencias significativas en tales procesos, mismas que aporten al conocimiento sobre el tema.

1.1.5 Análisis del envejecimiento desde el enfoque de curso de vida

El enfoque de curso de vida tiene gran pertinencia para investigaciones que abordan el envejecimiento y las trayectorias de vida de las personas. Progresivamente ha sido empleado en investigaciones sobre el envejecimiento de las mujeres⁷, debido a que permite mostrar la correlación de las vidas o las trayectorias y los cambios sociales, demográficos, culturales e históricos (Elder, 1994). En este sentido, este enfoque es útil para evidenciar la heterogeneidad entre las mujeres, a partir de la diversidad de sus trayectorias personales (Ramos, 2018). Asimismo, capta la idea de movimiento y/o dinamismo de las trayectorias de vida: no muestra a las vidas individuales como algo aislado, sino que las contextualiza. Además, permite comprender a la vida como un fenómeno que puede tener varios puntos de inflexión y no un único acontecimiento “pivotal” (Denzin, 1989).

⁶ Conviene tener presentes las desigualdades socioeconómicas existentes en México, mismas que se expresan en significativos índices de pobreza en la población. Esto se incrementa en el caso de las personas “mayores” y, aún más, en el caso de las mujeres “mayores”. Para dimensionar lo anterior, conviene ver, por ejemplo, que, según el Consejo Nacional de la Evaluación de Política de Desarrollo Social (CONEVAL), en 2020, el 46.1% de la población de 65 años o más en México contaba con un ingreso inferior a la Línea de Pobreza por Ingresos (LPI). En el caso concreto de la Ciudad de México, el Consejo de Evaluación ha señalado que en 2022 el 42.9% de la población de 60 años y más vivía en situación de pobreza multidimensional.

⁷ Este es el caso, por ejemplo, de investigaciones que parten desde el enfoque de la gerontología crítica feminista y que retoman el enfoque de curso de vida, tales como las de Freixas (2008) y Ramos (2015).

Debido a lo mencionado anteriormente, en mi investigación retomo algunos elementos de este enfoque: sus conceptos y principios. Parto de sus tres conceptos básicos o ejes organizadores (Blanco, 2011), en tanto herramientas analíticas: trayectoria, transición y puntos de inflexión (*turning points*). Para el enfoque de curso de vida la trayectoria se refiere a un camino a lo largo de toda la vida que puede variar y/o cambiar (Elder, 1994). Supone una visión a largo plazo en la que no hay una secuencia o velocidad determinada. Las trayectorias abarcan diversos ámbitos y están interconectadas, tanto en un individuo como en las relaciones entre individuos.

El concepto de trayectoria es central para mi abordaje del envejecimiento como un proceso que abarca toda la vida de las mujeres. En mi investigación concibo a la trayectoria de vida de las mujeres como algo dinámico que no supone una secuencia particular o determinada, y que implica una gran variedad de ámbitos o dominios interdependientes (Blanco, 2011). En cuanto a la transición, este concepto hace referencia a cambios de estado, posición o situación que acontecen dentro de las trayectorias. Un punto que el enfoque de curso de vida enfatiza es que las transiciones no están predeterminadas, sino que pueden presentarse en cualquier momento (aunque hay ciertas expectativas y probabilidades). Este concepto es pertinente en mi investigación para aproximarme a los cambios en las trayectorias de vida de las mujeres, a partir de sus propias narrativas y/o significaciones, partiendo de que no son fijas, ni predeterminadas para todas las personas.

Por último, el concepto de puntos de inflexión se refiere a momentos especialmente significativos de cambio (Blanco, 2011). Se trata de eventos que producen virajes en el curso de vida. Estos pueden ser “fácilmente identificables” o de carácter subjetivo. Además, no son predecibles en prospectiva, sino únicamente en retrospectiva. Debido a los objetivos de mi investigación, el enfoque de curso de vida me permite explorar qué puntos de inflexión surgen a partir de las narrativas de las mujeres de 60 a 75 años, viendo sus procesos de envejecimiento en retrospectiva.

En mi investigación también retomo elementos de los cinco principios generales del enfoque de curso de vida. *El principio de desarrollo a lo largo del tiempo* es pertinente para analizar el proceso de envejecimiento en retrospectiva, partiendo de la idea de que se requiere

una perspectiva de largo plazo en la investigación y análisis, ya que “para entender un momento [...] resulta relevante conocer aquello que le precedió” (Blanco, 2011, p. 15). Por su parte, *el principio de tiempo y lugar* me posibilita retomar la importancia de lo contextual y de la relación individuo-sociedad. Parto de comprender que las mujeres viven en tiempos y lugares específicos. En este sentido, procuro un análisis situado de las entrevistadas, cuestionando sus características compartidas y/o diferenciales.

El principio del timing es útil para analizar los momentos en que ocurren los eventos en las vidas de las mujeres; es decir, analizar si los acontecimientos en sus vidas repercuten de maneras diferenciales acorde a sus trayectorias, circunstancias y momentos particulares⁸. Por su parte, *el principio de “vidas interconectadas”* es pertinente para analizar las vidas de las mujeres en interrelación con las vidas de otras personas, principalmente aquellas de sus núcleos cercanos, tales como sus parejas, hijas(os), familias, amistades, etc. Por último, *el principio de agency* es relevante en tanto que en mi investigación considero que:

los individuos no son entes pasivos a los que solamente se les imponen influencia y constreñimientos estructurales, sino que hacen elecciones y llevan a cabo actividades y, de esta manera, construyen su propio curso de vida. Sin embargo, ejercen su libre albedrío dentro de una estructura de oportunidades que implica limitaciones y que proviene de las circunstancias históricas y sociales (Blanco, 2011, p. 15).

En este sentido, considero que las mujeres entrevistadas están insertas en contextos y estructuras específicas que implican ciertas oportunidades o limitaciones en sus trayectorias de vida; sin embargo, esto no anula su agencia⁹, sino que ellas hacen elecciones dentro de sus marcos de posibilidades, lo cual va influyendo en sus cursos de vida particulares.

1.1.6 Planteamiento del problema

Mencionado lo anterior, a continuación, presento mi objetivo general y los objetivos específicos, así como los ejes específicos de interés. Cabe señalar que a la par de la revisión de investigaciones para elaborar el estado de la cuestión fui construyendo el problema de

⁸ Esto puede verse, por ejemplo, en los matrimonios “tempranos” o en las edades en que las mujeres entrevistadas comenzaron a trabajar de manera remunerada. Desarrollo esto en el capítulo 3.

⁹ En concordancia con este principio, un concepto central en mi investigación es el de agencia situada (Herrera, 2021).

investigación y las tres dimensiones de este. Estas dimensiones son analíticas. Las elegí con la finalidad de agrupar diferentes ejes o aspectos del envejecimiento que noté relevantes, así como con el objetivo de mostrar una mirada compleja del envejecimiento, en los términos en los que me acerco a este fenómeno: como un proceso. Sin embargo, reconozco que la complejidad social rebasa estas dimensiones y se presenta con interrelaciones entre ellas.

Respecto a los ejes específicos de interés que presento, debo señalar que, si bien comencé planteando algunos de ellos al iniciar las entrevistas, estos fueron cambiando acorde al trabajo de campo. La mirada exploratoria, abierta y flexible con la que me acerqué, me permitió ir notando puntos de inflexión y temáticas importantes para las mujeres entrevistadas (lo cual responde a uno de mis objetivos específicos); por ello, los ejes responden ante lo que ellas significaron como importante, lo cual presenta tensiones, diálogos y rupturas con hallazgos que han sido señalados en otras investigaciones (sobre todo aquellas que parten desde una mirada homogeneizante o biologicista del envejecimiento).

En este sentido, la **pregunta de investigación** es la siguiente: **¿qué narrativas construyen mujeres de 60 a 75 años que han vivido en la Ciudad de México sobre sus experiencias de envejecimiento en relación con los imaginarios sociales predominantes de “la vejez” y el envejecimiento, atravesados por el género?**

Objetivo general:

Analizar la manera en que mujeres de 60 a 75 años que han vivido en la Ciudad de México construyen las narrativas sobre sus experiencias de envejecimiento para observar cómo se posicionan ante los imaginarios sociales predominantes de “la vejez” y el envejecimiento, atravesados por el género.

Preguntas específicas	Objetivos específicos	Ejes específicos de interés
¿Qué aspectos significan como importantes las mujeres de 60 a 75 años en sus narrativas sobre sus	Identificar y analizar qué aspectos significan como importantes las mujeres de 60 a 75 años en sus	Labores realizadas (remuneradas, no remuneradas, por contrato, informales, etc.) y situación económica a lo largo del

procesos de envejecimiento?	narrativas sobre sus procesos de envejecimiento.	envejecimiento. Autonomía para disponer de recursos económicos. Disposición de dinero y bienes. Seguridad económica ¹⁰ . El papel de las composiciones familiares en las experiencias emocionales; sentimientos de soledad, tristeza y aislamiento. Amor y cuidado de los otros. Cuerpo biológico y salud (morbilidades, acceso a servicios de salud, impacto de los partos y la maternidad en los cuerpos); belleza; lo cultural (mandatos sociales).
¿De qué manera las identidades de género permean las narrativas de las mujeres de 60 a 75 años sobre sus procesos de envejecimiento?	Identificar y analizar de qué manera las identidades de género permean las narrativas de las mujeres de 60 a 75 años sobre sus procesos de envejecimiento.	Mandatos sociales de género, clase y edad y los posicionamientos personales de las mujeres en relación con ellos.
¿De qué manera los discursos edadistas articulados con el género permean las narrativas de las	Identificar y analizar de qué manera los discursos edadistas articulados con el género permean las	Mandatos sociales de género, clase y edad y los posicionamientos.

¹⁰ Siguiendo a Guzmán (2003), la seguridad económica hace referencia a la capacidad de las personas “mayores” de disponer y usar de forma independiente cierta cantidad de recursos económicos regulares para garantizar una buena calidad de vida. No solo implica tener recursos, sino cuántos, su periodicidad y su disponibilidad.

mujeres de 60 a 75 años sobre sus procesos de envejecimiento?	narrativas de las mujeres de 60 a 75 años sobre sus procesos de envejecimiento.	personales de las mujeres en relación con ellos.
¿Cómo ha cambiado la idea del envejecimiento de las mujeres de 60 a 75 años a lo largo de su vida?	Analizar cómo las mujeres han concebido al envejecimiento a lo largo de sus vidas e identificar si existen cambios en ello al “llegar” a la vejez.	Narrativas de las mujeres sobre el envejecimiento a lo largo de sus vidas.

1.2 Acercamiento teórico y conceptual a los procesos de envejecimiento de mujeres de 60 a 75 años

En esta investigación concibo al envejecimiento como un proceso que abarca toda la vida humana (y no humana, es decir, todo lo vivo) y que varía acorde a la trayectoria de vida de cada persona. Es un proceso diferencial y vivencial que rebasa la definición biológica y médica que suele darse de él. Comprender al envejecimiento de este modo me lleva a posicionarme críticamente ante la idea tan arraigada, con pretensiones universalistas, de que “la vejez” es una “etapa” de vida definible y homogénea, así como a problematizar el hecho de que los 60 o 65 años son “una puerta de entrada a ella”.

Asimismo, a partir de comprender al envejecimiento como un proceso que comienza desde el nacimiento, también me posiciono críticamente ante las ideas usuales que le asocian únicamente con “la vejez”. En este sentido, las mujeres entrevistadas en mi investigación se sitúan en un momento de sus procesos de envejecimiento que, si bien en términos de edad cronológica corresponde a las últimas décadas de la esperanza de vida¹¹, es solo un momento más de este proceso, relacionado con los momentos previos de sus vidas.

¹¹ Según el Instituto Nacional de Geografía y Estadística (INEGI), en 2023 la esperanza de vida para las mujeres en la Ciudad de México fue de 79.8 años, mientras que para los hombres fue de 73.7 años. Cabe señalar que esta entidad es la que presenta mayor esperanza de vida para las personas en México. Asimismo, conviene mencionar que, según los datos del INEGI (2023), en 2020 en la Ciudad de México el 12.3% de las mujeres

El acercamiento a “la vejez” y al envejecimiento que planteo en esta investigación se desarrolla desde un enfoque diferencial, de modo que parto del hecho de que las divisiones cronológicas de la vida humana no son absolutas ni se corresponden linealmente con el ciclo vital de cada persona (Tamer, 1995). “La vejez” no es definible únicamente por elementos cronológicos, sino que depende de las condiciones de cada persona. Debido a que el envejecimiento es personal, la edad cronológica no implica iguales edades subjetivas o biológicas en las personas.

El envejecimiento es un proceso complejo. Es vivencial (Ámery, 2001) y está permeado por aspectos subjetivos que impiden pensar en una objetividad plena y que, por ende, exigen dar prioridad a la manera en que las personas lo experimentan. También es un proceso biológico y social. Tiene bases materiales que repercuten en el cuerpo: es un proceso natural del organismo humano. Asimismo, está afectado por factores contextuales, tales como las zonas que se habitan o “los niveles de vida” (Tamer, 1995), el género y la clase social (Arber y Ginn, 1996). En este sentido, es un proceso dinámico y variable, ya que es resultado de la interrelación de lo biológico y genético con el ambiente natural y sociocultural en el que una persona se desarrolla (Tamer, 1995). Es un proceso individual variable, que adquiere características personales y, a la vez, está permeado por lo social y/o contextual.

El contexto sociohistórico permea las trayectorias de envejecimiento. Las mujeres cuyas narrativas analizo han envejecido en México, concretamente en la Ciudad de México, en un contexto capitalista y sexista¹², con características específicas. El capitalismo, como sistema económico desarrollado en diferentes países, incluido México, con sus transformaciones e inercias, ha permeado las construcciones subjetivas y las experiencias de las entrevistadas. Ellas han envejecido en un momento del capitalismo que ha sido definido por algunos autores como “gubernamentalidad neoliberal” (Foucault, 2007). Este momento tiene características particulares. Es un periodo en el que ha habido una crisis de los Estados

tenían 65 años o más, porcentaje que es superior al de las demás entidades del país. Además, la Ciudad de México en ese año fue señalada como la entidad con la población con mayor envejecimiento del país, con una edad promedio de 37.6 años entre las mujeres y 35.3 años entre los hombres.

¹² Comprendo al sexismo en los términos de Fraser (2001), como el desprecio y la devaluación de lo que se codifica como “femenino”, asociado predominantemente con las mujeres. Ahondaré más en los rasgos del sexismo a lo largo de este apartado.

de Bienestar, de modo que estos han dejado de intervenir directamente en las vidas de las personas: el Estado se ha sustraído de responsabilidades y se las ha adjudicado a los individuos.

Esto adquiere connotaciones particulares en el caso de las personas “mayores”, ya que bajo la lógica neoliberal se han asociado el éxito y el goce con características relacionadas (casi) exclusivamente con la juventud, como la “productividad”, la “actividad” o la “actitud emprendedora”. Asimismo, se han debilitado las redes de reciprocidad. Aunado a ello, el retiro de responsabilidades por parte del Estado ha afectado a la población, principalmente en lo que respecta a las pensiones y el acceso a servicios (como la salud). Esto se acentúa en el caso de las mujeres “mayores”, debido a que a lo largo de sus trayectorias de vida experimentan desventajas de género que se expresan en situaciones de mayor vulnerabilidad. Conviene notar, pues, que los discursos neoliberales promueven el rechazo de las características asociadas con el envejecimiento y “la vejez”.

La gubernamentalidad neoliberal ha acentuado diversos discursos individualistas que han desplazado la atención de los elementos estructurales (McRobbie, 2001; Skeggs, 2020; Pineda, 2020) hacia factores que dependen meramente del “individuo”. Así, a partir de ideas como las de “autocuidado”, “amor propio”, “autoestima”, “empoderamiento” y/o “elección”, (y otras cuestiones, como ser “una mujer empoderada” o “envejecer activamente”) la vida y el envejecimiento se plantean como resultado exclusivo de decisiones personales, lo cual desvía la atención de las estructuras sociales y de las desigualdades de poder derivadas de ejes de inequidad como el género, la edad y la clase social. Este discurso que enfatiza el individualismo es propio del neoliberalismo, en tanto que se han adjudicado nuevas responsabilidades a los individuos y, a la vez, han surgido formas de individualismo cada vez más agudas.

Aunado a lo anterior, el progresivo reconocimiento y desdibujamiento de las “fronteras” entre el espacio privado y público, y de la consideración del primero como el espacio “exclusivo” de las mujeres, ha dado pie a paulatinas transformaciones sociales para las mujeres, como la salida del espacio privado para incursionar en el trabajo remunerado, lo cual, a su vez, ha posibilitado transformaciones subjetivas (Herrera, 2021). Los papeles

tradicionales de género (basados en supuestas disposiciones naturales) se han trastocado, cambiando los campos de acción y, en cierto sentido, los marcos normativos (Herrera, 2021) y los imaginarios sociales¹³.

Esto se expresa en experiencias específicas de las entrevistadas, como colindar labores de cuidado y maternidad con el trabajo remunerado, envejecer sin pareja e hijos(as), vivir una “vejez” con independencia económica, etc. Las mujeres entrevistadas han vivido sus procesos de envejecimiento a la par de grandes transformaciones sociales, donde si bien no se expresan rupturas radicales, han emergido posibilidades de cuestionamiento o diálogos con ideas que parecían (y en ocasiones siguen pareciendo) monolíticas, como los imaginarios de género y, más concretamente, de envejecimiento “femenino”.

Los discursos individualistas del capitalismo y los cambios progresivos en las asignaciones tradicionales de las funciones de las personas acorde al género (tales como las actividades “feminizadas” y “masculinizadas”) son fenómenos sociohistóricos y/o estructurales que han tenido influencia en los imaginarios sociales del envejecimiento, atravesados por el género y la edad. Conviene notar, pues, que la gubernamentalidad neoliberal, en tanto forma de gobierno de los otros, incide en cómo los sujetos se autoconstituyen (Foucault, 2007) a partir de determinados imaginarios sociales.

Los imaginarios sociales responden a códigos simbólicos de referencia; sin embargo, al ser sociales o “colectivos” implican un sentimiento o lugar de pertenencia “imaginario” para los individuos, a partir de la oposición, diferencia o exclusión de otros grupos (Serret, 2008). En este sentido, influyen en la manera en que las personas se perciben a sí mismas y a las demás, creando distinciones o diferenciaciones; por ello, pueden dar pie a relaciones de inclusión o rechazo, ya que la manera en que se simboliza algo tiene repercusiones en la relación y/o interacción con ello.

¹³ Esto también se ha visto reflejado en el campo de la investigación o elaboración del conocimiento. Nuevas aproximaciones, como la teoría feminista, han evidenciado que las experiencias están atravesadas por el género, de modo que las mujeres y los hombres (y las diferentes identidades de género) experimentan los fenómenos diferencialmente. Siguiendo la línea argumentativa anterior, la gerontología crítica feminista, por ejemplo, ha evidenciado que el envejecimiento se vive diferente acorde al género.

Además, los imaginarios sociales influyen en la construcción de las identidades individuales (Serret, 2008). Lo imaginario, según Serret (2008), es el lugar -subjetivo- donde las significaciones simbólicas se viven y producen efectos. Es el nivel de actuación de la subjetividad: es cómo las y los sujetos se piensan y se perciben a sí mismas(os), y en esta medida, a las *prácticas* desarrolladas desde esa percepción. Lo imaginario es el lugar en el que actúa el Yo y, a partir de la autopercepción, crea contenidos mentales que dan sentido al mundo y a sí mismo.

Así, los “imaginarios” tienen efectos reales. Los referentes imaginarios de las colectividades son fundamentales en la producción social de discursos que organizan, expresan y reproducen dichos referentes o percepciones. “Toda práctica social se realiza *desde* una percepción imaginaria” (Serret, 2008, p. 51). Las prácticas sociales se realizan con un sentido, es decir, con una asignación artificial (o ficticia) del orden simbólico, que es asumida por sujetos que operan en el nivel de lo imaginario. En este sentido, los imaginarios sociales operan en lo simbólico, pero tienen efectos en lo real. Lo imaginario “existe” y tiene “materialidad”. Se trata de significaciones que ordenan y dan sentido al mundo y a los sujetos.

Es importante tener presente que los imaginarios son históricos y contextuales. Pese a que se muestran como un todo homogéneo y dan “certezas existenciales” a los sujetos, por asignarles “lugares”, en realidad no son unidades ni implican lugares dados y estáticos, sino que siempre son ficticios (Serret, 2008). Las significaciones se presentan como naturales y eternas, pero no lo son (Serret, 2008). Los imaginarios sociales no son universales o ahistóricos; por el contrario, varían acorde a las diferentes épocas, contextos y lugares. Además, esto implica posibilidades de cambio.

Como todo imaginario social, el imaginario del envejecimiento es histórico. Esto implica que los contextos socioculturales específicos cargan de determinados valores las significaciones del envejecer (Ramos, 2018). El envejecimiento se vive dentro de un ámbito valórico (Lolas, 2001), de modo que la edad adquiere valoraciones sociales que impactan en las vidas de las personas que envejecen. La edad adquiere un sentido social, ya que implica cambios en la posición que los sujetos tienen en la sociedad (Arber y Ginn, 1996); sin

embargo, este sentido no es universal, sino que es dado por las condiciones culturales e históricas específicas de cada sociedad.

El imaginario del envejecimiento de las mujeres también es histórico. Las condiciones sociohistóricas actuales, a partir de la modernidad y el neoliberalismo, y de un sistema con rasgos patriarcales y edadistas que se (re)producen y, a la vez, propician espacios para su cuestionamiento, han dado características particulares a las maneras de experimentar y concebir el envejecimiento de las mujeres. Las experiencias de envejecimiento de las entrevistadas deben ser leídas desde estos imaginarios situados, ya que no se trata de elementos abstractos, sino de experiencias y narrativas que surgen en diálogo con imaginarios atravesados por contextos particulares. Las acciones y las narrativas adquieren significado en el contexto, por ello es importante una aproximación situada.

Para dicha aproximación, me acerco a las mujeres como sujetas situadas en ciertas estructuras y contextos que limitan sus márgenes de elección y acción, pero que no les anulan, sino que dejan espacios para ejercer una agencia condicionada y situada. Se trata de “una agencia acorde a las prácticas situadas de las mujeres, vista no como capacidad de acción autónoma individual, libre e independiente, sino como una posibilidad derivada -a su vez productora-de quiebres y desplazamientos [...]” (Herrera, 2021, p. 30). En este sentido, las estructuras y las normas que limitan a las mujeres, en tanto sujetas, son las mismas que les habilitan su existencia y les ofrecen las condiciones de posibilidad para afirmar su agencia, la cual, a su vez, está condicionada por esas mismas estructuras y normas.

Esta noción de agencia me permite concebirla más allá de los dualismos (libertad-coacción) del liberalismo. Siguiendo a Herrera (2021), se trata de una agencia que tiene limitaciones y, a la vez, se expresa como una energía afirmativa. Esto expresa pasividad y actividad simultáneamente, como fuerzas que no implican oposición, sino apertura, pero desde un ejercicio situado. Esto propicia concebir a la subjetividad como algo complejo que actúa y, a la vez, se enfrenta a ciertos condicionamientos del contexto histórico y social en el que se desarrolla. No se trata de una agencia abstracta que implica libertades o coacciones plenas, sino que presenta matices y se sitúa en condiciones específicas.

A partir de lo anterior, se puede comprender que las mujeres entrevistadas se desarrollan y se construyen a sí mismas en ciertas estructuras, a partir de la influencia de normas y reglas, como los imaginarios y los discursos sociales del envejecimiento, atravesados por el género y la edad; sin embargo, esta influencia no anula su agencia, sino que, dentro de dichos imaginarios y discursos, las mujeres realizan desplazamientos estratégicos que posibilitan rupturas y, por ende, reflejan posibilidades situadas de acción (y/o agencia). Si bien las mujeres no pueden “salir” de los imaginarios sociales, pueden cuestionarlos dentro de ciertos márgenes de acción posibilitados a partir de sus condiciones históricas y sociales específicas (tales como el progresivo reconocimiento y desdibujamiento de las “fronteras” entre espacio privado y público), o a partir de condiciones personales de sus trayectorias de vida (tales como la independencia económica o la jubilación).

Ahora bien, los imaginarios del envejecimiento están atravesados por el género y la edad, así como por la clase social. Por un lado, la edad no se limita a su sentido cronológico, es decir, a su expresión en años, sino que adquiere valoraciones sociales que impactan en las vidas de las personas que envejecen: adquiere un sentido social, ya que implica cambios (privilegios, responsabilidades, etc.) en la posición que los sujetos tienen en la sociedad (Arber y Ginn, 1996). Arber y Ginn (1996) han problematizado lo anterior y denominaron edad social a las actitudes y conductas sociales que se consideran “adecuadas” para determinadas edades cronológicas, lo cual está relacionado con el género. Para las autoras, “el sentido de la edad social coincide de alguna manera con el concepto de género: se construye socialmente” (Arber y Ginn, 1996, p. 24).

En este sentido, la edad, como categoría sociocultural, atraviesa los imaginarios del envejecimiento. Históricamente estos imaginarios han sido negativos y/o peyorativos; se han enfocado en los efectos más negativos del envejecimiento y han fomentado la segregación y la marginación social (Tamer, 1995). Ha predominado un imaginario edadista en el que la edad es motivo de discriminación. Así, a partir de la edad y de los rasgos negativos que se le han atribuido, se ha propiciado el rechazo de las personas “mayores”, del envejecimiento y de “la vejez”. Se ha dado una representación edadista cargada de estereotipos (Ramos, 2018).

Por otro lado, el imaginario del envejecimiento también está atravesado por el género. Envejecimiento y género están estrechamente ligados en la vida social (Arber y Ginn, 1996). El envejecimiento se desarrolla de manera diferente en hombres y mujeres, ya que las “relaciones de género” implican diferentes posiciones de poder y categoría en la jerarquía social (Arber y Ginn, 1996). Asimismo, las transiciones en el curso vital varían acorde al género: el envejecimiento es más aceptable en los hombres. La edad social y cronológica contribuyen a incrementar desventajas estructurales de forma diferente para hombres y mujeres en sus procesos de envejecimiento (Arber y Ginn, 1996).

A partir del género y la edad se han trazado ideas estereotipadas de las mujeres a lo largo de sus trayectorias de vida, en sus procesos de envejecimiento y, concretamente, de “las mujeres mayores”. El género, como “campo primario dentro del cual o por medio del cual se articula el poder” (Scott, 2008, p. 25), implica relaciones de poder desiguales para hombres y mujeres. Las mujeres están posicionadas en espacios específicos de poder que van transformándose a lo largo de sus procesos de envejecimiento, de modo que la edad implica cambios en sus posicionamientos en la sociedad (Arber y Ginn, 1996).

Siguiendo a Fraser (2011), el género implica desigualdades e injusticias para las mujeres tanto en un terreno cultural y/o valorativo, como económico y/o (re)distributivo: es un eje de injusticia simultáneamente cultural y socioeconómico¹⁴. En cuanto a lo redistributivo, es decir, a lo relacionado con la estructura político-económica de la sociedad, se refiere a una cuestión distributiva que tiene bases materiales: cómo los recursos materiales se distribuyen injustamente. Por recursos materiales no solo hay que entender al dinero, sino también a las posibilidades de acceder a él: el trabajo, o mejor dicho, el trabajo digno y bien remunerado que queda segregado para unas cuantas personas.

¹⁴ Fraser (2011) hace una distinción entre injusticias de distribución y culturales o simbólicas. Señala que esta distinción es meramente analítica, de modo que no se trata de esferas separadas que no se tocan, sino de esferas entrelazadas que se refuerzan dialécticamente, dando pie a círculos viciosos que posicionan a ciertos sujetos en situación de subordinación cultural y económica. Considero que la distinción de la autora resulta pertinente para mi investigación, en tanto que permite analizar al envejecimiento de las mujeres como un proceso complejo con aspectos de ambas “dimensiones” o “esferas”.

En su dimensión distributiva el género es un principio básico de estructuración de la economía política: estructura (o distribuye) la división entre trabajo remunerado “productivo” y trabajo doméstico no remunerado “reproductivo” (asignado a las mujeres) (Fraser, 2011). Además, estructura la división dentro del trabajo remunerado: entre salarios altos (asignados mayoritariamente a hombres) e inferiores (asignados mayoritariamente a mujeres).

Por su parte, el género en su dimensión cultural o simbólica se arraiga en los patrones sociales de representación y comunicación (Fraser, 2011). Las injusticias en este terreno se refieren a cuestiones de estatus, significaciones y normas: el lugar que un sujeto tiene en el mundo a partir de cómo los otros le representan y/o le niegan las posibilidades de representación, lo cual permea en cómo el sujeto se comprende a sí mismo. Ejemplos de ello son la dominación cultural, el no reconocimiento y el irrespeto.

Las injusticias de género culturales o simbólicas se caracterizan por el androcentrismo (normas construidas autoritariamente que privilegian todos aquellos rasgos que se asocian con “la masculinidad”) y el sexismo cultural (el desprecio y la devaluación de lo que se codifica como “femenino”, asociado predominantemente con las mujeres). Esto se expresa en lesiones hacia las mujeres, como la violencia doméstica o sexual; las representaciones estereotipadas que difunden los medios de comunicación; el acoso y desdén en la vida cotidiana; la sujeción a normas androcéntricas que hacen ver a las mujeres como inferiores; la discriminación; etc. (Fraser, 2011).

Como puede verse, el género se expresa de diferentes maneras, tanto en cuestiones materiales y/o socioeconómicas, como culturales y/o simbólicas. Estas dimensiones están entrelazadas (Fraser, 2011) y se manifiestan de maneras complejas en las experiencias e interacciones sociales. Las narrativas de las entrevistadas reflejaron lo anterior: sus experiencias de envejecimiento han estado atravesadas por diferentes expresiones de ambas dimensiones de injusticias de género.

Una expresión del género son los ideales de feminidad que permean las trayectorias de vida de las mujeres. Los imaginarios sociales del envejecimiento están atravesados por

diferentes imaginarios de género que trazan ideales de feminidad, los cuales influyen en las identidades de las mujeres. El género, en tanto referente simbólico, organiza las identidades: es un ordenador. “El significado construido por el complejo simbólico de lo femenino puede ser diverso para los sujetos particulares, pero ello no invalida que sea imprescindible en su constitución como tales, pues sus identidades singulares dependen de la referencia a ese código simbólico” (Serret, 2008, p. 51).

Lo simbólico edifica ciertos códigos en un nivel imaginario, los cuales atribuyen ciertos rasgos definidos que dan pertenencia a un “grupo” y les nombra “*mujeres*” (Serret, 2008), o en este caso, “mujeres mayores”. Los códigos simbólicos operan en un nivel imaginario e influyen en las prácticas y las construcciones subjetivas. En este sentido, los imaginarios de feminidad y de envejecimiento son códigos simbólicos a partir de los cuales “las mujeres mayores” construyen sus identidades.

Hay que tener presente que los ideales de feminidad son históricos y, por ende, cambian acorde a las épocas. Con el capitalismo estos ideales han adquirido connotaciones particulares, ya que ha habido una separación mayor de las esferas de lo público y lo privado. Asimismo, en su etapa tardía, denominada gubernamentalidad neoliberal (Foucault, 2007), las imágenes ideales (incluyendo los ideales de belleza) de las mujeres han girado en torno a la “super mujer”: una mujer “exitosa”.

Aunado a lo anterior, con el sistema capitalista se ha posibilitado la difusión masiva de ideales de feminidad a través de los medios de comunicación (McRobbie, 2009; Pineda, 2020). Las imágenes y los ideales se han reproducido y amplificado y han atravesado las trayectorias de vida de las mujeres entrevistadas en cuestiones como la belleza, la salud y el autocuidado (como forma de control) (Pineda, 2020), la respetabilidad (Skeggs, 2020), o la búsqueda de actividad o autonomía. Conviene tener presente que los ideales de feminidad son una construcción patriarcal que surge de una mirada de control sobre los cuerpos y las vidas de las mujeres, quienes son juzgadas a partir de su apego (o no) a las normas. Por tanto, reflejan relaciones desiguales de poder (Scott, 2008) en un nivel cultural y valorativo, pues se privilegian normas androcéntricas que dan pie al sexismo cultural (Fraser, 2011).

La respetabilidad, como signo de feminidad (Skeggs, 2020), es uno de estos ideales que atraviesan las vidas de las mujeres. Implica actitudes y comportamientos, que van desde modos de vestir o hablar, hasta actitudes cotidianas. Todo lo anterior tiene como finalidad la aceptación dentro de una sociedad patriarcal, donde se han trazado normas (androcéntricas y machistas) de lo que “una mujer debe ser y hacer”. Estas normas van cambiando con la edad, ya que las actitudes y las conductas sociales que se consideran “adecuadas” cambian en relación con determinadas edades cronológicas y con el género (Arber y Ginn, 1996).

Respecto a los cánones de belleza, en tanto construcciones sexuadas y patriarcales, basadas en imaginarios inalcanzables creados por los hombres y puestos en práctica por las mujeres (Pineda, 2020), también han adquirido una difusión masiva con el capitalismo, misma que no se había dado con anterioridad. Progresivamente ha ido aumentando la exposición a un sinfín de imágenes que recuerdan lo que “una mujer debe (o no debe) ser”, tanto a nivel corporal como subjetivo. La industria de la belleza ha visto a las mujeres como eternas consumidoras (Pineda, 2020). A partir de estereotipos y cánones inalcanzables ha dado pie a un consumo continuo que genera ganancias para el propio patriarcado. Esto refleja injusticias de género en el ámbito cultural, ya que los medios de comunicación exhiben representaciones estereotipadas de las mujeres (Fraser, 2011) que permean sus experiencias de vida, incluyendo “la vejez”, y que les hacen sentir continua ansiedad por sus cuerpos (hooks, 2001; Pineda, 2020).

Lo anterior ha propiciado la idea de que la feminidad depende de la imagen o apariencia (Skeggs, 2020; Pineda, 2020). Tal idea se relaciona con otros discursos individualistas que se han ido desarrollando con el capitalismo, como el del “autocuidado” o “la salud”. Estos discursos también han fomentado formas de control de los cuerpos de las mujeres que responden a discursos sexistas de feminidad (Pineda, 2020). Un ejemplo de ello es apelar a la urgencia de la delgadez por el cuidado de la salud, camuflando los fines patriarcales que hay detrás: la asociación entre belleza femenina y delgadez (Pineda, 2020).

El capitalismo también ha propiciado la idolatría de la productividad, misma que se tiende a asociar con la juventud. A partir de la instrumentalización del feminismo, es decir, de la incorporación de elementos del movimiento con fines estratégicos, se ha vendido una

imagen de “empoderamiento” y “elección” que ha desplazado algunas de sus ideas y objetivos iniciales (McRobbie, 2009). Así, por ejemplo, esta imagen ha dado lugar a nuevas presiones para las mujeres entrevistadas, quienes con la pretensión de ser “mujeres empoderadas”, imagen que ha sido vendida y difundida a partir de un sinfín de elementos de la cultura popular (McRobbie, 2009), priorizan “la actividad” durante sus trayectorias de vida. No obstante, debajo de este afán de productividad las mujeres experimentan numerosas desigualdades de género, tales como la sobrecarga que representa tener que empatar dobles o triples jornadas de trabajo (debido a la división entre trabajo remunerado “productivo” y trabajo doméstico no remunerado “reproductivo”, asignado este último casi exclusivamente a las mujeres), salarios inferiores que los de los hombres (Fraser, 2011), y otros “modos de explotación, marginación y pobreza específicos de género” (Fraser, 2011, p. 14).

A partir de lo anterior, he trazado algunos rasgos del contexto en que las mujeres entrevistadas han envejecido, mismo que ha permeado sus experiencias y narrativas. En las narrativas de las entrevistadas destacaron temas que expresaron imaginarios que tienen del envejecimiento. Encontré tensiones entre estos imaginarios y la construcción que hacen de sí mismas, en sus narrativas. Estos imaginarios están atravesados por discursos edadistas y sexistas y por características sociohistóricas como las mencionadas; sin embargo, es importante tener presente que las experiencias específicas de las personas, en este caso, de las mujeres entrevistadas, moldean los diálogos con los imaginarios y los discursos sociales.

Si bien los contextos son importantes en las experiencias y las significaciones del envejecimiento, no hay que perder de vista que, como mencioné previamente, este proceso también se vive desde un ámbito subjetivo e individual: tiene influencia de las condiciones de vida de cada persona. Las experiencias de envejecimiento y “vejez” tienen influencia de factores como la posición que ocupan los sujetos en la estructura social, en cuanto al género y la clase social (Arber y Ginn, 1996); en dónde se vive (Tamer, 1995; Del Alba, 2017); la ocupación a lo largo de la vida (Arber y Gilbert, 1989; Montes de Oca, 1999b); los ingresos en el pasado y en el presente; la composición familiar (Freixas, Luque y Reina, 2012; Arias, 2013; De la Mata y Hernández, 2021; Torío, 2021; Lozano y Gallardo, 2022); etc.

En este sentido, si bien es importante situar los imaginarios sociales, también lo es ahondar en las trayectorias de vida individuales de las mujeres entrevistadas, ya que aportan rasgos específicos a sus experiencias y narrativas. Por lo anterior, en esta investigación situó los testimonios de las mujeres acorde a factores que, a partir de la revisión del conocimiento acumulado sobre el tema, considero importantes en las experiencias de envejecimiento de las mujeres: el grado de marginación del contexto en el que habitan, la composición de su hogar y el grado de escolaridad.

Así, pues, a partir de comprender que los imaginarios sociales no son universales y que influyen en la construcción identitaria (Serret, 2008), he contextualizado los imaginarios del envejecimiento con los que las entrevistadas dialogan, desde sus experiencias particulares. Esto permite comprender que, si bien sigue predominando un imaginario peyorativo, atravesado por el género, del envejecimiento de las mujeres, a la vez, han emergido tendencias que buscan el cambio social, como el movimiento feminista; las cuales han propiciado el cuestionamiento de ideas estereotipadas y patriarcales sobre las mujeres.

Estos cambios han permitido un diálogo particular con los imaginarios y los ideales de feminidad, ya que las mujeres tienen campos de acción más amplios que les permiten cuestionarles en sus prácticas y narrativas, desde una agencia situada (Herrera, 2021). Han experimentado mayores márgenes de libertad en ciertas esferas, que posibilitan espacios de cuestionamiento; sin embargo, estos desplazamientos se dan dentro de ciertas estructuras y contextos (como las relaciones patriarcales y capitalistas) que no dejan de permear sus trayectorias de vida, tales como los imaginarios del envejecimiento, atravesados por el género. Lo anterior evidencia la necesidad de una aproximación situada a las experiencias de envejecimiento de las mujeres, ya que las condiciones actuales implican nuevos roles, negociaciones, (re)producciones y cuestionamientos a lo largo de sus trayectorias de vida.

Cabe señalar que esta aproximación situada implica un acercamiento crítico ante lo que ha sido denominado “curso de vida normativo o institucional”, el cual sustenta la idea de que la trayectoria de vida de las personas es una serie de etapas o momentos que deben desenvolverse en momentos específicos. Contrario a ello, es relevante (re)conocer la historicidad de los imaginarios y los discursos que se derivan del curso de vida normativo,

los cuales están atravesados por el género y tienen influencia en las vidas de las personas. Considero pertinente analizar las narrativas y las experiencias de las entrevistadas a partir de expectativas y presiones que, como mujeres, han experimentado en sus “cursos de vida”, tales como “cumplir” (o no) con las “edades adecuadas” para cuestiones como estudiar, trabajar, tener hijos(as), casarse, jubilarse, etc. Lo anterior, pues, permite analizar el modo en que las entrevistadas dialogan y/o comparan sus experiencias en relación con este curso de vida normativo, el cual está fuertemente permeado por discursos de la gubernamentalidad neoliberal (Foucault, 2007) y genera juicios hacia ellas mismas, al cumplir (o no) las expectativas que la norma (re)produce¹⁵.

1.3. Estrategia metodológica para analizar el envejecimiento de las mujeres desde una mirada de género y procesual

Debido a que mi investigación tiene como objetivo el acercamiento y el análisis de las experiencias de los procesos de envejecimiento de las mujeres, a partir de sus propias voces y/o narrativas, desarrollé una estrategia metodológica cualitativa. En este sentido, he dado prioridad a la interpretación, la flexibilidad y la búsqueda de comprensión de la complejidad de las interacciones sociales en la vida cotidiana y del significado que los actores atribuyen a esas interacciones (Vasilachis, 2006). Prioricé las experiencias y las perspectivas subjetivas: las maneras en que las personas interpretan, comprenden, experimentan y producen el mundo social, privilegiando su palabra y su comportamiento (Vasilachis, 2006). Asimismo, he partido de concebir “una interdependencia mutua de las partes individuales del proceso de investigación” (Flick, 2007, p. 55), lo cual ha implicado comprender a la investigación como algo no lineal, sino interconectado, que demanda apertura y flexibilidad.

Durante los meses de junio y julio del 2023 realicé entrevistas a profundidad biográficamente orientadas con elementos del enfoque de curso de vida¹⁶. También retomo el enfoque teórico de la gerontología crítica feminista, en tanto que me aproximó a los

¹⁵ Esto puede verse a lo largo de los capítulos analíticos de mi investigación, en el diálogo que las entrevistadas sostienen ante imaginarios y discursos edadistas y sexistas del envejecimiento y “la vejez”.

¹⁶ Los conceptos y principios de este enfoque, así como la explicación de su pertinencia para mi investigación han sido desarrollados anteriormente, en el último subapartado del estado de la cuestión.

procesos de envejecimiento de las mujeres desde una mirada de género que parte del análisis y cuestionamiento de ejes de poder que atraviesan sus trayectorias de vida (Freixas, 2008), poniendo especial atención en el género y la edad, pero también en otros ejes como la clase social. Asimismo, priorizo visibilizar los arreglos sociales desiguales de poder que implican espacios diferenciales para hombres y mujeres y que posicionan a estas últimas en espacios de menos poder a partir de normas androcéntricas y sexistas.

Considero la diferencia sexual como una categoría esencial de análisis y priorizo la experiencia de las propias mujeres (Freixas, 2008). Sin negar los aspectos “negativos” del envejecimiento, cuestiono su visión meramente peyorativa, con la finalidad de promover nuevas representaciones del envejecimiento de las mujeres. Asimismo, siguiendo este enfoque, priorizo situarme como investigadora, manteniendo una (auto)crítica constante ante mis valores, creencias y uso del lenguaje, con la finalidad de evitar sesgos o la (re)producción de imaginarios y discursos sexistas y edadistas.

Ahora bien, la muestra de participantes en mi investigación fue deliberada, empleando elementos de la muestra por criterio y por bola de nieve (Patton, 2002). Un criterio para mi muestra fue la edad: entrevisté a mujeres de más de 60 años, que viven en la Ciudad de México, dejando el límite de edad hasta los 75 años. En este sentido, la unidad de análisis (Marradi, Archenti y Piovani, 2007) de mi investigación fueron mujeres de 60 a 75 años. Elegí este rango etario para propiciar la variabilidad respecto a la edad; prioricé estas edades debido a la cercanía que tienen con los 60 años, edad que socialmente ha sido considerada como “el inicio de la vejez” y que, por ende, en tanto discurso social, tiene implicaciones en las identidades de las mujeres (Serret, 2008)¹⁷.

Además, como señalé anteriormente, considero a los 60 años como un punto que me permite recuperar la vida de las mujeres, en tanto proceso, en retrospectiva. Estos momentos de la vida han sido señalados como un tiempo de reflexión particular de las mujeres sobre

¹⁷ Parto del hecho de que la edad, como construcción social (Arber y Ginn, 1996), implica cambios en las expectativas sociales que se tienen de las personas y, por ende, también en cómo se identifican y narran a sí mismas. En concordancia con esto, cabe señalar que en mi investigación encontré que las mujeres significaron la edad (cerca a los 60 años) como un factor importante para identificarse (o no) como “mujeres mayores”, “en la vejez”, “viejas”, etc. Desarrollo esto en el primer apartado del capítulo 2 (2.1).

sus trayectorias de vida. Reflexionan sobre la satisfacción respecto a lo vivido (el pasado) y toman conciencia de sí mismas (el sentir actual) en el presente (Freixas, Luque y Reina, 2012).

Debido a que mi investigación parte de la visión del envejecimiento como un proceso diferencial y vivencial, un aspecto central ha sido mostrar la diversidad de experiencias de las mujeres entrevistadas a lo largo de sus trayectorias de vida, es decir, mostrar al envejecimiento como un fenómeno heterogéneo. A partir de ello, mi muestra deliberada buscó la diversidad respecto a diferentes variables, a partir del análisis de las trayectorias de vida de las mujeres. Las variables en las que busqué diversidad son aspectos que, desde diferentes investigaciones, se han reconocido como relevantes en las experiencias de las mujeres de más de 60 años: las trayectorias laborales, las composiciones familiares (o de los hogares) y el acceso a servicios de salud a lo largo de la vida.

Las trayectorias laborales han sido reconocidas como un factor que impacta en las diversas condiciones materiales en las que las personas envejecen (Guerrero y Pineda, 2010; Madrigal-Martínez, 2010; Aguilar y Toledo, 2019; Dasten, Oyarzo y Quinán, 2020), ya que repercuten en los cuerpos y en las oportunidades o privaciones. Relacionado con esto, el acceso a servicios de salud (seguridad social o servicios privados, acceso a medicina preventiva, etc.) posibilita o niega las oportunidades de cuidado corporal y emocional, lo cual puede impactar de diversas maneras en las personas de más de 60 años.

Por último, las composiciones familiares han sido reconocidas como un aspecto crucial para el ámbito emocional: vivir sola, acompañada, haber tenido hijos o hijas, conservar una relación de pareja, o haber tenido un duelo reciente, impacta en las trayectorias de vida de las mujeres (Freixas, Luque y Reina, 2012; Arias, 2013; De la Mata y Hernández, 2021; Torío, 2021; Lozano y Gallardo, 2022). Cabe mencionar que analizo lo anterior a lo largo del proceso de envejecimiento, de modo que la variable del tiempo también adquirió relevancia, ya que el envejecimiento es comprendido como un proceso.

1.3.1 Trabajo de campo: acercamientos a las mujeres, entrevistas, retos y flexibilidad

El trabajo de campo que realicé durante los meses de junio y julio del 2023 constó de 10 entrevistas a profundidad biográficamente orientadas con elementos del enfoque de curso de vida. La metodología que empleé fue cambiando acorde a los acontecimientos y los retos que se presentaron en el campo. La flexibilidad fue algo crucial en mi estrategia metodológica. Inicialmente, había planteado que los acercamientos a las mujeres se harían en módulos del Instituto Nacional de las Personas Adultas Mayores (INAPAM), mejor conocidos como módulos INAPAM.

En estos espacios las personas de 60 años o más asisten para tramitar la credencial INAPAM, la cual es útil para múltiples beneficios. Debido a ello, muchas personas de más de 60 años, de diversas clases sociales y contextos, asisten a estos espacios. Tenía contemplado que el acercamiento en estos lugares aseguraría el criterio de edad de mi investigación y evitaría sesgos en la muestra, ya que permitiría contactar a mujeres de más de 60 años con trayectorias, contextos y vivencias diferentes.

Había planeado asistir a tres módulos diferentes de la Ciudad de México, con la finalidad de asegurar la variabilidad en la muestra. Estos habían sido elegidos a partir de los datos sobre los grados de marginación por unidad territorial que se encuentran en el Sistema de Información de Desarrollo Social de la Ciudad de México. Este grado de marginación se desarrolló con indicadores socioeconómicos obtenidos del Censo de Población y Vivienda 2020. Los indicadores representan nueve formas de exclusión de la marginación en las dimensiones: educación, vivienda, distribución de la población e ingresos monetarios (CONAPO, 2020).

En este sentido, el grado de marginación se basa en cuestiones como el porcentaje de población de 15 años o más sin educación básica, el porcentaje de ocupantes en viviendas particulares sin energía eléctrica, sin agua entubada o sin drenaje sanitario, etc. A partir de lo anterior, el índice de marginación para las diferentes unidades territoriales de la Ciudad de México se representa en: muy bajo, bajo, medio, alto y muy alto. Las unidades con un índice

más bajo presentan menos grado de marginación, lo cual implica que la población tiene acceso a mejores recursos en las dimensiones mencionadas.

Para asegurar variabilidad en la muestra, en cuanto a clase social, había elegido tres módulos INAPAM ubicados en unidades territoriales con tres diferentes grados de marginación: muy bajo, medio y alto. Dos ubicados en la alcaldía Miguel Hidalgo y otro en la alcaldía Coyoacán. Como mencioné, un requisito para adquirir la credencial INAPAM es presentar un comprobante de domicilio; por ello, tenía contemplado que las personas asistirían a los módulos que se encuentran en la ubicación más cercana a donde viven. En cada uno de estos tres módulos INAPAM elegiría una mujer cuya trayectoria resultara pertinente para mi investigación exploratoria. Una vez elegidas estas tres mujeres, emplearía la técnica de bola de nieve para tener acercamientos con mujeres con características “similares” a ellas.

Si bien lo anterior había sido propuesto en mi anteproyecto como parte de mi estrategia metodológica, al adentrarme a campo en el mes de junio hubo varios retos y complicaciones. Primero, para poder ingresar a los módulos INAPAM me pidieron comunicarme con las autoridades de las alcaldías correspondientes, sobre todo por cuestiones políticas (las elecciones del 2024). Asistí a diferentes módulos intentando el ingreso, mostré mis formatos de consentimiento informado y algunas otras formalidades para identificarme; sin embargo, me dijeron que el ingreso sería autorizado meses después, hasta que alguna autoridad revisara mi guía de entrevista y diera su visto bueno. Además, algunas personas de vigilancia de los módulos me recomendaron ir a otros espacios, ya que mencionaron que no asistían muchas personas a esos lugares, a veces por desconocimiento de sus ubicaciones.

También pude notar que las mujeres no asisten necesariamente a los módulos INAPAM más cercanos a su domicilio, sino que muchas de ellas se desplazan y asisten a módulos lejanos porque les han comentado que ahí las atenderán mejor¹⁸. Esto me hizo ver complicaciones respecto a la estrategia que tenía: ir a módulos de ciertas zonas parecía no

¹⁸ Este fue el caso, por ejemplo, de Vero, a quien entrevisté saliendo de un módulo INAPAM ubicado en la alcaldía Miguel Hidalgo; sin embargo, señaló vivir lejos del lugar y haber asistido ahí porque el trato es más eficiente y rápido.

asegurar la variabilidad de los índices de marginación de un modo tan pertinente como lo había pensado. También pude notar la desconfianza que las mujeres sentían ante las entrevistas y las personas desconocidas. Si bien fueron amables, percibí temor y desconfianza¹⁹. Aunado a esto, la mayoría de las mujeres asistía acompañadas a los centros, lo cual también representó complicaciones, ya que hubo varios casos en los que ellas me decían que sí aceptaban la entrevista, pero sus acompañantes decían que no.

Por otro lado, noté que los módulos INAPAM se ubicaban en zonas en donde las entrevistas podían ser incómodas. Regularmente no tiende a haber comodidades afuera de ellos, ni siquiera espacios en donde sentarse. Además, la mayoría de las mujeres a las que me acerqué señaló ir con prisa. Esto me llevó a pensar que cuando una suele ir a hacer trámites no va con la mejor disposición, sino que sale física y emocionalmente cansada. Lo anterior también podía influir en que las mujeres se negaran a las entrevistas.

Cabe señalar que, pese a las complicaciones anteriores, logré concretar una entrevista con una mujer a la que me acerqué en la salida de un módulo INAPAM. Esta fue mi primera entrevistada: Vero²⁰. No obstante, por todas las complicaciones y los retos mencionados, en diálogo con mi directora de tesis, hice un replanteamiento de la estrategia metodológica, priorizando concretar acercamientos con mujeres diversas, lograr los objetivos de la investigación y evitar sesgos. En este sentido, me comuniqué con personas conocidas con la finalidad de que me contactaran con mujeres de 60 a 75 años que conocieran, en general, sin especificar características. Mi información fue difundida entre mis contactos, incluso de modo virtual (por WhatsApp).

En ese momento del trabajo de campo lo único que prioricé fue la variabilidad de las zonas, es decir, contacté a personas que vivieran en unidades territoriales de las alcaldías de la Ciudad de México con índices de marginación diferentes, ya que esto propiciaría que las

¹⁹ Vero señaló que consideraba difícil que las mujeres accedieran a las entrevistas de esta manera, porque muchas personas “de su edad” sienten desconfianza y temor. Esto coincide con lo que las entrevistadas narraron sobre el miedo y la fragilidad que sienten en su cotidianidad a partir de diferentes causas. Abordo estos temas en el capítulo 2, concretamente en el apartado 2.4.

²⁰ Me referiré a las entrevistadas con los pseudónimos elegidos por ellas, con la finalidad de conservar el anonimato y hacer uso ético de la información obtenida en las entrevistas.

mujeres fueran diversas, tanto en edades como en zonas y clase social y, sobre todo, en trayectorias de vida. Retomé la información sobre los índices de marginación que había empleado como sustento para elegir los diversos módulos INAPAM en donde contactaría a las mujeres, solo que ahora la empleé para ir contactando a mujeres de 60 a 75 años que vivieran en diversas unidades territoriales con marginación diferente: baja, media y muy alta.

Así, pude ir concretando entrevistas. Si bien la muestra empezó muy abierta, sin buscar perfiles precisos de mujeres de 60 a 75 años, conforme la investigación fue avanzando pude delimitar algunos perfiles clave cuyas características eran necesarias para asegurar la diversidad planteada en mis objetivos (en cuanto a clase social [índice de marginación de la zona de residencia], edad y composición del hogar [si viven acompañadas o solas]). Así, por ejemplo, pude delimitar si era conveniente acercarme a mujeres que vivieran solas o acompañadas, en zonas de cierto grado de marginación, o de ciertos rangos de edad.

La técnica de bola de nieve (Patton, 2002) fue muy útil, ya que algunas de las entrevistadas me contactaron con sus conocidas o familiares. De esta manera, estas últimas aceptaban más fácilmente las entrevistas, ya que la desconfianza disminuía por tener un contacto en común conmigo. Así, progresivamente fui acordando entrevistas en diversos lugares (casas, restaurantes, cafeterías, parques, bibliotecas, etc.) de la Ciudad de México.

Las entrevistas tuvieron una duración de 60 a 90 minutos y fueron grabadas (únicamente la voz) con autorización de cada una de las mujeres. Realicé los encuentros de manera presencial en diferentes espacios, acorde a la comodidad de las entrevistadas. Antes de comenzar cada entrevista especificaba su finalidad (mi investigación de maestría), el uso ético y privado de toda la información recabada, así como el hecho de que en cualquier momento podíamos pausar y/o finalizar la entrevista o dejar cualquier pregunta sin responder.

Las entrevistas que realicé fueron biográficamente orientadas, en tanto que tenían como objetivo que las mujeres reflexionaran y narraran aspectos de sus propias vidas, principalmente desde una mirada en retrospectiva, pero también abarcando algunos aspectos de su presente. Empleé una guía de entrevista (con algunos temas y preguntas guía); sin embargo, conforme la fluidez de cada entrevista, el sentido y el orden de las preguntas fue

cambiando, siempre priorizando las narrativas de las mujeres, es decir, dejando que las entrevistas fluyeran como una conversación en un espacio de confianza.

Los temas y las preguntas guía de las entrevistas estuvieron relacionados con los objetivos y las dimensiones analíticas del problema de investigación²¹. En este sentido, pregunté cuestiones relacionadas con el cuerpo, lo económico y las emociones; todas relacionadas con sus procesos de envejecimiento, es decir, enfocadas con una mirada procesual que permitiera percibir cambios y/o continuidades en las narrativas de sus experiencias. Para “acceder” a las opiniones, los imaginarios y las emociones de las mujeres elaboré preguntas abiertas que permitieran o incitaran la expresión de sus creencias sobre el envejecimiento y “la vejez”. No obstante, cabe señalar que a lo largo de las distintas preguntas las mujeres expresaron dichos elementos, incluso en aquellas preguntas que no tenían esa finalidad. Considero que un elemento importante para esto fue la confianza que se generó durante las entrevistas.

Al finalizar cada entrevista realicé anotaciones de “mis primeras impresiones”. Asimismo, escribí un diario de campo, el cual fue de gran utilidad, tanto en un sentido metodológico como emocional. También realicé la transcripción de todas las entrevistas. Prioricé realizar las transcripciones de manera simultánea a las entrevistas, con la finalidad de ver posibles cambios y mejoras; por ejemplo, qué preguntas podían plantearse mejor o qué cuestiones importantes iban surgiendo. Esto ayudó a complementar mi guía de entrevista, así como a ir mejorando mis habilidades al entrevistar.

El análisis de las entrevistas lo realicé a partir de la elaboración de una matriz de codificación, en donde fui anotando las categorías, los patrones y las diferencias más significativos en las narrativas de las entrevistadas. A partir de ello, elaboré los capítulos analíticos de esta tesis, priorizando cumplir los objetivos de investigación, así como expresar y problematizar las cuestiones que para las propias mujeres han resultado significativas en sus procesos de envejecimiento. Cabe señalar que realicé diez entrevistas debido a que alcancé la saturación teórica en los ejes en los que se centra mi investigación.

²¹ Presento la guía de entrevista como anexo 1.

1.3.2 Las mujeres entrevistadas

A continuación, presento una tabla con las características generales de las mujeres entrevistadas²²:

Pseudónimo	Edad	Ocupación a lo largo de la vida	Ocupación actual	Escolaridad	Índice de marginación de la zona de residencia ²³	Vive sola o acompañada	Acceso a seguro médico
Vero	62	Agente de seguridad	Ama de casa	Educación básica	Media	Acompañada (con su pareja)	Sí
Viloca	73	Ayudante en un negocio	“Desempleada” ²⁴	Educación básica	Media	Sola	No ²⁵
Yoya	75	Quehaceres del hogar y ayudante en negocios	Quehaceres del hogar	Educación básica	Muy alta	Acompañada (con hijas(os) y nietas(os))	Sí
Orquídea	75	Quehaceres del hogar	Quehaceres del hogar	Educación básica	Muy alta	Sola	Sí
Hannia	66	Servicio al cliente	Jubilada	Educación media	Baja	Sola	Sí

²² Ordené esta tabla a partir del grado de escolaridad de las entrevistadas, ya que este fue un factor que resultó significativo para la investigación, en tanto que influyó en las condiciones socioeconómicas que tuvieron a lo largo de sus procesos de envejecimiento y en la actualidad, así como en determinadas “decisiones” que fueron tomando en sus trayectorias de vida. Esto es problematizado en el capítulo 3.

²³ Como mencioné, esto se sustentó a partir de los datos sobre los grados de marginación por unidad territorial que se encuentran en el Sistema de Información de Desarrollo Social de la Ciudad de México. Este grado de marginación se desarrolló con indicadores socioeconómicos obtenidos del Censo de Población y Vivienda 2020. Así, la marginación señalada corresponde a la unidad territorial en la que se ubica el domicilio actual de las entrevistadas. En las unidades con menos grado de marginación la población tiene mejor acceso a recursos; mientras que en las unidades con marginación más alta tienen menos acceso a recursos.

²⁴ Viloca lo expresó con esas palabras.

²⁵ Viloca no es derechohabiente del IMSS o ISSSTE, sino que cuenta con el Seguro popular, cuyo objetivo es brindar atención médica gratuita a las personas que no son derechohabientes de las instituciones mencionadas.

Pseudónimo	Edad	Ocupación a lo largo de la vida	Ocupación actual	Escolaridad	Índice de marginación de la zona de residencia	Vive sola o acompañada	Acceso a seguro médico
Frida	63	Administradora en una institución de la Secretaría de Salud	Administradora en una institución de la Secretaría de Salud	Educación media	Media	Acompañada (con hermanas, hijo, padre y madre)	Sí
Margarita	75	Profesora de música	Docente de educación y cultura	Educación superior	Baja	Sola	Sí
Luz Ara	74	Abogada	Jubilada y realiza trabajos de abogacía por cuenta propia	Educación superior	Muy alta	Acompañada (con su pareja)	Sí
Rosi	74	Profesora	Jubilada	Posgrado	Baja	Sola	Sí
Florisa	67	Profesora-investigadora	Profesora-investigadora	Posgrado	Baja	Acompañada (con su hija)	Sí

Asimismo, a continuación, expongo una presentación breve de cada una de las mujeres entrevistadas:

Vero tiene 62 años. Estudió la primaria. Vive con su esposo en una zona de la CDMX con marginación media. Tiene dos hijas y un hijo. Actualmente se dedica a los quehaceres del hogar y cuida a su nieta pequeña. Fue agente de seguridad para Televisa; sin embargo, tuvo que dejar de trabajar de manera remunerada por el cuidado de sus hijas e hijo. Ha

vendido diferentes cosas (comida, productos por catálogo, etc.) a lo largo de su vida. Cuenta con seguro médico por parte del IMSS²⁶. Tiene diabetes tipo 2.

Viloca tiene 73 años. Estudió la secundaria. Trabajó varios años como ayudante general en un negocio; posteriormente trabajó en una fábrica de piezas de tecnología en Puebla y, después, puso un negocio de venta de chiles. Actualmente está “desempleada”. Su principal ingreso económico es el apoyo que da el gobierno para “las personas adultas mayores”. Le gustaría trabajar de nuevo. Vive sola en una zona de marginación media. No tuvo hijos(as). No cuenta con seguro médico por parte del ISSSTE o IMSS, sino que forma parte del seguro popular (que garantiza atención médica gratuita). Tiene hipertensión y dolores de cadera recientes.

Yoya tiene 75 años. Estudió la primaria. Nació en Michoacán y actualmente vive en la CDMX, en una zona de alta marginación. Tuvo 8 hijas e hijos. Su esposo murió. Trabajó como ayudante en una tintorería y en otro negocio, a partir de este último trabajo pudo jubilarse. También vendió cosas por catálogo y comida. Actualmente está jubilada y cuenta con el apoyo de la pensión de su esposo fallecido. Vive acompañada, con sus hijas(os) y nietas(os). Cuenta con seguro médico por parte del IMSS. Tiene hipertensión, problemas de circulación y cataratas.

Orquídea tiene 75 años. Estudió la primaria. Nació en Guanajuato y actualmente vive en una zona de muy alta marginación en la CDMX. Vive sola. Tuvo 3 hijas y 1 hijo. Su esposo falleció. Se ha dedicado a los quehaceres del hogar; actualmente se dedica a ello. Cuenta con el apoyo de la pensión de su esposo fallecido, así como con “apoyo económico” de sus hijas e hijo. Cuenta con seguro médico por parte del IMSS. Tiene hipotiroidismo.

Hannia tiene 66 años. Estudió la preparatoria. Trabajó en servicio al cliente durante gran parte de su trayectoria de vida. Actualmente está jubilada y vive sola en una zona de baja marginación. No tuvo hijos(as). Cuenta con seguro médico privado. Tiene depresión desde hace varios años y escoliosis (desviación de la columna vertebral).

²⁶ Instituto Mexicano del Seguro Social.

Frida tiene 63 años. Estudió para ser técnica secretaria. Actualmente es administradora en una institución de la Secretaría de salud. Espera poder jubilarse pronto. Tiene un hijo y está separada. Vive acompañada, con su hijo y otros miembros de su familia (su hermana y sobrino, y su padre y madre), a quienes cuida. Habita en una zona de marginación media. Cuenta con seguro médico por parte del IMSS. Tiene hipertensión, vértigo y problemas circulatorios.

Margarita tiene 75 años. Estudió la Normal Superior, para ser profesora de primaria. Actualmente vive sola en una zona de baja marginación. Es docente de Educación y Cultura (especializada en la enseñanza de música) e imparte pláticas de Historia de México por parte de la Secretaría de cultura. No tiene hijas(os). Cuenta con seguro médico por parte del ISSSTE²⁷. No tiene enfermedades o padecimientos.

Luz Ara tiene 74 años. Estudió la licenciatura en Derecho. Trabajó de manera remunerada en diferentes ámbitos. Fue secretaria general del Ministerio Público; tuvo un restaurante pequeño; trabajó en la Procuraduría del Consumidor; y dio clases a nivel secundaria (a partir de ello se pensionó). Actualmente está jubilada y realiza algunos trabajos de abogacía por cuenta propia. Vive con su esposo en una zona de alta marginación. Tuvo dos hijos. Cuenta con seguro médico por parte del ISSSTE e IMSS. De niña tuvo poliomielitis y esto le dejó secuelas en sus piernas.

Rosi tiene 74 años. Estudió un doctorado en Administración Educativa. Se dedicó a la docencia (especializada en francés) a nivel primaria, secundaria y preparatoria, así como a la educación para adultos. Fue directora de una secundaria y jefa de enseñanza en francés a nivel Distrito Federal. Actualmente está jubilada y vive sola en una zona de baja marginación. Tuvo dos hijos, uno de ellos falleció. Está divorciada. Cuenta con seguro médico por parte del ISSSTE. Tiene hipertensión y cardiomegalia²⁸.

²⁷ Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado. Cabe señalar que tanto el IMSS (citado arriba) como el ISSSTE son instituciones del gobierno de México que ofrecen servicios de salud y seguridad social gratuita.

²⁸ La cardiomegalia es una condición médica en la que hay una dilatación del corazón.

Florisa tiene 67 años. Estudió un doctorado en Relaciones Internacionales. A lo largo de su vida se ha dedicado a la academia. Ha sido profesora por 40 años. Actualmente es profesora-investigadora en una universidad. Vive con su hija en una zona de baja marginación. Su esposo falleció. Cuenta con seguro médico por parte del ISSSTE y con seguro de gastos médicos mayores (privado, GNP). Tiene prediabetes y padeció cáncer hace algunos años.

1.3.3 Situar me en la investigación

A través de un breve proceso de reflexividad resulta pertinente mencionar de dónde surge el interés por la temática de esta investigación, partiendo de la idea de que los temas no son ajenos a quien los investiga, así como de reparar en la importancia que mi subjetividad tiene en mi investigación. Siguiendo a Harding (1998), reconozco la relevancia de que las investigadoras nos situemos en el mismo plano crítico que nuestros objetos de estudio, priorizando la explicitación de “nuestros lugares”. A partir de esto, para mí es central analizar el proceso de investigación a la par de sus resultados, ya que esto permite tener presente desde qué lugar surgen estos últimos. Considero que la reflexividad es una herramienta para concientizar los posibles sesgos y el lugar desde el que me sitúo al “investigar”.

El interés por mi tema de investigación no es algo meramente académico. No resulta ajeno a mí, sino que parte de vivencias personales relacionadas con “mi salud”, las cuales me han hecho reparar en el desgaste de mi propio cuerpo de una manera particular. A partir de estas vivencias, empecé a (re)pensar la asociación tan frecuente entre “vejez” y enfermedad, e incluso, la idea tan arraigada socialmente que confunde vejez y envejecimiento, bajo la cual erróneamente se asume que solo las personas “mayores” envejecen o enferman. Al entender que la juventud no implica necesariamente salud, reflexioné sobre el fuerte “peso” que implica asociar a las personas “viejas” con la enfermedad y la muerte.

Así, empecé a interesarme por contribuir a “cuestionar” estas asociaciones que fomentan prejuicios y rechazo y que impactan en las vidas de las personas. Aunado a ello, la convivencia con mi madre, una de mis personas más cercanas, quien ha cumplido recientemente 60 años, me ha llevado a reflexionar sobre el envejecimiento de las mujeres

de un modo más íntimo y complejo, ya que a la par de lo que las entrevistadas me han narrado, he podido ver y compartir con ella algunos cambios que ha experimentado en su vida a partir de sentir que “entró en la vejez”. Por lo anterior, considero que no estoy observando al envejecimiento como algo externo o lejano, sino que me importa más allá de lo académico. La relación que tengo con mi salud, cuerpo y envejecimiento me posiciona como alguien sensible ante el tema. Por ello, uno de los retos más significativos de mi investigación ha sido poder mantener una distancia emocional.

Mi trabajo de campo me dejó muchos aprendizajes, tanto a nivel académico como personal; sin embargo, pude notar su impacto en mis emociones. Uno de los principales retos fue no verme rebasada por ello: tratar de no implicarme en demasía con las entrevistadas. Mi tema implica cuestiones sensibles: las historias de vida de mujeres, con sus momentos “buenos” y “malos”. Pude notar que recordar cuestiones a partir de mis preguntas apelaba a su sensibilidad. Muchas de ellas lloraban, a veces de alegría y otras de tristeza. Recordar sus vidas las llevaba a reflexiones profundas: a pensar cosas que muchas veces una da por sentado. Me conmovió que varias de las entrevistadas se “abrieron” emocionalmente conmigo. Incluso, me dijeron que narrar sus vidas a alguien no cercano (yo) era una especie de terapia. Reflexionando, pude notar que la “terapia” fue recíproca. Aprendí mucho.

Varias de mis preguntas apelaban a cuestiones sensibles, por ejemplo, qué consejos le darían a alguien para envejecer bien. Noté que particularmente en esta pregunta las mujeres conectaron conmigo: me daban consejos de manera directa, a partir de sus historias de vida. Ver la diversidad de consejos, así como la relevancia que ciertas “decisiones” tienen en la vida fue algo impactante y atemorizante. No puedo negar que a la par de mis entrevistas iba reflexionando sobre mi propia vida. Me cuestioné muchas de las futuras “decisiones” que pensaba que tenía ligeramente claras. Además, comenzaron a aflorar miedos e inquietudes.

Al terminar las entrevistas solía sentirme triste y cansada. Incluso tenía que sentarme a dejar que las emociones se disiparan. Esto pasó particularmente con una de mis últimas entrevistadas. Para esto, mi diario de campo fue un recurso muy importante, ya que fue una manera de desahogarme. Respecto a este involucramiento emocional, me parece pertinente

reconocer que, como personas sintientes, quienes “investigamos” estamos expuestas a que nuestra estabilidad emocional se vea vulnerada a lo largo del “investigar”.

Desde donde me sitúo, comprendo que mi tema de investigación me abarca e implica cuestiones íntimas que me permiten abordarlo con sensibilidad; sin embargo, también considero importante lo que Sprague (2005) menciona sobre la empatía y las respuestas emocionales entre quien investiga y la persona entrevistada. Es relevante desarrollar herramientas para mantener un equilibrio, ya que la empatía puede ser un recurso, pero también un obstáculo. Sin duda, encontrar este equilibrio ha sido un reto para mí.

Aunado a lo anterior, quiero señalar lo complejo que ha sido delimitar mi problema, e incluso mi tema de investigación. Desde mi formación, como filósofa, había estado acostumbrada a pensar abstractamente, sin referentes empíricos. La principal motivación por la cual decidí dar “el salto” hacia las ciencias sociales fue mi afán por repercutir en la realidad: por no quedarme en la teoría. Sin embargo, matizar mi pensamiento teórico e interpretativo ha sido un gran reto en esta investigación. Esto lo he podido percibir en mi modo de escribir y de pensar al mundo. Como todo reto, ha implicado trabajo constante; no obstante, me ha dejado aportaciones valiosas, como un sentido de autocrítica más riguroso.

Relacionado con lo previo, para situarme, me he detenido a pensar en los presupuestos básicos que tengo sobre la realidad y el conocimiento: suposiciones sobre las que no había reparado tan conscientemente, pero que de algún modo han estado presentes en mi trabajo (Maxwell, 2019). Mi investigación parte de la reconstrucción de las narrativas que las mujeres entrevistadas dan de sus experiencias de envejecimiento. En este sentido, no recopiló “datos dados”, sino que, a través de la escucha, acompañó a las mujeres en la reconstrucción y resignificación de sus trayectorias de vida.

Así, parto del hecho de que el conocimiento no está afuera del sujeto: no hay un conocimiento dado y externo, sino que va surgiendo en un espacio de escucha. El conocimiento surge como algo horizontal, en donde no hay una relación sujeto-objeto, sino que se da un diálogo e intercambio recíproco a través del cual las mujeres entrevistadas y yo

conocemos y aprendemos mutuamente. He priorizado esta relación horizontal en mi investigación, con la finalidad de situarme al lado de las mujeres, viéndolas de frente.

Por último, comprender que el conocimiento no es algo externo al sujeto me lleva a aclarar que no parto de una visión del “envejecimiento” o de “la vejez” como entidades abstractas, ontológicamente definidas; por el contrario, los comprendo como fenómenos vivenciales que varían acorde a aspectos subjetivos y al contexto (y no únicamente acorde a la edad, como suele creerse). En este sentido, uno de mis principales objetivos es conocer al envejecimiento como un proceso vivencial y diferencial, para analizar la manera en que las mujeres construyen sus narrativas e identificar en ellas tanto experiencias compartidas sobre el proceso de envejecer como variaciones de acuerdo con sus características y trayectorias diferenciadas.

Capítulo 2. Tensiones en las narrativas de mujeres de 60 a 75 años sobre sus procesos de envejecimiento. Diálogos entre los imaginarios sociales del envejecimiento y las narrativas

En las narrativas de las mujeres entrevistadas destacaron diferentes temas que me permitieron notar algunos imaginarios, en tanto códigos simbólicos de referencia con efectos reales (Serret, 2008), que tienen del envejecimiento. A partir de ello, encontré tensiones entre los imaginarios sociales del envejecimiento y sus narrativas. Estos imaginarios, predominantemente peyorativos, con distintos rasgos edadistas y sexistas, funcionan como un eje ante el cual las mujeres buscan responder. Así, a partir de sus narrativas, se posicionan como sujetas que no cumplen con las características que estos imaginarios afirman como “universales”. Pude percibir específicamente cuatro componentes de los imaginarios del envejecimiento que tuvieron relevancia en las narrativas de las entrevistadas: las tensiones para identificarse “en la vejez”; las cuestiones estéticas o autoimagen; la “actitud negativa”; y el temor y la fragilidad, relacionados con la afirmación de actividad y autonomía.

He encontrado que las mujeres responden ante estos componentes con prácticas y narrativas que contradicen los rasgos negativos que se les atribuyen. En este sentido, desde su agencia situada (Herrera, 2021), en este diálogo las mujeres ejercen tanto la (re)producción de los imaginarios, como ciertos cuestionamientos y resistencias ante ellos. En mi análisis no considero que las mujeres sean sujetos pasivos que asumen los imaginarios sociales y representaciones sin cuestionamientos u oposiciones, sino que les cuestionan desde sus márgenes específicos de agencia y acción. De este modo, al indagar en la relación entre los imaginarios y las narrativas, parto de notar tanto la influencia de lo social en las vidas individuales, como la agencia (situada) de las sujetas; comprendiendo a estos elementos no como opuestos, sino como interrelacionados de maneras complejas en la vida social.

En este capítulo parto de la idea de que al analizar las narrativas de las mujeres entrevistadas no se pueden dejar de lado los imaginarios sociales de “la vejez” y del envejecimiento, ya que estos influyen en cómo conforman sus identidades, narrativas y experiencias (Serret, 2008). Así, pues, analizo la manera en que se desarrolla el diálogo entre los imaginarios sociales, atravesados por el género y la edad, y las narrativas y experiencias

de las mujeres entrevistadas. Indagar en lo anterior permite conectar lo macro con lo micro, es decir, percibir la influencia de lo social (imaginarios, discursos, etc.) en las vidas individuales, específicamente en la construcción de las experiencias y las narrativas de una misma.

2.1 ¿Se puede ser “mayor” sin considerar que es algo negativo? Tensiones para identificarse como “viejas”, “ancianas” o “mujeres mayores”²⁹

En las narrativas de las entrevistadas surgieron tensiones o dificultades para identificarse o (auto)denominarse mujeres “mayores”, “viejas” o “ancianas”. Esto se expresa en el hecho de que, si bien las entrevistadas mencionaron ver a “la vejez” y al envejecimiento como cuestiones naturales que deben aceptarse, también buscaron diferenciarse de las mujeres “viejas”, aludiendo a cuestiones como la edad (tener menos años), o ciertos rasgos físicos y emocionales que poseen. Si bien todas las entrevistadas percibieron al envejecimiento como algo natural, le dieron diferentes significaciones, acorde a sus experiencias y contextos (Lolas, 2001).

Las entrevistadas entablaron un diálogo ante algunos imaginarios que tienen y han escuchado del envejecimiento y de “la vejez”; principalmente ante aquellos que les asocian con rasgos negativos como las pérdidas a nivel físico, mental y emocional. En este diálogo, las entrevistadas oponen resistencias ante los imaginarios sociales edadistas y, así, deciden narrarse desde lugares que las dejan lejos de ellos. Sin embargo, esto también implica la interiorización y (re)producción de imaginarios edadistas del envejecimiento, ya que es a partir de ellos que deciden diferenciarse. En este apartado analizaré lo anterior: la manera en que los imaginarios sociales permean las percepciones que las entrevistadas tienen del envejecimiento, “la vejez”, de las “personas mayores” y de ellas mismas y, así, dialogan con ellos.

Envejecer es algo natural, así lo afirmó la mayoría de las mujeres entrevistadas (Vero, Margarita, Luz Ara, Frida, Yoya, Florisa y Orquídea), quienes sienten que “la vejez” es una

²⁹ Presento estas palabras entre comillas debido a que son términos empleados por las entrevistadas.

etapa más de vida que debe ser aceptada como todas las demás. Margarita y Vero expresaron lo siguiente:

“Necesitan comprender [las personas que tienen más de 60 años], saber... que la vejez no es el derrumbamiento de la vida, es un cambio, eso sí, nada más... pero no es el derrumbarse, no es el ‘ya se acabó’ ... viene otra etapa y ya me ves aquí...” (Margarita, 75 años, vive sola, educación superior, baja marginación)³⁰.

"No, la vejez tiene que venir tarde o temprano ... eso de que te digan: ay, ya me salió una arruga, ¿y ahora cómo me la voy a quitar? No, no, eso es... este... ¿cómo te diré? que no vas a aceptar tu vejez, o sea que no la aceptas. Hay que aceptar, o sea, todo tiene... eh... una llegada y cuando se va" (Vero, 62 años, vive acompañada, educación básica, marginación media).

Margarita ve a “la vejez” como un cambio, mientras que Vero la concibe como algo inevitable que debe ser aceptado. Margarita expresa la influencia de discursos actuales que, con rasgos neoliberales (y edadistas), promueven la necesidad de “sentirse joven” a pesar de los años. Vero se muestra más “resignada” a lo “biológico”. Posiblemente estos diferentes discursos expresan sus distintos recursos materiales y simbólicos. Conviene notar que, a pesar de las diferencias en los contextos y las experiencias de las entrevistadas, todas se refirieron con naturalidad a “la vejez” y al envejecimiento. Consideraron que la naturalidad de los sucesos debe ser causa de aceptación. La vejez expresada como parte del ciclo de vida (Escalante, 2004) fue un acercamiento frecuente al tema.

Las narrativas de las entrevistadas reflejaron la influencia de los discursos médicos y biológicos sobre el envejecimiento, los cuales trazan ideas como la de “naturalidad”, “desarrollo”, “cambio” y “declive” (Tamer, 1995). Estos discursos, como “vehículos de producción y re-producción de órdenes simbólicos e imaginarios” (Serret, 2008, p. 52), han difundido imaginarios de “la vejez” y del envejecimiento que se enfocan en lo biológico a tal grado que los aspectos sociales, personales y subjetivos se han dejado de lado (Tamer, 1995; Lolas, 2001). Los imaginarios sociales del envejecimiento que han surgido a partir de disciplinas como la medicina y la biología han tenido gran influencia en la concepción del envejecimiento.

³⁰ Se presenta información relevante para los objetivos de esta investigación: pseudónimo, edad, si vive sola o acompañada, nivel de escolaridad y el grado de marginación de la unidad territorial en donde se encuentra su domicilio actual.

Todas las entrevistadas hicieron alusión a cambios que han experimentado por el envejecimiento, aunque desde puntos de vista diferentes. Encontré contrastes entre los testimonios; por ejemplo, algunas mujeres, como Orquídea (75 años, vive sola, educación básica, muy alta marginación) y Frida (63 años, vive acompañada, educación media superior, marginación media), asociaron al envejecimiento con discapacidades y enfermedades, mientras que otras, como Florisa (67 años, vive acompañada, posgrado, baja marginación) y Rosi (74 años, vive sola, posgrado, baja marginación), lo relacionaron con cuestiones como la madurez y la libertad, respectivamente.

Los testimonios de las entrevistadas remitieron a dos imaginarios comunes del envejecimiento: uno deficitario o fatalista, que lo asocia con el declive del cuerpo y, por ende, con enfermedades y “discapacidades”, y otro positivo, que oculta todo aspecto negativo, y que lo relaciona con la sabiduría y la madurez adquiridas a lo largo de la vida (Tamer, 1995). El dualismo entre estos dos imaginarios ha sido usual en los abordajes del envejecimiento por parte de las investigaciones. Sin embargo, a partir de los testimonios de las entrevistadas, encontré que sus experiencias de “la vejez” y del envejecimiento no responden a ninguno de los dos imaginarios, sino que hay posibilidades de “crecimiento” y “deterioro” simultáneamente (Tamer, 1995): envejecer implica aspectos “positivos” y “negativos”. Como los testimonios reflejan, envejecer puede implicar desgaste biológico, pero también madurez emocional y alegría.

A partir de situar las narrativas de las entrevistadas percibí que si bien sus significaciones del envejecimiento tienen influencia de imaginarios sociales que han escuchado y (re)producido, también están atravesadas por sus trayectorias de vida (Ramos, 2018): por vivencias específicas que propician que se adhieran a determinados discursos o imaginarios del envejecimiento. Esto corresponde con lo que Lolas (2001) ha denominado significado y sentido de la edad, haciendo alusión a la consideración externa e interna de esta última.

El sentido es dado por las demás personas: es el sentido que los otros, el grupo de pertenencia, dan; mientras que el significado es la imagen interna que cada persona construye

de sí misma. Ambos se relacionan. Las significaciones de “la vejez” y del envejecimiento de las personas se relacionan con los significados que han escuchado, pero también con sus trayectorias de vida; por ello, el envejecimiento expresa la relación entre quien envejece y su interacción con la sociedad. Envejecer no tiene un solo sentido, sino que se significa de diferentes maneras, lo cual se expresó en el hecho de que las entrevistadas consideraron que envejecer es algo natural, pero le asociaron con diferentes cuestiones y características.

Cuestiones relacionadas con la clase social y el género, tales como las condiciones socioeconómicas (Tamer, 1995; Del Alba, 2017), la ocupación a lo largo de la vida (Arber y Gilbert, 1989; Montes de Oca, 1999b), o los roles de género (Arber y Ginn, 1989; Ramos, 2018), permean las significaciones del envejecimiento de cada persona. En este sentido, si bien las mujeres entrevistadas pueden experimentar carencias compartidas, a partir de las desigualdades de género que experimentan por “ser mujeres” y de su construcción subjetiva en torno al código simbólico de la feminidad (Serret, 2008), también experimentan y significan de diferente modo sus vidas, edades, envejecimientos y vejezes, a partir de sus trayectorias propias (Ramos, 2018).

Lo anterior se percibe en los contrastes entre las narrativas de las entrevistadas. En el caso de Rosi (74 años, vive sola, Posgrado, baja marginación) o Margarita (75 años, vive sola, educación superior, baja marginación), por ejemplo, quienes están jubiladas y llevan vidas tranquilas actualmente, con recursos económicos que les permiten disponer de tiempo y realizar las actividades que desean e, incluso, trabajar por gusto, no percibieron a la edad como una limitación, sino que se refirieron a ella positivamente o con gracia. Por otro lado, Viloca (73 años, vive sola, educación básica, marginación media), quien desde hace varios años enfrenta carencias económicas, significó a la edad como signo de rechazo laboral y limitaciones.

Otro elemento que surgió en las narrativas de todas las entrevistadas fue una crítica a quienes “niegan” a “la vejez” y al envejecimiento y les asocian con cuestiones negativas o prejuicios. Luz Ara mencionó:

"Pues las personas que tienen prejuicios están mal de la cabeza... (risas) pues... ¿qué les pasa? Piensan que el mundo es... día con día estamos yéndonos para allá... desde que nacemos estamos creciendo, creciendo, creciendo... y gracias a dios que llegamos a esta edad y que estamos cuerdos, sí... que no nos hemos muerto y que... si tuvimos vicios, pues ya los dejamos, y ahora vivimos muy sanos" (Luz Ara, 74 años, vive acompañada, educación superior, alta marginación).

Luz Ara criticó a quienes tienen prejuicios hacia “la vejez”. En su narrativa se percibe la influencia del discurso biomédico, ya que habla en términos de nacimiento y crecimiento. También señaló que envejecer implica dejar los vicios, lo cual coincide con la asociación que otras entrevistadas, como Florisa, hicieron entre vejez y madurez. Esta asociación con la madurez expresa la influencia del imaginario de “la vejez” que tiende a enaltecer sus rasgos positivos (Tamer, 1995) y que asocia “una vida larga” con adquirir fortalezas emocionales (como “la madurez”).

Las entrevistadas no solo apelaron a aceptar el envejecer, sino también a que no hacerlo o reducirlo a sus aspectos negativos es algo criticable. Parece que hay una idea de fondo: si el envejecimiento es una cuestión natural, todas las personas deberían aceptarlo. Si bien este tipo de críticas fue constante, al cuestionarles si se consideran “mujeres adultas mayores” o qué piensan que es “la vejez” y “el envejecimiento”, la mayoría de las entrevistadas señaló que no se identificaba (o no del todo) de ese modo. Orquídea y Frida mencionaron:

“Sí soy una persona adulta mayor, tengo 75 años (risas), pero no anciana, o sea, sí soy una persona adulta mayor, pero no soy anciana, este... te digo que a veces me he sentido como de... me hicieron un estudio hace tiempo y sí, cuando... hace como 2 años, tenía 73. Tenía 73 y en el estudio salió que era una persona como de 63 y realmente sí me siento muy bien, porque tengo energía para todas mis actividades...” (Orquídea, 75 años, vive sola, educación básica, muy alta marginación).

“Mmm... no, bueno, es que (duda)... o sea, es que el gobierno dice que ya desde los 60 ya uno tiene que pensar en sus tarjetas y que no sé qué tanto, pero... pues no, yo no me siento adulta mayor. Aunque a veces sí, te digo que sí, porque... digo a veces traigo ya el pelo y digo: ya me tengo que pintar... o ya me tengo que arreglar, o me tengo que cortar el pelo, entonces sí, a veces uno resiste a eso, de que: ay, no, ya me estoy volviendo viejita... pero pues... bueno el tiempo tiene que pasar y uno lo tiene que asimilar, ¿no?” (Frida, 63 años, vive acompañada, educación media superior, marginación media).

Orquídea señaló una distinción entre ser “adulta mayor” y “anciana”. Se diferenció de “ser anciana” apelando a que se siente bien y con energía para sus actividades. Frida, quien mencionó varias veces en la entrevista que “no se siente adulta mayor”, hizo referencia a un elemento que varias entrevistadas asociaron con “sentirse viejas” o no: la edad cronológica. Frida aludió a la edad establecida por el gobierno para ser una “persona adulta mayor” (60 años). Se siente “persona mayor” de manera intermitente; señaló resistencias ante ello.

Independientemente de sus diferentes contextos, trayectorias, edades y características (tales como diferentes grados de marginación, diversos niveles de escolaridad y tipos de composición del hogar), todas las entrevistadas expresaron tensiones para identificarse en “la vejez”: como “mujeres mayores”, “viejitas” o “ancianas”³¹. La crítica que hicieron a quienes no aceptan el envejecer o le asocian con prejuicios, puede ser aplicada a ellas mismas, ya que, a través de diferentes narrativas, buscaron alejarse de “la vejez”. Si bien se identificaron en “la vejez” por la edad cronológica, mencionaron otras características para diferenciarse de “las personas mayores”.

La edad cronológica ha tenido influencia en sus autopercepciones. Cumplir 60 años o acercarse a ciertas edades ha implicado cambios en la manera en que se perciben a sí mismas: a partir de la edad se han asumido intermitentemente como “personas mayores”. Esto expresa la influencia de la edad, como categoría sociocultural (Tamer, 1995; Arber y Ginn, 1996) que es base de diversas instituciones (Arber y Ginn, 1996), tales como el programa INAPAM que Frida mencionó. Estas instituciones (re)producen discursos que establecen una edad como “la entrada” a “la vejez”, lo cual propicia concebirle como una etapa fija y homogénea (Tamer, 1995), que implica nuevas subjetividades, también homogéneas, para quienes “entran” en ella. Estos discursos establecen quiénes son “personas adultas mayores” y, por ende, estas personas adquieren los rasgos negativos que los imaginarios edadistas del envejecimiento y “la vejez” les adjudican.

Las entrevistadas han estado expuestas a estos discursos y no pueden evitar sentir tensiones cuando se acercan a la edad que tantas veces se les ha repetido como marca de

³¹ Las palabras entre comillas son términos empleados por las entrevistadas.

“vejez”. En este sentido, los discursos han (re)producido órdenes simbólicos e imaginarios (Serret, 2006) que han permeado la construcción de sus identidades (Serret, 2008). A partir de un hecho cronológico, saben que se les posiciona en un espacio diferente (Arber y Ginn, 1996): como “mujeres mayores”. No pueden evitar la presión de estos discursos, ya que mencionaron frecuentemente a la edad; sin embargo, oponen resistencias ante ello, ya que apelan a otras características que “no las hacen sentirse mayores”. Ellas son más que los años que tienen, poseen otras características que no coinciden con los criterios y los rasgos negativos que los discursos y los imaginarios sociales edadistas establecen.

Lo anterior invita a (re)pensar el dinamismo del proceso de envejecimiento. Comprender a la edad cronológica como categoría sociocultural posibilita cuestionar los imaginarios homogeneizantes de “la vejez” (Tamer, 1995). La edad cronológica no implica adquirir una identidad estable, tampoco implica “una entrada” a una “etapa”, sino que envejecer se significa y se vive de muchas maneras³². Las narrativas de las entrevistadas expresan “resistencias” ante el imaginario de “la vejez” que la define únicamente por la edad cronológica. No obstante, sus narrativas también (re)producen imaginarios edadistas, ya que asociaron a “la vejez” con características que coinciden con los imaginarios deficitarios de ella (Tamer, 1995), tales como la pérdida de salud o de facultades físicas y mentales, la dependencia y las emociones negativas.

Las mujeres entrevistadas consideraron que envejecer es algo natural, pero expresan tensiones para identificarse con el imaginario de “las mujeres mayores”, ya que saben que el envejecimiento es valorado socialmente de manera negativa. Hay una paradoja entre asumir la naturalidad de los fenómenos y, a la vez, rechazarles (Nussbaum, 2018). El ámbito valórico del envejecimiento (Lolas, 2001), es decir, la concepción peyorativa que se tiene de él a nivel social, da pie a tensiones, pues no quieren estar en el espacio rechazado y/o denigrado (Nussbaum, 2018). Esto se expresa en sus narrativas, ya que hay una intención de diferenciación de las “viejas” a partir de características contrarias a lo rechazado, como la

³² Con esto no niego la dimensión social del envejecimiento, la cual tiene implicaciones en las vidas de las personas, ya que, por ejemplo, a partir de la edad social (Arber y Ginn, 1996) se considera a una “persona mayor”, lo cual es necesario para acceder a ciertos derechos y deberes.

actitud o la agilidad mental, la energía y la posibilidad de ser activas y moverse, o incluso, el mero sentir personal (“sentirse bien”). Esta diferenciación es una protección ante los estereotipos, con la finalidad de no identificarse a sí mismas con el grupo rechazado o denigrado (Nussbaum, 2018): “las otras son las viejas”³³.

No hay que perder de vista que el imaginario del envejecimiento del que las entrevistadas buscan “alejarse” es edadista, pero también sexista. Está atravesado por el género (Arber y Ginn, 1996). En este sentido, no solo rehúyen de identificarse como “personas mayores”, sino concretamente de identificarse como “mujeres mayores”. Esto debe comprenderse desde el doble rasero del envejecimiento (Sontag, 1972), ya que envejecer es peor visto en las mujeres que en los hombres (Arber y Ginn, 1996; Freixas, 2008). Para las mujeres el envejecimiento es visto como una pérdida de feminidad (de belleza, capacidad reproductiva, etc.) y, por ende, de todo su valor social. El imaginario del envejecimiento femenino expresa injusticias valorativas de género (Fraser, 2011) para las mujeres, ya que promueve el androcentrismo y el sexismo cultural (Fraser, 2011).

Así, pues, las entrevistadas rechazan los imaginarios edadistas y sexistas del envejecimiento, ya que asumirse como “mayores” representa rechazos acentuados para ellas, en tanto mujeres. Se niegan a identificarse con los rasgos negativos de “las mujeres viejas” que han escuchado a través de un sinfín de discursos, muchos de ellos difundidos masivamente por los medios de comunicación, y que ahora (re)producen con la finalidad de diferenciarse. La incomodidad y las tensiones e intermitencias son respuestas ante imaginarios que promueven el rechazo de los otros y las otras, en tanto personas adultas mayores, y, ahora, de una misma (Ámery, 2001; Nussbaum, 2018).

Como puede verse, las mujeres entrevistadas (re)producen y resisten ante los imaginarios edadistas simultáneamente. Las mujeres no se adaptan pasivamente al lugar en el que se les posiciona socialmente, sino que hacen esfuerzos por negarlo, disimularlo y desidentificarse (Skeggs, 2020). Desde una agencia reflexiva y situada (Herrera, 2021), las mujeres (re)producen imaginarios edadistas a los que han estado expuestas y que han

³³ La intención de diferenciación pudo verse también en los otros apartados que desarrollaré en este capítulo: en las cuestiones estéticas y la belleza, la actitud y la actividad.

permeado sus construcciones subjetivas (Serret, 2008), pero, a la vez, hacen desplazamientos o transformaciones dentro de ellos, a partir de cambios subjetivos, como no identificarse como “mayores” y, por ende, cuestionar las “reglas de edad” que limitan la representación de sí mismas (Fraser, 2011) a través de categorías etarias homogeneizantes (como “la vejez”).

En este sentido, las mujeres no (re)producen los imaginarios a partir de una “decisión”, ni tampoco pueden “romper” tajantemente con ellos. Los discursos e imaginarios han permeado la construcción de sus identidades (Serret, 2008) de modo consciente e inconsciente. Dentro de ellos, las mujeres se desplazan estratégicamente (Herrera, 2021). El rechazo a los imaginarios sociales del envejecimiento no puede ser tajante, ya que están expresados en numerosos discursos arraigados social y culturalmente; sin embargo, las mujeres actúan dentro y contra ellos: negocian sus propias representaciones y experiencias y, así, dan pie a transformaciones paulatinas de los imaginarios y de sus identidades.

2.2 Ideales de belleza e imaginarios de “las mujeres mayores”. Cuestiones estéticas: belleza, apariencia y prejuicios de género y edad

En las entrevistas que realicé dediqué algunas preguntas al tema de la belleza. A partir de las respuestas de las entrevistadas pude percibir la influencia que los ideales de “belleza” han tenido y tienen en sus vidas. Las mujeres asociaron la belleza con rasgos como la feminidad y la juventud; por ello, algunas de sus prácticas y narrativas expresaron extrañamiento ante sus cuerpos “envejecidos”, ya que “no cumplen con esos ideales”. Además, las entrevistadas señalaron comportamientos “adecuados” para cada “etapa” de la vida. A partir de ello, criticaron a “las mujeres mayores” que no cumplen con la “sobriedad”.

Interpreté lo anterior como un diálogo con imaginarios sociales del envejecimiento y con ideales de feminidad, concretamente de belleza y respetabilidad. Este diálogo implica (re)producción y cuestionamiento³⁴: con sus prácticas, las mujeres entrevistadas buscan romper con los imaginarios sociales del envejecimiento que las posicionan en espacios de

³⁴ Este cuestionamiento se aborda principalmente en el subapartado 2.2.3, en el cual las mujeres entrevistadas perciben a la belleza como una forma de autocuidado que impacta positivamente sus emociones. Si bien este cuestionamiento no se da de manera radical, considero importante notar las expresiones de la agencia situada de las entrevistadas, en tanto que no asumen los mandatos de belleza de manera radical.

fealdad y decrepitud, pero, a la vez, reproducen la presión de estos ideales e imaginarios para las demás mujeres y para ellas mismas. En este sentido, en este apartado (con sus respectivos subapartados) me centraré en analizar la manera en que los ideales de belleza han influido en la vida de las mujeres entrevistadas a lo largo de sus procesos de envejecimiento y, concretamente, en “la vejez”. Esto tomando como punto de partida imaginarios sociales del envejecimiento que, como he mencionado, tienen rasgos sexistas y edadistas que generan tensiones para identificarse como “mujeres mayores”.

Al preguntar a las entrevistadas por la importancia de la belleza en sus vidas, hubo discrepancia en las respuestas. La mitad de ellas (Luz Ara, Frida, Florisa, Viloca, Orquídea) mencionó que la belleza ha sido algo importante a lo largo de sus trayectorias de vida y lo sigue siendo en la actualidad. Luz Ara mencionó:

“Sí, pues me pongo crema. Ahora me puse de ese bloqueador, para el sol, sí... este, pero así... casi no. Iba yo con la señora que me corta el pelo, pero me ponía unas mascarillas negras y luego me las quitaba, y luego como que yo sentía la cara muy fresca, pero nada más me duraba un día, y dije: no, eso ni sirve... para nada (risas). Y antes, cuando estaba más joven, sí me ponía mascarillas de arcilla, de huevo, de aguacate, pero de todas maneras ya me salieron las arrugas, ¿pues de qué me valió? (risas)” (Luz Ara, 74 años, vive acompañada, educación superior, alta marginación).

Para Luz Ara la belleza ha sido importante en su vida, la asoció con hábitos cotidianos del cuidado de la piel, así como con algunas prácticas que realizaba “antes”, “cuando era joven”. Consideró que fue algo inservible, debido a que inevitablemente le salieron arrugas. El empleo de prácticas y productos de belleza fue algo común en las entrevistadas, quienes hablaron de tintes, limpiezas faciales, cremas anti envejecimiento y diferentes cosméticos. Esto refleja la influencia que la industria de la belleza, como la cosmética, tiene en la vida de las mujeres, particularmente la industria anti envejecimiento que, como Luz Ara refleja en su testimonio, promete combatir signos naturales e inevitables del paso del tiempo en la piel y en el cuerpo (como las arrugas).

La industria de la belleza, basada en cánones sexistas e inalcanzables de belleza, incita a las mujeres a consumir eternamente productos, técnicas y procedimientos de belleza para satisfacer y cumplir con los estereotipos impuestos en cada época (Pineda, 2020). Esto se ha dado de manera masiva a partir del auge de los medios de comunicación, los cuales

bombardean a las mujeres con imágenes de cuerpos ideales que crean una permanente insatisfacción corporal (Pineda, 2020). “Se les empuja a desear ser bellas, pero la concreción de este deseo supone un acto de consumo, impuesto y promovido por las industrias de la belleza” (Pineda, 2020, p. 147). Los cuerpos se muestran como algo perfectible que requiere inversiones constantes para cumplir con los ideales de feminidad. Así, con un afán capitalista, los cuerpos y las vidas de las mujeres han pasado a ser objeto de ganancias de la industria de la belleza: una industria patriarcal, creada por y para los deseos y las ganancias de los hombres (Pineda, 2020). Esto representa una injusticia valorativa y/o cultural de género (Fraser, 2011), ya que los ideales de belleza presentan imágenes estereotipadas de las mujeres que nunca serán alcanzadas, pero que las exponen a presiones y malestares emocionales y corporales a lo largo de toda su trayectoria de vida.

Lo anterior acontece en el caso de las entrevistadas. A lo largo de toda su vida se han preocupado por su apariencia y han recurrido a diferentes procesos para cuidarla, no solo en cuanto a cosméticos, sino también a través de otras prácticas. Por ejemplo, Florisa (67 años, vive acompañada, posgrado, baja marginación) indicó haber realizado dietas a lo largo de su vida, con la finalidad de perder peso. Por su parte, Yoya (75 años, vive acompañada, educación básica, muy alta marginación) señaló que desde hace muchos años se “riza” y tiñe el cabello.

Prácticas como las dietas y la modificación del cabello responden a los cánones de belleza³⁵ que incitan a la manipulación de los cuerpos de las mujeres. Premisas sexistas, gordofóbicas, gerontofóbicas y sexistas son la base del canon de belleza imperante (Pineda, 2020), el cual impone a las mujeres la eterna búsqueda de un cuerpo delgado, blanco y joven. Esto influye en la búsqueda incesante de ser delgada o en la modificación continua de rasgos como el cabello. Estas prácticas tienen la finalidad de aproximarse a cánones muy específicos de belleza, a los cuales las mujeres han sido expuestas de manera masiva a través de diversos discursos que (re)producen imaginarios sociales de cómo debe ser una mujer “bella” y “femenina”.

³⁵ Pineda (2020) define a los cánones de belleza como “el conjunto de características que una sociedad considera convencionalmente hermosas o atractivas” (p. 21).

Algo interesante fue que las entrevistadas que afirmaron la importancia de la belleza en sus trayectorias de vida matizaron dicha importancia a través de diferentes frases (“pues no, no tanto”, “casi no”, etc.), como si aceptarla fuera algo negativo. Las reglas de las construcciones femeninas con respecto al tiempo y el lugar señaladas por Skeggs (2020) se manifiestan en lo anterior, debido a que, si bien las entrevistadas invierten esfuerzos en el cuidado de su apariencia, también saben que este esfuerzo debe ser matizado (Skeggs, 2020). Según estas reglas, la feminidad implica la exigencia hacia las mujeres de invertir esfuerzos en el cuidado de la apariencia, pero también exige no esforzarse demasiado en ello: hay momentos y lugares para hacerlo (Skeggs, 2020).

En este sentido, si bien el “descuido” de la apariencia es algo criticable, por no ser algo “femenino”, también lo es dedicar demasiado tiempo a ello, porque se considera que implica vanidad, vulgaridad, o incluso se asocia con ser una mujer infantil, envidiosa, egoísta o sin intelecto (Pineda, 2020). Ideales de feminidad como los anteriores propician que las mujeres nieguen la importancia de la belleza en sus vidas, ya que reconocerlo puede hacerlas ver superficiales, vanidosas o tontas; sin embargo, dicha importancia se expresa en sus prácticas y narrativas, ya que han sido socializadas bajo esos ideales y discursos (hooks, 2011). Lo anterior evidencia la constante presión que los ideales de feminidad representan para las mujeres, ya que hay normas androcéntricas y sexistas (Fraser, 2011) que nos atraviesan y que proyectan expectativas de comportamiento y apariencia en nosotras todo el tiempo.

En el caso de las entrevistadas (Vero, Margarita, Rosi, Hannia y Yoya) que señalaron que la belleza no ha sido importante en sus vidas, también reflejaron que les dan importancia a estas cuestiones. Así, por ejemplo, en los encuentros para las entrevistas todas cuidaron su imagen. Usaron maquillaje, aretes y pulseras; muchas de ellas llevaban el cabello teñido y ropas combinadas. Aunado a ello, en la conversación señalaron la relevancia de cuestiones relacionadas con el físico que, si bien no denominaron “prácticas de belleza”, también implican el cuidado de la apariencia. Hannia (66 años, vive sola, educación media, baja marginación), por ejemplo, mencionó el impacto de “los cambios físicos” y Yoya (75 años,

vive acompañada, educación básica, muy alta marginación) señaló la importancia de “la buena presentación”³⁶ o de “tener un buen estilo”.

Además, si bien estas mujeres sostuvieron que la belleza no ha tenido importancia a nivel personal, mencionaron que han percibido su importancia en la relación con las demás personas. Ejemplo de ello son los siguientes testimonios:

"¿La belleza física? Bueno, en realidad sí me doy cuenta, que los demás siempre... los demás siempre se van del lado de la belleza física, pero como mi medio, a donde yo he girado siempre, buscan la belleza espiritual, entonces ahí he estado... porque sí me he dado cuenta de que nos clasifican entre feos y bonitos" (Margarita, 75 años, vive sola, educación superior, baja marginación).

"Pues no, no tanto... porque además yo creo que yo me consideraba menos bella de lo que me ve la gente, ¿ves? Me decían: ay, qué bien se te ve esto, ay, qué bien el otro... y yo me quedaba: bueno, pues sí estoy bien, pero no como para que me digan: ay, qué bien, ¿no? Entonces eso, pues... infla tu ego, ¿no?" (Rosi, 74 años, vive sola, posgrado, baja marginación).

Margarita, quien enfatizó constantemente la importancia de la espiritualidad en su vida y en el mundo, señaló que su prioridad está relacionada con la belleza en ese ámbito; sin embargo, ha notado que la belleza física da pie a una clasificación de las personas. Por su parte, Rosi ha vivido y percibido la importancia de esa clasificación. El hecho de ser considerada “bella” ha permeado su autopercepción: ha “inflado su ego”.

Como puede notarse, las entrevistadas han notado la importancia de “verse bien”. Si bien se refirieron a ello de diferentes maneras (buena presentación, cambios físicos, etc.), expresaron que existe una catalogación de las personas acorde a cómo se ven, la cual influye en el trato que reciben. Saben que la apariencia y la belleza tienen un papel relevante en la socialización: son signos de valor (Skeggs, 2020), a partir de los cuales se jerarquiza a las personas, específicamente a las mujeres.

³⁶ Conviene pensar esta frase a partir del lenguaje empleado en las ofertas de empleo. La preocupación por una “buena presentación” puede ser leída desde el deseo por conseguir empleo que constantemente mencionó Yoya durante la entrevista. En este sentido, la preocupación por la “buena presentación” puede ser leída como una inquietud adicional para aquellas mujeres que no cuentan con una buena jubilación o con recursos económicos, y que, por ende, quieren conseguir un trabajo remunerado.

Los cánones de belleza son criterios definitivos y valorativos de la feminidad que favorecen que las mujeres nos sintamos juzgadas por la apariencia física y que afectan nuestros cuerpos, vidas y psique (Pineda, 2020). En este sentido, Rosi, por ejemplo, ha pasado a valorarse a ella misma a partir de cómo los demás la perciben: como “una mujer bella”. Es consciente del impacto positivo que esto ha tenido en su vida, ya que emocionalmente le ha dado confort y seguridad.

Conviene notar, pues, que pese a la diversidad de trayectorias, contextos y vivencias actuales, todas las entrevistadas han realizado y realizan prácticas de belleza y de cuidado de la apariencia, aunque no lo hayan narrado o incluso lo hayan negado. Son conscientes de la importancia que esto tiene en las interacciones sociales. Esta es una expresión del posicionamiento de la belleza como una prioridad en la vida de las mujeres: se nos hace ver como una obligación social y moral (Skeggs, 2020). Si bien muchas veces no reparamos en ello, está presente en nuestras prácticas y narrativas, ya que es una forma de evitar el rechazo social que implica ser mujer y no invertir en la belleza y, por ende, en “la feminidad” (Skeggs, 2020). Esto responde a lo que Fraser (2011) denomina injusticia cultural o simbólica (de reconocimiento) y expresa relaciones de poder desiguales (Scott, 2008), ya que los hombres no experimentan esta presión del mismo modo. Para ellos la apariencia no es un criterio definitorio de su valor o apreciación social (Escalante, 2004).

Además, la prioridad de la belleza en la vida de las entrevistadas es significativa y trasciende sus condiciones socioeconómicas. Viloca (73 años, vive sola, educación básica, marginación media), por ejemplo, señaló constantemente tener dificultades económicas; sin embargo, ha implementado estrategias para poder cuidar su apariencia. Se definió como alguien “vanidosa” y mencionó que en la actualidad realiza hábitos de belleza. Viloca es el ejemplo de numerosas mujeres que, debido a sus ingresos precarizados, no pueden realizar grandes gastos en productos y servicios de belleza; no obstante, conscientes del valor que esto tiene, implementan estrategias para acceder a ellos y no ver disminuida “su feminidad”.

Tal acceso a los productos y los servicios de belleza ha sido posibilitado gracias a que, como Pineda (2020) ha señalado, si bien en algún momento histórico la belleza estuvo reservada y determinada por la clase social de las mujeres, actualmente esto no es así, sino

que la industria de la belleza ha visto en todas las mujeres a posibles consumidoras y ha buscado llegar a nosotras, abaratando los productos cosméticos y los procedimientos estéticos. Lejos de pensar que la industria de la belleza está minimizando las desigualdades, hay que comprender que ha pasado a ver a las mujeres como consumidoras de una industria que satisface y enriquece a los hombres (Pineda, 2020). A través de los cánones de belleza nos ha llevado a priorizar la apariencia a tal grado que invertimos en ello el poco o mucho ingreso que tenemos.

2.2.1 Significados de la belleza para las entrevistadas: (re)producción de cánones sexistas, gerontofóbicos, racistas y gordofóbicos

Las entrevistadas relacionaron la belleza con diferentes rasgos o características. Mencionaron principalmente tres: la feminidad o “el ser femenina”, la “juventud”, y la “sobriedad” como un comportamiento deseable en “la vejez”. Sus narrativas expresan la influencia de los cánones de belleza en sus vidas, en tanto construcciones patriarcales y sexuadas que se fundamentan sobre premisas sexistas, gerontofóbicas, racistas y gordofóbicas (Pineda, 2020). Estas premisas se manifestaron en sus narrativas, lo cual expresa la influencia de los imaginarios y los discursos sociales, específicamente de los ideales de feminidad y belleza, en las trayectorias de vida de las mujeres.

La mayoría de las entrevistadas (Luz Ara, Frida, Yoya, Florisa, Viloca, Orquídea) relacionó el hecho de “ser bonitas” con “la feminidad” o con prácticas de “niñas”. Al preguntarles si consideran que la belleza ha sido importante en sus vidas, Florisa y Viloca mencionaron:

“Ya ves que... yo fui educada con que: ay, las niñas, deben ser bonitas y todo esto, ¿no? Sí, sí, sí” (Florisa, 67 años, vive acompañada, posgrado, baja marginación).

"Sí... (risas) muy importante, muy importante. Cuando eres vanidosa, más a la edad que yo tengo... es... pues habla bien, te da ánimos, te levanta el ego... te levanta. Entonces sí soy vanidosa, trato de cuidarme. No soy exagerada, ay, que la pestaña postiza que parece abanico, no... pero sí trato de ser lo más femenina que se pueda. ¿Tú qué opinas de lo que ves? Sí, trato de ser... hasta ahí nada más. No exagero, ni me pongo el molcajete... ni (risas)... ni nada más, pero sí soy. Me gusta y me gusto cómo me veo, a pesar de los pesares” (Viloca, 73 años, vive sola, educación básica, marginación media).

Florisa expresó que desde la infancia fue educada con la idea de que “las niñas deben ser bonitas”, lo cual considera que ha permeado en la importancia que le ha dado a la belleza a lo largo de su vida. Por su parte, Viloca, quien fue una de las entrevistadas que más énfasis hizo en la importancia de la belleza en su vida, señaló que realiza hábitos de belleza con moderación, los cuales asocia con tratar de ser “femenina”, pero sin exagerar. Estos hábitos le agradan porque propician el gusto por sí misma: impactan positivamente sus emociones.

Testimonios como los anteriores expresan la influencia de discursos que socializan a las mujeres desde muy pequeñas para asociar a la belleza con la feminidad. La belleza es una construcción sexuada y patriarcal, ya que es una exigencia en la vida de las mujeres que ha sido creada por y a partir de los ideales de los hombres (Pineda, 2020). La belleza “ha sido considerada una condición inherente y definitoria de la feminidad” (Pineda, 2020, p. 110).

Las entrevistadas han estado constantemente atravesadas por estos discursos sexistas y los (re)producen en sus prácticas y narrativas. Asocian “ser femeninas” con ser bellas y cuidar de la propia apariencia. Asimismo, como Viloca expresó en su testimonio, saben que hay reglas dentro de la feminidad (Skeggs, 2020): hay que arreglarse, pero sin exagerar. Hay que construir una “feminidad correcta” acorde a los cánones, pero también a ciertas normas de vestimenta, maquillaje, etc.

La “feminidad correcta” se relaciona con lo que Skeggs (2020) ha denominado “respetabilidad de clase media” y que ha sido impuesta a las mujeres de sectores populares. Esto incluye rasgos como un maquillaje exagerado o vestimentas provocativas, los cuales implican una “sexualización” de la apariencia y fungen como estrategias que implementan las mujeres cuya supervivencia depende de concretar el encuentro de “un marido proveedor”. Bajo esta lógica, con la finalidad de “diferenciarse”, las mujeres que cuentan con una “profesión” deben hacer lo contrario: no deben sexualizarse, sino que deben ser “serias” y “sobrias”. En este sentido, conviene notar las cuestiones de clase social que hay de por medio, ya que los testimonios de las entrevistadas expresan ideas asociadas con estas diferenciaciones entre las mujeres a partir de la manera en que construyen su “feminidad”: ellas quieren estar del lado de “lo correcto” y “sobrio” (no de lo exagerado), relacionado con “una clase social más alta”.

Otro rasgo que algunas entrevistadas (Luz Ara, Hannia, Viloca, Florisa, Frida) relacionaron con la belleza fue la juventud. Mencionaron extrañar sus “cuerpos jóvenes”. Los siguientes testimonios expresan lo anterior:

"Estaba muy bonita, decía yo, de la cara, y ahora ya no me parezco, pero... pero sigo siendo yo, pues, no sé cómo explicártelo, pero no me siento anciana, no me siento vieja ..." (Luz Ara, 74 años, vive acompañada, educación superior, alta marginación).

"Ay, sí... Sí, me da mucha tristeza (risas). Me da mucha tristeza... cambié mucho... mucho, mucho. Esto que ves ahora, que lo quiero mucho, este... no, no... no, no... estaba yo bonita, bonita" (Viloca, 73 años, vive sola, educación básica, marginación media).

Ambas entrevistadas asociaron su belleza con el pasado. La asociación de “lo bello” o “bueno” con lo joven estuvo presente en numerosas narrativas de todas las entrevistadas y expresa la (re)producción de lo que Pineda (2020) ha denominado “premisas gerontofóbicas” de los cánones de belleza. Estas premisas implican un profundo rechazo y miedo injustificado hacia el envejecimiento y “la vejez”, así como la persecución de la juventud. Esto se da a tal grado, que los imaginarios reproducen la idea de que belleza es igual a juventud en las mujeres (Oquendo, 2014). Esta asociación parte de premisas sexistas: “una mujer para ser mujer debe ser bella” (Pineda, 2020, p. 110). Esto implica que, siguiendo el discurso de los cánones de belleza, si la belleza implica juventud, entonces una mujer “vieja” deja de ser “bella” y, por ende, deja de ser “mujer”, ya que pierde “feminidad”.

Este discurso es reproducido constantemente en la cotidianidad y en los medios de comunicación (Pineda, 2020). Lo anterior ha influido en las construcciones identitarias de las entrevistadas: consideran que ahora no son bellas y (re)producen un imaginario social edadista del envejecimiento. Además, esto influye en que muchas mujeres “mayores” se enfrenten al desconocimiento de su propio cuerpo (Escalante, 2004; Guerrero y Pineda, 2010; Oquendo, 2011), como expresaron Luz Ara y Viloca. Las imágenes de sus cuerpos cambiados producen desconcierto e impactan sus emociones³⁷. Hay un “autoextrañamiento” (Jean

³⁷ Es conveniente notar el contraste entre las emociones que expresaron sentir las entrevistadas, como la tristeza, y los imaginarios sociales que (re)producen, mismos que, como pudo verse en el primer apartado de este capítulo, dictan que hay que aceptar el envejecimiento como algo natural y, por ende, no debería causar malestares emocionales.

Ámery, 2001) o “autodiscriminación” (Oquendo, 2014): se resisten a sus cuerpos diferentes, lo cual desencadena el rechazo de una misma (De Beauvoir, 1970; Nussbaum, 2018).

Este extrañamiento responde a la presión que los cánones de belleza ejercen en la vida de las mujeres, al expresar ideales que excluyen a la mayoría (Pineda, 2020). Las mujeres “mayores” notan cambios en su apariencia, algo prioritario para definirse como “mujeres”. Notan que ya no pueden “cumplir” con cánones de belleza que las excluyen por el mero hecho de ser diferentes: por sus cuerpos distintos (Oquendo, 2014). La edad se vuelve un criterio de marginalización para las mujeres “mayores”. No obstante, hay muchos otros rasgos que también son marginalizados, como el color de la piel o el peso.

Relacionado con lo anterior, considero importante problematizar el testimonio de Yoya, quien expresó algo que ninguna otra entrevistada mencionó: la importancia que su color de piel ha tenido en su vida. Al preguntarle sobre cómo se siente con su cuerpo, señaló:

“Pues mi cuerpo, bueno, de joven, yo de maravilla, porque te digo, pues... afortunadamente no me siento muy obesa, ni... bueno, a lo mejor en el color digo yo, pues también. No me gusta ser racista ni sentirme menos porque digo yo: el ser morena no es delito... no es delito. Aunque a veces en la primaria sí... había un maestro que nos... este... había una morena, una güera y una blanca y nos decía las tres cervecitas, entonces imagínate cuál me tocaba a mí. Vengan mis tres cervecitas, vamos, pues... pero de que me haya sentido así por mi color desplazada, no... me siento bien con mi color porque había unas güeritas que querían ser morenas como yo... y había una de Acapulco que decía: ay, cómo envidio tu piel, bronceada. Digo: bueno, pues... tu idea, eh...” (Yoya, 75 años, vive acompañada, educación básica, muy alta marginación).

En su testimonio, Yoya, una mujer risueña y amable, con cabello rizado y corto, y tez morena, señaló rasgos relacionados con el cuerpo: la juventud, la obesidad y el color de la piel. Asoció sentirse bien con la juventud y la delgadez y señaló la importancia que su color de piel ha tenido en su vida; desde su infancia ha sido algo a lo que las personas, como su maestro, han hecho referencia. Su narrativa expresa la influencia de discursos sexistas, gerontofóbicos, racistas y gordofóbicos que han sido señalados por Pineda (2020) como “las premisas del canon de belleza imperante”. Yoya hizo alusión a características que parten de esas premisas: juventud, delgadez y color de piel (blanca). Su narrativa refleja la influencia de discursos e imaginarios sociales que incontables veces le han mostrado las características que socialmente son deseables en “una mujer”.

En cuanto a los discursos racistas, el hecho de que Yoya mencione que “ser morena no es delito” permite dimensionar el impacto que este hecho ha tenido en su vida y, a la vez, la gravedad de los discursos sexistas y racistas de belleza. Los cánones de belleza se han constituido a partir de la blanquitud y han generado estereotipos de belleza racistas, mismos que también están relacionados con prejuicios de clase, ya que comúnmente se tiende a asociar la piel clara con “las clases altas” (Pineda, 2020; Skeggs, 2020). Pineda (2020) ha denominado a lo anterior “racismo estético”.

Como puede verse, los cánones de belleza construyen imágenes estereotipadas de las mujeres y promueven complejos e inseguridades. Se trata de cánones inalcanzables que, sin embargo, han influido en las vidas de las mujeres entrevistadas a nivel corporal y emocional. En las narrativas de las entrevistadas se expresa un constante diálogo y (re)producción de estos cánones, a lo largo de su vida y en la actualidad. A partir de diferentes características (ser “viejas” o su edad, la búsqueda de “la feminidad”, su color de piel, su peso, etc.) expresaron una continua ansiedad por sus cuerpos (hooks, 2017): una insatisfacción permanente (Oquendo, 2014), producto de la socialización de género que les ha mostrado a la belleza como un eje prioritario en sus vidas.

2.2.2 “Reglas” de feminidad en “la vejez”: la sobriedad. Ni poco, ni mucho

Las entrevistadas (re)produjeron discursos e imaginarios edadistas y sexistas sobre los cuerpos y las apariencias de las mujeres “mayores”. Como señalé anteriormente, asociaron a la belleza con la juventud y, por ende, (re)produjeron la idea de que las mujeres “mayores” no son bellas. También expresaron la idea de comportamientos (in)correctos para “las mujeres en la vejez”, a partir de los cuales se diferencian y juzgan a las otras “mujeres mayores”.

Algunas de las entrevistadas (Vero, Frida, Viloca, Orquídea) señalaron que hay comportamientos y hábitos de vestimenta y maquillaje (in)correctos para las mujeres “viejas”, lo cual ha hecho que cambien prácticas que antes realizaban y que juzguen a otras mujeres por realizarlas. Algunos testimonios que expresan esto son los siguientes:

“Pues de ahí en fuera yo sé que ya tengo la edad y que ya no puedo, este... ponerme mis faldas más cortitas y no sé, pero no me gusta vestirme a mí, ¿cómo te diré? eh... de colores oscuros, este... me gusta vestirme de colores claros, entonces yo trato de ser una persona positiva”. (Frida, 63 años, vive acompañada, educación media superior, marginación media).

"Yo tengo una amiga que ya tiene 75 años... y ella no cree que ya está vieja, ella sigue, ay, no, arreglándose como una juventina, los cortes y todo... O sea, es que ya estás vieja... o sea, no... verte bonita, o sea, quitarte una arruga no te va a quitar la vejez. La vejez ya la tenemos". (Vero, 62 años, vive acompañada, educación básica, marginación media).

Frida consideró que “por la edad” ya no puede ponerse faldas “cortitas” y que debería usar colores oscuros (aunque no le gusten). Vero, a partir de ideas similares, criticó a su amiga, por “no creerse vieja” y por “arreglarse como joven”. Asoció esto con no aceptar “la vejez”. Ambas expresaron la idea de que “la edad” implica cambios en la manera “apropiada” de arreglarse para las mujeres: desde los cortes, el peinado y el maquillaje, hasta la ropa que se usa (el largo y el color), o el “no exagerar”.

Esta idea implica la diferenciación de prácticas para las mujeres “viejas” y las mujeres “jóvenes”, lo cual parte de un discurso edadista sobre el envejecimiento, ya que hace clasificaciones de lo “permitido” o “correcto” a partir de la edad. Esto corresponde con lo que Arber y Ginn (1999) han denominado edad social: la consideración social de ciertas conductas y actitudes como “adecuadas” o “correctas” para cada edad cronológica. Así, las entrevistadas consideran que en “la vejez”, definida por una edad cronológica, hay conductas adecuadas en torno a la apariencia o la belleza.

En sus narrativas expresaron los rasgos que consideran “correctos” para “su edad”: la sutileza, la discreción, el pudor, el recato, etc. Si bien siguen realizando hábitos de belleza, lo hacen acorde a ciertas “reglas de edad”. Lo anterior refleja un ideal de feminidad específico: la exigencia de “sobriedad” en “la vejez”. Conviene leer esta búsqueda de sobriedad a partir de lo que Skeggs (2020) ha señalado como “respetabilidad”.

La sobriedad, como signo de respetabilidad, funge como un criterio para diferenciarse de las demás mujeres. La respetabilidad (re)produce distinciones entre las mujeres (Skeggs, 2020). Permite a las mujeres trazar una diferencia y evitar valoraciones negativas que, de este modo, pueden depositar en otras mujeres. Tal diferenciación implica juicios hacia las demás

mujeres “mayores”, a quienes califican de exageradas, de no ir acorde a “lo correcto” o, incluso, de vulgares o ridículas. Esto propicia una jerarquización de las mujeres “mayores”, según se acerquen (o no) a lo “correcto”. Una mujer “mayor” que realiza prácticas de belleza que “no son” para su edad, sino para “las jóvenes”, es juzgada socialmente, ya que no cumple con “las reglas de feminidad”. “Ser bella” se asocia así con ciertas restricciones comportamentales (Pineda, 2020), no solo de género, sino también de edad.

Si bien las entrevistadas saben que el cuidado de la apariencia es necesario, como rasgo de feminidad (Pineda, 2020), siguiendo las propias reglas de la feminidad también buscan demostrar que conocen y cumplen reglas de comportamiento “acorde a su edad”. Los rasgos que juzgan de las demás mujeres “mayores” son rasgos que se relacionan con “no ser pudorosas o sobrias”. Las entrevistadas buscan alejarse de la sexualidad para verse como “mujeres mayores respetables”: la construcción de la respetabilidad se hace en contra de la sexualidad (Skeggs, 2020). No quieren ser vistas como seres sexuales. En este sentido, la apariencia (ropa, maquillaje, etc.) se torna un signo de la calidad moral³⁸ (Skeggs, 2020).

Lo anterior expresa la influencia de los imaginarios sociales edadistas y sexistas en las vidas de las entrevistadas, ya que, a partir de ellos, han adquirido hábitos y prácticas que han ido cambiando acorde a su edad, para ser “respetables” y “femeninas” y, así, evitar el rechazo. Han asumido “ciertas disposiciones subjetivas y materiales que intentan responder a los modelos y cánones de la imagen corporal deseada, y a unos gustos aparentemente individuales pero que están estrechamente vinculados a lo social” (Oquendo, 2014, p. 14).

Como puede verse, las mujeres entrevistadas dialogan y (re)producen discursos e imaginarios sociales que hacen ver a “la buena mujer mayor” como pura, tierna o sin sexualidad. Lo anterior implica edadismo y sexismo, ya que hay un rechazo de la sexualidad de las mujeres que se acentúa con la edad. Además, implica injusticias culturales y/o

³⁸ Hay que tener presente que en una sociedad patriarcal la sexualidad femenina no ligada a la reproducción es considerada como algo peligroso o fuera de control, de modo que causa temor. Si bien a las mujeres de todas las edades se nos juzga a partir de ello, esto se enfatiza en el caso de las mujeres “mayores”, ya que su sexualidad es cancelada socialmente, debido a que no tiene fines reproductivos.

valorativas de género (Fraser, 2011), en tanto que se niegan las posibilidades de auto-representación y se fomentan ideas estereotipadas de las mujeres.

2.2.3 Belleza: ¿autocuidado o mandato?

Las entrevistadas significaron los hábitos de belleza o de cuidado de la apariencia de diversas maneras. Algunas de ellas (Orquídea, Viloca, Rosi, Frida, Florisa) relacionaron las prácticas de belleza que han realizado a lo largo de su vida con el amor propio, el cuidado del cuerpo y con emociones de satisfacción y bienestar. Al preguntarles si consideran que la belleza ha sido importante en sus vidas, Orquídea y Frida expresaron lo siguiente:

"Pienso que sí lo es, porque... yo considero que algo bien importante en la vida de las personas es amarnos... y si nos amamos, pues cuidamos de nuestro físico..." (Orquídea, 75 años, vive sola, educación básica, muy alta marginación).

"Trato de arreglarme, de peinarme, de pintarme el pelo, porque también eso me motiva a sentirme bien. Entonces todo esto, pues yo siento que me va a ayudar en un momento dado, de que, pues yo, aunque yo esté más viejita, pues... aunque sea que me ponga mi pintalabios y ya con eso me sentiría mejor... sí (risas)" (Frida, 63 años, vive acompañada, educación media superior, marginación media).

Orquídea relacionó los hábitos de belleza con el cuidado de su físico, un componente de lo que consideró como amarse a una misma. Por su parte, Frida consideró que "arreglarse" la motiva y la hace sentir bien. Incluso, lo ve como una práctica que, en un futuro, cuando sea "viejita", puede ayudarlo a sentirse mejor. Ambas relacionaron sus prácticas de belleza con un impacto positivo en sus emociones, incluso, con el amor por el propio cuerpo y con lo que ha sido denominado como "autocuidado"³⁹.

Las entrevistadas consideraron que realizan prácticas de belleza para sentirse bien: les significaron una motivación o gusto. Conviene problematizar lo anterior a partir de los discursos de individualización que han sido propiciados por el neoliberalismo. Estos hacen ver a la belleza como algo que solo depende y se relaciona con factores como la autoestima, el amor propio, la elección individual o la autonomía (Skeggs, 2020), dejando de lado cuestiones estructurales (Pineda, 2020), como el carácter sexista y patriarcal de los cánones

³⁹ Entendiendo como autocuidado las diferentes prácticas, hábitos o actividades que realizan cotidianamente las personas con la finalidad de cuidar su salud física y mental: cuidarse a sí mismas.

de belleza imperantes que hace que tales factores sean una prioridad en la vida de las mujeres. Estos discursos apelan a aspectos individualizantes y dejan de lado causas estructurales: se desligan de lo social y sistémico (McRobbie, 2001; Skeggs, 2020).

Lo señalado previamente se refleja en las narrativas de las entrevistadas, quienes, como muchas otras mujeres, desconocen que detrás de lo que consideran “elecciones autónomas” sobre la manipulación de sus cuerpos a través de diversas prácticas (dietas, maquillaje, vestimenta, rutinas de ejercicio, etc.), hay en realidad una noción de “belleza” que se ha construido e impuesto con fines políticos, económicos, sociales y comerciales (Pineda, 2020). En este sentido, las prácticas de belleza son más que una mera elección en beneficio de la autoestima o el amor propio, ya que surgen de discursos que (re)producen imaginarios sociales sexistas y que utilizan ideas individualizantes para negar cuestiones graves, como el carácter sexista y lucrativo de los cánones de belleza.

Sin embargo, tampoco hay que negar la agencia de las mujeres en la realización de este tipo de prácticas. Siguiendo a Herrera (2021), considero que es importante concebir a la agencia más allá de los dualismos (libertad-coacción) del liberalismo, como una agencia condicionada y situada. Si bien las entrevistadas significan sus prácticas de belleza como autocuidado y amor propio, de modo que esto permea positivamente sus emociones y cuerpos, no hay que perder de vista que lo hacen dentro de discursos sexistas y edadistas de belleza que de cierto modo estructuran y limitan esas mismas prácticas, justamente para que se preocupen por la belleza y la asocien con la feminidad. Las mujeres entrevistadas realizan ciertas prácticas, respondiendo y resistiendo ante discursos que dicen que una mujer “vieja” ya no se cuida o puede verse bien; no obstante, tales prácticas se dan dentro de estructuras (imaginarios, cánones, discursos, etc.) que las han socializado para que la belleza sea una prioridad en sus vidas (Pineda, 2020).

Comprender lo anterior permite problematizar los cánones de belleza sin perder de vista su carácter estructural, sexista y edadista en las vidas de las mujeres y, a la vez, ver las prácticas de las entrevistadas con las complejidades que implican. Las prácticas de belleza no pueden ser catalogadas como “positivas” o “negativas”, sino que se dan en una compleja interacción entre lo social y lo individual. Lo anterior también propicia pensar posibilidades

de cambio: nuevas maneras de concebir a la belleza, desde una postura crítica. Al respecto, la teoría feminista ha señalado la necesidad de repensar (desde el feminismo) las nociones de belleza que atraviesan las vidas de las mujeres, con el objetivo de proponer formas alternativas, más saludables (hooks, 2017; Pineda, 2020). No es necesario rechazar plena y tajantemente las prácticas de belleza, sino aquellas prácticas que surgen de las nociones de belleza sexistas (hooks, 2017), sexuadas y patriarcales (Pineda, 2020). Es importante abrir espacios para nuevos modelos de belleza, más plurales, que correspondan a la realidad y la diversidad de los cuerpos y a los cambios que estos experimentan a lo largo del tiempo, así como a nuestros propios deseos. Esto puede propiciar una mejor relación con nuestros cuerpos a lo largo del envejecimiento.

2.3 ¿Envejecer es una cuestión de actitud? Emociones y actitudes

Todas las mujeres entrevistadas destacaron la importancia de la actitud en el proceso de envejecimiento y en “la vejez”, aunque en diferentes sentidos. Señalaron la relevancia de “no dejarse caer por el envejecimiento”, de la “amabilidad”, de “ser aliviadas” y de la apertura a la convivencia con otras personas, sobre todo con las personas “jóvenes”. Asimismo, mencionaron notar prejuicios hacia las personas “mayores”, mismos que dijeron no experimentar por tener una actitud “diferente”. Lo anterior expresa un diálogo y (re)producción de imaginarios y discursos sociales edadistas del envejecimiento, los cuales posicionan a “las personas mayores” como amargadas, débiles, hostiles, hurañas y “cerradas” a la convivencia. Sin embargo, estos rasgos adquieren una connotación particular a partir del género: en el caso de “las mujeres mayores”. En este apartado analizaré la manera en que los imaginarios edadistas del envejecimiento, atravesados por el género, permean las narrativas y las construcciones identitarias de las entrevistadas, concretamente en sus actitudes y en su relación con las personas, de modo que les responden y les (re)producen.

Algunas de las entrevistadas (Margarita, Rosi, Hannia, Frida, Yoya, Orquídea) señalaron la importancia de no “dejarse caer” emocional y físicamente por los cambios que a partir de la edad y del envejecimiento han notado en ellas. Los siguientes testimonios expresan lo anterior:

“Sí, claro, pues sí. Ahora sí que como en mi caso, si empiezo a decir: ay, pues ya tengo arrugas... es que ya me duele esto, no... ¿cómo voy a acabar? O sea, peor me deprimó y peor me... me hace daño pensar así, ¿no? Mejor decir: bueno, qué bueno porque a veces, sí, sí lo trato de hacer. Decir: qué bueno que todavía en este momento puedo caminar, puedo ir y venir, a pesar de mis achaques, puedo comer muchas cosas que me gustan... todavía puedo hacer, pues muchas cosas, ¿no? Inclusive... un paseito de fin de semana y cosas así... pues sí, y digo: qué bueno” (Hannia, 66 años, vive sola, educación media, baja marginación).

“No... para nada... mira, la vejez empieza cuando tú de plano ya te sientes vieja e inservible. Yo puedo tener a lo mejor 80 o 90 años, como ves a muchas señoras, una señora que conozco de 88 años, eh... y se levantan, se arreglan, se mueven, le echan ganas a lo que hacen, ¿eh? Entonces no eres una viejita, una viejita es esa chamaca que se quedó en la cama por floja... que, ay, que la dejó el novio y ya se quiere hasta suicidar... pobres de esas gentes, entonces la vejez está en la mente también, no nada más en el cuerpo...” (Rosi, 74 años, vive sola, posgrado, baja marginación).

Ambas entrevistadas destacaron la importancia de los cambios que produce el envejecimiento. Hannia reconoció que estos cambios impactan y que pueden llevar a grandes pesares emocionales. Para contrarrestar esto, hay que enfocarse en cuestiones positivas. Por su parte, Rosi asoció ser “viejita” con acciones como “dejarse derrotar” por las adversidades o ser floja. A lo largo de la entrevista hizo constantes críticas a las mujeres que “se quedan tiradas”, por considerar que no tienen “buena autoestima” o “amor propio”. Lo anterior puede ser leído como una expresión de la agencia situada de las entrevistadas, en tanto que deciden “mantenerse en movimiento” y eso les causa bienestar físico y emocional; no obstante, a la vez, tienen una idea de que “la vejez” implica ser inservibles e inmóviles, lo cual expresa imaginarios edadistas (muy relacionados con el capitalismo y la gubernamentalidad neoliberal) que consideran que los cuerpos, para ser legítimos, deben ser productivos.

Para las entrevistadas, “la vejez” no es únicamente algo corporal, sino que también se relacionaron con la actitud, lo mental y las emociones. Esto coincide con lo que otras investigaciones han señalado: la importancia de la actitud y de lo subjetivo en los procesos de envejecimiento (Escalante, 2004; Osorio, 2006; Guerrero y Pineda, 2010). Si bien los cambios del envejecimiento pueden tener un impacto emocional, las entrevistadas consideran que las reacciones que se tienen ante ellos son relevantes. Los cambios pueden ser tomados de maneras diferentes, acorde a la actitud de cada una.

Tamer (1995) ha señalado las significativas diferencias que marca tener una “actitud abierta” o “cerrada” en la manera en que se envejece: la actitud abierta implica interés y energía, así como adaptación, comunicación y una visión de las dificultades y los cambios como situaciones posibles de resolver. Por el contrario, la actitud “cerrada” involucra aislamiento y estar a la defensiva; por ello, se ve a los problemas y los cambios como amenazas constantes, lo cual niega la posibilidad de adaptación. En este sentido, la personalidad y la actitud del individuo influyen en el significado del proceso de envejecimiento (Freixas, 1991). Una actitud flexible y “abierta” propicia una mejor adaptación ante los cambios (físicos, sociales, emocionales, etc.) que este proceso implica.

Sin embargo, no todo se reduce a la actitud. Es importante notar que el discurso social que posiciona al envejecimiento como una cuestión de actitud responde a imaginarios individualistas sumamente difundidos a partir del neoliberalismo y del auge de los medios de comunicación. Estos discursos generan la falsa imagen de que envejecer “bien” es una responsabilidad individual: una decisión. Bajo estos discursos, cada persona decide cómo envejecer, acorde a la actitud que elija tomar; sin embargo, esto niega las estructuras de poder que generan desigualdades y que influyen en las vidas de las personas, tales como el género y la clase social.

Envejecer no es una elección, es un proceso natural y social del ser humano que se da dentro de contextos, estructuras e imaginarios sociales. No basta con “ser personas positivas”, “no dejarse caer” o tomar ciertas “elecciones”; por el contrario, el contexto social condiciona las experiencias (Tamer, 1995). Es difícil ser “mujeres mayores felices, abiertas y despreocupadas” si se experimentan desigualdades de género y clase, tales como empleos precarizados, salarios inferiores, pobreza y sexismo (Fraser, 2011). Además, las actitudes están relacionadas con el pasado personal: con la propia historia (Tamer, 1995), de modo que esto es variable y dinámico en cada persona y, aún en contextos similares, las personas responden de diferentes maneras a situaciones parecidas.

Asimismo, hay que notar que, si bien las entrevistadas señalaron la importancia de la aceptación y adaptación como rasgos de fortaleza emocional, sus narrativas también expresan la influencia de imaginarios edadistas, ya que externaron una visión negativa de “la vejez”,

misma que coincide con el modelo deficitario de esta “etapa” (Tamer, 1995). Le asociaron con actitudes y emociones como la debilidad emocional y la pasividad. Desde un enfoque de género, no hay que perder de vista que, a partir de normas androcéntricas y sexistas (Fraser, 2011), estos rasgos suelen asociarse con “lo femenino”: las mujeres y los sujetos feminizados suelen ser vistos como seres pasivos, débiles y dependientes; contrario a los rasgos que se le atribuyen a la masculinidad: fuerza, destreza e independencia. En este sentido, las mujeres entrevistadas (re)producen una visión negativa de “la vejez”, asociándole con rasgos emocionales peyorativos que tienden a asociarse con los sujetos marginalizados, como las mujeres y “las personas mayores”. Ellas se diferencian de estos sujetos a partir de tener emociones y actitudes contrarias a los rasgos asociados con ellos.

Además, las narrativas de las entrevistadas expresan la influencia de imaginarios sociales que trazan una división entre lo corporal y lo emocional o actitudinal del envejecimiento (Escalante, 2004): como si envejecer dependiera únicamente de la actitud o de un sentir subjetivo. Lo anterior deja de lado el carácter corporal y biológico del envejecimiento y, por ende, (re)produce discursos edadistas y dicotómicos (como la división emociones-cuerpo) que, finalmente, terminan negando la naturalidad de los cambios corporales y orgánicos del envejecimiento. Es importante dejar de concebir al envejecimiento desde las dicotomías (Escalante, 2004), para concebir un “envejecer armonioso entre cuerpo y mente” (Ramos, 2018, p. 83). Tanto lo corporal como lo subjetivo atraviesan al envejecimiento; limitarlo a algo actitudinal es negar la realidad encarnada del ser humano.

2.3.1 Ser amables, “abiertas a la convivencia” y “alivianadas”: ¿edadismo o resistencia?

Otra cuestión que surgió en las narrativas de algunas de las entrevistadas (Margarita, Rosi, Yoya, Viloca y Orquídea) fue el hecho de que ellas mantienen una actitud amable, alegre y positiva. Algunos testimonios que expresan esto son los siguientes:

"Yo creo que sí... yo creo que sí, porque si estamos viviendo en la misma casa, que se llama Tierra, si estamos viviendo en el mismo departamento que se llama Tierra, ¿por qué no nos acercamos unos con otros? ¿por qué no podemos sonreír cuando nos encontramos? Pero no toda la gente lo entiende... desafortunadamente, pero las personas que como tú... pueden transcribir la idea de que seamos amables, seamos agradables, seamos sonrientes con los demás... tú viste cómo te recibí yo... " (Margarita, 75 años, vive sola, educación superior, baja marginación).

"Pues más que nada, la emoción es la alegría... la alegría que me gusta recibirla y transmitirla. Incluso a... a las personas así que he encontrado. Mi defecto, o cualidad, no sé qué sea... Si veo a una persona malhumorada, así, o que no contesta: siquiera regáleme una sonrisa, y si no quiere reír pues... yo le puedo decir: una sonrisa no daña a nadie. Entonces hay que salir con toda la actitud positiva... siempre a la calle, con los amigos, los vecinos, con todo mundo, es más, hasta con los animales, porque yo incluso hasta... si voy por la banqueta y si se me atraviesa, por ejemplo, así un perro, le digo: quítate, voy a pasar, o no me vayas a morder. Tranquilo, no te voy a hacer nada, o... o a veces sí los regaño: quítate, vete a la sombra o vete al sol... Y pues a las plantitas también. Incluso con las plantas luego ando dialogando... esa es mi manera de ser" (Yoya, 75 años, vive acompañada, educación básica, muy alta marginación).

Margarita mencionó que es importante acercarnos a las demás personas, sonreír y ser amables y agradables. Yoya señaló que le gusta recibir y transmitir alegría. Ella tiene una actitud positiva con todas las personas y con el mundo, en general. Particularmente Margarita, Yoya y Viloca, quienes tienen edades similares (entre los 73 y 75 años), afirmaron constantemente la importancia de ser amables en la cotidianidad. Asociaron la amabilidad con la “espiritualidad”, no en un sentido religioso, sino enfocado al amor y “buen trato” hacia las demás personas. Esto coincidió con la amabilidad que percibí en ellas durante las entrevistas.

La amabilidad de las entrevistadas expresa una adaptación o “actitud abierta” (Tamer, 1995), la cual resiste y contradice los imaginarios sociales edadistas y sexistas del envejecimiento que hacen ver a las mujeres “mayores” como hurañas. Sin embargo, conviene problematizar desde un enfoque de género qué factores atraviesan las “actitudes” relacionadas con la amabilidad que han ido adquiriendo las entrevistadas a lo largo de sus trayectorias de vida. En este sentido, por ejemplo, Oquendo (2011) ha señalado que algunas mujeres “mayores”, debido a que sienten que no cumplen con los ideales de belleza física, optan por definirse como personas agradables y simpáticas. Adquieren ciertas actitudes para evitar el rechazo social.

Estas actitudes están atravesadas por el género, en tanto que la amabilidad es un rasgo de feminidad. Ser amables y agradables tiende a ser una exigencia para las mujeres a lo largo de sus vidas; incluso, es un signo de respetabilidad (y, por ende, de feminidad) (Skeggs, 2020). Al ser “mujeres mayores”, las mujeres entrevistadas saben que “los ideales de feminidad” asociados con la belleza las han dejado afuera (Pineda, 2021); no obstante, recurren a otros elementos, como la actitud, para seguir cumpliendo con tales ideales o reglas.

En este sentido, la respetabilidad se adquiere a partir de ciertas experiencias de feminidad que no solo implican la apariencia, sino también los comportamientos y las actitudes (Skeggs, 2020).

En concordancia con lo anterior, Vero también señaló tener una actitud agradable, pero mencionó (reiteradamente) un rasgo particular: ser una “viejita alivianada”. Los siguientes testimonios expresan lo anterior:

"Una viejita chocha no... pero una viejita, este... alivianada, sí, porque así soy, soy muy alivianada" (Vero, 62 años, vive acompañada, educación básica, marginación media).

“No, ah... no, ¿qué te crees que no? Hasta los amigos de mis hijos... ¿qué pasó señora? pues... ¿qué pasó? ¿qué pasó hijos? ¿por qué? Pues porque me gusta ser así... sí, y como les digo a mis hijos, el día de mañana que me muera, van a decir, ah, no, su mamá era bien alivianada, la señora... no, o sea, pues sí, pues porque fuimos chavos, de alguna manera fuimos chavos. Yo, por ejemplo, mi esposo me dice: no, que tus hijos... Cálmate, tú también fuiste joven, tú también fuiste joven y fuiste un desmadre, así que ahorita no vengas a decir: ay, que la rectitud con mis hijos, no... con perdón tuyo: te friegas. Te friegas porque nosotros también fuimos jóvenes e hicimos y deshicimos... así que, por lo tanto, no, tampoco por el hecho de que yo les dé libertad, les dé libertinaje... no, no, no, hay cosas, hay reglas, y aquí, o sea, yo les he dicho a mis hijos: yo les doy libertad, pero no quieran confundir libertad con libertinaje... eh, una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa... Yo les enseñé, yo anduve aquí, allá y todo, y nunca me quemé. Ustedes pueden andar en la lumbre y no se van a quemar, así que ustedes aquí. Soy una mamá muy alivianada” (Vero, 62 años, vive acompañada, educación básica, marginación media).

Vero se describió como una “viejita” y madre “alivianada”, lo cual hace que los amigos de sus hijas e hijo se lleven bien con ella y que las demás personas no cambien el trato hacia ella. A partir de su testimonio, conviene cuestionar cuáles características tiene una viejita “chocha”⁴⁰ y cuáles una “viejita alivianada”. En su narrativa hay una diferenciación entre ella misma, por ser alivianada, y otras “viejitas” que no lo son. Esto responsabiliza a las otras mujeres por el rechazo que sufren y deslinda el papel de la sociedad edadista. Identificarse como “alivianada”, al igual que la amabilidad y la alegría, es una manera de rechazar las características asociadas con “la vejez”, como ser huraña o “no abierta a la convivencia”. Además, “ser alivianada” es una actitud que se tiende a concebir como una característica

⁴⁰ En México, chochar es definido como “tener debilitadas o disminuidas las facultades mentales a causa de la avanzada edad”.

“juvenil”. Narrarse de este modo implica un distanciamiento hacia lo que se asocia con “la vejez”, lo cual expresa la influencia y (re)producción de imaginarios edadistas.

A partir de lo anterior, puede verse cómo las mujeres entrevistadas realizan prácticas sobre sí mismas, a nivel corporal y emocional, que les permiten ser aceptadas y no estar tan alejadas de los dispositivos de control patriarcal que les dicen cómo es “una mujer ideal” (joven, amable, etc.). Estas prácticas, que pueden ser leídas como “tecnologías del yo” (Foucault, 1990), en tanto operaciones sobre sus cuerpos, pensamientos, conductas y formas de ser que dan pie a transformaciones en ellas mismas, se dan en diferentes niveles, lo cual refleja la correlación de diferentes elementos, como lo emocional y lo corporal, en las experiencias de envejecimiento⁴¹.

Si bien las entrevistadas pueden adquirir estas actitudes desde un espacio de elección; también responden a la influencia de ciertos imaginarios. Lo anterior expresa su agencia: una agencia reflexiva y situada (Herrera, 2021). Saben qué actitudes son asociadas con “las viejas” y quieren situarse lejos de ellas. Así, rompen con estereotipos, pues ellas no cumplen con esos rasgos peyorativos; pero, a la vez, les (re)producen, ya que actúan dentro de los mismos discursos e imaginarios, en tanto estructuras, que desean romper.

Otra cuestión que mencionó la mayoría de las entrevistadas (Vero, Margarita, Rosi, Hannia, Yoya, Florisa, Viloca y Orquídea) fue que ser “aceptadas” o “agradables” para las personas “más jóvenes” es algo importante en sus vidas y emociones. Señalaron que propician y disfrutan el trato con personas de otras edades, sobre todo con “jóvenes”. La relación con las demás personas es importante, les da emociones positivas. Si bien la influencia positiva de la convivencia intergeneracional en la vida de “las personas mayores” ha sido señalada (Lolas, 2001), es pertinente leer lo anterior desde un diálogo con imaginarios edadistas que posicionan a las “personas mayores” como aisladas o cerradas a la convivencia. Estas imágenes son frecuentemente difundidas por los medios de comunicación. Ejemplo de ello son las imágenes de “mujeres mayores” que les representan como “brujas” aisladas y

⁴¹ Como se mencionó anteriormente, las dimensiones analíticas de mi pregunta de investigación fueron de gran utilidad; sin embargo, las experiencias de envejecimiento trascienden estas divisiones y expresan correlaciones complejas.

amargadas, mismas que crean presiones para las mujeres, quienes tienen poco espacio para auto-representarse (Fraser, 2011). Además, narrarse como personas abiertas a la convivencia con personas jóvenes también pudo estar permeado por el hecho de que hablaron conmigo, quien, ante sus ojos, es una “persona joven”.

Conviene analizar lo mencionado previamente a partir de los imaginarios y los discursos contemporáneos que han surgido con la gubernamentalidad neoliberal; estos han exacerbado la necesidad de la productividad para ser sujetos y cuerpos legítimos. En este sentido, “ser agradables” es una manera de cumplir con los “requerimientos” de imagen y actitud que están asociados con “la actitud emprendedora”, adjudicada a “la juventud”. A partir de esta lógica neoliberal, en la que se han acentuado las “responsabilidades individuales”, “cumplir con la actitud adecuada” es una manera de satisfacer tales responsabilidades. Al hacerlo, se es “una persona empleable”. Con lo anterior, diversas cuestiones estructurales, como las altas tasas de desempleo (acentuadas en el caso de las personas y mujeres “mayores”), se camuflan y se hacen ver como una responsabilidad individual: como si con la actitud bastara para conseguir un empleo digno.

La influencia de los imaginarios edadistas también se expresó en la intención de diferenciación que algunas entrevistadas (Vero, Margarita, Rosi, Orquídea) señalaron. Mencionaron que, si bien han percibido cambios o prejuicios en el trato de las personas hacia “las personas mayores”, esto no les ha afectado a ellas, debido a que poseen rasgos diferentes. Algunos testimonios que expresan esto son los siguientes:

"Conmigo no, porque... como yo no tengo, ¿qué te diré? Como esa barrera... Por ejemplo, y me ha pasado, vienen un grupo de jóvenes caminando por la calle y yo en lugar de hacerme a un lado, les digo: hola, chavos guapos, saber a dónde van... Y empiezan, uno me dijo: ¿gusta una paletita? ¿sí? ¿Por qué? Porque ellos también se sienten como... como de otra... los viejos son allá y nosotros somos acá... y no... Entonces siento que ha faltado esa cercanía de la familia. Hoy vas con tu abuela y van a caminar, o ayúdala, y tú, abuela, habla con tu nieto, ¿sí? No trates de... mandarlo o regañarlo, no, convive, comparte, cuéntale, interésalo, ¿sí? Algo que a ti te sirvió, a lo mejor ahorita le puede servir a él... y va a pensar: ay, es que mi abuela no es tan tonta, no es tan vieja... no está tan chapada a la antigua. Eso que me dijo ahorita me está pasando, ¿no? Entonces falta toda esa situación familiar... así es..." (Rosi, 74 años, vive sola, posgrado, baja marginación).

"Sí, sí los tienen [prejuicios], definitivamente, sí, porque piensan que somos torpes y en algunos casos, en algunos casos, pienso, no sé, no es mi caso, pero suponen que somos inútiles..." (Orquídea, 75 años, vive sola, educación básica, muy alta marginación).

Rosi señaló que ella (a diferencia de otras "mujeres mayores") no tiene una barrera hacia las personas de otras edades; por el contrario, ejemplificó cómo busca el trato con ellas. La barrera entre "jóvenes" y "viejos" que percibe se da de manera bidireccional y ha surgido debido a la falta de cercanía de la familia. Consideró importante que "las personas mayores" convivan con sus nietas(os). Orquídea mencionó que hay prejuicios hacia "las personas adultas mayores", tales como que son torpes e inútiles; sin embargo, este no es su caso.

Esta diferenciación fue frecuente en las narrativas de las entrevistadas, quienes señalaron que "los prejuicios" no les afectan: ellas solo han vivido las "partes buenas" del trato de las demás personas. De este modo, se posicionan lejos del imaginario social negativo de "las viejas" y, a la vez, (re)producen esos imaginarios edadistas. Al sostener que ellas no experimentan los prejuicios responsabilizan a las personas que sí los sufren y minimizan el impacto del edadismo en sus vidas y en las de las demás personas. Conviene notar que este distanciamiento o diferenciación propicia la falta de solidaridad entre "las personas mayores", lo cual, a su vez, posterga o complica posibles luchas y transformaciones (Nussbaum, 2018).

Como puede verse, "la actitud" es un terreno en el que se afirma la agencia situada de las mujeres entrevistadas: ellas deciden cómo ser y cómo comportarse; sin embargo, sus actitudes también están permeadas por imaginarios del envejecimiento, con rasgos edadistas y sexistas. Sus actitudes cuestionan directamente los imaginarios negativos y homogeneizantes de "las mujeres mayores", ya que les contradicen: derriban cajas identitarias en las que se les ha encasillado y eligen otros espacios, más amenos y acordes a ellas. Incluso, expresan fortalezas que han adquirido a lo largo de sus procesos de envejecimiento (como la amabilidad, la seguridad, la espontaneidad, etc.). No obstante, como se ha mostrado en otros apartados, este cuestionamiento de los discursos y los imaginarios no se da de manera sencilla, sino que hay una (re)producción y cuestionamiento simultáneos.

2.4 Temor(es) y fragilidad(es)

Las entrevistadas expresaron diferentes temores que han propiciado que sientan “fragilidad”. Estos temores tienen diversas causas, tales como los cambios en sus cuerpos (que las han llevado a “tener que cambiar ciertos hábitos”), la salud o, mejor dicho, la enfermedad, el trato de las demás personas hacia ellas, la pandemia, la edad (sentirse “mayores”) y la idea de una muerte cercana. Lo anterior ha desencadenado diversas emociones en las entrevistadas, no solo temor, sino también tristeza, incertidumbre, inseguridad, fragilidad y confusión.

Interpreté esto como un diálogo y (re)producción de imaginarios y discursos sociales edadistas del envejecimiento, que están articulados con el género y que posicionan a “las mujeres mayores” como personas frágiles e, incluso, “vulnerables”, que “pierden capacidades”, que están enfermas, que morirán pronto y que prácticamente son “incapaces” de la mayoría de las actividades. Estos discursos e imaginarios, constantemente repetidos en diferentes medios, han permeado la manera en que las mujeres entrevistadas se perciben y sienten. Incluso, han desencadenado “autolimitaciones”, tales como el cambio de hábitos y el abandono de actividades que socialmente se les “prohíben” o que se les muestran como “riesgos” (aunque realmente no lo sean).

Para responder ante estos discursos e imaginarios, las mujeres entrevistadas se narran desde espacios que consideran seguros: se definen a sí mismas como “activas”, “fuertes” y “autónomas”. Estas características adquieren significaciones particulares, atravesadas por la edad, la clase y el género, que permean sus cuerpos, emociones y “capacidades”⁴². En este apartado, analizo la manera en que los imaginarios y los discursos sociales edadistas y sexistas del envejecimiento producen diversas emociones en las entrevistadas, tales como el miedo y la tristeza, lo cual ha derivado en cambios de prácticas, con la intención de situarse en espacios “más seguros”. En el siguiente apartado analizo desde una mirada de género el tema de la “actividad”, la “fortaleza” y la “autonomía”, como “respuestas” ante el temor.

⁴² Entendiendo como capacidades aquellas actividades que las propias mujeres entrevistadas se sienten “capaces” de realizar.

2.4.1 Influencia del discurso médico: cuerpo, cambios de hábitos, enfermedad y pandemia

Todas las entrevistadas señalaron haber hecho modificaciones o pausas en sus hábitos a partir de diferentes cambios que han percibido en ellas “por la edad”, principalmente relacionados con la movilidad, las enfermedades y “la falta de energía”. Al preguntarle a Viloca cómo se sentía, mencionó:

"Medio bien, me gustaría sentirme mejor, porque todavía tengo mucha... como energía. Muchas ganas de hacer muchas cosas. Me siento muy inquieta, te digo que soy muy inquieta... me gustaría, pero ya la cabeza me dice una cosa, pero ya el cuerpo como te digo... ya, estoy hablando de la cadera... entonces, ay, bueno, ya tengo que caminar despacio, tengo que fijarme cómo voy... en dónde voy, qué tengo que hacer, por dónde puedo sí, por dónde puedo no... este... puedo jalar algunas cosas, hasta donde yo... y antes practicaba pesas, imagínate nada más. Si practicaba pesas, es que podía hacer yo muchos movimientos pesados... ahora ya no me atrevo porque pues ya es otra cosa. No me has preguntado la edad, ¿verdad?" (Viloca, 73 años, vive sola, educación básica, marginación media).

Viloca consideró que, si bien tiene energía y se siente inquieta, su cuerpo tiene ciertas limitaciones que han hecho que implemente cambios y precauciones. Recordó actividades que realizaba y que ya no “se atreve” a hacer. El atreverse o no a hacer algo implica una evaluación de las posibilidades y los riesgos: al considerar que la edad implica riesgos y limitaciones, ha dejado de hacer ciertas actividades. Esto expresa la influencia de imaginarios edadistas del envejecimiento, ya que hay una asociación de la edad con limitaciones.

Además, la contraposición entre mente y cuerpo que mencionó Viloca expresa la influencia de imaginarios dicotómicos del envejecimiento que, como he señalado con anterioridad, manifiestan una división entre ambos elementos y posicionan a la mente como un espacio en el que el envejecimiento no implica cambios, a diferencia del cuerpo. Esto, a su vez, (re)produce discursos que promueven el rechazo de los cambios corporales y orgánicos del envejecimiento. Asimismo, conflictúa su visión como un proceso interrelacionado (que rebasa las dicotomías).

A partir de notar cambios, principalmente en su cuerpo y salud, las mujeres entrevistadas han comenzado hábitos que van desde pausar ciertas actividades, hasta implementarlas. Lo anterior responde a lo que Escalante (2004) ha señalado como cambios

fisiológicos y kinésicos del envejecimiento. Los primeros, se refieren a lo orgánico, como las enfermedades; mientras que la disminución de las capacidades kinésicas implica ver disminuidas capacidades para realizar actividades que antes se realizaban. En este sentido, los cambios kinésicos implican la “pérdida de agilidad y eficiencia” e, incluso, de “autonomía”, ya que surgen impedimentos para desarrollar lo que antes se hacía y, por ello, hay un cambio de hábitos. Como puede verse, tanto los cambios fisiológicos como los kinésicos han tenido impacto en las experiencias actuales de las entrevistadas.

Los cambios del envejecimiento a nivel orgánico son transformaciones naturales; sin embargo, los testimonios de las entrevistadas expresan la influencia de imaginarios deficitarios del envejecimiento (Tamer, 1995) que hacen ver estos cambios como algo meramente negativo; por ello, se sienten tristes y frágiles (aunque han señalado saber que estos cambios son “naturales”). Además, conviene tener presente que en el caso de las mujeres estos cambios corporales tienen una connotación más fuerte, ya que se les hace ver como si fueran su responsabilidad (Oquendo, 2011).

El impacto emocional de las transformaciones corporales y las enfermedades fue expresado constantemente por las entrevistadas, quienes se remitieron con añoranza o nostalgia a actividades que hacían con anterioridad, así como a las características que asocian con los “cuerpos jóvenes”. No obstante, esto no ha sido del todo “negativo” en sus vidas, ya que algunas de ellas, como Florisa (67 años, vive acompañada, posgrado, baja marginación) y Hannia (66 años, vive sola, educación media, baja marginación), han decidido comenzar a cuidar su salud luego de recibir ciertos diagnósticos (prediabetes e hipertensión, respectivamente). En este sentido, a partir de la necesidad de evitar la enfermedad y de la expresión evidente del desgaste del cuerpo, las mujeres entrevistadas han comenzado a significar como importante el autocuidado (Oquendo, 2014).

Lo anterior implica adquirir responsabilidad del propio cuerpo y puede tener repercusiones positivas en sus presentes y sus futuros; sin embargo, también refleja la influencia del discurso médico en las experiencias de las entrevistadas. Como he mencionado, el discurso médico y biológico ha sido delimitante en la configuración de prejuicios hacia “la vejez” (Tamer, 1995; Freixas, 2008), ya que ha propiciado la “asociación

cultural entre vejez y enfermedad” (Freixas, 20008, p. 43). La influencia de estos discursos e imaginarios se expresó en la alusión constante al tema de la salud y la enfermedad por parte de la mayoría de las entrevistadas. Esto ocurrió particularmente en las narrativas de dos de ellas, Luz Ara y Frida, quienes han tenido vivencias singulares que es conveniente situar.

El caso de Luz Ara es particular, ya que cuando era muy pequeña enfermó de poliomielitis, lo cual afectó sus piernas y ha representado ciertas limitaciones a lo largo de su vida. Esta enfermedad surgió reiteradamente en su narrativa:

"Yo desde pequeña. A los 9 meses me dio poliomielitis y pues nunca he caminado normal, o sea, para mí es normal caminar como camino. Entonces, pues era cosa de llevarme al doctor, a tratamientos, al hospital infantil, después al INPI, pero en el INPI nunca me dejaron inscribirme en la escuela de los discapacitados” (Luz Ara, 74 años, vive acompañada, educación superior, alta marginación).

Luz Ara hizo constantes alusiones a “la normalidad”. Parece que ella no se considera “normal”. La poliomielitis y sus secuelas corporales han permeado significativamente la percepción que tiene de sí misma (como alguien diferente, “anormal”) y de los otros. La vivencia de una enfermedad desde edades tempranas dio características particulares a la narrativa de Luz Ara sobre el envejecimiento, ya que expresó que ha sentido una sensación de “fragilidad” y “dependencia” a lo largo de su vida, desde niña, lo cual fue experimentado por otras entrevistadas hasta la experiencia de cambios o enfermedades en sus cuerpos que se desarrollaron con el tiempo.

En este sentido, conviene notar que, como Oquendo (2014) ha señalado, la presencia de la enfermedad antes de “la vejez” visibiliza la salud del cuerpo de un modo peculiar. Según la autora, la salud tiende a reflexionarse de un modo más consciente cuando hay carencia, en momentos de enfermedad, o cuando el cuerpo se hace visible de un modo peculiar, por dolores, transformaciones o nuevos rasgos que desagradan, como es el caso de las arrugas y los cambios en la movilidad, asociados con “la vejez”. Luz Ara ha concientizado su salud de un modo peculiar debido a la vivencia de una enfermedad que marcó su proceso de envejecimiento, tanto a nivel corporal como emocional.

Por su parte, Frida ha estado en contacto directo con personas que tienen problemas de salud. Varios miembros de su familia, a quienes ella y sus hermanas cuidan, tienen

problemas de epilepsia. Frida mencionó reiteradamente sentir temor a enfermarse. Asimismo, en su narrativa destacó la importancia que “la salud” tiene en su vida. Ella expresó:

"Ya no me traslado como antes, aparte porque mi hijo pues ya no me puede acompañar, pero sí trato yo de irme dos horas y no tener ese miedo, esa angustia, de que me pueda pasar algo, porque yo siento que, si pienso eso, me voy a sentir mal, entonces trato de cambiarme el chip y decir: sí puedo, o no puedo, y pues... diariamente me estoy tomando la presión, para saber qué parámetros estoy manejando... para saber si puedo seguir haciendo mis cosas, o si no, ya ahí me quedo. Descanso y hago mis cosas..." (Frida, 63 años, vive acompañada, educación media superior, marginación media).

Frida tiene nuevas respuestas emocionales (miedo y angustia) ante actividades que antes realizaba tranquilamente, como trasladarse. Asimismo, en la actualidad una cuestión médica (su presión) es central para pensar sus posibilidades y limitaciones. Ha comenzado a organizar su vida a partir de sus complicaciones de salud, las cuales la hacen sentir angustiada y vulnerable. Si bien ha implementado estrategias y resistencias ante esta sensación, la siente constantemente.

Los testimonios de Luz Ara y Frida expresan la influencia de los discursos médicos en la sensación de temor y vulnerabilización de las mujeres “mayores”. Estos discursos, que trazan una oposición entre “salud” y “enfermedad”, pero también entre “juventud” y “vejez”, permean sus emociones y prácticas, al posicionarlas en el lado de “lo patológico”. Así, la salud es asociada con la juventud, como si fuera una propiedad intrínseca de esa “etapa”. Para las entrevistadas, los “padecimientos” o las “enfermedades”, e incluso los cambios naturales que perciben en sus cuerpos, que asocian meramente con “la vejez”, causan una impresión de constantes restricciones en diferentes escalas y áreas de sus vidas. En este sentido, los significados sobre la enfermedad, asociada con “la vejez”, que (re)produce el discurso médico, las llevan a distanciarse de ciertas situaciones, a partir del miedo y la angustia, ya que no quieren enfermarse (Oquendo, 2014).

En relación con lo anterior, es importante señalar que las transformaciones corporales que muchas veces se expresan en “nuevos padecimientos” no son producto de “la vejez”, sino de una acumulación de deterioro corporal a partir de toda una trayectoria de vida en la que muchas veces se han realizado “malos hábitos” (Oquendo, 2014). Las enfermedades asociadas con “la vejez” son problemas que se visibilizan a esas “edades”; sin embargo, son

resultado de toda una vida (Tamer, 1995). Asimismo, los padecimientos no son meramente responsabilidad individual, sino que responden a causas estructurales, relacionadas con factores contextuales, como la calidad de vida, la exposición a ambientes, las posibilidades de alimentación y descanso, etc. (Tamer, 1995; Arber y Ginn, 1996; Fraser, 2011).

Al analizar lo señalado, hay que tener presente la influencia de los discursos capitalistas, propios de la gubernamentalidad neoliberal, que apelan a la individualidad (responsabilidad y elecciones personales) como razón de las condiciones en que se envejece y se “llega a la vejez”. Lo anterior camufla cuestiones estructurales que se deben tener en cuenta en la agenda socioasistencial (Freixas, 2008). Si bien comúnmente “las consecuencias de los factores sociales sobre la salud son definidas como problemas médicos o personales, que requieren la intervención médica” (Freixas, 2008, p. 43); las desigualdades sociales expresadas en experiencias particulares influyen en cómo se envejece.

En el caso de las mujeres, la interrelación entre género y clase da lugar a experiencias como salarios precarizados, exhaustivas cargas de trabajo (remunerado y no remunerado, formal e informal, etc.) y cuidado de los otros (hijas(os), padres, madres, etc.), grandes traslados, y diversos “modos de explotación, marginación y pobreza específicos de género” (Fraser, 2011, p. 14) que repercuten en los cuerpos. Al respecto, por ejemplo, Ramos (2015) ha señalado que el estado de salud está marcado por las actividades que, acorde a “los papeles tradicionales de género”, basados en esencialismos que se remontan a supuestas disposiciones naturales, se adjudican de manera diferencial a hombres y mujeres.

En este sentido, hay diversos factores que fungen negativamente en la salud de las mujeres, como el desempeño de múltiples roles en sus trayectorias de vida⁴³. Debido a lo anterior, las mujeres presentan características particulares, diferentes que los hombres, en sus estados de salud durante sus procesos de envejecimiento y en sus vejezes. Como puede verse, pues, pese a que la esperanza de vida es mayor para las mujeres, esto no va de la mano con

⁴³ Esto se expresa, por ejemplo, en las labores de cuidado que las mujeres entrevistadas desempeñaron a lo largo de sus trayectorias de vida, muchas veces a la par de sus trabajos remunerados. El impacto de esto en sus cuerpos fue señalado por ellas mismas y puede verse de manera más desarrollada en los últimos apartados de este capítulo, así como en el capítulo 3.

una buena calidad de vida, ya que padecen más enfermedades crónicas y discapacidades que los hombres (Ramos, 2015)⁴⁴.

Ahora bien, conviene notar que el imaginario social del envejecimiento que lo patologiza es edadista y da pie a prejuicios sobre las mujeres “viejas”: les posiciona como enfermas o discapacitadas por el mero hecho de tener ciertas edades. Lo anterior muchas veces no es verdad, pero da pie a prejuicios universalistas infundados (Nussbaum, 2018). Asimismo, deja de lado el hecho de que muchas de las enfermedades que las mujeres padecen expresan el impacto de diversas desigualdades en sus vidas. A partir de esto, es importante observar la medicalización de “la vejez” y del envejecimiento (a partir de diferentes disciplinas), la cual ha negado imágenes “positivas” de estos fenómenos y ha llevado a asociarles meramente con la enfermedad y el deterioro (Freixas, 2008). Desde una postura gerontológica crítica feminista, reconozco la importancia de cuestionar estos imaginarios y dar pie a nuevas interpretaciones del envejecimiento de las mujeres.

Relacionado con el discurso médico, un factor sociohistórico que hizo sentir vulnerables a algunas de las entrevistadas (Margarita, Rosi, Luz Ara, Yoya, Viloca) fue la pandemia por el virus SARS-CoV-2 (COVID-19). Las entrevistadas señalaron que la pandemia las forzó a abandonar muchas de sus actividades. Los siguientes testimonios expresan lo mencionado:

"Era un hábito... toda la vida he sido, toda la vida... nada más que ahorita con la pandemia cerraron mi deportivo, hubo mucha limitación y pues yo me tuve también que restringir, pero ya estoy, otra vez, pensando... (gesto de nadar) en regresar" (Margarita, 75 años, vive sola, educación superior, baja marginación).

“Me hicieron mi electrocardiograma y el sábado veo al doctor, porque el doctor me atiende en el centro de salud. Sábados, domingos y días festivos, nada más, y me gusta eso porque cuando yo empecé a asistir al centro de salud era cuando estaba la pandemia y un día que fui al centro de salud, así me espanté, estaba el centro de salud... lleno y todo el mundo enfermo y yo dije: si no vienes enferma, o si no vienes tan enferma, pues aquí te vas a enfermar, ¿no? Porque todo mundo está concentrado en un solo lugar. Con todo y cubrebocas y con todo y

⁴⁴ Según la Encuesta Nacional sobre Salud y Envejecimiento en México (ENASEM), realizada por el INEGI, en 2021 la prevalencia de enfermedades autodeclaradas fue diferencial por sexo: las mujeres reportaron mayores porcentajes en las principales enfermedades crónico-degenerativas (hipertensión, diabetes, artritis, etc.). Así, por ejemplo, el porcentaje de mujeres que declaró padecer hipertensión es del 49.9%, frente al 35.5% de los hombres. 28.1% de mujeres declaró padecer diabetes, frente al 22.5% de los hombres. Asimismo, en cuanto a la artritis, 15.1% de mujeres declaró padecerla, frente al 5.4% de los hombres.

que dicen que el gel este... antibacterial" (Viloca, 73 años, vive sola, educación básica, marginación media).

Margarita, quien en la entrevista señaló con orgullo que no tiene ninguna enfermedad y que no tiene necesidad de ir al médico⁴⁵, mencionó que toda su vida ha realizado ejercicio. Durante mucho tiempo realizó gimnasia y antes de la pandemia iba a natación. Viloca señaló que comenzó a ir al centro de salud en la pandemia, pero se asustó por la concurrencia de gente, ya que sentía que podía enfermarse. A partir de ello ha pedido que la atiendan en los días que están menos concurridos, lo cual la hace sentir más “segura”.

La pandemia representó un impacto emocional para las mujeres entrevistadas, sobre todo para aquellas que viven solas, como Margarita y Viloca; así como para quienes asistían a actividades grupales que tuvieron que frenar intempestivamente. Conviene problematizar esto recordando los discursos que se difundieron durante la pandemia en torno a las “personas adultas mayores”: se reiteró que eran población “vulnerable”. Además de las restricciones, la exposición constante a estos discursos a través de los medios de comunicación impactó en la manera en que las entrevistadas se percibían a sí mismas y en sus hábitos.

Si bien la emergencia sanitaria implicaba la necesidad de medidas de protección, no hay que perder de vista la fuerte connotación que implica la palabra “vulnerable”. Estos discursos han permeado las construcciones subjetivas de las mujeres entrevistadas, quienes se conciben a sí mismas como vulnerables, no solo por la pandemia, sino por diversas causas, muchas de ellas infundadas, pero (re)producidas incesantemente en la sociedad. Lo anterior refleja la relevancia de cambiar los términos y los discursos con los que se hace referencia al envejecimiento y a las personas de más de 60 años, ya que el lenguaje tiene efectos en las prácticas y las construcciones subjetivas. El discurso, como medio de (re)producción de imaginarios, permea las identidades (Serret, 2008).

⁴⁵ Conviene analizar esto a partir de la situación socioeconómica de Margarita, quien es una de las entrevistadas que vive en una zona de la Ciudad de México con un índice muy bajo de marginación. Asimismo, en su narrativa señaló que ha contado con comodidades materiales durante casi toda su vida, incluyendo su actualidad. Esta “estabilidad” o “comodidad” puede haber propiciado que actualmente cuente con un buen estado de salud, ya que ha tenido los medios para cuidarse.

2.4.2 ¿Miedos infundados? Movilidad, muerte y autolimitación

Las entrevistadas señalaron varias causas de angustia y miedo que las han hecho implementar o cambiar sus hábitos. Esto expresa la influencia de prejuicios edadistas sobre el envejecimiento, atravesados por el género, mismos que terminan siendo motivo de pérdida de autonomía e, incluso, de autovigilancia extrema. Orquídea, por ejemplo, mencionó sentir miedo a salir:

"Este... algo que... cuando salgo a la calle, como que ya quiero regresar cuanto antes a la casa... este... algunos... traumas que he tenido es como temor a estar en la calle cuando está oscuro ... no me afecta la oscuridad. Así puedo dormir tranquilamente estando oscuro o no, pero en la calle, yo creo que es debido a la delincuencia, no sé, no sé... pero sí temo a la oscuridad en la calle" (Orquídea, 75 años, vive sola, educación básica, muy alta marginación).

Orquídea señaló que ya no quiere salir como antes, sino que prefiere estar en su casa. Significó a su casa como un espacio de “seguridad” que contrarresta los temores que siente afuera. Prefiere encerrarse para evitar riesgos y miedos. Ve un potencial riesgo en la oscuridad de la calle. Conviene leer lo anterior desde un enfoque de género, ya que este temor está atravesado por particularidades que las mujeres vemos como riesgos durante nuestras vidas. Una calle oscura implica peligros, ya que no solo podemos ser víctimas de delincuencia, sino de violencias específicas de género, como las violaciones y los feminicidios. En este sentido, Orquídea ha acentuado este temor, ya que bajo los imaginarios sociales ella no solo es “vulnerable” por ser mujer, sino que esta vulnerabilidad se acrecienta por “su edad”.

Los miedos de las entrevistadas expresan la influencia de imaginarios edadistas del envejecimiento, los cuales permean sus construcciones subjetivas y sus experiencias. Algunos de ellos coinciden con peligros reales, pero muchos otros no. Es importante notar que, a partir de sus prácticas y narrativas, las entrevistadas (re)producen discursos que “radicalizan” lo que no pueden hacer, lo cual da pie a imaginarios edadistas que promueven la sensación de fragilidad y vulnerabilización en las mujeres “mayores”.

Otro temor que surgió constantemente en las narrativas de la mayoría de las entrevistadas (Margarita, Rosi, Luz Ara, Hannia, Frida, Florisa y Orquídea) fue el pensamiento de una muerte cercana. Hannia mencionó:

"¿Cómo me defino? Bueno... como siento que ya me queda menos de vida... pues trato de vivir lo mejor que pueda... lo mejor que pueda es conocer lo más que pueda, o si puedo irme a pasear, me voy a pasear, o sea, conocer lugares interesantes... aunque no sea lejos, ¿no? Porque digo, aquí en la República mexicana hay muchas cosas que todavía no conozco y que quiero conocer, y... este, pues sí, te digo, si hay oportunidad de convivir con gente de mi edad, pues voy y convivo, y me la paso bien... o sea, sí, tratar de pasarla lo mejor que una pueda" (Hannia, 66 años, vive sola, educación media, baja marginación).

Hannia se define a partir del tiempo que le queda por vivir. Debido a la conciencia de que "tiene menos tiempo de vida", ha decidido disfrutar más. Esto es algo que las personas de más de 60 años señalan comúnmente. Tales narrativas reflejan la influencia de discursos e imaginarios sociales ampliamente difundidos que relacionan "la vejez" con la muerte (Tamer, 1995) y que dejan de lado otras posibilidades. Estos imaginarios (re)producen prejuicios edadistas; sin embargo, la asociación entre vejez y muerte, a partir de la patologización de la primera (Oquendo, 2014), se ve como algo casi "natural" (Lolas, 2001), de modo que se minimiza el impacto emocional que esto puede tener en las personas "mayores".

Como Nussbaum (2018) señala, hay prejuicios infundados de "la vejez" que tienen consecuencias en las vidas de las personas. Hay una idea socialmente difundida de que "la vejez" implica vulnerabilidad en todas las dimensiones de la vida. Como si el mero hecho de cumplir 60 años implicara la exposición a riesgos de manera incesante. Estos prejuicios se expresan en las narrativas de las entrevistadas: en el miedo a salir solas, o a riesgos que siempre estuvieron presentes, pero que ahora reflexionan más (a partir de la influencia de discursos e imaginarios), como la muerte.

Es pertinente notar que los prejuicios, los discursos y los imaginarios tienen efectos reales en las vidas de las mujeres entrevistadas, tales como la pérdida de autonomía e, incluso, la autovigilancia. A partir de imaginarios edadistas, las mujeres deciden encerrarse y posicionarse en "espacios seguros" que muchas veces son justo los espacios que socialmente se diseñaron para ellas: espacios de exclusión, lejos de la sociedad. En este sentido, es necesario propiciar cambios en los imaginarios y los discursos del envejecimiento, cuestionando sus visiones peyorativas. Si bien el envejecimiento puede implicar "limitaciones" derivadas naturalmente de los cambios orgánicos, esto no implica la anulación de las posibilidades en las vidas de las mujeres.

2.4.3 Los discursos de los otros: fragilidad e infantilización

Las entrevistadas (Margarita, Rosi, Yoya, Viloca) señalaron sentir miedo o fragilidad a partir de cómo las tratan las otras personas, particularmente sus hijos e hijas. Yoya mencionó:

"Pues hasta la fecha sí y no... Sí se cambia el trato, porque ellos te tienen más cuidado, están al pendiente de uno, incluso de: a dónde vas, tápate o esto... y se les agradece, pero sí, sí cambia, y así va a cambiar para todos ... pero sí hay cosas que también uno tiene que hacerlas y no dejar de hacerlas, porque es... este... atrofiarte. Yo lo noto así, como que es atrofiarte y bueno, pues les digo: mientras uno pueda ser útil y hacer algo, hay que dejar que nos dejen que lo hagamos... porque uno sabe hasta dónde. Claro, no arriesgarse mucho, porque a veces, uno de adulto, mientras más te cuidan, es donde más te dañan, porque con el miedo... llega el momento en que uno tiene temor para todo... eso sí quiero aclararlo, de que... tanto que te cuidan o que no hagas esto, no hagas el otro, te vas reprimiendo tú misma, yo lo he notado en mí misma, me voy reprimiendo y digo: no, es que yo lo puedo hacer todavía o yo lo voy a hacer, o simplemente en... en la comida. A veces digo yo: pues, no puedo comer esto, pero... aunque sea poquito... aunque sea poquito... y lo hago... hasta eso, para que veas que no soy tan reprimida, eh, o me salgo con la mía" (Yoya, 75 años, vive acompañada, educación básica, muy alta marginación).

Durante la entrevista, Yoya me pidió que expresara en mi investigación el miedo que se siente en "la vejez". En su testimonio, expresó que el trato de sus hijos(as) hacia ella ha cambiado, ya que ahora están más pendientes de ella. La cuidan, pero también la limitan y la dañan, ya que no la dejan hacer cosas que ella podría seguir haciendo y que desea hacer. Si bien señaló poner límites, ha notado que esa situación ha permeado en ella misma, ya que se reprime y siente miedo; incluso, siente "que se atrofia". Además, quiere seguir siendo "útil"⁴⁶.

El testimonio de Yoya refleja la influencia de los discursos sociales edadistas que reproducen imaginarios del envejecimiento como pérdida de capacidades y autonomía, e incluso, como marca de "inutilidad". Estos discursos e imaginarios influyen en la forma en que las mujeres se auto-perciben, pero también en su interacción social, particularmente en su interacción familiar. Además, promueven la patologización e infantilización de "las personas mayores".

⁴⁶ Es conveniente notar que el ser "útil" responde a los imaginarios y los discursos de productividad que se han acentuado con la gubernamentalidad neoliberal. En este sentido, "ser útil" podría leerse como una manera de seguir cumpliendo con los estándares de productividad exigidos para ser un "sujeto legítimo".

La infantilización es una de las formas más habituales de edadismo (Fundación “la Caixa”, 2023). Implica que, a partir de diferentes expresiones y comportamientos⁴⁷, las personas no tan mayores adoptan una posición de poder frente a las personas (más) “mayores”. En este sentido, se sitúa a las “personas mayores” en una posición de inferioridad en diversas interacciones, muchas de ellas cotidianas y normalizadas. Además, en el caso de las mujeres, la infantilización se da de un modo peculiar (Gascón, 2017): los hijos(as) tienden a justificar malos tratos o intromisiones en las vidas de sus madres a partir de la edad que ellas tienen, como si por el mero hecho de tener 60 años o más ya no pudieran decidir sobre sus vidas. Esto da pie a cuestiones graves, como aprovecharse de sus bienes patrimoniales y monetarios, alegando que ellas ya no son “capaces” de valerse por sí mismas, o maltratos y violencias cotidianas.

La intromisión de los otros en la vida de las mujeres se da a lo largo de toda su trayectoria de vida; no obstante, se acentúa en “la vejez”, cuando la edad, a partir del edadismo y el sexismo, es asociada con la pérdida de capacidad de decisión. Sin embargo, como refleja el testimonio de Yoya, las mujeres entrevistadas no aceptan los discursos y los imaginarios sociales de manera pasiva. Por el contrario, pese a que se les diga constantemente que son “frágiles”, “vulnerables” o, incluso, “inútiles”, oponen resistencias que se reflejan en la creación de estrategias y adaptaciones para continuar con sus vidas, tales como cambiar hábitos acordes a las transformaciones de sus organismos y cuerpos, o seguir realizando actividades que se les “prohíben” y/o se les muestran como “imposibles” para ellas.

Como puede verse, los diferentes discursos, como medios de (re)producción de imaginarios sociales edadistas y sexistas del envejecimiento, permean las experiencias y las

⁴⁷ Según el *Glosario sobre edadismo* de la Fundación La Caixa (2023), la infantilización hacia las “personas mayores” se expresa de maneras cotidianas, tales como el *elderspeak*: una manera especial de hablar hacia las “personas mayores” que implica una entonación exagerada, un tono de voz elevado y una forma de hablar más lenta y con frases cortas. Lo anterior, implica prejuicios edadistas, tales como que las “personas mayores” oyen mal o que entienden las cosas con mayores dificultades. Otro ejemplo de la infantilización es el uso habitual de diminutivos para referirse a las “personas mayores”; tal es el caso de términos como *abuelita(o)* o *viejita(o)*. Cabe señalar que, si bien muchas de las expresiones que implican la infantilización de las “personas mayores” surgen de (lo que se considera) una “buena intención”, por debajo implican imaginarios edadistas. Lo mencionado, expresa la relevancia de reparar en nuestras (pre)concepciones y prejuicios hacia “la vejez” y el envejecimiento, ya que muchos de ellos se expresan, incluso de manera no consciente, en nuestro lenguaje e interacción cotidiana.

construcciones identitarias de las entrevistadas. Estos discursos tienen diferentes orígenes, desde disciplinas, como la medicina o la biología, hasta nociones de sentido común transmitidas cotidianamente por los miembros de las familias y los medios de comunicación. Lo anterior refleja la influencia de los discursos sociales en la forma en que las mujeres entrevistadas se perciben a sí mismas; por ello, es elemental cambiarlos y dejar de fomentar el miedo y el rechazo hacia el envejecimiento y “la vejez”.

2.4.4 Temor a vulnerabilidad futura: ¿qué es ser “vulnerable” siendo mujer?

Algunas de las entrevistadas (Rosi, Luz Ara, Hannia, Frida, Florisa) señalaron sentir miedo a perder capacidades físicas o mentales, independencia, o autosuficiencia en un futuro. Los siguientes testimonios expresan lo mencionado:

"No, yo creo que es algo... que no se imagina uno. O sea, bueno, sí lo imagino porque veía a mi abuela, porque veía a mi mamá, pero... no, yo creo que hasta que le toca a uno es cuando se enfrenta a la realidad... no es lo mismo observar a otra persona, que ya cuando le pasa a uno, como que... que a mí me ha caído de peso... este... y la sensación de que no es agradable. Y el miedo de que alguna vez deje de... yo creo que es muy común, y que hace poco me lo platicaba una amiga, también lo tiene: el miedo de dejar de ser autosuficiente. Yo creo que es el mayor miedo..." (Hannia, 66 años, vive sola, educación media, baja marginación).

"Creo que no es tanto el envejecimiento, sino la calidad de vida... Cuando no tienes calidad de vida, ahí sí ya... eso es... muy, muy difícil, ¿no? Cuando ya tienes que usar la andadera, cuando ya tienes que... este... no te puedes levantar solo. Eso sí ya es muy duro, yo ahí sí, creo que preferiría no vivir realmente..." (Florisa, 67 años, vive acompañada, posgrado, baja marginación).

Hannia consideró que “la vejez” es algo que no puede imaginarse hasta que se vive. Reconoció que no es agradable para ella. Asimismo, mencionó que siente miedo de dejar de ser “autosuficiente”; consideró que esta sensación es algo común. Por su parte, Florisa señaló que la calidad de vida es muy importante. Asoció la pérdida de esta última con cuestiones de dependencia física y mencionó que si tuviera que enfrentar una situación así (de dependencia) preferiría no vivir. Las entrevistadas expresaron miedo a ser “dependientes” en el futuro, por la edad y por los cambios del envejecimiento. Sienten temor de perder autonomía y capacidades físicas y mentales. Sus temores son tan grandes que señalaron que preferirían morir antes que perder la autosuficiencia. Estas emociones expresan la influencia de

imaginarios sociales edadistas que posicionan a “la vejez” como “una etapa” de vulnerabilidad, dependencia, inutilidad y pérdida de capacidades y autonomía.

Es pertinente observar la influencia que las transformaciones contemporáneas, surgidas a partir de discursos de la gubernamentalidad neoliberal (Foucault, 2007), tienen en las narrativas de las mujeres entrevistadas. El miedo a perder la “autosuficiencia” (como señaló Hannia) responde a diversos cambios que han debilitado la convivencia entre generaciones y las redes de reciprocidad (como las propias entrevistadas señalaron). Así, las transformaciones en la convivencia familiar han propiciado que las mujeres entrevistadas sientan mayor temor de perder la autosuficiencia, ya que, a diferencia de épocas precedentes, en las que se consideraba como un “deber” el hecho de que los familiares cuidaran a “las personas mayores”, en la actualidad este “deber” o “certeza” es menos nítido.

Los discursos de la gubernamentalidad neoliberal apelan a lógicas individualistas: se espera que los individuos gestionen su propio bienestar. Esto, aunado al hecho de que el Estado ha dejado de garantizar condiciones dignas de retiro y acceso a la salud, ha creado nuevas presiones, incertidumbres y malestares emocionales en las mujeres entrevistadas, ya que no ser autosuficientes tendría un gran impacto en sus vidas. En este sentido, conviene notar que la influencia de los discursos de la gubernamentalidad neoliberal se expresan en diversas narrativas de las entrevistadas, tales como el miedo a perder autosuficiencia y la necesidad de ser agradables ante los jóvenes. Las mujeres sienten más presión ante estas cuestiones, ya que son rasgos que los discursos y los imaginarios han posicionado como “indispensables” para ser sujetos legítimos.

Ahora bien, es importante problematizar qué significa la (in)dependencia y/o autosuficiencia y la vulnerabilidad para las mujeres desde un enfoque de género. Socialmente se ha estructurado el “ser mujer” a través de las prácticas de cuidado de otros (Skeggs, 2020); por el contrario, los hombres ocupan los espacios de quienes deben ser cuidados. Esto expresa desigualdades de poder, ya que “la dependencia” en los hombres no es mal vista, de hecho, comúnmente viven “dependiendo” de las mujeres para la realización de diversas actividades de (re)producción y cuidado, como la alimentación. El rol de “cuidadoras” asignado a las

mujeres es naturalizado a partir de diferentes discursos. El cuidado es un ideal de feminidad: una “buena mujer” es aquella que cuida. Lo anterior está relacionado con la maternidad, pero no se reduce a ello, ya que las mujeres cuidan a lo largo de sus trayectorias de vida a un sinnúmero de personas, no solo hijas(os), sino también parejas, padres y madres, hermanos(as), etc.

El cuidado ha sido señalado como algo relevante en los cursos de vida de las mujeres, ya que es una capacidad que ha sido socializada a lo largo de sus trayectorias de vida. Esta tiene importantes implicaciones para que los hombres y las mujeres de una familia puedan desarrollar sus vidas (Ramos, 2018). La relevancia del cuidado en la vida de las mujeres se expresó en los casos de varias de las entrevistadas. Por ejemplo, Vero (62 años, vive acompañada, educación básica, marginación media) cuida a su esposo, quien es mayor que ella, así como a sus nietos(as); por su parte, Frida (63 años, vive acompañada, educación media superior, marginación media) cuida a su hijo, quien es epiléptico, a su padre y madre, y a otros miembros de su familia. Esto es usual en las vidas de muchas mujeres, quienes incluso desplazan sus propias vidas y bienestar por “cuidar” y priorizar a las demás personas.

Las mujeres son socializadas para que el cuidado sea parte esencial de sus identidades: se les construye como madresposas, como seres-para-otros (Lagarde, 1990). Se induce a las mujeres a disfrutar del cuidado, en tanto actividad “feminizada” (Skeggs, 2020). En este sentido, el miedo a la pérdida de independencia y/o a una futura vulnerabilidad que las entrevistadas expresaron puede ser leído desde las implicaciones que esto tendría en las posibilidades de cumplir con el cuidado de los otros y, por ende, con su “feminidad”. El cuidado da respetabilidad, ya que implica afirmarse como “responsables” y ser necesitadas por los otros (Skeggs, 2020). El posible cambio de roles que implicaría pasar de ser “cuidadoras” a “ser cuidadas” implicaría una pérdida de feminidad, en tanto que no se cumpliría con el “deber ser femenino”. Implicaría perder el (poco) poder que se confiere a las mujeres, en tanto que dejarían de ser “útiles”. La sola idea de esta posibilidad produce malestares emocionales en las mujeres entrevistadas, quienes sienten tal temor que preferirían no vivir antes que enfrentarse a ello.

Además, el miedo que sienten las entrevistadas a perder independencia no es del todo infundado⁴⁸. Ramos (2018) ha señalado que el deber de cuidar a los otros impacta en las experiencias de envejecimiento de las mujeres, ya que presentan mayor desgaste corporal, el cual, a su vez, desencadena mayores situaciones de vulnerabilidad en su envejecer, así como tasas más elevadas de dependencia y de necesidad asistencial. Sin embargo, no hay que suponer de manera tajante que las mujeres requieren ser cuidadas en “la vejez” con mayor frecuencia que los hombres. Al respecto, Ramos (2023) ha argumentado que es hasta después de los 80 años que las mujeres comienzan a requerir cuidados y dejan de ser cuidadoras, ya que se encuentran en una peor situación derivada de la carga acumulada en sus cuerpos.

En este sentido, hay que precisar que las mujeres cuidan más de lo que son cuidadas prácticamente toda su vida, incluyendo gran parte de “la vejez” (después de los 60-65 años). Además, cuando comienzan a requerir cuidados (después de los 80) y dejan de ser cuidadoras es debido a la expresión del desgaste de sus cuerpos, derivado de cargas de cuidado que son expresiones de desigualdades de género que hacen ver estas labores como “actividades feminizadas” y que no las preparan para aceptar el papel de ser cuidadas o solicitar cuidados. Conviene tener presente lo anterior para “cuestionar el sesgo edadista que muestra a las mujeres mayores solo como receptoras de cuidados debido a su mayor esperanza de vida” (Ramos, 2023). Contrario a ello, es indispensable reconocer sus contribuciones y labores a lo largo de sus procesos de envejecimiento.

⁴⁸ Cabe señalar que, según el INEGI (2023), en 2020 el índice de dependencia de las personas mayores en la Ciudad de México fue de 15.7, cifra que fue superior a la de las demás entidades del país. “El índice de dependencia hace referencia al porcentaje de personas de 0 a 14 años, más las mayores de 65 años y que en su gran mayoría no se encuentran en edad de trabajar, respecto a las personas de 15 a 64 años que, en su gran mayoría ya tienen cierta independencia de autocuidado y también se encuentran en edad de cooperar con trabajo remunerado o no remunerado” (INEGI, 2023, p.25). En este sentido, este índice expresa la cantidad de personas que dependen económicamente de otros y que requieren cuidados. Si bien las cifras no tienen una distinción por sexos, reflejan un panorama particular que evidencia cambios demográficos importantes, ante los cuales hay que implementar estrategias y políticas públicas.

2.5 Ser activas: autonomía, energía, “capacidades” y fortalezas emocionales. Haber sido y seguir siendo “mujeres capaces”

Las entrevistadas hicieron constante alusión a que son personas “activas”, en diferentes sentidos. Asociaron la actividad con lo corporal y lo económico, pero también con lo emocional. Ser “activas”, “capaces” y “fuertes” adquirió un papel importante en las narrativas sobre ellas mismas: se definieron así a lo largo de sus trayectorias de vida y en la actualidad. En este apartado, ahondaré en el diálogo que sus narrativas entablan con imaginarios sociales del envejecimiento, atravesados por discursos capitalistas y sexistas, que posicionan a “las personas adultas mayores” y, particularmente a las mujeres “mayores”, como personas inactivas y pasivas e, incluso, “inútiles”. Además, analizo lo anterior desde un enfoque de género, partiendo del hecho de que “ser activas” adquiere significaciones específicas para las mujeres, pues la actividad implica “ser autónomas” económicamente en un contexto patriarcal que reproduce injusticias redistributivas (Fraser, 2011), tales como la división entre trabajo remunerado “productivo”, asignado mayoritariamente a los hombres, y trabajo doméstico no remunerado “reproductivo”, asignado casi exclusivamente a las mujeres (Fraser, 2011).

Algunas de la entrevistadas (Vero, Rosi, Yoya, Viloca) señalaron constantemente haber sido “fuertes” en un sentido emocional durante sus trayectorias de vida. Particularmente dos de ellas, Rosi y Vero, mencionaron reiteradamente este rasgo de sus personalidades:

"Pues darme cuenta, ¿no? De lo que yo he tenido, no de lo que me ha faltado... no, sino todo lo que he tenido, todo lo que me ha hecho sentirme bien conmigo misma, sentirme orgullosa de mí... saber que soy fuerte, pero fuerte de veras, aunque claro, no faltan los momentos en los que te pones ahí a echar tus lagrimitas, ¿no? Pero es lógico... pero... fuera de ahí, estoy agradecida con la vida..." (Rosi, 74 años, vive sola, posgrado, baja marginación).

"Nosotras nos abrimos camino solas, porque, pues, teníamos que abrirnos camino, ¿no? Pero... te lo digo así, sin tapujos, este... a mí me gustó, yo vendía desde chamaca, me gustaba la vendimia, compraba 50 centavos de palomitas, las hacía, hacía unos cucuruchos, me ponía en la esquina, vendía y sacaba mi dinerito... y me iba a recoger tortillas con un señor de una tortillería, me pagaba, me iba a la escuela, me llevaba a mis hermanas. Nos íbamos las 3 a la escuela, y de lo que yo juntaba, pues vamos a comer, porque... pues había hambre, había hambre ... entonces, pues lo que yo trabajaba, pues ya... yo cambiaba mi tarea por una torta de jamón, para repartírnosla mis dos hermanas y yo... Todo eso te hace valorar la vida, la

vida... la vida y enseñarles a tus hijos lo que son los valores, los valores de la vida, entonces... mi infancia fue esa... esa fue mi infancia" (Vero, 62 años, vive acompañada, educación básica, marginación media).

Rosi y Vero se consideraron “fuertes” por haber superado eventos difíciles en sus vidas, lo cual les genera orgullo. En sus narrativas destacaron continuamente la importancia de “quererse a sí mismas” o de tener “autoestima” como un elemento fundamental para “salir adelante”; incluso criticaron a otras mujeres por no hacerlo. Asociaron la “fortaleza emocional” con la adaptación y la resistencia ante las adversidades, tales como la separación de la pareja (en el caso de Rosi), o haber trabajado desde niñas para dar un aporte económico a sus familias (en el caso de ambas).

El testimonio de Vero refleja algo que fue común en las narrativas de las entrevistadas: la asociación entre la “fortaleza emocional” y el trabajo remunerado y/o la independencia económica (“haber salido adelante”). Bajo esta asociación, ser “fuertes” implica posibilidades o capacidades de trabajar de manera remunerada, lo cual expresa la influencia de imaginarios y discursos sociales, atravesados y derivados del capitalismo, concretamente con rasgos del neoliberalismo, bajo los cuales “producir” o “ganar dinero propio” es un logro e, incluso, es algo indispensable para adquirir el carácter de sujeta(o).

Estos imaginarios y discursos están atravesados por el género. Conviene notar que “la fuerza” para las mujeres entrevistadas adquirió una connotación particular que difiere de lo que usualmente se asocia con “la fuerza” desde una visión patriarcal, como atributo (casi) exclusivo de la masculinidad: una fuerza más corporal, insensible e, incluso, asociada con la dominación y/o la violencia hacia el otro y, mayoritariamente, hacia la otra. En el caso de las entrevistadas, asociaron la fuerza con rasgos emocionales y de temperamento que, lejos de referirse a los otros, se refieren a sí mismas: al hecho de ejercer poder en sus propias vidas.

Su noción de “fuerza” ha sido posibilitada por el contexto en que las entrevistadas han envejecido: un contexto de progresivo reconocimiento y desdibujamiento de las fronteras entre el espacio privado y público, el cual ha posibilitado transformaciones subjetivas (Herrera, 2021) que han dado pie a que las mujeres puedan tener como finalidad escenarios e imaginarios tales como “valerse por sí mismas”. Sin embargo, no hay que perder de vista

que este desdibujamiento, como todo proceso, está en transición, de modo que no se puede hablar de “logros concretados”. Por el contrario, las posibilidades de las mujeres para acceder al trabajo remunerado también han dado pie a nuevas expresiones de desigualdad, como las dobles o triples jornadas de trabajo, o la “romantización” de cuestiones que realmente son expresiones de desigualdades.

Ejemplo de ello, es el modo en que las entrevistadas consideraron que trabajar o haber trabajado en la infancia denota “fuerza”, sin percibir las desigualdades y las violencias económicas y de género que esto implica, tales como el trabajo infantil, el abandono paternal, o la pobreza. La realidad es que ninguna infancia debería verse forzada a trabajar; sin embargo, algunas entrevistadas (como Vero y Rosi) destacaron esto con orgullo, ya que los discursos de “empoderamiento” venden la idea de que “haber salido adelante solas”, pese a los “obstáculos”, es un “signo de éxito”. Así, nuevamente se apela a la individualidad, en este caso a las capacidades y las “fortalezas” personales, para camuflar injusticias estructurales.

En relación con lo mencionado, algunas entrevistadas (Vero, Rosi, Viloca, Yoya, Frida) señalaron que a lo largo de sus vidas (y en la actualidad) han sido “activas”, “luchonas” o “productivas”. Al respecto, Vero mencionó lo siguiente:

"Sí, no, olvídate, yo haría mil cosas, mi hija. Soy muy... ¿cómo te diré? Activa... no me gusta estar dependiendo de nada. Yo me pongo hasta a hacer un pastel, una comida... esto... y se lo he dicho a mi esposo: yo hasta de garnachera te sacaba adelante, porque lo sé hacer, porque sé trabajar. Le digo: o sea que a mí no me da miedo ni me da vergüenza ir a pararme a una esquina a trabajar. Me gusta trabajarlo, me gusta ganármelo" (Vero, 62 años, vive acompañada, educación básica, marginación media).

Ser “activas”, “luchonas” o “productivas” fueron señalados como rasgos identitarios importantes para las entrevistadas. Vero, quien constantemente se autodefinió como “activa” y “fuerte”, señaló que es capaz de muchas cosas, de modo que considera que el lugar incómodo en el que se encuentra con su pareja y familia, un lugar de dependencia que le genera malestares emocionales, es un lugar “elegido”. La narrativa de Vero refleja la influencia de imaginarios sociales con rasgos neoliberales que sostienen que el

envejecimiento y la trayectoria de vida son producto de elecciones personales, como si los factores estructurales no influyeran.

Bajo estos imaginarios, “una elección está siempre limitada al discurso individualista que ignora los factores materiales, institucionales y discursivos” (Skeggs, 2020, p. 215). En este sentido, si bien las mujeres entrevistadas han ejercido su agencia, esta no es una libertad plena, sino que está situada (Herrera, 2021). Como tal, han tomado decisiones delimitadas por las oportunidades y las limitaciones concretas que ofrecen sus contextos. Vero, por ejemplo, “eligió” casarse, pero su contexto (económico y de género) la orilló a hacerlo a una edad temprana, con un hombre significativamente mayor que ella. Del mismo modo, “decidió” dejar de trabajar de manera remunerada, pero esta “elección” estuvo influenciada por desigualdades de género, en tanto que “debía” responsabilizarse de sus hijos(as) y de las labores de cuidado y de reproducción. Así, pues, no puede decirse que las mujeres no tienen capacidades o posibilidades de elección, pero estas se ejercen en marcos y estructuras que delimitan las posibles elecciones.

Otra narrativa común entre algunas de las entrevistadas (Vero, Yoya, Viloca) fue el deseo de “trabajar” en la actualidad (en “la vejez”). Los siguientes testimonios expresan lo señalado:

"Desgraciadamente no trabajo, porque ya no nos dan trabajo a nosotros como adultos mayores... entonces, me gustaría mucho trabajar porque soy muy activa, muy dinámica, pero bueno..." (Viloca, 73 años, vive sola, educación básica, marginación media).

"Pero sí me gustaría tener... yo necesito trabajar... necesito... es otra cosa que a mí me motiva, me ilusiona... Eso es... eso es... y seguir siendo independiente. Eso me emociona mucho, me ilusiona mucho, me motiva mucho... el seguir siendo independiente" (Viloca, 73 años, vive sola, educación básica, marginación media).

"Pues nada más a ustedes los jóvenes... que les digo, muchos dicen que a los viejos ya no nos toca trabajar, que trabajen los jóvenes. No, también nosotros los viejos podemos trabajar, podemos ser útiles. Y así les digo yo: si me ven que me levanto, déjenme ser útil. Déjenme, a lo mejor yo hago poquita cosa, pero lo hago, con gusto... y hay que ser útiles a los demás, porque para eso estamos, para ser serviciales. No esperar que nos sirvan, ser serviciales a los demás y no enojarse, y si estás muy enojada, muy contrariada, regálame una sonrisa... nada más, motívame" (Yoya, 75 años, vive acompañada, educación básica, muy alta marginación).

Lo mencionado por Viloca expresa una visión del trabajo como fuente de actividad e independencia; de ahí se deriva su motivación o ilusión por trabajar. Yoya, por su parte, significó trabajar como la posibilidad de ser “útil” y “servicial”. Los testimonios reflejan una visión del trabajo remunerado como un elemento importante en las posibilidades de “libertad”, pero también de “utilidad”. Las entrevistadas consideraron que ser independientes económicamente les daría la autonomía que desean. Sin embargo, este no solo es un deseo, sino que algunas de las mujeres entrevistadas (Vero, Frida, Yoya y Viloca) se afirmaron constantemente como “capaces” para continuar trabajando en la actualidad. Frida mencionó:

"Si ahorita te dijera que me voy a jubilar y voy a trabajar en otro lado, pues no le tengo miedo al trabajo, porque sé que lo haría, con mis limitaciones, pero sé que lo haría... o sea, si me dices que me ponga a trabajar en otra cosa, pues sí lo haría... entonces, este... no, en ese aspecto no me siento mal" (Frida, 63 años, vive acompañada, educación media superior, marginación media).

Al afirmarse como “hábiles”, “capaces” o “activas”, las entrevistadas expresan rasgos que asocian con poder trabajar, lo cual, desde una lógica capitalista, implica seguir siendo “productivas” y, por ende, seguir siendo sujetas. Con estas narrativas hay una búsqueda de diferenciación de los rasgos negativos que los imaginarios y los discursos sociales edadistas del envejecimiento promueven de “las personas mayores”, los cuales las representan como seres inactivos e, incluso, como una “carga social”. Las entrevistadas expresaron que no poseen estos rasgos, sino que siguen siendo “funcionales” e, incluso, “útiles”.

Conviene notar que, a partir de discursos individualistas derivados del capitalismo, especialmente en su etapa avanzada, “el *trabajo* cumple una variedad de funciones de las cuales el ser fuente de ingresos es solo una de ellas. La ocupación juega un papel decisivo en los sentimientos de identidad y autoestima” (Tamer, 1995, p. 114). Tiene influencia en las emociones de las personas (como se expresa en el caso de las entrevistadas), pues da sensación de utilidad y bienestar; sin embargo, estas emociones dan pie a una lógica competitiva y productivista bajo la cual se prioriza “hacer” por encima de “ser” (Ámery, 2001). Esto se acentúa en el caso de “las personas mayores”, ya que “la vejez” es vista como una “etapa” de pérdida de “productividad”, razón por la cual se obliga a muchas personas a jubilarse aun cuando quieren seguir trabajando o, incluso, se les despide injustificadamente.

Lo mencionado previamente responde a imaginarios y discursos edadistas arraigados socialmente que postulan que “las personas mayores” son incapaces de realizar actividades que antes realizaban (Nussbaum, 2018), lo cual muchas veces no coincide con la realidad; no obstante, desencadena la desvalorización de todo lo que “las personas mayores” pueden hacer (Lolas, 2001). Además, esto adquiere una connotación particular en el caso de “las mujeres mayores”, ya que el trabajo y las actividades están atravesadas y “divididas” por el género.

Las experiencias y las significaciones que las mujeres dan a la “actividad” y al “trabajo” están permeadas por distintas lógicas de poder que las atraviesan y que las posicionan en espacios diferentes que los de los hombres (Scott, 2001). Lo anterior se expresa en el modo en que las entrevistadas priorizan la “utilidad” en sus vidas, pero lo hacen desde actividades y ocupaciones diferentes, “feminizadas”, para las que han sido socializadas durante sus trayectorias de vida: el cuidado de otros, las labores domésticas y de (re)producción, la maternidad, etc. En este sentido, hay que notar, por ejemplo, que las entrevistadas asociaron trabajar de manera remunerada con ser “serviciales” y “útiles”, rasgos que comprenden como parte de una identidad o un sentido en sus vidas, contrario a la visión patriarcal y capitalista que comúnmente se tiene del trabajo remunerado: como una acumulación de recursos y riquezas. Las entrevistadas quieren trabajar de manera remunerada para cumplir con rasgos de servicio y utilidad que asocian con “lo femenino”, no para tener recursos materiales.

Además, es pertinente observar que algunas de las entrevistadas (Vero, Frida, Yoya y Viloca) que dieron mayor relevancia a las posibilidades, los deseos y las capacidades de trabajar de manera remunerada son aquellas que, por alguna razón, tuvieron que dejar el trabajo remunerado en algún momento de sus trayectorias de vida. Viloca, por ejemplo, fue despedida y tiene carencias económicas actuales; lo cual ha tenido influencia de las diferentes “elecciones” que tomó a lo largo de su vida priorizando el cuidado de otros (su madre, padre, hermano y otros familiares). Por su parte, Yoya y Vero tuvieron que renunciar al trabajo remunerado cuando tuvieron hijos(as), aunque era algo que disfrutaban; por ello, lo recuerdan con añoranza.

Como reflejan las experiencias de las entrevistadas anteriormente mencionadas, la exclusiva orientación de las mujeres hacia la familia y el cuidado en gran parte de su trayectoria de vida (si no es que en toda), expresa desventajas económicas y un empobrecimiento progresivo (Freixas, 2001). Las “decisiones” a lo largo de las trayectorias de vida, tomadas en contextos de desigualdades de género y clase, han influido en las vivencias actuales de las entrevistadas, no solo en un sentido económico, sino también corporal y emocional⁴⁹. En este sentido, “la *dependencia económica* de las mujeres, originada en sus opciones afectivas tempranas y perpetuada a través de la dependencia que de ella tienen las demás personas, es la causa principal de su pobreza en la vejez” (Freixas, 2008, p. 48). Las desigualdades de género que las mujeres entrevistadas han experimentado han permeado sus trayectorias de vida y, por ende, han impactado sus vejezes, ya que “la vejez” es un momento donde se acentúan la desprotección social y muchas otras desigualdades (de género, clase, edad, etc.).

A partir de lo señalado, es importante notar contrastes entre las entrevistadas, relacionados con sus diferentes posicionamientos sociales y recursos. La actividad no fue señalada como importante en las narrativas de algunas de ellas, quienes trabajan de manera remunerada en la actualidad, como es el caso de Margarita (75 años, vive sola, educación superior, baja marginación) y Florisa (67 años, vive acompañada, posgrado, baja marginación). Afirmarse como “activas” adquirió menor relevancia para ellas, lo cual puede deberse a que la preparación académica y el trabajo “remunerado” les han dado certezas económicas e identitarias, en tanto que “cumplen” con roles que socialmente se asocian con el “éxito”, como ser independientes económicamente. Estas mujeres cumplen con ideales que posibilitan que se sientan en espacios “más seguros”: son “mujeres respetables” y “empoderadas”. Sus actividades les han brindado certezas y “libertades” también en un

⁴⁹ Esto refleja la interrelación de las dimensiones analíticas de mi pregunta de investigación. Como mencioné, esta división (entre lo económico, lo corporal y lo emocional) fue útil para la labor de campo y revisión del estado de la cuestión; sin embargo, en la realidad social las experiencias expresan una interrelación compleja de estas dimensiones.

sentido material, ya que la independencia económica les ha posibilitado mayores márgenes de elección, tales como no tener que estar “sujetas” a una pareja o a la familia.

Como se destacó en este apartado, las significaciones del envejecimiento y “la vejez”, así como las autopercepciones de las entrevistadas, están permeadas por imaginarios sociales edadistas, atravesados por el género y la clase, los cuales han dado pie a prejuicios hacia la “vejez”, al posicionarle como una etapa de menoscabo y pérdida y, más que eso, de inutilidad (sobre todo bajo la lógica neoliberal). Las mujeres entrevistadas han creado estrategias ante estos imaginarios edadistas, tales como narrarse como “activas” y “capaces”. A partir de sus discursos y prácticas se posicionan lejos de los imaginarios negativos; no obstante, también los (re)producen simultáneamente. Sus narrativas expresan diferentes estrategias que, a partir de sus contextos compartidos (de género) y diferenciales (sus diferentes posicionamientos y recursos), dan pie a diferentes significaciones de la actividad y del trabajo remunerado. Así, pudo verse que, si bien “ser activas” adquirió significaciones similares para las entrevistadas, debido a su posicionamiento en la jerarquía de género, también adquirió significaciones diferenciales, acorde a sus posicionamientos y recursos socioeconómicos, los cuales les han provisto de diferentes medios.

Capítulo 3. Trayectorias de vida, experiencias y puntos de inflexión en los procesos de envejecimiento de las mujeres

En el capítulo anterior analicé las relaciones, los diálogos y las tensiones entre los imaginarios sociales, (re)producidos a partir de discursos, y las identidades y las narrativas de las mujeres entrevistadas. Esto me permitió notar la influencia de lo simbólico en lo real. En este capítulo, analizo las experiencias concretas de las mujeres entrevistadas (a partir de sus narrativas) en sus procesos de envejecimiento, rastreando elementos a partir del enfoque de curso de vida: las transiciones y los puntos de inflexión o *turning points*. Esto se hace desde una perspectiva situada, en tanto que priorizo el análisis del género y de la clase social como ejes de poder que han atravesado las vidas de las mujeres entrevistadas y que han representado desigualdades a lo largo de sus trayectorias de vida. Sin embargo, estas desigualdades se han expresado de diferentes maneras en cada una de ellas, ya que las condiciones materiales y socioeconómicas han dado pie a diferentes márgenes de posibilidades o limitaciones.

En este sentido, ahondo en lo estructural, a partir de las desigualdades que las mujeres entrevistadas han experimentado por razones de género, entendido como un eje de relaciones desiguales de poder entre hombres y mujeres, y en lo micro, en tanto oportunidades o desventajas que cada mujer ha experimentado a partir de sus posiciones concretas en espacios diferenciales de poder (atravesados por la clase), los cuales implican diferencias en las trayectorias de vida (tales como un trabajo formal o informal; con prestaciones o sin ellas; posibilidades de jubilación; contar con bienes patrimoniales o apoyo económico de familiares; las razones de haberse casado; las infancias y las relaciones familiares; las intermitencias en la trayectoria de trabajo remunerado; etc.). Esto permite notar que las condiciones socioeconómicas o materiales están estrechamente ligadas con el género y que permean los procesos de envejecimiento de las mujeres, dando pie a experiencias diferenciales de tales procesos y de “las vejezes”.

Cabe mencionar que, en este análisis, identifiqué elementos que las mujeres han significado como relevantes y que no han sido reportados en investigaciones precedentes. En este sentido, por ejemplo, la viudez y el nido vacío no han sido significados como elementos centrales en las narrativas sobre sus procesos de envejecimiento de las mujeres entrevistadas;

por el contrario, lo han sido las pausas o el abandono del trabajo remunerado. Es importante señalar que los apartados de este capítulo están organizados a partir de los puntos de inflexión señalados por las propias entrevistadas al narrar sus trayectorias de vida y no se refieren únicamente al proceso de envejecimiento.

En el segundo apartado del capítulo analizo las motivaciones actuales de las mujeres entrevistadas. Profundizo en dos aspectos que resultaron significativos en sus narrativas: la motivación actual por el aprendizaje y por el trabajo remunerado. Considero relevante problematizar estas motivaciones ya que contradicen los imaginarios y los discursos del envejecimiento y de la “vejez”, con rasgos edadistas y sexistas, que suelen posicionar a las mujeres “mayores” como personas indiferentes, sin motivaciones y, más aún, sin ansias de aprender o de trabajar. Bajo estos discursos, asociados con el modelo deficitario del envejecimiento (Tamer, 1995), usualmente se les concibe como personas cerradas, que no tienen apertura e interés por lo novedoso.

En este sentido, estos apartados contribuyen a cuestionar y (re)crear los imaginarios y las representaciones edadistas de las mujeres de más de 60 años, acorde a sus propias narrativas, experiencias y, en este caso, motivaciones. Asimismo, enfatizan la importancia de (re)pensar las visiones edadistas comunes del aprendizaje y del trabajo remunerado, ya que estos usualmente son asociados con la juventud, vista como una etapa de “desarrollo”, mientras que, por el contrario, “la vejez” es posicionada como “una etapa de declive”.

3.1 Hitos o puntos de inflexión en las trayectorias de vida de las mujeres entrevistadas

En este apartado analizo los puntos de inflexión (*turning points*) o hitos en las trayectorias de vida de las mujeres entrevistadas; es decir, aquellos eventos que han provocado fuertes modificaciones o virajes en la dirección de sus cursos de vida (Blanco, 2011). A partir de entender al envejecimiento como una experiencia procesual que abarca toda la vida, que puede variar y/o cambiar (Elder, 1994), y en la que hay interrelaciones con momentos previos de la vida, analizo cómo estos hitos han permeado sus trayectorias de vida y sus experiencias actuales (en “la vejez”).

Analizo estos puntos de inflexión desde el género, como categoría de análisis que me permite observar dos ejes de inequidad: el simbólico o cultural y el distributivo o socioeconómico (Fraser, 2011); por ende, problematizo desigualdades, oportunidades, obstáculos y/o retos que las mujeres han experimentado en sus trayectorias de vida. Para ello, me posiciono críticamente ante imaginarios con rasgos individualistas, propios de la gubernamentalidad neoliberal, que hacen ver a la vida como una serie de “decisiones”; por el contrario, a partir de la agencia situada (Herrera, 2021), comprendo que las experiencias de las mujeres implican marcos situados de acción (y decisión) acorde a sus condiciones materiales y subjetivas, de modo que sus condiciones socioeconómicas han tenido relevancia.

3.1.1 Infancias precarizadas

Algunas de las entrevistadas (Vero, Rosi, Yoya, Viloca) señalaron haber tenido que trabajar de manera remunerada desde la infancia o la adolescencia. Al preguntarle a Yoya si vivió dificultades económicas en algún momento de su vida, mencionó lo siguiente:

"Sí, sí lo tuve, cuando me desprendí de con mis padres, porque yo tuve que enfrentarme acá, porque llegué primero con unos tíos, pero pues tuve que independizarme. Pagar renta, organizarte, y mi afán era ayudar a mis padres y porque también yo tenía muchos hermanos, somos 9 hermanos y yo soy la mayor... Ahora sí que... date cuenta, entonces tenía yo una responsabilidad... que hasta la fecha. Hasta la fecha ellos no me contestan mal, así como están, ya grandes y viejos... no me contestan mal porque hay respeto. Hay respeto porque yo vi mucho por ellos, como segunda madre, decía mi mamá, segunda madre... porque yo fui la que los jalé de mi pueblo para acá y acá estuvieron conmigo, me responsabilicé de ellos... eh... algunos de primaria, otros de secundaria, otros de universidad" (Yoya, 75 años, vive acompañada, educación básica, muy alta marginación).

Yoya expresó que vivió dificultades económicas cuando se fue a vivir sola. Ella dejó el lugar en el que nació (Michoacán) a una edad temprana, en busca de “mejores oportunidades” en la Ciudad de México. Tuvo que abandonar la escuela y, en lugar de ello, trabajar de manera remunerada. Además, estuvo en la necesidad de conciliar esto con labores domésticas y de cuidado de sus hermanos(as). Su testimonio refleja algo que fue común en las vidas de las entrevistadas: verse forzadas a “tomar decisiones” a partir de sus contextos, atravesados por el género y la clase social. Debido a la situación de precariedad económica, muchas mujeres (como es el caso de Yoya) se ven obligadas a dejar sus hogares y a trabajar de manera remunerada para completar los gastos económicos de sus familias. Sin embargo, esto no las

exime de seguir realizando las tareas de reproducción que, bajo una lógica sexista y androcéntrica, se les adjudican de modo (casi) exclusivo, por ser mujeres.

Independientemente de sus edades, las mujeres son vistas como las “responsables” de cuidar, educar y (re)producir la vida social en todas sus “etapas” de vida. Lo anterior es una expresión de la división sexual del trabajo, la cual “es base de desigualdad de oportunidades que por razones de género tienen hombres y mujeres para el acceso, el uso y la transformación de recursos materiales y sociales, así como para la toma de decisiones en la sociedad [...]” (Tepichin, 2016, p. 96). En este sentido, las tareas domésticas y de cuidado y/o reproducción de otros no se les adjudican solo a las madres o a las esposas, sino que, como puede verse en el caso de Yoya, también hay una lógica sexista que responsabiliza a las mujeres de sus hermanos(as) (y de otras personas), como si fuera su “deber” (en este caso, “por ser la hermana mayor”).

Lo anterior refleja desigualdades de género y clase en diversos sentidos. Las cuatro mujeres entrevistadas a las que hago referencia vieron imposibilitado su libre desarrollo en la infancia y la adolescencia⁵⁰. Fueron forzadas a dejar sus hogares, sin importar sus deseos o el impacto emocional (corporal y económico) que esto tendría en sus vidas, tanto en su presente como en su futuro. Además, la influencia del trabajo infantil también se expresó en lo material, en un sentido corporal y económico. Implicó el abandono de la formación escolar y, por ende, ha tenido repercusiones en las experiencias concretas de envejecimiento de las mujeres, ya que ha ido marcando sus trayectorias de vida, brindándoles pocas oportunidades de acceder a empleos bien remunerados y con prestaciones y, por ende, a la independencia económica.

Aunado a lo anterior, es pertinente observar que estas mujeres no solo tuvieron que trabajar de manera remunerada (en empleos sin seguridad social) desde la infancia, debido a las desigualdades socioeconómicas, sino que, a la vez, este trabajo está atravesado por el

⁵⁰ Según la Comisión Nacional de los Derechos Humanos (CNDH), el artículo 5 de la Ley General de los Derechos de las Niñas, Niños y Adolescentes señala que son niñas y niños quienes son menores de 12 años, y adolescentes las personas de entre 12 años cumplidos y menos de 18 años. Asimismo, sostiene que las niñas y los niños, y las y los adolescentes tienen derecho a la educación, al descanso y esparcimiento, a la vida, a la supervivencia y al desarrollo, etc.

género, en tanto que (como acontece en el caso de Yoya) las actividades en las que se les suele emplear de manera remunerada son actividades “feminizadas”, tales como limpiar, cocinar, atender y realizar tareas de cuidado.

En este sentido, el género no solo es un principio básico de la división del trabajo, en tanto que permea la separación entre trabajo remunerado y trabajo no remunerado (Tepichin, 2016), sino que, además, “influye en la jerarquía de las ocupaciones, en donde las ligadas al trabajo reproductivo y doméstico que realizan las mujeres son las peor pagadas” (Tepichin, 2016, p. 124). A partir del género, como forma de relaciones de poder, hay una división dentro del trabajo que realizan hombres y mujeres, bajo la cual el trabajo de las mujeres tiende a ser invisibilizado y no remunerado; y, además, cuando es remunerado tiende a tener menores salarios, debido a que las actividades feminizadas son consideradas como “labores de menor estatus” (en relación con actividades “no feminizadas”).

Lo anterior es una expresión del sexismo. El menor estatus que se les da a las actividades “feminizadas” refleja la constante reproducción de diversas representaciones de lo femenino como inferior (Fraser, 2011). Así, hay una constante descalificación de las actividades que las mujeres realizan, lo cual se expresa en los salarios precarios y en la invisibilización de sus actividades, tanto en sus hogares como en sus entornos laborales. Esto pudo reflejarse en el caso de la mayoría de las entrevistadas (Vero, Luz Ara, Hannia, Frida, Yoya, Viloca, Orquídea).

Por ejemplo, Vero (62 años, vive acompañada, educación básica, marginación media) y Yoya (75 años, vive acompañada, educación básica, muy alta marginación) trabajaron de manera remunerada durante varios momentos a lo largo de sus trayectorias de vida; sin embargo, esto no fue significado como importante ni por sus parejas ni por ellas mismas⁵¹; por el contrario, se le dio un menor valor, a tal grado, que cuando hubo que hacer modificaciones en las dinámicas familiares, las que tuvieron que renunciar a sus proyectos,

⁵¹ Conviene notar, por ejemplo, que varias de las entrevistadas señalaron no haber trabajado de manera remunerada a lo largo de sus trayectorias de vida. Sin embargo, conforme las entrevistas transcurrían, narraron que sí lo han hecho, de manera intermitente, muchas veces en trabajos informales. Lo anterior refleja el no (re)conocimiento de las actividades que las mujeres realizan como trabajo remunerado: hay una inferiorización del estatus de sus actividades.

trabajos y vidas, fueron ellas. Asimismo, ambas señalaron haberse enfrentado a diferentes expresiones de machismo en sus trabajos remunerados, tales como acoso sexual (en el caso de Vero) o malos tratos y salarios inferiores (en el caso de ambas)⁵².

Ahora bien, en relación con el sexismo, en tanto inferiorización de lo femenino (Fraser, 2011), es conveniente notar que la feminidad no siempre es denotada con rasgos negativos; por el contrario, el género, como eje de relaciones de poder, da pie a diferentes imaginarios y discursos sociales que estratégicamente dotan con rasgos “deseables” a ciertas características que se asocian con la feminidad, tales como el cuidado (la belleza, la juventud, la respetabilidad, etc.). De este modo, se esconden desigualdades de género y, a la vez, se emplean mecanismos de control (no tan obvios). En este sentido, a partir del género, ciertas posiciones subjetivas se hacen ver respetables y gratificantes (Skeggs, 2019).

Los discursos y los imaginarios sociales sexistas que enaltecen la maternidad y el cuidado, como si fueran “deberes” de las mujeres, tienen rasgos individualistas, propios de la gubernamentalidad neoliberal, a partir de los cuales a las mujeres se nos ha enseñado a “sentirnos orgullosas” de vivencias que son posicionadas como “logros” (como haber “cumplido” con “los deberes femeninos”, tales como ser “una buena madre, esposa, hermana”, o simplemente “una buena mujer”), pero que esconden injusticias de género y de clase social⁵³. Tales discursos e imaginarios tuvieron influencia en las significaciones que algunas de las entrevistadas dieron de experiencias de diferentes desigualdades de género y clase: les significaron como experiencias “positivas” y fuentes de bienestar emocional (como el “orgullo”).

Yoya (75 años, vive acompañada, educación básica, muy alta marginación), por ejemplo, tuvo que renunciar a la escuela y venir a vivir a la Ciudad de México en busca de mejores oportunidades económicas para su familia. Esto afectó su trayectoria de vida, ya que

⁵² Es pertinente analizar lo anterior a partir del hecho de que ambas entrevistadas tuvieron una baja escolaridad, lo cual afectó sus posibilidades de empleo: ambas trabajaron en empleos informales o precarizados, en los cuales contaron con menores protecciones y/o prestaciones.

⁵³ Esto se vio reflejado también en otros testimonios, como los de Rosi y Vero, quienes señalaron sentirse orgullosas de “haber salido adelante solas”, haciendo alusión a haber tenido que trabajar de manera remunerada desde la infancia y/o la adolescencia.

haber tenido un bajo nivel de escolaridad impactó en sus menores oportunidades en diversos aspectos, tales como la elección de un trabajo bien remunerado y de una pareja. No obstante, se expresó con orgullo de que sus hermanos(as) “la respetan” y la ven como “segunda madre” debido a que los(as) cuidó. Su narrativa esconde, e incluso minimiza, el hecho de que ella, por el mero hecho de ser la “mujer mayor” entre sus hermanas(os), debió responsabilizarse del cuidado, incluso dejando de lado su propia vida y sus deseos, lo cual tuvo impacto en su proceso de envejecimiento.

A partir de lo anterior, es pertinente observar que si bien la respetabilidad, los ideales domésticos y el cuidado representan e imponen limitaciones en las vidas de las mujeres; también pueden ser experimentados de “manera positiva”, en tanto que reproducen distinciones entre ellas (Skeggs, 2019): “quienes han invertido en esas limitaciones pueden sentirse superiores a quienes no lo han hecho” (Skeggs, 2019, p. 79). Estos imaginarios y discursos (re)producen la idea de que ser una buena cuidadora, como signo de “responsabilidad”, dota de respetabilidad y, por ende, de feminidad. La respetabilidad femenina se ha construido en torno a la ideología doméstica (Skeggs, 2019), de modo que hacerse “responsable” de lo que implica lo doméstico (entendido como un espacio atravesado por el género, que durante mucho tiempo ha sido posicionado como “exclusivo” de las mujeres) implica ser respetable. Bajo estos imaginarios sexistas, una “buena mujer” es aquella que es responsable, no solo de sí misma, sino de los otros. La responsabilidad es signo de madurez y de capacidad y, por ende, da legitimidad.

No obstante, también conviene notar que el reconocimiento derivado de lo anterior es simbólico, pero no social: no hay una retribución. Así, por ejemplo, las mujeres no obtienen ingresos o reconocimiento económico a partir de sus labores de cuidado en la familia; por el contrario, estas usualmente son invisibilizadas o, en “el mejor de los casos”, solo se “les agradece”, por ser “buenas mujeres, madres, hermanas, esposas”, etc. En este sentido, “dedicarse a lo doméstico y/o a cuidar” puede tener un impacto emocional positivo, ya que produce orgullo y satisfacción: se le posiciona como una meta deseable e insuperable, que asegura superioridad moral a las mujeres; sin embargo, no implica certezas o reconocimientos materiales para ellas. Esto se puede ver en el caso de Yoya, quien siente

orgullo de sí misma y se diferencia de otras personas, incluso de sus hermanas, por el “respeto” que le tiene su familia a partir de haber sido “cuidadora” (con los rasgos que esto implica, tales como la responsabilidad y, por ende, la feminidad). Ella “se siente” merecedora de este respeto y, por ende, no expresa arrepentimiento, sino que le significa como algo “positivo”. No obstante, este respeto o reconocimiento simbólico no le aseguró estabilidad social y/o económica en su proceso de envejecimiento.

Lejos de considerar a las mujeres entrevistadas como sujetas pasivas, sin agencia o víctimas de sus contextos, es conveniente problematizar lo anterior desde su agencia situada (Herrera, 2021). “Sentir orgullo” de haber salido adelante solas o de “ser respetadas” por los otros a partir de labores “feminizadas” de cuidado y de reproducción refleja la efectividad de los imaginarios de género que permean sus experiencias y emociones y que las lleva a “sentirse” satisfechas por cumplir con tareas de las que supuestamente son responsables. Sin embargo, también expresa su agencia, en tanto que, a pesar de las desigualdades y los obstáculos de género que han ido enfrentando, también han tomado diferentes decisiones y acciones que las han llevado a sentirse bien consigo mismas en la actualidad. Sus elecciones y decisiones no obedecen ni a una agencia plena ni tampoco están totalmente constreñidas, sino que expresan ambas situaciones de un modo complejo.

3.1.2 Paternidades ausentes y matrimonios tempranos

Una situación común que surgió en las narrativas de algunas de las entrevistadas (Vero, Margarita, Rosi, Hannia, Orquídea) fue la experiencia de una paternidad ausente. Al preguntarles sobre sus experiencias en la infancia, concretamente sobre la relación con sus padres, respondieron que esta fue nula o lejana. Vero y Margarita expresaron lo siguiente:

“Sí, sí estaba, pero... pero estaba...” (Vero, 62 años, vive acompañada, educación básica, marginación media).

“Pues mi mamá nunca nos apoyó bien, pues porque toda la vida trabajó, entonces... son de esas cuestiones de que los papás cuando trabajan, pues nada más se dedican a trabajar y a darnos de comer y ahora a medio comer y vámonos. Entonces, pues tú en el trayecto de tu vida vas a ir aprendiendo, aprendiendo... los golpes de la vida. Entonces, tienes que salir adelante tú sola, tú sola...” (Vero, 62 años, vive acompañada, educación básica, marginación media).

“Bueno, nada más con madre... esa cosa... no tuve... no tuve, pero mi madre fue mi apoyo, mi madre fue la que me lanzó, y ella lavaba ropa ajena, para sacar adelante a todos... un abogado, que fue fundador de periódico, un marinero, que llegaba a viajar a Veracruz, Acapulco... y a mí, que no viajo nada, pero que también estoy contenta...” (Margarita, 75 años, vive sola, educación superior, baja marginación).

Pese a las significativas diferencias de los contextos (por ejemplo, su posicionamiento social y recursos) y las experiencias de envejecimiento de Vero y Margarita⁵⁴, ambas señalaron haber tenido una relación lejana, casi nula, con sus padres, lo cual llevó a que sus madres tuvieran que responsabilizarse plenamente de ellas (y de sus hermanas[os]), en lo económico, lo emocional y en las labores de reproducción y de cuidado. Lo anterior refleja desigualdades de género, ya que las madres asumieron la total responsabilidad de los hijos(as)⁵⁵. Además, tuvo afectaciones en las trayectorias de vida de las entrevistadas, en diferentes sentidos.

Las mujeres entrevistadas no tuvieron una “familia” estable que les diera soporte emocional, ya que los padres estaban ausentes y no cumplían con ninguna responsabilidad hacia ellas, mientras que las madres tenían demasiadas responsabilidades que dificultaban cumplir con la “presencia” o “cercanía esperada”, no por elección, sino incluso por tiempo y energía. Por otro lado, la ausencia paterna implicó desventajas económicas que obligaron a las entrevistadas a trabajar tempranamente, así como a buscar medios o estrategias para “salir adelante solas”. Conviene notar, pues, que el trabajo infantil fue más común en los casos en que las entrevistadas tuvieron un padre ausente.

Asimismo, es importante problematizar estos medios o estrategias más allá de los discursos individualistas que les hacen ver como meras decisiones libres: hay que comprenderles desde contextos situados de desigualdad y precariedad. El abandono paternal implicó desigualdades que fueron marcando las trayectorias de vida de las mujeres entrevistadas en un sentido material, en cuestiones como las oportunidades o las desventajas

⁵⁴ Conviene notar que las entrevistadas que señalaron haber tenido un padre ausente o lejano han tenido situaciones socioeconómicas diferentes: hay mujeres que han tenido estabilidad y otras que han vivido situaciones de precariedad. Esto se refleja en los índices de marginación de sus viviendas actuales. Lo anterior, propicia pensar que las paternidades ausentes son una problemática de género que está presente en diferentes contextos socioeconómicos, lo cual expresa la gravedad de esta situación.

⁵⁵ Según el Censo de Población y Vivienda realizado por el INEGI, en 2010 el 40% (más de 4 millones) de los hogares en México no contaban con una figura paterna. Esto expresa la gravedad del problema de la paternidad ausente, lo cual muchas veces también implica que los padres sean deudores alimenticios.

para acceder a la educación, o a un trabajo bien remunerado y con prestaciones. Si bien algunas mujeres, como Rosi y Margarita, pudieron acceder a ambos y, por ende, tener condiciones socioeconómicas estables que les han permitido cubrir sus necesidades, incluyendo la actualidad; hay otras mujeres (como Vero y Orquídea) que no pudieron hacerlo, o que tuvieron mayores complicaciones para desarrollarse académica y económicamente, y que, por ende, implementaron otras estrategias para “salir” de sus contextos.

Lo anterior refleja diferencias en los recursos y el posicionamiento social de las entrevistadas; si bien sus trayectorias de vida no estuvieron “determinadas” por sus infancias, sí tuvieron influencia de ellas. En este sentido, hubo algunas entrevistadas (Vero, Luz Ara, Yoya) que narraron que se casaron con la idea de salir de sus hogares y encontrar lo que necesitaban. Vero y Luz Ara mencionaron lo siguiente:

“Pues a lo mejor sí, ¿no? Al principio, pero ya... ya después... ya no, porque vas conociendo a tu pareja. Vas viendo que en realidad él no era la persona con que tú soñabas. No era la persona que te iba a proteger... que te iba a querer, ¿me entiendes? Entonces yo en este caso, te voy a ser sincera, yo a lo mejor me casé por él, porque yo a lo mejor necesitaba un amor paterno y yo lo vi a lo mejor en él. Me trata bien, me va a querer, me va a cuidar, me va a proteger, y, todo lo contrario, que no fue... Entonces, por eso, pero ya que te das cuenta, que dices: ay, no... pues no era el hombre que yo pensaba que era...” (Vero, 62 años, vive acompañada, educación básica, marginación media).

“53 años... y de conocernos desde que estaba yo en la secundaria, sí, pero... yo me casé con él por... por casarme, por salirme de mi casa (risas). Me da vergüenza decirlo, pero así fue... cuando yo estaba pequeña y tenía 4 años, mi madre falleció... y mi papá se quedó con mi hermano y conmigo, yo era la mayor, y entonces pues estaba bien joven mi papá también y nos llevó con unas primas de él a vivir” (Luz Ara, 74 años, vive acompañada, educación superior, alta marginación).

Ambas entrevistadas señalaron haberse casado con la intención de salir de sus hogares; sin embargo, hay contrastes entre ambas, ya que, en el caso de Luz Ara, en la actualidad se siente satisfecha con su relación de pareja; mientras que, por el contrario, Vero se siente arrepentida e insatisfecha con ello. Vero señaló que inicialmente se casó por “amor”, tenía ilusiones: creía que su pareja sería lo que ella necesitaba. Incluso, mencionó que necesitaba un “amor paterno” que vio en su pareja. Por su parte, Luz Ara se casó con su actual pareja por salir de casa; no obstante, actualmente se siente feliz con su relación.

Al problematizar lo señalado previamente desde un enfoque de género, se puede notar la influencia que los imaginarios y los discursos sociales en torno al amor romántico (hooks, 1999) han tenido en las trayectorias de vida de ambas mujeres entrevistadas. Bajo estos imaginarios, los hombres son posicionados como “salvadores”. Asimismo, se incentivan ilusiones, como la que expresó Vero: la idea de que la pareja brindará protección, amor y cuidado. Tales ideas e ilusiones también expresan la influencia de la diferenciación de “roles” a partir de la división sexual del trabajo, ya que a partir de ella se crean imágenes monolíticas, casi naturalizadas, de lo que un hombre y una mujer “deben hacer”. En este sentido:

Las tareas de hombres y de mujeres son definidas en torno al modelo: varón-esposo-proveedor involucrado con el trabajo remunerado fuera del hogar para proveer los recursos materiales y económicos necesarios para su manutención y una mujer-esposa-ama de casa que está dedicada y siempre disponible para las labores asociadas a la crianza, el cuidado y la reproducción de los miembros de la familia (Tepichin, 2016, p. 93).

Al casarse o tener pareja, las mujeres son motivadas por imaginarios y discursos que (re)producen la idea de que el hombre será un proveedor, no solo de recursos materiales, sino también de recursos emocionales como el “amor”. “Casarse”, puede ser una “elección” atravesada por ejes de desigualdad que implican experiencias complicadas para las mujeres (como una infancia precarizada y/o una paternidad ausente), mismas que las llevan a buscar estrategias para salir de espacios precarizados. Así, casarse representa una posible salida: una inversión de la feminidad (Skeggs, 2019) con resultados inciertos, ya que podría implicar oportunidades o limitaciones.

Diversos imaginarios y discursos sexistas (re)producen la idea de que los hombres, en tanto proveedores, son los únicos que pueden “salvar” a las mujeres de sus contextos precarizados, violentos e inestables. Es pertinente observar lo paradójico de esto en las experiencias de algunas de las mujeres entrevistadas: ellas provienen de espacios en los que sus padres no asumieron sus responsabilidades; sin embargo, han buscado otros espacios en los que otros hombres, ahora sus parejas, sí asuman dichas responsabilidades y, por ende, lleven a una “mejoría” de sus situaciones.

Como puede verse, la ausencia de un “espacio” o “ambiente” estable (en diferentes sentidos) durante los primeros años del envejecimiento puede concluir en la necesidad de implementar estrategias no tan premeditadas. Esto aconteció en el caso de las entrevistadas. Desde su agencia situada (Herrera, 2021), tomaron decisiones a partir de sus marcos específicos de acción, atravesados por imaginarios que socializan a las mujeres para que vean al matrimonio como una “salvación” o, incluso, como “una responsabilidad” o “deber”, así como por necesidades económicas y emocionales que surgieron a partir de sus contextos precarizados (expresiones de desigualdades sociales) e inestables.

Para complejizar lo anterior, pueden verse los casos de Yoya (75 años, vive acompañada, educación básica, muy alta marginación) y Vero (62 años, vive acompañada, educación básica, marginación media), dos de las entrevistadas que señalaron casarse para salir de casa. Ambas vienen de contextos con dificultades económicas y se casaron con la intención de mejorar sus situaciones. Sus matrimonios reflejan desigualdades de poder en diferentes sentidos, tales como la edad: ambas se casaron con hombres significativamente mayores. La diferencia de edades fue de 12 años, en el caso de Yoya, y de 26 años, en el caso de Vero.

Situando generacionalmente a las entrevistadas, hay que tener presente que los matrimonios con diferencia de edad fueron (y en ciertos contextos siguen siendo) algo común, sobre todo en las décadas en las que ellas envejecieron. Los matrimonios de ambas entrevistadas, a partir del género, la clase y la edad, entendidos como ejes de poder, representan situaciones desiguales de poder. Sus relaciones han implicado espacios de menor movilidad, independencia y posibilidades para ellas. Esto también se refleja en las distintas violencias que sus parejas ejercieron (y que fueron narradas por las entrevistadas), desde cuestiones económicas, como limitarles el acceso a los recursos necesarios para satisfacer sus necesidades; hasta lo emocional, como el maltrato psicológico.

Conviene notar que, el matrimonio, en tanto institución patriarcal y heteronormada, que implica desigualdades de género, marca las trayectorias de vida de las mujeres. Implica consecuencias diferentes para hombres y mujeres: frecuentemente incrementa el patrimonio,

el capital y la calidad de vida de los hombres, mientras que empobrece el de las mujeres, teniendo impacto en su salud, economía y emociones (Castells, 1998). Lo anterior puede verse en la experiencia de las entrevistadas. Vero, por ejemplo, quien sigue viviendo con su pareja en la actualidad, señaló que experimenta diferentes malestares emocionales al respecto: se siente deprimida, hastiada y con constantes intenciones de dejar a su esposo y a su familia; sin embargo, esto se ve imposibilitado por la dependencia económica que hay en su relación, la cual posiciona a ambos miembros en espacios desiguales de poder.

Como pudo verse en este subapartado, las expresiones de desigualdad de género, clase y otros ejes de poder que las mujeres entrevistadas han experimentado a lo largo de sus procesos de envejecimiento están (inter)conectadas. “El diseño profesional y económico que históricamente han llevado a cabo acerca de sus vidas -que se fragua en la adolescencia y se consolida con el matrimonio- se convierte en el mayor obstáculo para la calidad de su vejez” (Freixas, 2008, p. 48). Al comprender a la vida como un proceso, puede verse que los momentos previos de esta, incluso aquellos “lejanos” como la “infancia”, han influido en las experiencias actuales de las mujeres entrevistadas. En el caso de algunas de ellas, sus infancias, con distintas experiencias de desigualdad de género y clase, las incentivó (o forzó) a que buscaran diversas estrategias para salir de sus contextos marginados, tales como casarse; sin embargo, estas “decisiones” (surgidas en contextos situados de acción y agencia) permearon sus procesos de envejecimiento, desencadenando diversas “limitaciones” (como la dependencia económica hacia la pareja) que han implicado menores oportunidades de estabilidad económica en la actualidad.

3.1.3. Maternidad(es): postergar la vida propia. Abandono del trabajo remunerado

Para algunas de las entrevistadas (Vero, Luz Ara, Yoya, Viloca) su trayectoria laboral remunerada tuvo interrupciones, pese a que deseaban continuar en ella. Estas mujeres señalaron que el abandono temporal o definitivo del trabajo remunerado, a partir de la maternidad o del cuidado de otros (enfermos, familiares, etc.), fue importante en sus vidas. Los siguientes testimonios expresan lo anterior:

"Sí, no, desde luego, yo pensaba seguir en la policía, a mí me encanta mucho eso. De hecho, yo pensaba entrar a la PGR, pero mi esposo ya no me dejó trabajar. Tenía la oportunidad de entrar, que algunos compañeros se fueron a la PGR y ahorita ya están hasta jubilados, pero él ya no me dejó... me dijo: no, tus hijos o el trabajo" (Vero, 62 años, vive acompañada, educación básica, marginación media).

"Me separé del trabajo por... es que me casé, tuve mis hijos y ya pues o me dedicaba a mis hijos o al trabajo, hubo un hasta aquí. Me dediqué un tiempcito a mis hijos, pero como tenía suficientes hijitos, que parecía yo gallinita. Tuve necesidad de regresar a trabajar" (Yoya, 75 años, vive acompañada, educación básica, muy alta marginación).

Vero y Yoya disfrutaban trabajar de manera remunerada; sin embargo, esto se vio pausado a partir de que se casaron y tuvieron hijas(os). Ambas señalaron haber tenido que elegir entre el trabajo y "la familia". Yoya también señaló haber vuelto a trabajar de manera remunerada por "necesidad", debido a las complicaciones económicas de su familia. Como puede verse a partir de los testimonios, la maternidad no ha sido significada por las entrevistadas como importante únicamente en el sentido en el que suele pensarse: como una satisfacción personal por el hecho de ser madres, sino también como un hecho que implicó la presión de tener que elegir entre "el trabajo y los(as) hijos(as)". Esta decisión tuvo gran impacto emocional en las mujeres entrevistadas, lo cual puede notarse en su añoranza o deseo actual por "trabajar"⁵⁶ (este es el caso de Vero y Yoya).

La maternidad tuvo relevancia en las experiencias de envejecimiento de las entrevistadas, ya que significó la pausa o el abandono total de sus proyectos personales, como el trabajo remunerado o la preparación académica, para pasar a "dedicarse plenamente" al trabajo de reproducción y cuidado. Lo anterior expresa desigualdades de género en su dimensión distributiva (Fraser, 2011), en tanto que la división del trabajo remunerado "productivo" y el trabajo doméstico no remunerado "reproductivo", asignado este último (casi) exclusivamente a las mujeres, da pie a ideas estereotipadas de los "roles" de hombres y mujeres. Esto promueve la idea de que las mujeres, como responsables de la reproducción,

⁵⁶ Conviene problematizar este deseo o añoranza a partir de las experiencias de las entrevistadas, ya que parece implicar simultáneamente autosatisfacción y necesidad: desean trabajar porque asocian el trabajo remunerado con el bienestar emocional y económico; sin embargo, esto está mediado por sus situaciones económicas actuales (con carencias e inestabilidad). Profundizo más en este tema en el segundo apartado de este capítulo (3.2).

la maternidad y el cuidado, deben pausar sus trayectorias laborales remuneradas, lo cual no es una exigencia para los hombres.

En este sentido, a partir de normas androcéntricas y sexistas, se posiciona a las mujeres como (casi) únicas responsables del cuidado y de la reproducción social, lo cual implica postergar o anular sus propias vidas, con sus deseos y necesidades. Esto se da a tal grado, que incluso aquellas mujeres entrevistadas que disfrutaban trabajar de manera remunerada se vieron forzadas a abandonar esta actividad, para cumplir con “su deber” como mujeres y madresposas (Lagarde, 1990).

La maternidad puede ser leída como un punto de inflexión en las vidas de las mujeres entrevistadas. Si bien tiene impactos emocionales positivos, mismos que fueron señalados por ellas; desde un enfoque de género esto puede ser leído también como un momento de quiebre en sus “trayectorias laborales” y en sus procesos de envejecimiento en general. Tepichin (2016) ha planteado que:

La asignación femenina a las tareas no remuneradas tiene repercusiones en la vida laboral de las mujeres a diferencia de la de los hombres. El ciclo vital femenino y el ciclo doméstico de la unidad son factores que moldean las alternativas que tienen las mujeres para insertarse en la actividad económica. Respecto al primero, el matrimonio, así como el nacimiento y la crianza de los hijos, son momentos de quiebre en la vida laboral que configuran trayectorias discontinuas. Para las mujeres, la reinserción después de un punto de quiebre es difícil y en general sucede en peores condiciones, en especial debido a la edad y a la falta de actualización; las mujeres van perdiendo el capital social acumulado antes del momento de quiebre (p. 96).

Lo anterior se expresó en las experiencias de las entrevistadas, quienes señalaron una constante discontinuidad en sus trayectorias laborales, debido a “decisiones” que tomaron presionadas por sus “roles reproductivos” (Tepichin, 2016). Esto involucró consecuencias en sus vidas a lo largo del tiempo (incluyendo sus vidas actuales), la principal de ellas fue la dependencia económica de los otros, principalmente de la pareja; sin embargo, existen muchas otras consecuencias derivadas de lo anterior, tales como un mayor riesgo de precariedad o pobreza en la vejez (Freixas, 2008), la violencia de pareja, o la imposibilidad de concretar una vida en la que “la familia” y “el trabajo remunerado” no sean posicionados como incompatibles.

La renuncia al trabajo remunerado limitó oportunidades para las entrevistadas, ya que les impidió tener trayectorias remuneradas continuas que pudieran propiciar su estabilidad, o tener prestaciones como la jubilación. En este sentido, “*la entrega gratuita del tiempo personal – a través de las tareas de crianza y cuidado – [...] está en el origen de la débil posición económica con que muchas de ellas se encuentran en su mayor edad*” (Freixas, 2008). Asimismo, depender económicamente posibilitó espirales de violencia en sus vidas⁵⁷.

La dependencia económica de las mujeres implica relaciones desiguales de poder, ya que “el proveedor” adquiere control sobre la persona a la que “provee”: no hay un dinamismo en la relación de poder, sino que se cae en la opresión (De Beauvoir, 1949). Esto se expresa de diferentes maneras en las relaciones de pareja; ejemplo de ello es la invisibilización del trabajo no remunerado (de cuidado y reproducción) que realizan las mujeres al decir que “no hacen nada” o que “son “mantenidas”, lo cual, a su vez, afecta las representaciones que ellas hacen de sí mismas, en tanto que menosprecian la importancia del trabajo que realizan⁵⁸ (Tepichin, 2016). Ambas situaciones son injusticias culturales de género, ya que la invisibilización y la inferiorización de lo asociado con “lo femenino” lesionan la auto-representación que de sí mismas hacen las mujeres (Fraser, 2011).

Ahora bien, el trabajo de reproducción y de cuidado no exime a las mujeres del trabajo remunerado. Esto se expresó en el caso de algunas de las entrevistadas (Vero, Luz Ara, Yoya), quienes, debido a las difíciles situaciones socioeconómicas de sus familias y/o parejas, señalaron que después de “pausar” sus trayectorias laborales remuneradas, tuvieron que retomarlas. Al respecto, Luz Ara expresó:

"Mi vida fue así, un caos... Un caos, desde... desde que me casé, o sea, las cosas no eran nada fáciles, entonces estaba estudiando mi carrera y dejé de estudiar, porque me embaracé. Nació mi primer hijo, después el segundo, y ya... no quise tener más hijos, y ya. Entonces,

⁵⁷ Este es el caso, por ejemplo, de Vero, quien señaló estar hastiada de su relación de pareja, en la cual ha vivido múltiples violencias y/o infidelidades; sin embargo, ve imposibilitado separarse porque depende económicamente de su esposo.

⁵⁸ Esto se vio reflejado en los testimonios de las entrevistadas, ya que, como mencioné anteriormente, constantemente dijeron que no trabajaron de manera remunerada, pese a que a lo largo de sus trayectorias de vida realizaron trabajo remunerado (mayoritariamente informal) de manera intermitente, muchas veces durante grandes lapsos de tiempo.

como la situación no se mejoraba y ya... económicamente. Dije: voy a terminar la carrera, y sí la terminé... a los 36, pero, no me titulé, entonces, siempre anduve como leguleya, decía mi papá... pero en 2010 por fin me titulé, o sea, después de 30 y tantos años, o 40 y tantos, no me acuerdo cuántos. En el 2010 me titulé, y de ahí para acá es que he estado llevando asuntos... " (Luz Ara, 74 años, vive acompañada, educación superior, alta marginación).

Luz Ara señaló que desde que se casó y tuvo hijos(as) ha tenido que pausar constantemente su carrera profesional y/o su trabajo remunerado. Su testimonio expresa algo que mencioné previamente y que es una experiencia común en las trayectorias de vida de las mujeres: la pausa de la trayectoria académica, así como la intermitencia de la trayectoria laboral, a partir del matrimonio y la maternidad. Estas intermitencias responden a momentos en los que hay necesidad de mayores ingresos en los hogares. Cuando esto acontece, las mujeres salen a trabajar de manera remunerada; sin embargo, esto no las exime del trabajo de reproducción, sino que deben compaginar ambas actividades.

La conciliación entre trabajo remunerado y no remunerado, como las labores de cuidado, implica cargas extras de trabajo (debido a dobles, triples o más jornadas de trabajo) que impactan los cuerpos y las emociones de las mujeres a lo largo de sus procesos de envejecimiento. Esto desencadena una sobrecarga de trabajo (Tepichin, 2016), la cual repercute en sus cuerpos y en su calidad de vida. Lo anterior, es una expresión de la diferencia en los procesos de envejecimiento de hombres y mujeres, a partir de razones de género, en tanto que hay aspectos personales, sociales y profesionales muy diversos entre sus trayectorias; así como diferentes implicaciones en las tareas de cuidado y sostenibilidad de la vida (Freixas, 2008).

Lo mencionado permite reflexionar sobre el hecho de que la inserción de las mujeres en el trabajo remunerado no es la solución "final" para las desigualdades de género, sino que esto debe empatarse con cambios en los imaginarios y los discursos sociales que promueven la división sexual del trabajo y otras desigualdades de género. Debe haber un balance de responsabilidades dentro de los hogares, con la finalidad de que las mujeres no realicen de modo exclusivo las labores de cuidado y reproducción.

Para concluir este subapartado, considero pertinente señalar la relevancia de analizar la renuncia al trabajo remunerado más allá de su visión individualista, propia de imaginarios

y discursos sociales con rasgos neoliberales y sexistas, que le hacen ver como una “decisión” de las mujeres. Las trayectorias de vida rebasan esta lógica individualista. Si bien las entrevistadas “decidieron” pausar o abandonar el trabajo remunerado, lo hicieron bajo la presión e influencia de imaginarios de género que les hacen ver tal renuncia como algo esperable, incluso como una obligación. Las mujeres entrevistadas “difícilmente se pueden liberar de este imperativo, dado el peso de la presión social y cultural que les asigna el deber y el imperativo de la crianza y del cuidado” (Freixas, 2008, p. 47).

3.1.4 No solo es la maternidad: el impacto del cuidado de otros

No solo la maternidad implicó la renuncia al trabajo remunerado o la priorización de los otros en las vidas de las mujeres entrevistadas. Todas narraron haber cuidado a diferentes personas (principalmente familiares) en algún momento de sus procesos de envejecimiento⁵⁹. También aquellas que no tuvieron hijas (os) (Hannia, Viloca) y que decidieron no tener parejas señalaron haber tomado diferentes “decisiones” a partir del cuidado de otros, principalmente de la madre, el padre, los(as) hermanos(as), o la familia, en general. Ejemplo de lo anterior es lo que contestó Hannia al preguntarle si en algún momento de su vida deseó tener pareja:

"No, yo creo que siempre, eh ... siempre, sí... sobre todo que yo vivía con mi mamá. También eso, yo creo que influyó mucho, que yo vivía con mi mamá. Éramos las dos nada más... entonces, como me tomé muy en serio el atenderla, pues hasta su final, entonces, eh... en, pues sí, a raíz de que, primero se enfermó y luego pues se murió, por supuesto que me sentí muy sola... pero ya tiene 26 años que se murió mi mamá. Ya tiene muchísimo, sí..." (Hannia, 66 años, vive sola, educación media, baja marginación).

Hannia narró que nunca quiso tener pareja. Asoció su decisión con el hecho de que “se dedicó a atender” a su madre. Esto expresa algo que fue común en las narrativas de las entrevistadas: haber tomado “decisiones” en sus vidas a partir de la priorización del cuidado de otros. En

⁵⁹ Cabe señalar que dos entrevistadas dieron menor importancia al cuidado de otros en sus narrativas: Luz Ara (74 años, vive acompañada, educación superior, alta marginación) y Florisa (67 años, vive acompañada, posgrado, baja marginación). Desde mi interpretación, lo anterior puede deberse a situaciones particulares que han experimentado. En el caso de Luz Ara, como señalé anteriormente, el haber enfermado de poliomielitis ha tenido consecuencias en su construcción subjetiva, de modo que ni la actividad ni el cuidado de otros fueron relevantes en sus narrativas de sí misma; por el contrario, lo fueron la enfermedad y sus implicaciones (como tener que ser cuidada por su pareja). Por su parte, en el caso de Florisa, haberse dedicado a la academia y contar con cierto posicionamiento socioeconómico parece haberle permitido desdibujar la idea de tener que desempeñar un “rol de género” de manera más radical que otras entrevistadas. Así, por ejemplo, mencionó que decidió a qué edad tener una hija, así como haber compartido las labores de cuidado con su pareja.

este sentido, conviene notar que, contrario a lo que suele creerse, las mujeres no solo cuidan a la pareja o a los hijos(as), sino que realizan labores de cuidado de un sinnúmero de personas, incluyendo a los padres y madres, sobre todo cuando son “mayores”⁶⁰. Lo anterior expresa la influencia de imaginarios y discursos sociales sexistas que propician estereotipos de los deberes de las mujeres, posicionándolas como responsables de sus entornos. El imaginario de la mujer como cuidadora está muy arraigado en la cultura mexicana, a tal grado que resulta casi un imperativo que: “a las hijas les ‘tocan’ las madres y los padres mayores - especialmente cuando la hija no tiene cargas maritales-” (Freixas, 2008, p. 47).

A partir de lo mencionado previamente, se puede dimensionar el impacto del cuidado en los procesos de envejecimiento de las mujeres entrevistadas. Ser cuidadoras ha tenido efectos decisivos y permanentes en sus vidas (Freixas, 2008), en diferentes dimensiones. Ha afectado sus cuerpos, pero también sus proyectos de vida, ya que muchas de ellas tomaron decisiones a partir de ello, mismas que marcaron sus futuros. Este es el caso, por ejemplo, de Viloca (73 años, vive sola, educación básica, marginación media), quien decidió vender una casa con la finalidad de cuidar a su hermano y a su madre, lo cual ha influido en su situación económica actual, ya que tiene que invertir gran parte de su poco ingreso actual en la renta de un cuarto.

Otra consecuencia que se expresó en las experiencias de algunas de las entrevistadas (como Viloca, Yoya y Luz Ara) a partir del cuidado y priorización de los otros fue haber tenido que dedicarse al trabajo informal, sin prestaciones⁶¹. Su exclusiva orientación a los otros en los años que, bajo la lógica capitalista, son considerados de “desarrollo”, desencadenaron menor tiempo para dedicarse a sí mismas: a sus proyectos, formación personal, profesional e intelectual (Freixas, 2008); lo cual, a su vez, implicó tener que

⁶⁰ Según el INEGI (2023), en 2020 las mujeres mayores de 12 años que residían en hogares en donde convivían con al menos una persona en situación de dependencia (es decir, personas con enfermedades crónicas, menores de 0 a 14 años, o adultas de 60 años y más) dedicaban el doble de horas a la semana a sus cuidados que los hombres. Las mujeres dedicaban 13.0 horas en promedio a la semana, por 5.9 horas de los hombres (p. 113).

⁶¹ Yoya y Luz Ara, por ejemplo, se dedicaron a trabajos informales; por ello, a lo largo de sus procesos de envejecimiento enfrentaron obstáculos como despidos injustificados sin prestaciones

dedicarse a empleos precarizados, debido a “su baja preparación” (lo cual camufla las desigualdades de género y clase que las llevaron a ello).

Trabajar en empleos sin prestaciones sociales repercutió en las vivencias de las mujeres entrevistadas al “llegar a la vejez”. Esto refleja la relación de la trayectoria de vida, como un proceso, en tanto que las experiencias previas se relacionan con las experiencias de “vejez”. En este sentido, las vivencias en “la vejez” no son azarosas, sino que deben ser leídas desde los contextos particulares de las mujeres, atravesados por desigualdades de género y clase. Lo socioeconómico, lo corporal y lo emocional se entrelazan a lo largo de las trayectorias de vida de maneras complejas. A partir de lo anterior, considero pertinente destacar la necesidad de que las políticas públicas y los cambios para promover la erradicación de desigualdades de género en las vidas de las mujeres tengan una mirada procesual, en tanto que (de)noten la importancia de incentivar cuestiones como la educación o el trabajo remunerado con prestaciones a lo largo de sus trayectorias de vida, ya que esto es una manera de propiciar una estabilidad que persista a lo largo del tiempo, incluyendo sus “vejezes”.

Para concluir este subapartado, hay que señalar que las “decisiones” de las mujeres entrevistadas, tales como “dedicarse al cuidado de madres y padres” y renunciar a otros proyectos por ello, no deben ser leídas sin complejizar su análisis. Comúnmente se apela a que estas “decisiones libres” se hacen por afectos, como la gratitud; incluso, son vistas como signo de “nobleza” en las mujeres, por ser “buenas hijas”. Sin embargo, esto esconde el hecho de que estas “decisiones” están atravesadas por discursos e imaginarios sociales de género, con rasgos sexistas y androcéntricos, que crean diversas presiones a partir de imágenes estereotipadas de “una buena mujer”.

Bajo estos imaginarios y discursos, ciertas posiciones subjetivas, como las de ser-para-otros (Lagarde, 1990), ser cuidadoras y sacrificadas, o el supuesto “altruismo”, son posicionadas como respetables y gratificantes (Skeggs, 2019). En este sentido, considero relevante que las decisiones de las mujeres entrevistadas sean leídas desde sus contextos, atravesados por la presión de los mandatos de género en torno al cuidado y al sacrificio; no

obstante, esto no implica anular su agencia (situada) (Herrera, 2021), sino que hay que comprender sus estrategias, experiencias y “decisiones” dentro de sus marcos de acción.

3.1.5 ¿Motivación por el cuidado de otros?

El cuidado de otros fue significado de diferentes maneras por las entrevistadas. Resulta revelador que algunas de ellas (Hannia, Frida, Viloca, Yoya) lo narraron como fuente de satisfacción, motivación o bienestar emocional a lo largo de sus procesos de envejecimiento e, incluso, para sus futuros. Al preguntarles acerca de los momentos importantes en sus vidas y de las motivaciones que tienen para su presente y su futuro, respectivamente, Viloca y Hannia expresaron lo siguiente:

"Momentos importantes en mi vida... bueno, los momentos más importantes, más importantes... en mi vida es haberles podido ayudar en sus últimos días a algunas gentes que, entre otras, mis papás... Y no nada más fueron mis papás, fue la mamá de mi papá, mis papás, este... los papás de mi novio en ese entonces. Ay, me enoja mucho con él todavía, porque teníamos una muy buena relación, muy buena relación... y este... y pues me tocó a mí atenderlos y con mucho gusto lo hice, desde luego. Esos fueron momentos importantes, ¿qué otro momento importante?" (Viloca, 73 años, vive sola, educación básica, marginación media).

"Pues motivación de decir, bueno, de la propia familia que tengo, tratar de convivir con ellos lo más que pueda y apoyarlos, ¿no? Apoyarlos en lo que yo pueda y dentro de mis capacidades, otra ilusión..." (Hannia, 66 años, vive sola, educación media, baja marginación).

Viloca significó como un momento importante haber cuidado y/o ayudado a diferentes personas a lo largo de su vida. Hannia mencionó que una motivación actual es apoyar a su familia. Para ambas, el cuidado o apoyo representa un impacto “positivo” en sus emociones. Esto expresa la influencia de imaginarios y discursos sociales que asocian “ser una buena mujer” con el cuidado y que permean las construcciones subjetivas de las mujeres, de modo que les propician emociones gratificantes a partir de actividades que camuflan desigualdades de género.

En este sentido, conviene observar cómo a partir del género, ciertas posiciones subjetivas se hacen ver respetables y gratificantes (Skeggs, 2019). La responsabilidad moral y el cuidado son posicionados como rasgos “respetables” en las mujeres; por ende, surge un deseo por cumplir con ello, ya que esto “asegura” la aceptación y el reconocimiento de los

otros. Además, los significados “positivos” atribuidos a estas posiciones subjetivas ofrecen recompensas emocionales. Una de estas recompensas es poder diferenciarse de las otras mujeres, a partir de una (supuesta) superioridad moral:

Tal vez la seducción del cuidado se deba a que ofrece un medio para sentirse bien e incluso moralmente superior. [...] La experiencia de ser útiles y valoradas por los demás les da una autoridad desde la cual se expresan. Su autoestima, su cualidad de ser, termina basándose en las dependencias (y la posibilidad de negación de la autonomía) de los otros (Skeggs, 2019, p. 111).

Lo anterior se expresó en las narrativas de las entrevistadas, quienes asociaron frecuentemente su bienestar emocional y/o autoestima con la posibilidad de ser útiles para los otros. La significación que dan a “la utilidad” responde a lo que los discursos y los imaginarios sexistas les han hecho ver como su “responsabilidad” o “deseo”, en tanto mujeres: el cuidado. Así, el cuidado y ciertos roles y funciones atribuidos a “lo femenino” son posicionados discursivamente como espacios de estatus y significaciones especiales.

Esto funciona de un modo peculiar, ya que, como menciona Skeggs (2019): “si es posible obtener placer en aquello que es opresivo, es mucho más fácil no darse cuenta de su carácter opresivo” (p. 87). El cuidado funge como un eje de deseo y educación para las mujeres, de modo que ayuda a moldear sus subjetividades. Esto se da de tal manera, que se camuflan las dinámicas “opresivas” que los “roles reproductivos” (re)producen, haciendo ver al cuidado como algo que se desea o se disfruta. Lo señalado implica beneficios para camuflar las dinámicas desiguales de género, pues no se requiere un “poder externo” que moldee las subjetividades, sino que estas mismas, guiadas por “sus deseos”, se auto-regulan y se construyen en el sentido en que el “poder externo” ha (de)limitado.

Como puede verse, lo mencionado previamente expresa la influencia de los discursos y los imaginarios sociales en las construcciones subjetivas: moldean sentidos para estas construcciones. Al expresar esto en términos situados: crear el “deseo” de cuidar en las mujeres deslinda la responsabilidad (en diferentes sentidos) de los Estados y de otras instituciones de responder y cubrir las necesidades de cuidado de las poblaciones; de este modo, se camuflan diferentes desigualdades y opresiones.

Ahora bien, conviene tener presente que los ideales, los imaginarios y los discursos, en tanto históricos, promueven deseos y presiones para las mujeres que van cambiando a lo largo del tiempo. En el caso de las mujeres entrevistadas, han estado expuestas a nuevos ideales de “feminidad”, ya que han envejecido en un contexto atravesado por la gubernamentalidad neoliberal, que ha exacerbado las narrativas individualistas, así como por las paulatinas transformaciones de las “fronteras” entre espacio privado y público. Bajo tales ideales de “feminidad”, la mujer “perfecta” es la “empoderada”, aquella que es “independiente”, porque trabaja de manera remunerada, pero, a la vez, “cumple” con el cuidado, principalmente de su familia. Lo anterior, lejos de beneficiar a las mujeres, muchas veces anexa nuevos “roles” o “deberes” y mantiene sin reconfiguraciones las dinámicas de género que promueven la sobrecarga de trabajo.

Para concluir este subapartado, es pertinente resaltar los marcos situados (e históricos) dentro de los que la agencia (situada) (Herrera, 2021) de las mujeres opera, en tanto que están permeados por un contexto capitalista y sexista que va moldeando sus decisiones y construcciones subjetivas. Si bien se construyen a sí mismas, lo hacen dentro de espacios y estructuras históricas que (re)producen ciertos imaginarios y discursos. Este carácter histórico da pie a posibles transformaciones; sin embargo, estas no se dan de un modo tajante, sino a partir de desplazamientos estratégicos.

3.1.6 No todo es “autocuidado”: impacto de lo económico en la salud y los cuerpos

Algunas de las mujeres entrevistadas (Hannia, Frida, Viloca, Yoya) señalaron haber experimentado cansancio e impacto constante en sus cuerpos en distintos momentos de sus vidas, a causa de sus arduas jornadas de trabajo, tanto remunerado como no remunerado y/o de reproducción y cuidado. Los siguientes testimonios expresan lo anterior:

“Entonces, el hermano solo, mi mamá sola y yo acá trabajando y entonces así. Y llegó el momento en que yo pensé: no voy a aguantar, ni con el dinero, ni con la salud. Por eso yo creo que ahora tengo problemas de cadera, por tanto tiempo que me la pasaba yo sentada en el transporte y es mucho, mucho, mucho. Son dos horas de ida y dos horas de regreso... hasta sin nalgas me quedé (risas). [...] Y entonces ya me dividí en tres, en mi trabajo, en mi mamá y en el... con mi hermano en el hospital” (Viloca, 73 años, vive sola, educación básica, marginación media).

“Sí... y a mí me cayó muy bien la jubilación, que a muchos no, ¿verdad? Pero a mí sí, no, yo sí. Sobre todo... que como yo trabajaba en servicio al cliente, la verdad yo me sentía muy presionada, era el trabajo muy duro, muy presionado y... y sí, no, yo ya, yo ya me quería jubilar. Dije: no, yo no llego a los 65 años. Dije: no, yo llego a los 60 y ya... hasta ahí” (Hannia, 66 años, vive sola, educación media, baja marginación).

“Eh... pues no tanto el trabajo, sino la trayectoria, porque hago como una hora de aquí hasta allá y de regreso como una hora u hora y cuarto, ajá, y pues sí, ya me... mi cuerpo ya se siente cansado, ya lo que quiero es descansar y digo, bueno, entre comillas, disfrutar un poco de la salud que tengo, un poco todavía. La verdad pues sí ya pienso jubilarme porque ya mi cuerpo, pues ya está muy cansado. Entonces sí pienso, pues... ya retirarme de mi jubilación y ahora apoyar a mis hermanas y dedicarme tiempo para mí” (Frida, 63 años, vive acompañada, educación media superior, marginación media).

Intentar compaginar el trabajo remunerado y no remunerado y/o de reproducción ha sido un reto para las entrevistadas, como ejemplifican los testimonios. Durante mucho tiempo Viloca realizó grandes trayectos cotidianos para ir a trabajar y, a la vez, poder cuidar a su hermano y a su madre⁶². A lo anterior, se anexa el cansancio producido por otros factores que reflejan desigualdades de clase que las entrevistadas han experimentado a lo largo de sus procesos de envejecimiento, como las arduas jornadas laborales durante muchos años (como señaló Hannia).

Es importante observar que las entrevistadas que señalaron el impacto emocional y corporal de sus arduas jornadas de trabajo remunerado y no remunerado tienen un bajo grado de escolaridad y habitan zonas con un alto grado de marginación. Esto refleja la influencia de la clase social en el tipo de trabajos a los que las mujeres pueden acceder. Tener baja escolaridad promueve que las mujeres se dediquen a trabajos informales y con bajos salarios, lo cual, a su vez, propicia que vivan en zonas con altos índices de marginación y, por ende, con menor acceso a servicios.

Además, tales trabajos tienden a tener mayor impacto corporal y emocional, ya que al no ser “formales”, la mayoría de las veces no cuentan con regulaciones, derechos y prestaciones que aseguren cuestiones como una jornada “digna” o un pago adecuado por horas extra. Asimismo, habitar en zonas con alto grado de marginación tiende a implicar

⁶² En la entrevista, Viloca señaló que considera que estos grandes traslados impactaron su salud, ya que tiene desgaste óseo y dolores de cadera. Recientemente ha comenzado a asistir al médico para tratarse estos malestares.

traslados más largos para las mujeres, ya que la mayoría de los trabajos se encuentran centralizados en ciertas zonas de la Ciudad de México. Los traslados implican impacto corporal y emocional, debido a la exposición a cuestiones como el estrés y el acoso en el transporte público.

La realización de múltiples actividades (muchas de ellas “generizadas”) durante un tiempo prolongado en las trayectorias de vida de las entrevistadas ha tenido repercusiones en sus cuerpos y en sus emociones, lo cual se expresa en diferentes malestares que experimentan en la actualidad. Han estado expuestas a una sobrecarga de trabajo (Tepichin, 2016), al tener que compaginar el trabajo remunerado con pocas prestaciones y el trabajo de cuidado que se les ha asignado por razones de género, en tanto “mujeres” (Fraser, 2011). Lo anterior es una expresión de las injusticias de género en su dimensión distributiva, es decir, en tanto principio básico de estructuración de la economía política (Fraser, 2011). Las mujeres entrevistadas han desempeñado múltiples actividades ligadas a sus condiciones de “ser mujeres” que han tenido efectos nocivos en sus procesos de envejecimiento, ya que han implicado la acumulación de cometidos diversos en sus cuerpos (Freixas, 2008; Ramos, 2015).

Sin embargo, los efectos en los cuerpos no se han dado de manera homogénea en las experiencias de las entrevistadas. Las desigualdades de género y de clase se expresan de maneras complejas e interrelacionadas en sus diferentes experiencias de envejecimiento. No todas han tenido el mismo impacto en sus cuerpos, sino que este se ha exacerbado debido a algunas experiencias particulares relacionadas con factores socioeconómicos, tales como el tipo de trabajos que han realizado. Si bien la expresión más evidente del impacto diferencial de lo socioeconómico es el cuerpo, ya que es visible y/o material, también ha afectado otras “dimensiones” de la vida de las entrevistadas, como lo emocional, ya que postergar la propia vida y tener que decidir constantemente a partir de la priorización de las demás personas ha implicado una anulación del “yo” que les ha generado diversos malestares emocionales.

Para concluir este subapartado, conviene notar, pues, que lo socioeconómico (el posicionamiento social y los recursos) ha impactado de manera diferencial las experiencias de envejecimiento de las mujeres entrevistadas. Acorde a sus diferentes recursos y trabajos remunerados, relacionados con cuestiones como su preparación académica o sus

posibilidades de independencia económica (permeadas por sus experiencias en momentos previos de sus trayectorias de vida, como la infancia), han experimentado impactos diferenciales en sus cuerpos (salud) y en sus emociones. Este impacto no debe ser leído como una responsabilidad de las entrevistadas, sino que debe analizarse desde sus contextos: difícilmente se puede ejercer un “autocuidado” en condiciones precarizadas. Así, pues, no todo es autocuidado, sino que lo económico impacta en las oportunidades de conservar y cuidar la salud física y emocional; por ello, es prioritario brindar condiciones materiales dignas para que todas las mujeres puedan cuidar de sí mismas durante su envejecer.

3.2 Motivaciones actuales: trabajo remunerado y aprendizaje

En este apartado analizo las motivaciones actuales de las mujeres entrevistadas. Profundizo en dos aspectos que resultaron significativos en sus narrativas: el trabajo remunerado y el aprendizaje de nuevas habilidades. Considero relevante problematizar estas motivaciones, ya que contradicen imaginarios y discursos del envejecimiento y de la “vejez” con rasgos edadistas y sexistas, que suelen posicionar a las mujeres “mayores” como personas indiferentes, sin motivaciones y, más aún, sin ansias de aprendizaje o de trabajar. Asimismo, identifiqué elementos que las mujeres han significado como relevantes y que no han sido reportados en investigaciones precedentes.

Esto contribuye a romper y (re)crear imaginarios y representaciones de las mujeres de más de 60 años, acorde a sus propias narrativas, experiencias y, en este caso, motivaciones. Asimismo, expresa la agencia (situada) de las mujeres “mayores” entrevistadas, quienes han creado sus propios proyectos de vida en la actualidad, siguiendo motivaciones y deseos que habían pausado, muchas veces por falta de tiempo o de espacio propios. No obstante, también es conveniente analizar estas motivaciones desde los imaginarios y los discursos actuales, permeados por la lógica de la gubernamentalidad neoliberal, en tanto que priorizan la productividad para ser sujetos legítimos. En este sentido, continuar trabajando y aprendiendo puede ser una forma de seguir cumpliendo con los rasgos deseables y evitar el rechazo social.

3.2.1 El trabajo remunerado: ¿una motivación a lo largo de la vida?

Como mencioné en el capítulo anterior⁶³, el trabajo remunerado tuvo relevancia en las narrativas de la mayoría de las entrevistadas (Vero, Margarita, Rosi, Hannia, Viloca, Florisa, Viloca, Yoya)⁶⁴, aunque en diferentes sentidos: como una motivación actual o como una añoranza o deseo. Algunas entrevistadas (Margarita, Florisa, Rosi) que trabajan de manera remunerada en la actualidad, lo narraron como un elemento importante en sus vidas:

"Cuando estoy trabajando, cuando veo los avances de mis alumnos, cuando trabajo los domingos, y entonces cuando veo los rostros iluminados... cuando me hacen preguntas, ahí es donde digo: sirvo de algo" (Margarita, 75 años, vive sola, educación superior, baja marginación).

"Bueno, primero ... mi desarrollo académico, seguir en él... seguir el desarrollo académico, este... a ver si logro llegar al SNI 3, eso creo que es muy importante para mí. Si no lo logro, bueno... pues ni modo, también pues si no se puede, no se puede, pero por mí no quedó... Eh... seguir dando clases hasta que siento que ya estoy muy grande o que ya no me siento bien... y... y pues seguir agradeciendo a la vida lo que tengo, ¿no? Seguir caminando... seguir viendo mis series, mis noticias... pues así veo en un futuro..." (Florisa, 67 años, vive acompañada, posgrado, baja marginación).

Margarita narró que su trabajo, dar clases, actualmente le proporciona bienestar emocional, ya que siente que "sirve de algo". Por su parte, Florisa señaló que sus motivaciones se centran en su desarrollo académico. Ambas mencionaron continuamente el bienestar que les da el trabajo remunerado. Además, pude notar que esto les ha dado experiencias materiales cómodas y estables a lo largo de sus vidas, con posibilidades de tiempo, recreación, movilidad y autonomía. Como puede verse, algunas de las entrevistadas que han trabajado de manera remunerada a lo largo de sus trayectorias de vida han significado al trabajo como un eje central en su bienestar emocional: es algo que disfrutaban y que no desean dejar, sino que se imaginan trabajando en el presente y en el futuro. Lo anterior contradice los

⁶³ Concretamente en el apartado 4.5, en el que abordo el tema de la actividad.

⁶⁴ Conviene notar que el trabajo remunerado no tuvo importancia en las narrativas de dos entrevistadas: Luz Ara y Orquídea. Considero que lo anterior puede deberse a experiencias particulares en sus procesos de envejecimiento, mismas que han moldeado sus personalidades y expectativas. En el caso de Luz Ara, haber enfermado de poliomielitis ha hecho que la actividad y trabajar no sean aspectos centrales en su vida; por el contrario, lo son la salud y la enfermedad. Por su parte, Orquídea señaló constantemente "estar feliz" con su vida y no haber deseado otras cosas a lo largo de ella. Lejos de considerar que Orquídea es "feliz" y que no ha tenido complicaciones, hay que tener presente que sus deseos han estado mediados por su contexto: desea lo que ha conocido.

imaginarios sociales edadistas de la “vejez”, mismos que asocian las edades posteriores a los 60 años con “la incapacidad de trabajar de manera remunerada”. Contrario a ello, algunas de las entrevistadas manifestaron que pueden y quieren seguir trabajando.

Ahora bien, hubo otras entrevistadas (Vero, Viloca, Yoya) que no trabajan de manera remunerada en la actualidad, pero que señalaron constantemente el deseo por hacerlo⁶⁵. Al preguntarle a Vero sobre sus planes y sus motivaciones para el futuro señaló lo siguiente:

“¿Qué me gustaría hacer? Ay, mi vida... ¿qué crees que he soñado siempre? Con tener una cocina económica. Me encanta... y he dicho siempre: si algún día alguien me contratara para hacerle de comer, me iría a hacerles de comer... ¿Sí, mamá? Sí, yo sí... es algo que me gusta” (Vero, 62 años, vive acompañada, educación básica, marginación media).

Vero ha soñado con tener una cocina económica o con ser contratada para cocinar. Ambos deseos están relacionados con el trabajo remunerado y con la posibilidad de tener ingresos propios; sin embargo, también responden a labores “feminizadas” que, a partir del androcentrismo y el sexismo, son representadas como inferiores y (casi) exclusivas de las mujeres (Fraser, 2011). Al igual que Vero, Viloca y Yoya señalaron el deseo de trabajar actualmente. Si bien lo anterior contradice los imaginarios edadistas de “la vejez”, también conviene analizarlo de una manera crítica, ya que las tres entrevistadas han envejecido en contextos socioeconómicos precarizados, lo cual ha impactado sus deseos actuales: quieren trabajar de manera remunerada porque no han podido hacerlo, así como porque asocian la independencia económica (que les ha faltado en muchos momentos de su vida) con posibilidades que desean actualmente. Así, pues, sus deseos están relacionados con sus contextos y experiencias de envejecimiento concretas.

A partir de lo señalado, es pertinente notar las diferencias y los contrastes entre las experiencias de las mujeres entrevistadas. Si bien el trabajo remunerado fue significado como importante para la mayoría de ellas, lo fue en diferentes sentidos, acorde a sus experiencias, posicionamientos y contextos. El trabajo remunerado les ha aportado estabilidad a algunas

⁶⁵ Desarrollé esto también en el capítulo anterior, concretamente en el apartado 2.5 centrado en el tema de la actividad.

de ellas, misma que valoran y desean conservar; mientras que, para otras, quienes no han contado con tal estabilidad, se presenta como un deseo.

Lo anterior expresa la agencia situada (Herrera, 2021) de las mujeres entrevistadas. Si bien la motivación y/o deseo por trabajar contradice los imaginarios edadistas que, a partir de sus edades, les adjudican características peyorativas como la incapacidad o la inutilidad para continuar realizando actividades remuneradas, también (re)produce otros imaginarios y discursos, propios de la gubernamentalidad neoliberal. Las entrevistadas le adjudican a la productividad, asociada con el trabajo remunerado, un papel importante en sus construcciones subjetivas. Sus deseos están mediados por el capitalismo: desean conservar los rasgos que se les han hecho ver como requisitos para ser sujetas legítimas y que están mediados por el hecho de conservar o conseguir un trabajo remunerado. Esto les permite evitar el rechazo que surge del edadismo y del sexismo, así como afirmar su “valor”; no obstante, (re)produce lógicas neoliberales, con sus rasgos productivistas e individualistas.

3.2.2 El aprendizaje como una motivación: aprender a través de los años y más allá de ellos

Todas las mujeres entrevistadas, independientemente de sus diferentes contextos y experiencias, expresaron motivación por aprender, aunque los objetivos de aprendizaje fueron muy diversos, acorde a sus intereses, trayectorias de vida y contextos. Luz Ara (74 años, vive acompañada, educación superior, alta marginación), por ejemplo, expresó querer aprender a tocar la guitarra. Por su parte, Orquídea y Hannia mencionaron:

“Claro, y también lo que digo... mucha gente de mi edad, o sea, de lo que se pierden, no tienen la menor idea... de lo que puede encontrar en internet. Información, la diversidad de cosas, ¿no? Hay gente que le gusta tejer, pues ahí hay clases de tejido... gente que gusta cocinar, pues ahí hay clases de cocina... recetas, pues encontrarían un mundo ahí fabuloso, ¿no? Pero se cierran y no, como que no... y digo: no, pues qué bueno que yo sí quiero aprender más (risas). Sí... sí como que sí me siento inquieta de aprender, ¿eh?” (Hannia, 66 años, vive sola, educación media, baja marginación).

"Sí, como le comentaba antes, quiero continuar aprendiendo a pintar, porque lo he dejado por mucho tiempo. Sí es uno de mis proyectos a futuro, este... me fascinan los colores y bueno, ese es mi principal interés, o sea, a lo largo de mi futuro. Tengo algunos libros que me han regalado. Como saben que me gusta leer, me regalan libros, mis hijas... y tengo todo eso pendiente, o sea, de leer, pero como le digo, lo que necesito es... tiempo. Yo siento, deseo

que mi futuro sea como el presente" (Orquídea, 75 años, vive sola, educación básica, muy alta marginación).

Hannia señaló que quiere seguir aprendiendo. En la entrevista expresó que recibe numerosos cursos virtuales en un centro de capacitación para "personas adultas mayores". Orquídea también mencionó que asiste a diferentes actividades, como cursos de pintura y de la iglesia. Asimismo, disfruta leer. Como puede verse, el aprendizaje es una motivación en las vidas de las entrevistadas, tiene un impacto positivo en sus emociones. Esto va en un sentido contrario a imaginarios edadistas de "la vejez", bajo los cuales usualmente se posiciona a las personas "mayores", especialmente a las mujeres, como carentes de motivación e interés por aprender, solo por tener más de 60 años.

Además, esto propicia (re)pensar las experiencias actuales de las mujeres entrevistadas, como un momento en el que pueden acercarse a concretar deseos que habían pospuesto, lo cual expresa su agencia situada (Herrera, 2021). La actualidad de las mujeres (si se le quiere llamar "su vejez") puede pensarse como un momento de sus trayectorias de vida en que, dentro de sus propios márgenes de acción y decisión, tienen posibilidades para retomar deseos y actividades que habían pospuesto o pausado, muchas veces por cuestiones relacionadas con las desventajas de género que experimentaron en sus trayectorias de vida, tales como el cuidado de otros, las dobles o triples jornadas de trabajo, o los bajos salarios.

En el caso de algunas entrevistadas (Vero, Hannia, Frida, Yoya, Orquídea), el aplazamiento de sus deseos también tuvo influencia de sus condiciones materiales, tanto de su posición socioeconómica, como de sus recursos simbólicos. Este es el caso, por ejemplo, de Hannia (66 años, vive sola, educación media, baja marginación), quien trabajó durante muchos años en un empleo que no le daba tiempo libre; sin embargo, en la actualidad su jubilación le permite disponer de tiempo y de condiciones materiales para enfocarse en aprender y concretar sus deseos e intereses.

En este sentido, hay que notar que las posibilidades de aprendizaje tienen influencia de los contextos socioeconómicos: difícilmente se puede tener actividades de ocio y aprendizaje, fuera del trabajo remunerado o no remunerado y de cuidado, si no se cuenta con

una estabilidad económica que lo permita. Lo anterior se expresó también, por ejemplo, en el hecho de que Margarita (75 años, vive sola, educación superior, baja marginación) y Florisa (67 años, vive acompañada, posgrado, baja marginación), quienes han contado con estabilidad económica durante casi toda su trayectoria de vida, señalaron que han realizado diferentes actividades de recreación y aprendizaje a lo largo de sus vidas, tales como aprender a tocar instrumentos, nadar, viajar o recibir diversos cursos.

Ahora bien, la significación del aprendizaje como una motivación para las entrevistadas contradice diferentes imaginarios y discursos sociales del envejecimiento y de la “vejez” con rasgos edadistas y sexistas, asociados con sus modelos deficitarios (Tamer, 1995). Asimismo, denota la importancia de cuestionar los imaginarios y los discursos comunes sobre el aprendizaje que lo asocian exclusivamente con “la juventud”, entendida usualmente como una “etapa de desarrollo”, y que promueven el edadismo, ya que asocian a “la vejez” con el no desarrollo e, incluso, con el declive y la pérdida de intereses, motivaciones y habilidades. Es necesario repensar estrategias, con un enfoque de género, que incentiven y concreten el aprendizaje durante todo el proceso de envejecimiento, sin centrarse o excluir a las personas por sus edades. Asimismo, tal enfoque es crucial para incentivar la formación de las mujeres en todas las áreas, no solo en aquellas “feminizadas”, como muchas veces se hace.

Para concluir este subapartado, considero pertinente problematizar la motivación actual por el aprendizaje de las entrevistadas desde su agencia situada (Herrera, 2021). Si bien esta desmonta imaginarios edadistas, también refleja rasgos del capitalismo, concretamente en su etapa tardía. En este sentido, aprender no es solo una motivación o un deseo, sino que es una manera de cumplir con los requerimientos de actualización constante que exige la gubernamentalidad neoliberal. El aprendizaje puede ser leído como una manera de mantenerse actualizadas y seguir siendo empleables, lo cual contradice los rasgos edadistas que podrían ser motivo de rechazo para las entrevistadas. Así, pues, como también pudo verse en el análisis de la motivación por el trabajo remunerado, el querer aprender responde a ciertos deseos surgidos a partir del capitalismo, lo cual expresa la influencia de los imaginarios en las construcciones subjetivas de las personas (Serret, 2001).

Conclusiones

En esta tesis analicé procesos de envejecimiento de mujeres de 60 a 75 años en la Ciudad de México, a partir de sus narrativas. Prioricé una mirada procesual, diferencial y de género. Para ello, desarrollé una metodología analítica a partir de elementos del enfoque de curso de vida y de la gerontología crítica feminista, así como del empleo de las tres dimensiones analíticas que elegí: lo corporal, lo emocional y lo económico. Lo anterior me permitió tener una mirada amplia, en términos procesuales, de las trayectorias de vida de las mujeres entrevistadas, denotando las complejas interrelaciones que hay entre tales dimensiones; así como aportando un análisis del envejecimiento en retrospectiva, a la luz de las experiencias actuales de las entrevistadas.

La metodología que desarrollé me facilitó un acercamiento al envejecimiento a partir de lo que he interpretado como diálogos y/o tensiones entre los imaginarios y los discursos sociales del envejecimiento y de “la vejez” de las mujeres, y las experiencias, narrativas y construcciones subjetivas de las entrevistadas. Esto, con el objetivo de mostrar la relación entre lo social o estructural y lo individual. Además, esto me permitió visibilizar la existencia de rasgos edadistas y sexistas en los imaginarios y los discursos de estos fenómenos, lo cual ha tenido influencia en cómo las mujeres entrevistadas se auto-representan.

En esta investigación desarrollé diversas cuestiones que las mujeres entrevistadas significaron como importantes en sus procesos de envejecimiento: las complicaciones para reconocerse como “mujeres mayores”; la influencia de los ideales de belleza, mismos que fueron cambiando acorde a “la edad”; el valor que otorgan a la actitud amable y “abierta a la convivencia” en las “mujeres mayores”; el temor y la sensación de vulnerabilidad que surge, por ejemplo, de los discursos médicos y de sus familias, o de los discursos que promueven la idea de una muerte cercana o de una posible dependencia futura; y la actividad, misma que relacionaron con la autonomía, la capacidad y la fortaleza emocional.

Interpreté las diferentes significaciones que las mujeres entrevistadas dieron a estas cuestiones como una manera de responder ante rasgos peyorativos (edadistas y sexistas) que

adjudican a “las mujeres mayores” los imaginarios y los discursos sociales del envejecimiento y de “la vejez”, atravesados por el género. Las respuestas que las mujeres entrevistadas tienen frente a ello implican resistencia(s), pero también (re)producción, ya que hay una interiorización e impacto de lo que escuchan sobre sí mismas y sobre los momentos que están viviendo.

En el diálogo interno que las mujeres entrevistadas establecen con estos imaginarios y discursos sociales en sus narrativas, se advierte la correlación entre lo social y lo individual, así como el hecho de que lo imaginario, como espacio de operación de lo simbólico, tiene efectos reales. En este sentido, comprender la influencia de lo simbólico en la interacción social refleja la urgencia de promover el cuestionamiento y la transformación de las maneras de concebir a estos fenómenos, ya que no son solo elementos abstractos o sin repercusiones, sino que los modos de hablar, representar, imaginar y simbolizar repercuten en las relaciones y las dinámicas de género y edad y, por ende, en las vidas de las mujeres. Así, pues, cuestionar los discursos y los imaginarios edadistas y sexistas es un paso central para derribar prejuicios, creencias y preconceptos sociales sobre dichos fenómenos.

En relación con lo mencionado previamente, algo central en mi análisis fue el énfasis en la historicidad de los imaginarios y los discursos sociales con los que las mujeres entrevistadas dialogan. Estos tienen rasgos del contexto en que ellas han envejecido: un contexto capitalista, en su etapa tardía, concretamente del momento que ha sido denominado como gubernamentalidad neoliberal; en el cual, se ha exacerbado el individualismo, se ha debilitado la convivencia y/o solidaridad intergeneracional, y se ha enfatizado la importancia de la productividad. Lo anterior permeó las narrativas de las entrevistadas, de modo que significaron importantes cuestiones como la actividad, tener una actitud “abierta” a la convivencia y con rasgos “joviales”, la autoestima y “la buena presentación”. Pude notar, pues, que las maneras en que las entrevistadas se narran y se construyen a sí mismas reflejan rasgos del neoliberalismo, en tanto que responsabilizan a cuestiones individuales (como la actitud y la presentación de cada mujer) del edadismo, articulado con el género.

Siguiendo lo señalado, conviene mencionar que encontré que las entrevistadas también dialogan con imaginarios y discursos “alternativos”, con rasgos menos edadistas y sexistas. Esto se expresó, por ejemplo, en la manera de significar a la belleza como una forma de autocuidado que, más allá de ser un mandato de género, tiene un impacto positivo en sus emociones. Asimismo, las entrevistadas cuestionaron a las personas que conciben a “la vejez” negativamente a partir de diferentes prejuicios. En este sentido, si bien (re)produjeron imaginarios y discursos edadistas, de los cuales quisieron “diferenciarse”, simultáneamente están rompiendo, con sus acciones y sus narrativas, tales imaginarios y discursos, al crear otros modos de vivir sus envejecimientos y vejezes: por ejemplo, de manera más independiente, “activa”, reconociendo sus fortalezas y sus capacidades, con actitudes que las hacen sentir bien, aprendiendo, trabajando y propiciando emociones agradables para ellas, etc.

Estos imaginarios y discursos “alternativos” expresan la agencia situada de las mujeres entrevistadas, en tanto que, a partir de sus marcos específicos de acción, han creado resistencias y estrategias, las cuales no son lineales, sino que pueden caer en (re)producciones y tensiones; no obstante, denotan que es posible cuestionar y cambiar el modo de concebir y vivir el envejecer siendo mujer. Así, pues, el hecho de que los imaginarios y los discursos sociales adquieran diferentes rasgos, acorde a las épocas y contextos, denota su historicidad y, por ende, sus posibilidades de transformación. Lo cual, a su vez, refleja que las medidas para contrarrestar el edadismo y el sexismo son necesarias y tienen efectos reales que pueden impactar en las vidas de las mujeres de más de 60 años.

Otro punto relevante surgido del análisis fue que las identidades de género tuvieron influencia en las narrativas de las entrevistadas. En este sentido, noté que el género impactó sus experiencias de envejecimiento en dos sentidos: 1) en un sentido simbólico o cultural, lo cual se expresó, por ejemplo, en la alusión a ciertos ideales y actividades asociados con “la feminidad”, tales como la belleza, la respetabilidad y la sobriedad; así como en el androcentrismo y el sexismo que han experimentado en diferentes momentos de sus trayectorias de vida; y 2) en un sentido material, en tanto que el género, como eje de la distribución (injusta) de los recursos materiales, impactó el acceso diferencial de las

entrevistadas a una estabilidad económica, a partir de cuestiones como la adjudicación de las labores de cuidado de otros, o del acceso a trabajos remunerados, regularmente “actividades feminizadas”, con bajos salarios y sin prestaciones. Para esta distinción, han sido centrales las argumentaciones de Fraser (2011) respecto a las dimensiones del género. Este marco conceptual ha sido útil para mostrar los ejes en los que se reproduce la desigualdad.

Ahora bien, las mujeres entrevistadas, independientemente de sus trayectorias, experiencias y contextos socioeconómicos diferentes, compartieron algunas cuestiones. Con base en la literatura revisada, a partir de las tres dimensiones analíticas que elegí, destacaré los hallazgos de mi investigación. Respecto a las emociones, los vínculos tuvieron un papel relevante en el bienestar emocional de las entrevistadas; sin embargo, lo prioritario fue el tipo de relación con quienes se interactúa. Así, por ejemplo, más que la composición de sus hogares, para las entrevistadas lo importante fue la convivencia y/o interacción que tienen con las personas que habitan. Hubo mujeres que pese a vivir acompañadas se sentían solas; mientras que otras, viviendo solas, señalaron sentirse bien emocionalmente, debido a que tienen vínculos e interacciones gratificantes. Además, las entrevistadas no señalaron la trascendencia de convivir con personas de edades similares; por el contrario, significaron como importante la interacción con personas “jóvenes”, sobre todo porque esto les brinda alegría y emociones positivas. Conviene notar, pues, la relevancia que dieron a la convivencia intergeneracional.

Respecto a la relación entre el género y lo emocional, misma que ha sido señalada como central en los procesos de envejecimiento, mi investigación reveló que la construcción de las identidades de género de las entrevistadas, a partir de ideales de feminidad, ha tenido impacto en sus emociones, como expresó el caso de quienes cuidaron a diferentes personas a lo largo de sus vidas y actualmente sienten malestar emocional por ello; o la añoranza por sus cuerpos jóvenes a partir de asociar “la vejez” con “la fealdad”. Aunado a ello, las entrevistadas significaron como importantes cuestiones relacionadas con sus posicionamientos desiguales acorde a la jerarquía de género, principalmente las pausas que la maternidad y el cuidado de otros representaron en sus proyectos de vida, sobre todo en sus trayectorias de trabajo remunerado. En este sentido, algunas de las entrevistadas expresaron

añoranza por regresar al trabajo remunerado. Lo anterior, refleja que hallazgos de otras investigaciones que han señalado como significativos para “las mujeres mayores” aspectos como la soledad, el nido vacío y la viudez, no pueden ser generalizables; asimismo, denota la necesidad de realizar más investigaciones situadas.

En concordancia con investigaciones que han partido del enfoque de la gerontología crítica feminista, noté que algunas de las entrevistadas significaron a “la vejez” como un momento de libertad, a partir de eventos como la viudez y la jubilación, en tanto que les permitieron centrarse en sus propios proyectos, muchos de los cuales postergaron durante sus trayectorias de vida. Así, por ejemplo, “la vejez” fue significada por ellas como un momento de aprendizaje, en el que desean adquirir nuevos conocimientos y habilidades. Esto reflejó nuevas fortalezas emocionales, a partir de los años vividos. No obstante, conviene señalar que lo anterior se vio permeado por factores socioeconómicos, ya que las entrevistadas que significaron de manera más positiva a “la vejez” y al envejecimiento, fueron quienes han poseído (y poseen) estabilidad económica.

Por otra parte, percibí la influencia de lo social en lo emocional en diferentes sentidos. Por ejemplo, en el modo en que los discursos edadistas, atravesados por el género, de la medicina y la biología, de las familias y de los medios de comunicación, permearon las construcciones subjetivas, las opiniones y las emociones de las entrevistadas. Esto se reflejó en el caso del temor y la vulnerabilización que señalaron sentir a partir de tales discursos, así como en la (re)producción de imaginarios y discursos que asocian la enfermedad y la muerte con “la vejez” y que han propiciado una auto-vigilancia exacerbada que hace que las entrevistadas conciban riesgos en actividades que pueden realizar perfectamente.

Respecto al cuerpo, mis hallazgos coinciden con los de otras investigaciones en las que se ha destacado su impacto en la sensación de “vejez” o “envejecimiento” de las mujeres, sobre todo en cuanto a los cambios que se producen en él. En las narrativas de las entrevistadas percibí la influencia de diferentes ideales de feminidad relacionados con el cuerpo. Destacaron los ideales de belleza y juventud; sin embargo, también encontré que los ideales de actividad, respetabilidad, sobriedad, capacidad y fortaleza fueron relevantes en el

modo de narrarse a sí mismas. En este sentido, por ejemplo, ser “activas” e independientes corporalmente fue significado como algo importante para ellas en la actualidad. Asimismo, la belleza fue algo relevante, como añoranza, debido a que la asociaron con la juventud, pero también como una preocupación a lo largo del tiempo, misma que ha adquirido nuevos rasgos en la actualidad, asociados con “la sobriedad”.

En concordancia con otras investigaciones, percibí la trascendencia que las entrevistadas dieron a la actitud; no obstante, encontré rasgos específicos que señalaron como relevantes, tales como la amabilidad, “la apertura a la convivencia” y el no dejarse derrotar por las adversidades y los cambios del envejecimiento. Estos rasgos expresan características asociadas con los requerimientos para ser sujetas aceptadas socialmente y, sobre todo, para seguir siendo “empleables” y lucir “joviales”. Interpreté tales rasgos como expresiones de la influencia del capitalismo, concretamente de la gubernamentalidad neoliberal, en sus construcciones identitarias y en sus narrativas. Las entrevistadas se narraron a sí mismas con rasgos relacionados con la productividad, asociada con la juventud. Así, pues, diversos rasgos promovidos por el neoliberalismo han influido en sus modos de narrarse y querer ser.

Respecto a los contextos socioeconómicos, centré mi tercer capítulo en las trayectorias y los puntos de inflexión en las vidas de las entrevistadas, destacando el papel que tuvo en ello la clase social, articulada con el género. Un hallazgo relevante fue que las entrevistadas significaron su infancia como un momento que marcó sus trayectorias de vida. Fue significativo haber vivido una infancia precarizada, que desencadenara la necesidad de trabajar de manera remunerada; o una paternidad ausente, misma que incidió en que se casaran a edades tempranas, viendo el matrimonio como una posibilidad de mejorar su situación. Otra experiencia relevante fue la maternidad. No obstante, un hallazgo es que lo fue porque representó una pausa o interrupción en sus trayectorias de trabajo remunerado.

El trabajo remunerado fue un factor que significaron como importante todas las mujeres entrevistadas, aunque en diferentes sentidos: como añoranza o deseo, para quienes tuvieron que pausarlo, o como una motivación, para quienes trabajan actualmente. Lo anterior refleja cambios importantes en las dinámicas sociales generizadas: en el contexto

actual, con un desdibujamiento progresivo de lo que se consideraba (equivocadamente) “roles de género”, las entrevistadas han podido significar como relevantes en sus vidas cuestiones que antes estaban reservadas casi exclusivamente para los hombres, como el trabajo remunerado.

Relacionado con la maternidad, el cuidado de otros, generalmente de familiares, también fue significado como trascendental por las entrevistadas en sus trayectorias de vida. Esto coincide con hallazgos de otras investigaciones y deja entrever la relevancia de seguir indagando en el tema. El cuidado, como actividad que, acorde a una lógica desigual de género, se les adjudica como responsabilidad o deber a las mujeres, fue un elemento que impactó las “decisiones” de las entrevistadas en diferentes momentos de sus vidas, lo cual, a su vez, ha impactado sus vivencias actuales de “vejez”. Esto se dio en sus emociones (provocando tristeza, nostalgia, etc.), cuerpos (implicando un gran desgaste, cansancio e impacto en su salud) y condiciones económicas (desencadenando un empobrecimiento progresivo o diferentes carencias en la actualidad).

En concordancia con otras investigaciones, encontré que las desventajas de género y de clase han impactado las trayectorias de vida de las mujeres entrevistadas, propiciando, en algunos casos, situaciones de precariedad económica en su actualidad. Respecto a esto, quiero destacar la relevancia de factores que influyeron en las condiciones económicas actuales de las entrevistadas, tales como el cuidado de otros, tener (o no) una red de apoyo económico y emocional, poseer bienes patrimoniales y una jubilación, contar con trabajos remunerados con prestaciones, etc.

Ahora bien, conviene destacar contrastes entre las entrevistadas, acorde a sus condiciones socioeconómicas a lo largo de sus vidas y en la actualidad. Las entrevistadas que han tenido trayectorias de vida en contextos de mayor precariedad económica son quienes tienen mayor impacto en sus cuerpos (por ejemplo, en sus articulaciones), debido a que no han podido cuidar de sí mismas y han experimentado la influencia de cuestiones como grandes traslados. Esto ha permeado sus emociones, ya que son quienes señalaron añoranza por trabajar de manera remunerada en la actualidad. Del mismo modo, la actitud “jovial” y

“abierta”, así como la actividad, relacionada con la autonomía y el trabajo remunerado, fueron significados como trascendentes por las mujeres entrevistadas con mayores carencias económicas, mientras que aquellas que han contado con comodidades y estabilidad económica no dieron importancia a estos rasgos en sus narrativas.

A partir de lo anterior, hablando del caso concreto de México, en diálogo con otras investigaciones, conviene señalar que las mujeres “mayores” entrevistadas no son mujeres “quietas” o que disfrutan del “descanso”, como las suelen representar los discursos y los imaginarios edadistas y sexistas; sino que, por el contrario, todas las entrevistadas son mujeres “activas”, en tanto que realizan múltiples actividades, entre ellas el cuidado. Esto contradice la visión de “la vejez” como una etapa de tranquilidad y de reposo y refleja la importancia de situar a las mujeres, comprendiendo sus contextos y promoviendo condiciones dignas para que no se vean forzadas a trabajar en empleos precarizados.

Para concluir este tema, respecto a los puntos de inflexión señalados, es pertinente notar que la visión del envejecimiento como un proceso permite vislumbrar la relación entre los diferentes momentos de las trayectorias de vida de las mujeres entrevistadas: los momentos iniciales de la vida influyen (aunque no delimitan) en las experiencias posteriores. En este sentido, resulta relevante incentivar medidas que minimicen las desigualdades de género y de clase a lo largo de las vidas de las mujeres, desde la infancia. Asimismo, es prioritario incidir en las estructuras generizadas de empleo, con la finalidad de promover mejores ingresos para las mujeres y un reparto equitativo del cuidado y de las labores de reproducción. No basta con centrarse en “la vejez”, sino que hay que procurar una buena calidad de vida a lo largo del envejecimiento. Contar con estabilidad económica a lo largo de la vida es importante para vivir una “vejez” en situación de estabilidad. Asimismo, poseer recursos propios posibilita libertades e independencias que atenúan ciertas desigualdades de género, como la dependencia de la pareja. Esto puede propiciar procesos de envejecimiento en mejores condiciones, así como vejez más dignas.

Mencionado lo anterior, considero central reconocer las limitaciones que esta investigación tiene, en tanto que, como toda aportación al conocimiento sobre un tema y

problema, es perfectible y deja abiertas algunas interrogantes para líneas futuras de investigación. Inicialmente, como mencioné a lo largo de esta tesis, se requiere tener presente que las dimensiones analíticas que elegí no agotan al “envejecimiento”, como si fuera una entidad abstracta. Si bien me permitieron una aproximación amplia, con una mirada procesual, existen diferentes aspectos de esas dimensiones (y de otras) que quedaron fuera de mi análisis, o que no fueron abordados con suficiente profundidad, tales como la sexualidad, o algunas “decisiones” que señalaron las entrevistadas, como no haber tenido hijos(as). Asimismo, está el hecho de que mi investigación se centra en diez mujeres, por ello, no tiene pretensiones de generalización.

Por otra parte, las mujeres entrevistadas han envejecido en un contexto particular, urbano, concretamente en la Ciudad de México, y con acceso a diferentes recursos y discursos (tales como los de los feminismos). Haber envejecido en esta ciudad les ha dado acceso a diferentes oportunidades que no se tienen en otras áreas de México: no hay que perder de vista que en este país “los servicios” están centralizados, de modo que la Ciudad de México cuenta con diversas comodidades que brindan oportunidades que en otros espacios no se tienen. Además, las entrevistadas han vivido en un contexto permeado por discursos feministas que también están centralizados y que han incidido en sus experiencias y posibilidades. Esto, por ejemplo, pudo reflejarse en sus motivaciones, mismas que permiten pensar que progresivamente ha habido un desdibujamiento de las fronteras de las actividades que durante mucho tiempo han sido adjudicadas como exclusivas para los hombres, como el trabajo remunerado y el aprendizaje.

Otra cuestión que hay que considerar es el rango de edad de las entrevistadas: de 60 a 75 años. Esto, si bien es un espectro amplio, deja afuera a muchas mujeres, de edades superiores en las que, posiblemente, sus experiencias y sus narrativas son muy diferentes. Relacionado con lo anterior, conviene señalar algunas cuestiones relacionadas con la clase social de las entrevistadas. Si bien busqué la variabilidad en este factor, a partir de que vivieran en zonas con diferentes índices de marginación, considero conveniente profundizar en investigaciones futuras en el análisis de las diferencias en las mujeres acorde a sus

posicionamientos y recursos materiales. Lo anterior debido a que noté que este fue un factor relevante en sus experiencias de envejecimiento.

Como puede verse, si bien en mi investigación procuré la diversidad en diferentes variables, esta diversidad tiene limitaciones. En concordancia con esto, es importante mencionar algunos posibles sesgos en mi investigación. Como mencioné en mi estrategia metodológica, los acercamientos a las entrevistadas se dieron de una manera diferente a la que había planeado de manera inicial. Estos acercamientos, mediados por personas “conocidas”, pueden haber implicado sesgos en la muestra. Si bien prioricé la variabilidad de perfiles, las narrativas de las entrevistadas pudieron estar mediadas por cierta confianza que tuvieron conmigo, al ser una persona recomendada por alguien conocido. Asimismo, las narrativas de las entrevistadas pudieron estar permeadas por el hecho de que hablaron conmigo, una persona “joven”. Esto pudo influir, por ejemplo, en cuestiones como señalar el valor de la convivencia intergeneracional en sus narrativas. Por último, es posible que las mujeres que aceptaron las entrevistas fueran quienes se sienten “bien” consigo mismas, de modo que esto pudo propiciar su disposición a aceptar una entrevista sobre el envejecimiento, misma que quienes no se sienten así no hubieran tenido.

A partir de lo mencionado, es pertinente destacar que los hallazgos de esta investigación no representan a todas las mujeres de 60 a 75 años. Mi investigación no tiene pretensiones de generalización; por el contrario, reafirmo la importancia de situarme, tanto a mí, como investigadora, como a las mujeres que entrevisto. No pretendo generalizar este conocimiento como el del “envejecimiento de las mujeres”, sino que abono al conocimiento sobre el tema, partiendo de la idea de que la construcción del conocimiento es una labor conjunta que requiere del diálogo y de la apertura de “hilos” o “camino” para nuevas interrogantes y respuestas.

Así, pues, mi investigación aporta al análisis del envejecimiento en México, a partir de las características particulares de su población. Es importante desarrollar nuevas investigaciones, situadas en el contexto de este país y con un enfoque de género. Conviene desarrollar, por ejemplo, investigaciones procesuales del envejecimiento de mujeres que

vivan en sectores rurales, que tengan otros rangos de edad, o que tengan características particulares que pueden enfatizar desventajas acumuladas acorde al género, la clase, o la edad, tales como no tener familia, vivir en condiciones de pobreza, haberse dedicado al cuidado o a trabajos remunerados informales, etc. Asimismo, conviene indagar sobre otros imaginarios y discursos sociales del envejecimiento que permean las experiencias de las mujeres de más de 60 años.

Referencias

- Aguilar, Mirza y Toledo, Mónica (2019). Cuidado no remunerado y envejecimiento: un análisis sobre los arreglos domésticos y la reproducción social en Tlaxcala. *Tla-melaua*, 13(46), 170-189. <https://doi.org/10.32399/rtla.0.46.508>
- Ámery, Jean (2001). *Revuelta y resignación. Acerca del envejecer*. Pre-textos
- Arber, Sara y Ginn, Jay (1993). Gender and Inequalities in Health in Later Life. *Soc Sci Med*, 36(1), 33-46. doi: 10.1016/0277-9536(93)90303-1
- Arber, Sara y Ginn, Jay (1996). *Relación entre género y envejecimiento*. Narcea.
- Arias, Claudia (2013). Reflexiones finales acerca de la experiencia emocional en distintas etapas del ciclo vital. *Revista Kairós Gerontología*, 16(4), 205-215.
- Ariza, Marina (coord.) (2020). *Las emociones en la vida social: miradas sociológicas*. Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Sociales.
- Blanco, Mercedes (2011). El enfoque del curso de vida: orígenes y desarrollo. *Revista Latinoamericana de Población*, 5(8), 5-31.
- Butler, Robert (1969). Ageism: Another Form of Bigotry". *The Gerontologist*, 9, 243-246.
- Carstensen, Laura (2006). The Influence of a Sense of Time on Human Development. *Science*. 312(5782) doi: 10.1126/science.1127488.
- Castañeda, Patricia y Rebolledo, María (2019). Percepción de mujeres mayores rurales respecto de su proceso de envejecimiento. *Revista Pensamiento y Acción Interdisciplinaria*, 5(2), 39-54. <http://doi.org/10.29035/pai.5.2.39>
- Castells, Manuel (1998). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*. Vol. 2 *El poder de la identidad*. Alianza.
- Consejo Nacional de la Evaluación de Política y Desarrollo Social (CONEVAL) (2020). Informes de pobreza y evaluación de las entidades federativas. Disponible en: https://www.coneval.org.mx/coordinacion/entidades/Paginas/Informes_Pobreza_Evaluacion_2020.aspx
- Consejo Nacional de la Población (CONAPO) (2020). Índice de Marginación por entidad federativa y municipio 2020. Nota técnico-metodológica.

Dasten, Julián, Oyarzo, Fredy y Quinán, David (2020). Mujeres mayores en la ciudad de Temuco, Chile. Biografías desechadas en una experiencia de aprendizaje y servicio. *SaberEs*, 12(2), 129–147. <https://doi.org/10.35305/s.v12i2.233>

De Alba González, Martha (2013). Experiencias de envejecimiento en la Ciudad de México: un estudio de representaciones socioespaciales y calidad de vida. En F. Flores-Palacios (Ed.) *Representaciones sociales y contextos de investigación con perspectiva de género* (pp. 101-122). Universidad Nacional Autónoma de México.

De Alba González, Martha (2017). Representaciones sociales y experiencias de vida cotidiana de los ancianos en la Ciudad de México. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 32(1), 9–36. <https://doi.org/10.24201/edu.v32i1.1616>

De Beauvoir, Simone (1949/2013). *El segundo sexo*. Contemporánea. De Bolsillo.

De Beauvoir, Simone (1970/2016). *La vejez*. Contemporánea. De Bolsillo.

De la Mata, Carmen y Hernández, José (2021). Lo femenino y la vivencia de la soledad. La vejez como etapa con fortalezas. *Cuadernos de Trabajo Social*, 34(1), 199- 209. <https://doi.org/10.5209/cuts.68544>

Denzin, Norman K. (1989). *Interpretive Biography*. SAGE Publications Inc.

Díez, Juan y Morenos, María (2015). *La soledad en España*. Análisis Sociológicos Económicos y Políticos (ASEP).

Elder, Glen (1994). Time, Human Agency, and Social Change: Perspectives on the Life Course. *Social Psychology Quarterly*, 57(1), 4–15. <https://doi.org/10.2307/2786971>

Enríquez, Rocío (2009). *El crisol de la pobreza: mujeres, subjetividades, emociones y redes sociales*. ITESO

Escalante, Paulina (2004). Transformaciones del Cuerpo y Sentimiento de Vejez en Mujeres Mayores de Santiago de Chile. *V Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, San Felipe*, 1011-1017. Disponible en: <https://www.aacademica.org/v.congreso.chileno.de.antropologia/133>

Flick, Uwe (2007). *Introducción a la investigación cualitativa*. Morata.

Flores, F. (2012). Representación social y género: una relación de sentido común. En Blázquez, N., Flores, F., y Ríos, M. (coord.), *Investigación feminista. Epistemología, metodología y representaciones sociales* (pp. 339-358). UNAM.

Foucault, Michel (1999). *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Paidós.

Foucault, Michel (2007). *El nacimiento de la Biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*. Fondo de Cultura Económica.

Fraser, Nancy (2011) “¿De la redistribución al reconocimiento? Dilemas de la justicia en una era “postsocialista”, en Fraser, N. (coord.) *Dilemas de Justicia en el siglo XXI: género y globalización*. Ediciones UIB.

Freixas, Anna (1991). Autopercepción del proceso de envejecimiento en la mujer entre 50 y 60 años. *Anuario de psicología*, 50, 67-78.

Freixas, Anna (2008). La vida de las mujeres mayores a la luz de la investigación gerontológica feminista. *Anuario de Psicología*, 39(1), 41-57.

Freixas, Anna, Luque, Bárbara y Reina, Amalia (2012). El ciclo vital revisado: Las vidas de las mujeres mayores a la luz de los cambios sociales. *Recerca: Revista de Pensament i Anàlisi*, 9, 59-80.

Freixas, Anna (2021). *Yo vieja. Apuntes de supervivencia para seres libres* (2nda. Ed.). Capitán Swing.

Fundación “la Caixa” (2023). Glosario sobre edadismo.

Gascón, Delia (2017). Nombrar los cuerpos, institucionalizar la violencia: Relatos etnográficos de mujeres mayores en México. *Cadernos De Estudos Sociais*, 31(1), 80–98.

Guerrero, María y Pineda, Gabriela (2010). Mujeres envejecidas: experiencias de envejecimiento en México. *Debate Feminista*, 42. <https://doi.org/https://doi.org/10.22201/cieg.2594066xe.2010.42.826>

Guzmán, José (2003). *Seguridad económica en la vejez: una aproximación inicial*, ponencia preparada para Reunión de Expertos en Seguridad Económica del Adulto Mayor, Panamá.

Harding, Sandra (1998), “¿Existe un método feminista?”. En: Bartra, E. (comp.) *Debates en torno a una metodología feminista*, Programa Universitario de Estudios de Género, Universidad Autónoma Metropolitana.

hooks, bell (Ed.) (2000/2017). *El feminismo es para todo el mundo*. Traficantes de sueños.

hooks, bell (2000/2022). *Todo sobre el amor*. Paidós.

Herrera, Cristina (2021). *Mujer que sabe soldar. Transformaciones subjetivas en mujeres trabajadoras con ocupaciones feminizadas y masculinizadas en la Ciudad de México*. El Colegio de México.

Instituto Nacional de Geografía y Estadística en México (INEGI) (2010). Censo de Población y Vivienda 2010. <https://www.inegi.org.mx/programas/ccpv/2010/>

Instituto Nacional de Geografía y Estadística en México (INEGI) (2021). Encuesta Nacional sobre Salud y Envejecimiento en México (ENASEM). https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2023/ENASEM/ENASEM_21.pdf

Instituto Nacional de Geografía y Estadística en México (INEGI) e Instituto Nacional de las Mujeres (INMUJERES) (2023). Mujeres y Hombres en México, 2021-2022. https://www.inegi.org.mx/contenidos/productos/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/nueva_estruc/889463907381.pdf

Instituto Nacional de Geografía y Estadística en México (INEGI) (2024). https://www.inegi.org.mx/app/tabulados/interactivos/?pxq=Mortalidad_Mortalidad_09_b87a4bf1-9b47-442a-a5fc-ee5c65e37648

Instituto Nacional de las Personas Adultas Mayores (2022). <https://www.gob.mx/inapam>

Jiménez, Marco (2015). El envejecimiento y la muerte: un enfoque filosófico. *Phainomenon*, 14(1), 85-94.

Juliano, María Dolores (1992). *El juego de las astucias: Mujer y construcción de modelos sociales alternativos*. Madrid: Horas y Horas.

Lagarde, Marcela (1990/2015). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. Siglo XXI Editores.

Lolas, Fernando (2001). Las dimensiones bioéticas de la vejez. *Acta Bioethica*, 7(1), 57-70.

López, Juan y Díaz, María del Pilar (2018). El sentimiento de soledad en la vejez. *Revista Internacional De Sociología*, 76(1), e085. <https://doi.org/10.3989/ris.2018.76.1.16.164>

Lozano, Ariane y Gallardo, Lorena (2022). Soledad y bienestar emocional en mujeres mayores. Diversas experiencias durante el confinamiento en Bilbao. *Alternativas. Cuadernos de Trabajo Social*, 29(2), 208-235. <https://doi.org/10.14198/ALTERN.20221>

Madrigal-Martínez, Mariana (2010). Ingresos y bienes en la vejez, un acercamiento a la configuración de la seguridad económica de los adultos mayores mexiquenses. *Papeles de Población*, 16(63), 117-153.

Maquieira, Virginia (Comp.) (2002). *Mujeres Mayores en el siglo XXI: de la invisibilidad al protagonismo*. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Instituto de Migraciones y Servicios Sociales.

Marradi, Alberto, Archenti, Nélica y Piovani, Juan Ignacio (2007). *Metodología de las ciencias sociales*. Cengage learning.

Martínez, María, Morgante, María Gabriela y Remorini, Carolina (2008). ¿Por qué los viejos? Reflexiones desde una Etnografía de la Vejez. *Revista Argentina de Sociología*, 6(10), 69-90.

Maxwell, Joseph (2019). “Capítulo 3. Marco de Referencia Conceptual. ¿Qué crees que está sucediendo?”. *Diseño de Investigación cualitativa*. Editorial Gedisa.

McRobbie, Angela (2009), *The Aftermath of Feminism. Gender, Culture and Social Change*. Londres, SAGE.

Montes de Oca, Verónica (1999a). Diferencias de género en el sistema de apoyo a la población envejecida en México. *Papeles de Población*, 5(19), 149-172.

Montes de Oca, Verónica (1999b). ¿Envejecimiento? Una discusión sobre la edad y su relación con el empleo, retiro y reproducción social. En *Envejecimiento demográfico y empleo. Memorias del taller de Expertos en Envejecimiento Demográfico y Políticas de Empleo para Grupos Vulnerables*. Secretaría del Trabajo y Previsión Social.

Montes de Oca, Verónica (2003). El envejecimiento en el debate mundial: reflexión académica y política. *Papeles de Población*, 9(35), 79-104.

Nussbaum, Martha y Levmore, Saul (2017). *Envejecer con sentido, conversaciones sobre el amor, las arrugas y otros pesares*. Trad. de Antonio Francisco Rodríguez Esteban. Paidós.

Oquendo, Anataly (2011). Cuerpos en movimiento en las Mujeres adultas mayores: prácticas corporales y significados en las agencias de ciudadanía. *VI Jornadas de Jóvenes Investigadores. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires*, 1-20.

Osorio, Paulina (2006). La longevidad más allá de la biología. Aspectos socioculturales. *Papeles del CEIC*, 22. 1-28.

Patton, Michael Quinn (2002). Purposeful Sampling. En *Qualitative Research & Evaluation Methods*. Sage Publications.

Pinazo-Hernandis, Sacramento y Donio-Bellegarde, Mónica (2018). La soledad de las personas mayores. Conceptualización, valoración e intervención. Fundación Pilares para la autonomía personal. Recuperado de <https://www.fundacionpilares.org/docs/publicaciones/fpilares-estudio05-SoledadPersonasMayores-Web.pdf>

Pineda, Esther (2021). *Bellas para morir. Estereotipos de género y violencia estética contra la mujer*. Prometeo.

Ramírez, Berenice (2006). Envejecimiento demográfico, seguridad social y desarrollo en México. En *Efectos económicos de los sistemas de pensiones*, Ed. Colegio de la Frontera Norte y Plaza y Valdés.

Ramos, Mónica (2015). *Mujeres mayores: estudio sobre sus necesidades, contribuciones al desarrollo y participación social*. [Tesis doctoral. Universidad Autónoma de Madrid].

Ramos, Mónica (2018). Estudio etnográfico sobre el envejecer de las mujeres mayores desde una perspectiva de género y de curso vital. *Prisma social*, (21), 75-107.

Ramos, Mónica (2023). Las mujeres mayores son el sistema invisible del bienestar y la conciliación. Revista digital 65y más.com. Sección Opinión. Disponible en: https://www.65ymas.com/opinion/mujeres-mayores-son-sistema-invisible-bienestar-conciliacion_48968_102.html

Scott, Joan Wallach (2008). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En *Género e historia* (pp. 48-74). FCE.

Serret, Estela (2001). *El género y lo simbólico: la constitución imaginaria de la identidad femenina*. Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.

Serret, Estela (2008). Identidades de género y división de espacios sociales en la modernidad. En A. Sermeño y E. Serret (Coords.), *Tensiones políticas de la modernidad. Retos y perspectivas de la democracia contemporánea* (pp. 91-120). Miguel Ángel Porrúa/Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.

Sistema de Información del Desarrollo Social (SIDESO) (2023). Grados de Marginación por Unidad Territorial. <http://www.sideso.cdmx.gob.mx/index.php?id=11>

Skeggs, Beverley (2019). *Mujeres respetables. Clase y género en los sectores populares*. Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS).

Sontag, Susan (1972). The Double Standard of Ageing. *Saturday Review of Literature*, 95, 29-38.

Sprague, Joey (2005). "Qualitative Shifts. Feminist Strategies in Field Research and Interviewing". *Feminist Methodologies for Critical Researchers*. NY: Rowman & Littlefield. 145-193.

Tamer, Norma (1995). *El envejecimiento humano: sus derivaciones pedagógicas*. Organización de Estados Americanos.

Tepichin, Ana María (coord.). (2011). *Género en contextos de pobreza*. El Colegio de México.

Tepichin Ana María (2016). *Conocimiento de la pobreza desde un enfoque de género: propuesta de un marco analítico*. El Colegio de México.

Torío, Susana (2021). La vivencia de la soledad en la vejez. una mirada en tiempos de pandemia. *Pedagogía social*, 37, 9–16. https://doi.org/10.7179/PSRI_2021.37.00

Varela, Luz Estella (2008). Trayectorias de vida: experiencias de un grupo urbano de adultos mayores. *Invest Educ Enferm*, 26(1), 48-58.

Vasilachis, Irene (coord.) (2006). La investigación cualitativa. En *Estrategias de investigación cualitativa*. Gedisa.

Yuni, José y Urbano, Claudio (2008) Envejecimiento y género: perspectivas teóricas y aproximaciones al envejecimiento femenino. *Revista Argentina de Sociología*, 10 (6), 151-169.

Anexo 1

Guía de entrevista

Entrevista No.

Fecha de la entrevista:

Audio:

Hora de inicio:

Finalización:

Duración total:

Lugar de entrevista:

Pseudónimo:

Datos sociodemográficos:

Nombre; edad; lugar de origen; grado de escolaridad alcanzada; alcaldía y colonia de residencia; hijos(as); ¿vive sola o acompañada? ¿con quién vive?; seguro médico o acceso a servicios de salud; morbilidades; ocupación actual; ocupación a lo largo de la vida.

Datos de contacto

Teléfono:

Celular:

Correo electrónico:

ESTRUCTURA DE LA GUÍA

	EJES TEMÁTICOS
I	Experiencia actual del envejecimiento y de “la vejez”
II	Reconstrucción del proceso de envejecimiento (trayectoria de vida) a) Experiencias de envejecimiento (experiencia vivida) b) Expectativas sobre el proceso de envejecimiento ⁶⁶
III	Expectativas, motivaciones y deseos para el futuro

RESUMEN GUÍA DE ENTREVISTA

I. Experiencia actual del envejecimiento y de “la vejez”

1. Cotidianidad o condiciones actuales de vida

⁶⁶ Esta división entre experiencias y expectativas tiene la finalidad de contrastar la experiencia vivida del envejecimiento en relación con las expectativas que las mujeres tenían de ello. Esto permitirá notar los contrastes o las coincidencias entre aspectos vivenciales e ideales en torno al envejecimiento. En este sentido, resultará interesante notar la influencia de los contextos, que ofrecen oportunidades o privaciones (materiales y concretas), en el cumplimiento (o no) de las expectativas de vida de las mujeres entrevistadas.

II. Reconstrucción del proceso de envejecimiento:

a) Experiencias de envejecimiento (experiencia vivida)

2. Experiencias emocionales a lo largo del proceso de envejecimiento y en la actualidad
3. Experiencias corporales a lo largo del proceso de envejecimiento y en la actualidad
4. Experiencias económicas a lo largo del proceso de envejecimiento y en la actualidad
5. Momentos importantes a lo largo de la trayectoria de vida (hitos o puntos de inflexión)
6. Vida en retrospectiva: satisfacción en torno a la vida, al envejecimiento y a las decisiones tomadas a lo largo de él

b) Expectativas sobre el proceso de envejecimiento

7. Percepción de aspectos importantes para “envejecer bien”
8. Percepción del envejecimiento y de “la vejez” a lo largo del tiempo y en la actualidad

III. Expectativas, motivaciones y deseos para el futuro

9. Proyectos de vida para el futuro

I. Experiencia actual del envejecimiento y de “la vejez”

1. Cotidianidad: condiciones actuales de vida

Objetivo: explorar cómo es la cotidianidad o vida actual de las mujeres entrevistadas

Pregunta estímulo: descríbame cómo vive un día usual

- Qué actividades realiza; qué le gusta hacer
- Cómo es la relación con su familia
- Cómo se siente
- Cómo se definiría a usted misma

II. Reconstrucción del proceso de envejecimiento

a) Experiencias de envejecimiento

2. Experiencias emocionales a lo largo del proceso de envejecimiento y en la actualidad

Objetivo: explorar cómo han sido las experiencias emocionales de las mujeres a lo largo de sus procesos de envejecimiento, así como si ha habido cambios en ellas al llegar a “la vejez”

Pregunta estímulo: ¿qué emociones suele sentir en la actualidad?

- **Emociones frecuentes:** ¿cómo se ha sentido a lo largo de la vida? ¿qué emociones ha experimentado a lo largo de su vida? ¿han ido cambiando?
- **Relación con pareja e hijos:** ¿ha vivido en pareja? ¿cómo es la relación con su pareja e hijos? ¿cómo ha cambiado a lo largo del tiempo?

- **Amistades y vínculos:** ¿tiene amistades? ¿cómo es su relación con ellas? ¿mantiene lazos con personas de otras edades? ¿cuáles considera que son sus vínculos más cercanos? ¿a quién suele recurrir si tiene algún problema? ¿se siente amada?
- **Soledad:** ¿hay momentos en los que se siente sola? ¿se siente acompañada? ¿a lo largo de su vida ha sentido soledad? ¿frecuentemente?

3. Experiencias corporales a lo largo del proceso de envejecimiento y en la actualidad

Objetivo: explorar cómo han sido las experiencias corporales de las mujeres a lo largo de sus procesos de envejecimiento, así como si ha habido cambios en ellas al llegar a “la vejez”

Pregunta estímulo: ¿Qué cambios ha notado en su cuerpo?

- ¿cómo siente su cuerpo? (movilidad, vista, oído, sensación de vulnerabilidad al salir a la calle...)
- **Lo biológico, autocuidado y salud:** ¿tiene enfermedades o algún problema de salud? ¿lo trata? ¿cuida su cuerpo? ¿lo ha cuidado a lo largo del tiempo? ¿qué solía hacer cuando se enfermaba? Actualmente: ¿suele ir al médico? ¿qué hace cuando se enferma? ¿Se cuida a usted misma? ¿cuida a los demás?
- **Belleza:** ¿piensa que la belleza ha sido algo importante en su vida? ¿actualmente es importante? ¿realiza rutinas de belleza? ¿compra cremas? ¿usa tintes? ¿realiza dietas?
- **Lo cultural** (sexualidad y reproducción): después de cierta edad las mujeres ya no podemos tener hijos, ¿cree que eso cambió algo en su vida? ¿cómo vivió la menopausia?

4. Experiencias económicas a lo largo del proceso de envejecimiento y en la actualidad

Objetivo: explorar cómo han sido las experiencias económicas de las mujeres a lo largo de sus procesos de envejecimiento, así como si ha habido cambios en ellas al llegar a “la vejez”

Pregunta estímulo: ¿actualmente realiza alguna actividad para ganar dinero?

- **Actividades realizadas a lo largo de la vida:** ¿Qué actividades realizó a lo largo de la vida? ¿trabajó? ¿Qué le hubiera gustado hacer o ser?
- **Disponibilidad de recursos e independencia económica:** ¿En qué le gusta gastar dinero? ¿se compra cosas? ¿dispone de dinero para ello? ¿a lo largo de su vida podía comprarse cosas? ¿contaba con dinero para ello?
- **Percepción de su situación económica a lo largo de la vida:** ¿considera que tuvo carencias económicas? ¿disponía de dinero?
- **Acceso a servicios de salud:** ¿qué solía hacer cuando se enfermaba? ¿ha contado con acceso a seguro médico? ¿suele ir al médico?

5. Momentos importantes a lo largo de la trayectoria de vida (hitos o puntos de inflexión)

Objetivo: explorar los momentos importantes en la vida de las mujeres entrevistadas

Pregunta estímulo: podría hablarme acerca de momentos importantes en su vida

- Momentos que marcaron su vida en relación con su proceso de envejecimiento
- Momentos que cree que influyeron en su vida o condición actual

b) Expectativas sobre su proceso de envejecimiento

6. Vida en retrospectiva: satisfacción en torno a la vida, al envejecimiento y a las decisiones tomadas a lo largo de él

Objetivo: explorar si las mujeres sienten satisfacción con su vida actual, con su envejecimiento y con las decisiones que han tomado

Pregunta estímulo: ¿Qué cree que influyó en su vida actual? ¿Ha pensado si le gustaría haber tomado otras decisiones? ¿respecto a qué?

- ¿Le recomendaría a su nieta o hija las decisiones que usted tomó? ¿le hubiera gustado tomar otras decisiones en algún aspecto de su vida? ¿cómo se percibe o autodefine?

7. Percepción de aspectos importantes para “envejecer bien”

Objetivo: explorar qué aspectos son importantes para las mujeres para “envejecer bien”

Pregunta estímulo: ¿Qué consejos le daría usted a alguien para envejecer bien?

- ¿para tener una “buena vida”?

8. Percepción del envejecimiento y de “la vejez” a lo largo del tiempo y en la actualidad

Objetivo: explorar si la percepción del envejecimiento de las mujeres ha cambiado a lo largo del tiempo, en los diferentes momentos de su vida

Pregunta estímulo: Imaginar un momento de su vida a partir del cual comenzó a sentir conscientemente que estaba envejeciendo

- ¿A esas edades cómo pensaba que iba a envejecer? ¿Cómo se imaginaba a esta edad?
- En la actualidad, ¿se considera adulta mayor?
- ¿Qué es el envejecimiento para usted? ¿qué es “la vejez” para usted? ¿cuándo considera que comienza “la vejez”?
- ¿Cómo cree que la perciben las demás personas? ¿ha notado si conforme envejece el trato de los demás ha cambiado? ¿cree que hay prejuicios hacia “la vejez”? ¿y hacia el envejecimiento?

III. Futuro: expectativas, deseos y motivaciones

Objetivo: explorar las motivaciones, las expectativas y los deseos de las mujeres en relación con su propio futuro

Pregunta estímulo: ¿cómo imagina su futuro?

- ¿qué motivaciones e ilusiones tiene para su futuro? ¿qué desea para su futuro?
- ¿Cómo piensa que será su futuro (y/o su “vejez”)?
- ¿Qué le gustaría hacer? ¿tiene algún proyecto o plan para su futuro? ¿cuál?